

#1 New York Times y autora bestseller internacional

*el*  
**PODER** *de*  
sagatitán

JENNIFER L. ARMENITROLIT

Lectulandia

Con cada gran cambio, llegan los conflictos y el Covenant universitario se ha convertido en el frente de guerra entre puros que quieren restaurar la orden de razas y los mestizos que quieren tener derecho a controlar su propio destino. El destino tiene otros planes.

La violencia va en aumento, la guerra entre razas parece inevitable y no podría llegar en peor momento. Puede que Hyperion esté fuera de servicio por un tiempo, pero Josie y Seth saben que solo han conseguido un respiro. Seth tiene que preparar a Josie para que controle sus habilidades recién descubiertas y, mientras, necesitan encontrar a los otros semidioses antes de que los Titanes lo hagan. Pero los dioses están percibiendo una amenaza mayor. Los caminos del pasado se están convirtiendo en las carreteras del futuro.

**Lectulandia**

Jennifer L. Armentrout

# **El poder**

**Titán - 2**

**ePub r1.0**

**Titivillus 23-03-2018**

Título original: *The Power*  
Jennifer L. Armentrout, 2017  
Traducción: Belén Murcia Sánchez  
Diseño de cubierta: Borja Puig

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

## **Nota del Editor**

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

## Josie

Una suave caricia me recorrió el brazo y la cadera. Tardé un poco en despertarme de un profundo sueño. Noté una gran calidez contra mi espalda, enviando una serie de escalofríos por mi columna.

Medio despierta, sonreí mientras parpadeaba para abrir los ojos. La habitación estaba poco iluminada, lo que significaba que era demasiado pronto para estar despierta.

Unos labios rozaron una zona sensible de mi cuello, justo bajo mi pulso, y otra sucesión de escalofríos bailó sobre mi piel. Los músculos de mi estómago se tensaron.

Otro beso más, esta vez sobre mi pulso, y se me encogieron los dedos de los pies.

Era muy temprano, ¿pero quién se quejaría de despertarse así? Yo no. Si me pasara el resto de mi vida despertándome así, sería una chica feliz. Muy feliz.

Al rodar sobre mi espalda, mi sonrisa somnolienta se congeló cuando mi mirada se encontró con unos intensos iris negros como la obsidiana. *¿Pero qué...?* La confusión rápidamente dio paso a un terror glacial, que se introdujo en cada célula y se aferró a huesos y piel.

*Oh no.*

Mi corazón palpitó, latiendo tan rápido que pensé que se me saldría del pecho y saldría corriendo de la habitación.

Un Titán se inclinó sobre mí, con sus crueles labios formando una sonrisa gélida y vengativa.

—Te encontraré cuando menos te lo esperes —dijo, con una voz tan asfixiante como un denso humo—. Siempre estaré detrás de ti. No hay...

Cogiendo impulso, lancé la mano, preparada para asestar lo que probablemente sería un puñetazo poco efectivo. Abrí la boca para gritar pero no salió ningún sonido y, de pronto, no había nada delante de mí. Nada.

No había Titán.

Estaba sentada, mirando el espacio vacío frente a mí con el corazón acelerado. Al inspeccionar el oscuro dormitorio no encontré ni rastro del peligroso y repugnante dios. Todo estaba como antes de que me quedara dormida el domingo por la noche. La televisión que había frente a la cama se apagó. Las persianas que cubrían la pequeña ventana cerca del baño estaban ligeramente abiertas y podía ver la tenue luz azul del amanecer saliendo sobre las Black Hills, la parte protegida del bosque que hay en el interior de las Northern Hills de Dakota del Sur.

Mi nuevo hogar.

Se parecía un poco a mi antiguo hogar, la Universidad de Radford. Salvo que esta universidad parecía sacada de Grecia, en los tiempos en los que la gente adoraba a los dioses. Y estaba rodeada de seres míticos en lugar de veinteañeros, cuyos poderes se basaban en la habilidad para realizar tareas con resaca y casi sin dormir.

Corrijo. En realidad, yo era un ser mítico y los estudiantes de la Universidad Covenant no eran muy diferentes de los estudiantes mortales. A excepción de los seres descendientes de dioses y ese asunto de intentar matarse unos a otros que había ahora.

Pero no había ningún Titan psicótico acechando entre las sombras de mi habitación, preparándose para alimentarse de mí hasta convertirme en una cáscara seca y luego hacer otras cosas despreciables y repulsivas que yo...

No iba a pensar en eso.

Expulsando el aire, cerré los ojos a la vez que me frotaba la frente con la palma. Solo era un sueño, un estúpido sueño. Los Titanes no podían entrar en la universidad. Los Guardias lo impedían. Las sombras podían, pero preferiría enfrentarme a cientos de almas que habían escapado del Tártaro que volver a ver a Hiperión o la cara de otro Titán.

No tenía ni idea de quién era el hombre con el que había soñado, salvo que en el fondo de mi corazón sabía que era un Titán.

—¿Josie? —se oyó una áspera y adormilada voz con acento—. ¿Qué haces?

Se me volvió a acelerar el pulso, pero esta vez por una razón muy diferente, cuando me giré y contemplé al que posiblemente era el ser vivo más *sexy*.

Seth Dio... —como quiera que se pronunciase su apellido— estaba tumbado de costado. El delgado edredón se había enredado en sus caderas, mostrando un lote completo de piel dorada, firme y musculosa.

Seth tenía una verdadera tableta de seis. No de esas pintadas, ni de las que solo se veían cuando hacía flexiones o actividades intensas. Medio sospechaba que había nacido así, un bebé con una tableta de seis y pectorales como rocas haciendo bíceps con botellas de leche. Hablando de bíceps, también eran increíbles. Al igual que sus hombros anchos y su cintura estrecha. ¿Y su cara?

Dios.

Era *hermoso*. Casi demasiado. Como si hubieran encajado sus rasgos con minuciosidad, un conjunto de perfección. Unos pómulos angulosos y marcados y unos labios carnosos y sensuales en los que podrías perderte mirándolos. Soñando con ellos. Bueno, fantaseando. Una nariz recta y perfecta, y sus ojos... Eran de un asombroso color ocre, rodeados por unas pestañas oscuras y espesas. Sus cejas arqueadas eran un poco más oscuras que su cabello rubio (el cual se había cortado hace poco). Todavía me estaba acostumbrando a esos bucles cortos. Los suaves mechones eran cortos a los lados y más largos en la parte de arriba, a veces rectos y otras veces un revoltijo de bucles. Me gustaba pasar las manos por los lados y notar los cabellos cortos cosquilleándome las palmas.

Simplemente, me gustaba tocar a Seth.

A veces no tenía ni idea de cómo había acabado en *mi* cama. Es decir, por supuesto, acababa allí porque lo invitaba y porque lo quería allí, pero no pensaba que fuera el tipo de chica a la que nadie se imaginaba con alguien como él. No tiraba piedras sobre mi propio tejado, solo estaba siendo realista. La mayor parte del tiempo era un metro setenta y cinco de puro desastre. Mis caderas habrían sido populares en el mil quinientos o algo así, cuando las «caderas para parir» hacían furor, y estoy bastante segura de que mis muslos nunca estuvieron de moda ni lo estarían. Al parecer, ningún tipo de entrenamiento —Kickboxing, *grappling*, carrera, entrenamiento defensivo ni ofensivo— iba a endurecer mi abdomen ni reducir mi cintura. No era delgada y esbelta, ni elegante y recatada. Era vulgar, podía ser bastante desagradable, y divagaba.

Pero a Seth le gustaba. Había dicho que yo era su *salvación*.

Y él me gustaba.

Mucho.

Yo también era una semidiosa, la hija de Apolo, así que eso era algo.

Y Seth era el Apollyon, el producto de un mestizo y un puro, creado por el recién fallecido Ares, y yo ya era todo lo poderosa que podía ser, una vez que le cogiera el truco a mis nuevas habilidades.

Sus ojos de color ámbar, que brillaban como piedras preciosas, se estrecharon.

—¿Estás despierta? ¿O es algún tipo de raro sonambulismo?

Mis labios dibujaron una pequeña sonrisa.

—Estoy despierta.

—Entonces... —rodó sobre la espalda, pasando un brazo por detrás de su cabeza, y yo me quedé un poco embobada mirando cómo se flexionaban y redondeaban sus bíceps—. ¿Solo me estabas observando sentada mientras duermo?

Puse los ojos en blanco.

—No.

—Pues eso es lo que parece.

—En realidad, estaba sentada observando la pared hasta que me has interrumpido.

Bajó la otra mano y la dejó sobre su abdomen plano. Desde mi posición casi parecía desnudo bajo la manta, pero por desgracia no lo estaba.

—Eso no es raro ni nada.

—Qué más da —dije, recolocando el tirante de mi camiseta—, tú eres raro.

Puso una media sonrisa.

—Tú eres *sexy*.

Puse los ojos en blanco otra vez, pero me sentía muy halagada.

Inclinó la cabeza hacia un lado.

—¿Un sueño?

La cálida y confusa sensación de halago desapareció y asentí.

—¿Estás bien?



—Sí, estoy bien —me aclaré la garganta mientras me apartaba el pelo sobre el hombro—. Solo un sueño extraño.

Su mirada era intensa mientras me estudiaba con calma. Esa no era la primera pesadilla que había tenido después del enfrentamiento con el Titán. Y no cualquier Titán. Hiperión. El ser divino que mi padre había sepultado hacía cientos de años y que ahora estaba libre, decidido a vengarse. De alguna manera, me había librado de él cuando mis habilidades de semidiosa fueron desbloqueadas, pero volvería.

Lo sabía.

Él y los demás Titanes que habían escapado seguirían volviendo hasta que localizáramos a los otros cinco semidioses, desbloqueáramos sus habilidades y consiguiéramos unirlos para volver a sepultar a los Titanes en el Tártaro.

Por supuesto, no teníamos ni idea de dónde estaban los otros semidioses o cómo encontrarlos. Ni cómo íbamos a sepultarlos otra vez. Apolo aún no nos había dado esa información.

Aunque quería que esa fuera la última pesadilla, por desgracia, sabía que no lo sería. Esas horas con el Titán habían parecido una eternidad e intenté no obsesionarme con ello, lo intenté de verdad. Tal vez podría hacer alguna terapia.

Espera. ¿Podían los semidioses ir a terapia? Es decir, ¿había algún especialista en salud mental de seres místicos por allí?

Los dedos de Seth me rozaron el brazo, captando mi atención. Nuestros ojos se encontraron. Su mano envolvió mi muñeca y tiró de mí, de forma que quedé medio encima de él.

Oh, me gustaba el rumbo que estaba tomando esto.

Noté su pecho cálido bajo mis brazos y su mano estaba firme cuando la alzó para coger unos mechones de mi cabello. Los colocó detrás de mi oreja y su mano se detuvo sobre mi mejilla. Bajé mis labios hacia los suyos y le besé con suavidad. Cuando levanté la cabeza le brillaban los ojos.

—Eso me ha gustado —murmuró.

—A mí también.

Entonces recordé algo muy importante. En realidad no lo había olvidado, solo se me había pasado al despertar de la pesadilla. Una gran y estúpida sonrisa estiró mis labios.

—Creo que hoy recibirás algo más.

Deslizó la mano por mi nuca.

—Creo que debería recibir más todos los días.

—Claro que sí, pero hoy es diferente.

La comprensión cruzó su rostro, sus ojos y su nariz se ensancharon un poco. Fue un momento de sorpresa y eso causó que el pánico aleteara en mi pecho, porque él no esperaba que yo lo recordara.

Seth esperaba muy poco a veces.

Apartando la tristeza que esa certeza siempre traía consigo, le volví a besar. Y

luego otra vez, porque quería demostrárselo, necesitaba que supiera que tenía todo el derecho a esperar el mundo.

—Feliz cumpleaños.

—Josie...

La forma en que susurró mi nombre, tan tierna y contundente, me dejó sin aliento.

—¿Qué se siente al tener veintidós?

Enredó sus dedos en mi pelo y no contestó de inmediato.

—Como los veintiuno.

—Eso no es emocionante.

Sonrió otra vez.

—Eso es porque tú aún tienes veinte y te queda... ¿cuánto?, unos seis meses hasta cumplir los veintiuno.

—Eres un asaltacunas.

Seth soltó una risita, luego levantó la cabeza y me besó en la comisura de los labios.

—Creo que es la primera vez que me llaman eso.

—Dios.

Deslicé la mano por su pecho, disfrutando la forma en que tomó una profunda inspiración. Me encantaba que mi tacto le afectara así.

—Quería regalarte algo, pero Amazon no hace entregas aquí, así que...

Realmente quería regalarle algo, pero ya que no era muy seguro para mí salir, la única opción era la tienda del campus, pero dudaba que Seth quisiera una taza o una sudadera de la Universidad Covenant. Ni siquiera podía hacerle la cena, ya que no tenía acceso a una cocina, era una novia lamentable.

*Novia.*

Temblé.

Esa palabra aún resultaba increíblemente nueva. Brillante. Inmensa. Creo que aún nos estábamos conociendo el uno al otro y nos lo tomábamos con calma. Nuestra relación estaba lejos de ser perfecta. Había obstáculos en nuestro camino a los que la mayoría de las parejas nunca se enfrentarían, como por ejemplo el hecho de que a ambos nos persiguieran unos seres inmortales.

Luego estaba el a menudo preocupante pasado de Seth.

También estaba su posible futuro acertado. Me negaba a permitir que eso pasara, pero aún no estaba segura de lo que podía hacer para detenerlo.

Y también estaba bastante segura de que mi padre deseaba un poco matarlo.

Sin duda necesitaba dejar de pensar en todo eso.

—¿Sabes qué? —dijo.

—¿Mmm?

Pasando su otro brazo alrededor de mi cintura, me hizo rodar y se puso encima de mí. Su peso enloqueció mis sentidos de una forma increíble.

—Ya me has dado suficiente.

Levanté las cejas.

—No te he...

—Sí lo has hecho.

Bajó su boca hacia la mía y cuando me besó no fue suave ni lento.

Seth besaba como un hombre que salía de una tremenda sequía. Degustaba y saboreaba, prolongando cada beso. Era un hombre que disfrutaba tremendamente besar, tomaba la ruta turística y no se daba ninguna prisa en llegar a su destino.

Pero yo *deseaba* ese destino.

Ya sabes, él y yo desnudos, nuestros cuerpos enredándose y yo deshaciéndome de la virginidad.

Seth me mordió el labio inferior, arrancándome un intenso jadeo.

—Mmm —murmuró, mientras bajaba la mano por mi brazo y atrapaba el tirante de mi camiseta—. Me das ese sonido.

Se me entrecortó la respiración cuando cambió el peso sobre el brazo izquierdo y se movió lo suficiente para que hubiera el mínimo espacio entre nosotros. Esos ágiles dedos trabajaban en los tirantes de mi camiseta hasta que me rodearon las muñecas.

El aire frío provocó pequeñas sacudidas en mi pecho descubierto. Aturdida, lo vi bajar su cabeza y besar la extraña cicatriz que me había quedado después de que Apolo desatara mis poderes.

Levantó la mirada y vi la sonrisa engreída y osada un segundo antes de que volviera a bajar la cabeza. La punta de su lengua trazó de abajo arriba la línea recta de diez centímetros. No se detuvo ahí. Oh, no, esos pequeños lametones siguieron las dos líneas que la rodeaban. Incluso consiguió lo que parecían unas alas a cada lado de la extraña cicatriz.

El calor se extendía por mis venas mientras se abría paso besándome la cicatriz de esa forma, descubriendo zonas muy, muy sensibles. Con un gemido, pasé la mano por los mechones más cortos de su cabello, para encontrar los más largos y enredarlos entre mis dedos. Mi espalda se arqueó y él colocó sus caderas entre mis piernas.

—Me das esto —dijo—. Y son regalos que perduran.

Solté una risita.

—Eres un perverso.

—Solo digo la verdad —su boca se cerró sobre un pezón y su lengua hizo cosas perversas y deliciosas—. El mejor regalo que nunca me han dado.

—Seth...

Subió con rapidez y sorprendente precisión. Su boca se unió a la mía, cortando mis palabras. No era una queja, no cuando su lengua se enredó con la mía. No cuando mi pecho se pegó de pronto al suyo. Y, definitivamente, no cuando hizo eso con sus caderas, ondulándolas sobre el lugar perfecto, lo que me dio unas tremendas ganas de evitar la ruta turística e ir directa a la tierra prometida.

Levanté la pierna y la coloqué sobre la suya mientras alzaba las caderas, siguiendo su ritmo. Seth gimió en mi boca, un *sexy* sonido masculino que envió una

ráfaga de sensaciones por todo mi cuerpo. Sus caderas se movieron otra vez y pensé que tal vez esa mañana, ya que era su cumpleaños, podríamos...

La alarma de la mesita de noche sonó, aguda y estridente. Gritaba que era la hora de levantarse e ir a entrenar.

Seth apartó la boca y gruñó.

—Mierda.

Le agarré el pelo con más fuerza.

—Podemos ignorarla.

—Si lo hiciera sería muy mal entrenador —contestó, con sus labios rozando los míos—. Y estoy intentando ser un buen entrenador.

—Es tu cumpleaños —argumenté—. Podemos llegar tarde.

Su palma me rozó el pecho.

—No es una razón lo bastante buena.

—Es lunes.

Se rio.

—Josie.

—¿Qué? Es una razón buenísima.

Seth me besó mientras me recolocaba los tirantes de la camiseta. Fui oficialmente clausurada.

—Has mejorado en las últimas semanas, pero aún te queda mucho trabajo.

Empecé a fruncir el ceño.

—Vaya. Gracias.

Mientras se reía, se dio la vuelta, sacó las piernas de la cama y se levantó. Lo hizo con tan poco esfuerzo y con tanta elegancia que quería pegarle.

—Levanta ese adorable culito y vamos. Es hora de trabajar.

Salí de la cama, tambaleándome como un Godzilla ligeramente alto.

—Que seas un Pollyanna, Sethie, no quiere decir que puedas mandarme.

Me dirigió una mirada indiferente.

—Apollyon, Joe. Repite conmigo. Apollyon.

Sonreí.

Entornó la mirada.

—Me vuelves loco.

Al pasar por su lado, le miré por encima del hombro mientras me dirigía al pequeño baño contiguo.

—¿En el buen sentido?

—No lo tengo claro.

—Imbécil.

Los labios de Seth se curvaron hacia un lado, dándole un aspecto muy pícaro. Tenía suerte de que fuera su cumpleaños, iba a dejar correr lo de «Joe». Abrí la puerta del baño.

—¿Josie?

—¿Qué? —me volví, sorprendida de encontrarle justo delante de mí.

Aún no asumía lo rápido y silencioso que podía ser.

—Yo... —se le quebró la voz, levantó las manos y me acunó las mejillas con delicadeza.

Me besó, fue dulce y tierno, y muy intenso.

—Gracias por recordar mi cumpleaños.

Y después se marchó, fuera de la habitación, a la puerta de en frente. Probablemente ya estaría en la ducha, mientras yo seguía allí, observando el sitio en el que había estado, preguntándome si nadie había recordado nunca su cumpleaños.

O le había importado lo suficiente.

Sin embargo, este año su cumpleaños sería diferente.

## Seth

Era un idiota por haber cambiado pasar unas horas en la cama con Josie, por verla prenderle fuego accidentalmente a algo, cuando se suponía que debía convocar el elemento aire.

Por eso estábamos fuera, lejos de cualquier edificio, detrás del cementerio, a pesar de que el aire aún era frío. Estábamos solo a diez grados. El lugar no parecía calentarse nunca. Por suerte, no empezó lanzar las lápidas y estatuas cercanas, porque dudaba que eso le sentara bien a Marcus, el actual Decano de la universidad, que tampoco es que fuera de mi club de fans.

Y por eso también era tan importante que sacáramos los culos de la cama y entrenáramos. Saber luchar en un combate cuerpo a cuerpo era importante, pero para enfrentarse a los Titanes necesitaría aprender a usar y controlar sus habilidades de semidiosa.

Además Luke ayudaba haciéndose cargo de las sesiones de la tarde y la primera vez (la última vez) que Josie había usado los poderes de los elementos cerca de él, lo había lanzado contra una pared por accidente y casi la atraviesa.

Tronchante.

Pero doloroso para él.

Josie me lanzó una mirada ofendida mientras pasaba por mi lado y se dirigía hacia el muñeco de paja que Deacon había ayudado a crear con mucho gusto. Esa cosa parecía un espantapájaros bastante moderno, vestido con un polo y un sombrero.

No tenía ni idea de por qué llevaba un sombrero.

No pregunté.

De brazos cruzados, esperé hasta que Josie pareció preparada. Veinte horas después. No estaba cómoda usando los elementos, así que se paseaba mucho, cambiando el peso, casi dando saltos hasta que se calmaba.

—Está en tu cabeza —le recordé—. Tienes todo este poder a tu alcance, pero debes entenderlo.

—Lo entiendo.

—No, no lo haces.

Cerró los puños mientras me observaba. Sus ojos azules estaban llenos de vida, muy parecidos a los de su padre cuando tenía iris, pero cuando estaba frustrada o furiosa, me recordaban al intenso azul del mar Egeo que rodeaba las Cícladas.

También se ponían de ese intenso azul cuando se excitaba.

—Sé que tengo el poder —replicó—, listo.

Levanté una ceja.

—Sí, sabes que lo tienes, pero en realidad no te lo crees, ni confías en ti. Si lo hicieras, no le prenderías fuego a todo cada vez que te pones cachonda.

Sus mejillas se sonrosaron.

—¡No lo hago!

Sonreí con suficiencia.

—Han sido una o dos veces. —Levantó las manos—. Vale, tal vez cuatro. Esta mañana no. —Una chispa se encendió en sus ojos—. Por otra parte, tal vez eso solo significa que estabas flojo.

—¿Ah, sí? ¿Yo flojo? —me reí—. Cariño, si hubieras estado más dispuesta esta mañana, todo el puñetero dormitorio se habría incendiado.

Esta vez todo su rostro se puso colorado, pero esa chispa en sus ojos se convirtió en una llama, y sabía que su mente había vuelto a la cama, cuando le agradecía el bonito regalo que eran sus pechos. Josie pestañeó y murmuró:

—Idiota.

—Tengo un nuevo apodo para ti.

—Oh, me muero por saberlo.

Bajé el mentón y sonreí mientras ella me miraba.

—Siempre que estás cerca de mí te excitas mucho, voy a empezar a llamarte «Resbaladiza».

Soltó una risa estrangulada.

—Oh, dios mío, es horrible. Si alguna vez te vuelvo a oír decir eso podría hacerte daño, Seth. En serio.

Riéndome entre dientes, señalé el muñeco.

—Aprovecha el viento, Josie. Siéntelo a través de ti. Tú puedes.

Josie arrugó la nariz y se concentró en el muñeco. Había cerrado los puños otra vez. Alzó los hombros y entonces lo sentí, la pequeña ola de poder. Fluyó entre nosotros, bañando mi piel. El roce del poder —del éter siendo invocado y utilizado— fue como salir al sol del verano.

Apretando la mandíbula, cambié de posición mientras inspiraba profundamente y me centraba en Josie, solo en ella, hasta que la tentadora ola de poder se disipó.

Un trueno retumbó sobre nosotros.

Empezaron a formarse nubes grandes y oscuras. Alcé el mentón y suspiré cuando una gota de lluvia se estrelló sobre el puente de mi nariz.

—¡Ostras! —susurró, hundiendo los hombros.

Fruncí los labios mientras observaba cómo rompían las nubes grises.

—Vaya suerte —dije con sequedad—. Esta vez no nos mojarás tú.

—Cállate.

Mis labios se curvaron.

—Inténtalo otra vez.

Josie lo hizo. Otro trueno retumbó. Incendió la silla que yo había sacado. En algún momento, el muñeco empezó a echar humo, pero la rápida lluvia que convocó

apagó el fuego.

El sombrero se echó a perder.

Por fin, casi a la hora de comer, Josie lo consiguió. Convocó el elemento aire, levantó el muñeco y lo mantuvo así un rato.

Cada vez que utilizaba el éter, sentía el roce del poder y reunía todo el autocontrol que poseía para ignorarlo. Estar alrededor de puros me había ayudado a desarrollar algo de tolerancia a las muestras de poder menores. Y había soportado cosas peores. Por ejemplo, la erección de esta mañana era una de ellas. Rechazar el nivel al que Josie quería llevar nuestra relación era todo lo opuesto a fácil, aunque quisiera... bueno, hacer lo correcto por ella. Era una situación extraña, pero comportarme bien resultaba difícil. Así que mantenía el control.

Pero era cuando trabajábamos el akasha cuando casi no podía... no podía ignorar la atracción.

No había nada más poderoso que eso y cuando golpeaba el aire, era como tocar un rayo. Me llamaba, aclamaba lo que existía en el fondo de mí, esa *cosa* que ansiaba el éter tanto como un daimon. ¿Qué tan jodido era eso? Saber que tenía algo en común con los daimons era una de las cosas que me mantenía a raya, mantenía esa *cosa* encerrada dentro de mí.

Josie era la otra.

Una vez que el muñeco volvió a estar de pie, le hice utilizar el elemento aire tres veces más, solo para asegurarme de que no había sido suerte. Con ella nunca se sabía.

Josie se giró hacia mí, apartándose un mechón corto de pelo rubio de la cara. Una sonrisa vacilante apareció mientras venía hacia mí.

—Creo que por fin le he cogido el truco al elemento aire.

Sinceramente, no podía decir si por fin lo había controlado o no y no lo sabríamos hasta que pudiera hacerlo varios días seguidos. Josie me observaba con ojos brillantes y esperanzados. No quería fastidiarle la ilusión.

—Sí —dije a la vez que me inclinaba y presionaba mis labios sobre su frente—. Lo has hecho muy bien, Josie.

Estirándose, enlazo sus brazos alrededor de mi cuello y me dio un rápido y fuerte abrazo antes de soltarme.

Me quedé allí, mirándola un rato. Como un rarito. A veces, no sabía qué hacer con ella. Podía ser un sobón. Dios sabe que tenía problemas con los límites. No me resultaba difícil ser... cariñoso, pero a lo que no estaba acostumbrado bajo ninguna circunstancia era a que alguien lo fuera *conmigo*. No de esa forma. Cuando era realmente sincero, no por obligación o algo así, y más profundo que algo físico.

Josie expresaba el afecto con libertad: las sonrisas y las caricias, los besos dulces y la cercanía.

Me deslumbraba con todo eso.

A veces también me preguntaba qué hacía con ella, metido en una relación de verdad, porque no era muy justo para ella. Hace unos meses me habría partido el culo



ante la perspectiva de algo como esto, pero aquí estaba, en una relación con la hija de Apolo.

Y aparte de todas esas cosas terribles que había hecho en el pasado y el tema del éter contra el que aún luchaba, literalmente no tenía futuro.

Ninguno.

Al final, una vez que la situación de los Titanes estuviera controlada y sobreviviera, tendría que volver para hacer el trabajo sucio de los dioses, impartiendo Castigos. En otras palabras, cazando y destruyendo a aquellos que se habían aliado con Ares en contra del Olimpo. ¿Y después de eso? Cuando muriera, mi alma pertenecería a Hades. No había la promesa de un mañana ni un paraíso esperándome.

Así que hacer esto con Josie era egoísta. Injusto. Las probabilidades estaban en mi contra, en nuestra contra, y al igual que sabía que Apolo aparecería en el momento más inoportuno, sabía que ella acabaría herida por todo esto.

Pero, como ya he dicho, era egoísta.

No podía alejarme de Josie. Había intentado ignorar lo que sentía por ella. Había intentado dejarla el día que la traje aquí, a la Universidad, como me habían ordenado, y no fui capaz de hacerlo. No sería capaz de hacerlo.

Solo esperaba que ella no acabara pagando con creces por ello.

A pesar de la dirección que habían tomado mis pensamientos, Josie me sonrió.

—Tengo hambre.

Una pequeña sonrisa se formó en mis labios.

—Por supuesto.

Josie me pegó en el brazo.

—Idiota.

Apartando los pensamientos oscuros, le pasé el brazo por los hombros.

—Venga. Vayamos a la cafetería.

—¿Podemos coger comida y llevarla a mi habitación?

—Claro.

Considerando que la cafetería se había convertido más en una zona de guerra entre mestizos y puros que en un lugar donde comer, no me suponía ningún problema.

Desde el nacimiento del primer mestizo —el hijo de un puro y un mortal—, su raza había estado sometida por aquellos de linaje puro. Era un maldito sistema de castas, un reminisciente de los antiguos tiempos griegos, en los que tu destino se definía basándose en si tu sangre se consideraba pura o no.

Hasta hace poco, los mestizos lo pasaban mal, sin elección ninguna. La Orden de Razas, que funcionaba desde el principio, los despojaba de sus derechos y prohibía la mezcla entre ambas razas. Cuando tenía ocho años, los mestizos fueron llevados ante un consejo de puros y se determinó si se les daría el Elixir, un suero creado por los dioses que le robaba toda voluntad a un mestizo, y se les condenaría a la servidumbre o si serían entrenados. Algunos creían que entrenar para ser un Centinela o Guardia

era mejor que la esclavitud, pero los Centinelas y los Guardias tenían una vida corta. La mayoría no llegaba a los veinte años, morían cazando daimons —puros y mestizos que se habían vuelto adictos al éter— o protegiendo a los puros.

Convertirse en Centinela no significaba que los mestizos tuvieran voluntad propia. Solo significaba que habían escogido el mal menor.

Pero la norma de la Orden de Razas desapareció, al igual que el Elixir. Los mestizos tenían los mismos derechos que los puros y, aunque muchos puros habían apoyado por completo el cambio, a otros no les entusiasmaba demasiado que ya no tuvieran acceso a sus servicios gratuitos. Y también había mestizos que no estaban dispuestos a dejar correr cientos de años de injusticia.

No podía culparlos por ello.

Algunos de los mestizos decidieron seguir entrenando para convertirse en Centinelas. Algunos dejaron sus puestos. Otros se quedaron. E incluso había algunos puros, como *san Aiden St. Delphi*, que habían aprovechado la ocasión y ahora entrenaban para ser Centinelas.

El caos tenía la desagradable costumbre de introducirse con sigilo entre la gente cuando menos te lo esperabas y, aunque las cosas habían estado tranquilas los últimos dos días, dudaba que siguiera así.

En la cafetería, Josie rodeó el pollo a la parrilla y la barra de ensaladas y se lanzó hacia la sección de fritos. Ahí estaba mi tipo de chica. Cogió una cesta de patatas fritas y fue a por las frituras de pollo. Después de cargarnos con bebidas, nos dirigimos al dormitorio y Josie estuvo sonriendo tanto todo el tiempo que empezó a preocuparme que se le agrietara la cara.

La observé mientras recorríamos el estrecho pasillo hacia nuestras habitaciones.

—¿Por qué sonríes?

—Por nada —canturreó, caminando delante de mí.

Al colocarme las botellas bajo el brazo, me encontré a mí mismo sonriendo cuando mi mirada bajó hasta su culo con forma de corazón. Maldita sea. Convertía el pantalón de chándal oficial del Covenant en algo con lo que soñar.

—No parece que sea nada —contesté.

—A veces me gusta sonreír sin razón.

—Sonreír provoca arrugas prematuras.

—Y tener cara de perra no. Sí, lo sé.

Me detuve en frente de la puerta de su habitación y ella me miró.

—O puede que solo sonría porque me gusta estar contigo.

La miré.

Las comisuras de su boca descendieron.

—¿Demasiado?

Negué con la cabeza despacio.

—No. Nunca es demasiado.

La sonrisa regresó con toda intensidad.

—Dios.

Abrió la puerta y dijo:

—Recuerda eso.

Mis cejas se alzaron mientras la seguía y entonces me detuve en medio de la puerta, con la mandíbula desencajada al ver la habitación.

—¡Sorpresa!

Una... no, dos o tres voces gritaron al unísono y creo que oí a Josie soltar una risita y decir:

—¡Feliz cumpleaños!

No podía dejar de mirar todos los... globos. Rojos. Blancos. Amarillos. Algunos tenían forma de... ¿penes? Mi mirada se centró en uno rojo de unos 25 centímetros con... sí, con unas pelotas debajo. Globos de penes. Eché un vistazo y vi a Deacon St. Delphi, el hermano menor y definitivamente no tan santo de Aiden, bajo el globo de pene, con los rizos rubios sobresaliendo por todos lados y ojos plateados llenos de diversión.

—Estás impresionado, ¿verdad? —dijo, sonriendo con satisfacción—. Te lo dije, Luke. Los globos de penes serían la guinda del pastel.

Luke estaba apoyado contra la pared, con los tobillos cruzados.

—Yo no tengo nada que ver con los globos.

—Fue cosa mía. —Señalándose el pecho con el dedo, Deacon sonrió orgulloso—. Solo mía.

Josie colocó la cesta de las patatas sobre una mesita cerca de un sofá de la sala de estar. Luego cogió mi pollo frito y las bebidas y las colocó junto a las patatas.

Puso una pequeña sonrisa.

—Debería, um, haberte mencionado que tenías una fiesta de cumpleaños.

—¿En serio? —murmuré.

—Tarta —intervino Deacon, brincando hacia la mesita—. Te hemos traído una tarta.

—Yo tampoco tengo nada que ver con la tarta —anunció Luke y cuando le miré se encogió de hombros—. En realidad solo estoy aquí para ser testigo de tu reacción.

No tenía palabras.

—No tienes idea de lo que tuve que hacer para que Libby hiciera esta tarta. Por cierto, Libby es una de nuestras maravillosas cocineras de la cafetería —explicó Deacon—. Y creo que es una tarta maravillosa.

En ese momento miré la tarta, la observé bien, y mis ojos se abrieron de par en par.

—¿Spiderman?

Josie bajó el mentón en un intento fracasado de esconder su sonrisa.

—Pensamos que te gustaría Spiderman.

Abrí la boca. Sí, me quedé sin palabras mientras miraba la pequeña y redonda tarta. Libby debería dedicarse al negocio de las tartas, porque esa era una magnífica

representación exacta de Spiderman, hasta las mayas azules y las telarañas.

—Solos iba a intentar venir, pero ha estado fuera explorando toda la mañana —dijo Josie, entrelazando las manos—. Pero te desea un feliz cumpleaños.

Ahora la estaba observando otra vez, absolutamente... perplejo, y no podía creer que de verdad estuviera usando esa palabra, pero estaba impresionado.

—Comamos tarta antes de que tengáis que hacer algo importante como entrenar, chicos. Y yo tengo que ir a clase y fingir que presto atención —dijo Deacon, volviéndose hacia la tarta.

Junto a ella había platos.

Hasta tenían platos.

Globos de penes. Tarta de Spiderman. Y platos de plástico con las palabras FELIZ CUMPLEAÑOS escritas en múltiples colores —colores que combinaban con la tarta de Spiderman.

—Feliz cumpleaños, tío —Luke me dio una palmada en los hombros cuando pasó por mi lado hacia Deacon.

Colocándose detrás de él, rodeó con el brazo la delgada cintura del puro y se inclinó para besarle el cuello.

—Yo quiero el borde.

Deacon se enderezó y, con una sonrisa, levantó el dedo cubierto de glaseado. Sosteniendo la mirada de Luke, se chupó el glaseado blanco del dedo, provocando que este se pusiera rígido... probablemente en muchas zonas.

Alguien iba a tener suerte más tarde.

Un suave toque en el hombro captó mi atención. Miré hacia abajo y encontré a Josie observándome mientras se mordisqueaba el labio inferior. Me hizo pensar en mí haciendo lo mismo y eso envió unas descargas directas a mi polla.

—¿Estás cómodo con esto? —preguntó en voz baja—. Yo solo quería... ya sabes, celebrar tu cumpleaños.

Parpadeé, volviendo a la realidad. Aún de pie delante de la puerta, no había dicho más de dos palabras. Solo me había quedado ahí, observando. Como un completo estúpido.

—Yo... creo que es genial. Gracias. —Aclarándome la garganta, miré a los chicos y hablé más alto. El alivio cruzó su rostro—. Gracias.

Luke asintió mientras se hacía a un lado con un plato de tarta en la mano.

Cuando Deacon continuó cortando el resto de la tarta, me acerqué a Josie y le tiré con suavidad de la coleta. Cuando se inclinó hacia mí, la rodeé con el brazo y acerqué la boca a su oreja.

—Nadie ha... ha hecho nunca esto por mí.

Josie retrocedió, sus ojos buscaban los míos.

—¿Hacer qué? ¿Celebrar tu cumpleaños?

Negué con la cabeza.

—No. Esta... esta es la primera vez.

El tono de sus ojos azules se oscureció, luego se estiró y me besó en la mejilla.

—Es el primero de muchos, Sethie. Acostúmbrate.

Cerré los ojos y presioné mi frente contra la suya. Supe tres cosas en ese momento. No me merecía eso. No la merecía a ella. Y no tenía el valor de decirle que este sería probablemente nuestro primer y último cumpleaños.

## Josie

Al día siguiente, durante el entrenamiento de la tarde —el momento de la aka-paliza— no podía dejar de pensar en lo que había dicho Seth. Había sido esa misma noche. Le miraba, pensaba en lo que había dicho y solo quería abrazarle.

Vale. Quería hacer otras cosas más divertidas que implicaban algo más que abrazarle, y habíamos hecho algunas de esas cosas, pero no *esa* cosa. Empezaba a estar convencida de que acabarían haciendo otra versión de las películas de Harry Potter antes de que yo echara un polvo.

De cualquier forma, no podía creérmelo. ¿Nadie había celebrado su cumpleaños? ¿Ni una sola persona? ¿Ni siquiera su madre? Era una mierda de madre. Ya lo sabía por lo que él me había contado antes, ¿pero ni siquiera celebrar su cumpleaños?

En cierto modo deseaba que la mujer estuviera viva para poder matarla. Vaya persona tan horrible. O pura sangre. Lo que fuera, era una persona horrible y miserable. Incluso con los problemas que tenía mi propia madre, ella había celebrado mi cumpleaños.

Puede que mamá no me hubiera deseado, pero me quería, y al final eso es lo único que importaba.

El entrenamiento no fue terrible. No como al principio, cuando ni siquiera podía recibir bien un golpe. Ahora sabía cómo caer, no solo para evitar el daño sino para volver a ponerme en pie con rapidez. Sabía cómo bloquear puñetazos y patadas, y también había aprendido a dar algunos buenos.

Me faltaba poco para convertirme en una semidiosa ninja asesina.

—Tienes que usar la daga como si estuvieras preparada para matar a la persona que vas a apuñalar —dijo Seth desde el lateral—, no como si quisieras pincharle con ella.

Lo miré entornando los ojos. Vale. Puede que aún no fuera una ninja asesina. Levanté la daga del Covenant, una afilada y mortífera hoja hecha de titanio diseñada para cortar y rebanar, y aferré el mango.

—No estoy intentando pinchar al muñeco.

—Estás pinchando al muñeco —confirmó Luke.

Se habían unido en mi contra.

Seth fue hacia el muñeco realista y metió el dedo en un corte poco profundo, en lo que también era una piel muy natural. Puag.

—Esta herida —dijo, refiriéndose al corte en el pecho del muñeco—, ni siquiera mataría a un mortal.

Fruncí el ceño.

—Sí que lo haría.

—Los frenaría, eso seguro, pero no los mataría. —Luke volteó la daga en el aire, atrapándola con facilidad. No era para tanto—. Ni siquiera perforaría un pulmón.

Iba a tener que creerle en eso.

—Sabes cómo usar esta daga. —Seth levantó una mano y se la pasó por el pelo—. Te hemos enseñado todo lo necesario. Tienes el agarre correcto, la posición correcta. Sabes dónde golpear a tu oponente. No hay razón para que no utilices la fuerza.

Empecé a defenderme, pero cuando miré todos los cortes del muñeco, supe que llevaba razón. El pecho del muñeco estaba lleno de cortes y cisuras, la mayoría, si no todos, tan profundos como mi dedo. Esos cortes eran de Seth y Luke. Los míos eran superficiales, arañazos en comparación.

Odiaba admitirlo, pero Seth tenía razón. La idea de matar a alguien de forma intencionada me horrorizaba. Es decir, pensar que podía hacerlo y desear poder hacerlo era totalmente diferente a hacerlo de verdad. Pero solo porque algo me horrorizara no significaba que llegado el momento no pudiera hacerlo.

Me protegería a mí misma.

También protegería a los que amaba.

Al menos eso es lo que me decía a mí misma.

Seth miró a Luke.

—Dejémoslo por hoy.

—Pero todavía nos queda una hora —protesté.

—Lo sé —contestó, ladeando la cabeza—. Tú y yo aún no hemos terminado.

Luke pareció captar el mensaje, asintió y al pasar por mi lado me dio una palmadita en el hombro.

—Os veo luego, chicos.

Cuando la puerta de la sala de entrenamiento se cerró tras él, tuve la sensación de que me iba a caer un sermón.

Seth levantó una ceja.

—Tienes aspecto de haberte tragado algo amargo. No voy a echarte un sermón.

Abrí los ojos como platos.

—¿Estás seguro de que no puedes leer la mente y no me estás mintiendo?

Se rio.

—Todo lo que piensas o sientes está escrito en tu cara. —Se estiró y me quitó la daga de la mano—. Quiero que me veas hacer esto.

Le había visto hacer eso durante semanas, pero me crucé de brazos y observé.

Seth sostuvo mi mirada un momento y luego se giró. No hubo vacilación. No como en mi caso, porque el maldito muñeco parecía muy real. Se impulsó sobre una pierna y le clavó la daga hasta el fondo en el esternón. Un golpe mortal en menos de dos segundos. Sin pausa. Sin frenar el ataque en el último minuto.

Extrajo la daga y me hizo frente, su mirada ambarina estaba seria.

—Así debes hacerlo y sé que sabes perfectamente cómo asestar un golpe mortal.

—Lo sé.

Caminó hacia mí y bajó el mentón.

—Pero no lo estás haciendo. No lo has hecho ni una vez sin que te obliguemos a hacerlo una y otra vez, e incluso entonces, acabas haciéndolo porque te frustras con Luke o conmigo.

Fruncí los labios. Quería defenderme, pero volvía a tener razón. Y le odiaba cuando tenía razón, que era demasiado a menudo.

—Hay algo que necesito saber, ¿de acuerdo?

Levanté la barbilla, sonriendo levemente.

—Sí, eres una bestia sexual.

—Eso ya lo sé —dijo con sequedad—, pero no es lo que quiero saber.

—Vale —susurré.

Me sostuvo la mirada.

—¿Puedes hacer esto?

—Sí...

—No quiero que contestes a la pregunta todavía —me interrumpió—. Quiero que lo pienses bien y te preguntes a ti misma si de verdad puedes hacerlo. No me refiero a luchar, ni a usar los elementos. Pregúntate si estás preparada para matar a alguien sin vacilar. Si estás preparada para asestar un golpe mortal antes de que tu oponente te ataque a ti. Si estás preparada para ser el agresor.

Esas preguntas me dejaron fría. Quería decir que podría hacerlo cuando fuera necesario, ¿pero sinceramente? El muñeco, hecho de caucho y piel sintética, se tambaleó un poco frente a mí. No estaba preparada para decir que sí, que podía matar a alguien. Bueno, aparte de animales con mi coche, y aún me sentía fatal por todo eso, ¿pero intencionadamente?

Pensé en Hiperión y cerré los ojos. A él podría matarlo. Sin problemas. Las cosas que dijo e hizo... Inspiré hondo y me estremecí. Ni siquiera necesitaba intentar recordar su frío aliento o el peso de su mano.

Sí, podría matarlo.

¿Pero esto? ¿Matar gente... eh, daimons o lo que fuera? Era diferente. Matar cosas no era lo que me preocupaba. Era quién tenía que ser para sobrevivir. No podía ser débil. Tenía que ser más fuerte que esto. Fuerte como las mujeres Centinelas que veía cada día. Fuerte como me imaginaba que había sido Álex. O fue. Aún lo es.

Abrí los ojos.

—Álex no tenía problemas con matar cosas, ¿no?

Seth parpadeó y dio un paso atrás. Un paso atrás en toda regla.

Mis ojos se ensancharon. No pretendía preguntarlo en voz alta y ni siquiera sabía de dónde había salido aquello. Vale. Sabía de dónde había salido: mi boca, que al parecer estaba conectada a esa profunda, oscura e inconsciente parte de mí que no sabía mantenerse callada.



—Sí, um, puedo... Vale, no he hecho esa pregunta.

Me puse colorada, me volví a toda prisa y caminé hacia donde había dejado la sudadera y el agua.

No podía creer que hubiera sacado a Álex en una conversación como esa.

Seth nunca hablaba sobre Álex.

Por razones obvias, era un tema sensible. Entendía por qué. Seth y Álex tenían un pasado muy extraño. Dado que ambos eran Apollyons, estaban destinados a estar juntos, diseñados de esa forma. Pero Álex amaba a Aiden y yo... no estaba segura de lo que Seth sentía por Álex. Deacon había hecho que sonara como si no fuera tan serio, Pero Deacon no era Seth.

Deacon era el hermano menor de Aiden, así que puede que solo viera lo que quería ver cuando se trataba de Álex y Seth.

El pasado de Seth estaba estrechamente ligado al de Álex y sabía que le había hecho muchas cosas cuando había estado trabajando con Ares y había ahí para ella cuando más lo necesitaba. Demonios, lo había sacrificado todo por la felicidad de Álex. Eso tenía que significar algo.

Lo que sabía con seguridad era por qué había estado Deacon tan nervioso la última semana. Debido a algún trato absurdo con los dioses, Álex y Aiden se habían quedado en el Tártaro durante seis meses y ese tiempo casi había terminado.

Álex y Aiden regresarían pronto.

Me agaché, cogí la sudadera y me la puse. Recogí mi botella de agua, mientras buscaba algo para cambiar de tema. En ese momento, cualquier cosa estaría bien.

—No, no los tenía.

Me paralicé, apretando los labios. Por supuesto que no los tenía. Según Deacon, Álex era la tía más dura que había visto.

—Ella nació y prácticamente creció en este entorno, salvo un periodo de tiempo. Álex es diferente a ti.

Se me revolvió el estómago con una penetrante quemazón. Ridículo, lo sabía, pero el ácido que se acumulaba en mi boca sabía a celos. Unos celos estúpidos e irracionales.

—Pero no fue fácil para ella y tenéis eso en común —añadió tras un momento—. Sé que no le gustaba y le molestaba. Le afectaba.

Despacio, me di la vuelta, aferrando la botella contra mi pecho.

Se había movido silenciosamente y se encontraba solo a unos centímetros de mí.

—Y antes... antes de que todo se desmoronara, ella decía que ya no quería ser Centinela. A pesar de que eso era lo que siempre había querido. Había terminado con todo eso. Con las muertes y los combates.

No sabía qué decir. Ni siquiera sabía si había algo que pudiera decir, porque lo comprendía. ¿Quién no se cansaría de matar y luchar?

—No fue fácil para ella, Josie, pero lo hizo porque era su deber, lo hizo para protegerse a sí misma y a los que le importaban. —Seth se acercó y me sacó la coleta

de la sudadera. La colocó sobre mi hombro—. No será fácil para ti.

Me humedecí los labios.

—No crees que pueda hacerlo, ¿verdad?

Me sostuvo la mirada un momento y luego sus pestañas bajaron, protegiendo sus ojos.

—Una de las cosas que más me gusta de ti, Josie, es que eres muy mortal a pesar de lo que eres y de quién eres.

Un pequeño revoloteo se extendió por mi pecho.

—No sé si tomármelo como un cumplido o no.

—Lo es. —Inclinó la cabeza y me besó en la comisura de los labios—. Vamos. Volvamos y cojamos unas palomitas. Podemos ver una película antes de que aparezca Deacon y nos obligue a ver otra temporada de «Sobrenatural».

—Me encanta «Sobrenatural».

Sonrió con suficiencia.

—Te encanta Dean Winchester.

—Culpable —murmuré, muy consciente de que Seth estaba evitando por completo mi pregunta, pero no insistí.

Probablemente porque ya sabía la respuesta, lo que él creía.

Y, chico, era una enorme desmotivación.

No dije nada cuando Seth colocó la daga en la pared, colgándola en su sitio junto a las otras relucientes armas mortales. Nos dirigimos al vestíbulo principal, pasamos varios estudiantes que iban hacia otra de las salas de entrenamiento. No tenía ni idea de si eran mestizos o puros, pero iban vestidos como yo. Estaban entrenando para ser Centinelas.

Me apostaba lo que fuera a que ellos no tenían problemas con matar cosas.

El sol vespertino había caldeado el aire, pero aún no se parecía a las temperaturas de Misuri o Virginia en mayo. Dudaba que alguna vez hubiera hecho mucho calor aquí y hacía un frío espantoso bajo la sombra del saliente de las instalaciones de entrenamiento.

Mientras caminaba junto a Seth, hice lo posible por ignorar las miradas a nuestro alrededor. La mayoría de la gente de aquí seguía pensando que yo era una mortal. Por alguna razón, no podían sentirme como a los demás. Imaginé que era por algo que había hecho Apolo o quizás porque era una semidiosa. Tampoco es que Apolo estuviera por allí para decírmelo. De todas formas, todo el mundo miraba a Seth. Todo el mundo. Todo el tiempo.

Resultaba molesto.

Le miré. La sonrisa seguía en sus labios. Sí, él también sabía que todo el mundo estaba mirando. En vez de centrarme en eso, pensé en lo que habíamos hablado la noche anterior. Últimamente Seth tenía la costumbre de hacerme unas preguntas hipotéticas muy raras. ¿Qué estaría haciendo si mi padre no fuera Apolo? Respuesta fácil. Seguiría en Radford, estudiando psicología. Me preguntó a dónde iría si no

tuviera que estar aquí, es decir, qué lugar visitaría. Tardé un poco en responder, porque quería pensarlo bien. Al final me decidí por Escocia, porque me fascinaba la historia del país. Cada vez que intentaba hacerle las mismas preguntas, acababa quedándome dormida antes o nos interrumpían.

—Tengo una pregunta para ti —dije.

—Probablemente tenga una respuesta para ti.

Sonreí.

—Si pudieras ir a cualquier parte del mundo, ¿a dónde irías?

Puso cara de sorpresa.

—¿En serio?

—Sí. —Me reí—. Sabes que yo iría a Escocia...

—Sé que tardaste unos quince minutos en responder a esa pregunta.

—Cállate y contesta a mi pregunta.

—No tengo claro cómo hacer ambas cosas.

Puse los ojos en blanco.

—Seth.

Puso esa *sexy* y exasperante sonrisa de suficiencia.

—Creo que iría... a casa, a las islas Cícladas en Andros. No he estado allí desde que me fui —hizo una pausa—. Me pregunto si hay alguien allí todavía. No vivía mucha gente cuando yo estaba allí. No era una isla muy poblada.

Si me hubiera dicho que era un gran fan en secreto de «One Direction», me habría sorprendido menos que por esa respuesta. Basándome en lo dura que fue su infancia, no podía imaginarlo queriendo volver allí.

—¿Por qué allí?

Se encogió de hombros.

—No lo sé. Solo quiero verla. Es algo difícil de explicar.

Lo medité un momento y me pregunté si tenía que ver con enterrar los fantasmas de su pasado.

—¿Querías...?

Un grito de sorpresa fuerte y estridente me interrumpió. Mientras mi corazón se saltaba un latido, un horrible crujido atravesó el patio, un chasquido que resonó en las estatuas de mármol. Un grito agudo y penetrante le siguió. Luego otro. Me di la vuelta al mismo tiempo que Seth se ponía delante de mí, protegiéndome de lo que estuviera ocurriendo.

Pero era demasiado tarde.

Lo vi.

—Jodidos dioses —murmuró Seth.

Horrorizada, me tapé la boca con la mano y me tambaleé hacia atrás, parpadeando. Pensé que lo que veía era una alucinación, pero no. Era real.

Un cuerpo colgaba en el aire, justo en frente de las instalaciones de entrenamiento, por dónde Seth y yo acabábamos de pasar. Unas piernas enfundadas

en unos vaqueros colgaban rectas, balanceándose hacia delante y hacia atrás. Tenía una especie de cadena alrededor del cuello, que estaba doblado en un ángulo poco natural.

Alguien se había ahorcado.

Oh, dios mío, no. Mi mirada se detuvo en su pecho. No. No se había ahorcado, lo habían ahorcado.

En su pecho había un trozo de papel, una hoja de cuaderno clavada con alguna especie de cuchillo. Las palabras eran fáciles de leer, incluso con el estómago empapado de sangre, y difíciles de olvidar.

**NO A LOS MESTIZOS LIBRES**

Se formó una pequeña multitud al instante, sus rostros estaban borrosos. Se me revolviéron las tripas y tuve que apartar la vista. El cuerpo —la persona— no debía de ser mayor que yo, puede que más joven. No podía olvidar su rostro. La mandíbula floja. La horrible palidez. La mirada azul perdida.

—Esto está mal —dijo una chica, con voz temblorosa—. Es un desastre.

—Oh, dios mío, ese es Brandon —dijo otra chica.

Se abrió paso entre la multitud. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Que alguien lo baje, por favor. —Se giró hacia algún chico entre el gentío—. ¿Por qué nadie lo baja?

Pero Seth ya estaba en camino.

Con rostro frío e inexpresivo, desprovisto de emoción, se acercó y con una increíble delicadeza rodeó las piernas con un brazo, deteniendo al pobre chico. Seth levantó el brazo izquierdo y una luz ámbar bailó sobre sus nudillos. El flujo de energía pura dio en el centro de la cadena y la partió en dos.

Seth cogió el cuerpo y lo dejó sobre el pasillo de mármol. Se levantó sin decir nada. Un pequeño músculo se tensó en su mandíbula mientras examinaba el techo de las instalaciones de entrenamiento. Allí ya no había nadie, pero todo ser aquí, en este campus, era superápido. Podrían haber lanzado al chico desde el borde y haber desaparecido antes de que... se partiera el cuello.

Si es que eso era lo que había matado al chico. El cuchillo en el pecho podría haber hecho el trabajo. La bilis subió por mi garganta y amenazó con salir.

—¿Qué demonios...?

Me volví en dirección a la voz de Solos. Atravesó la multitud y aminoró el paso cuando vio el cuerpo en el suelo. La piel morena que rodeaba la cicatriz irregular de su cara palideció.

—Dioses —gruñó, mirando hacia abajo.

—Alguien lo ha colgado —dijo Seth con voz monótona.

La primera chica que había hablado se acercó, con los ojos violetas abiertos de par en par.

—O alguien usó una compulsión en él. Le obligó a hacerlo.

Un murmullo creció entre el pequeño grupo y esa horrible bilis en mi garganta estaba a punto de salir. ¿Una compulsión? Buen dios, ni siquiera podía imaginar por qué alguien querría obligar a otra persona a hacer algo tan horrible. Pero los puros tenían esa habilidad. Al igual que Seth. Los dioses también tenían esa habilidad. Podían hacer que un mestizo o un mortal hicieran lo que ellos quisieran. Lo había visto con mis propios ojos. Incluso ahorcarse. O apuñalarse. Esa clase de poder era aterrador.

Inquietante.

—De todas formas, quienquiera que lo haya hecho ya se ha ido.

Seth se giró para observarme. Nuestras miradas conectaron un momento y luego se volvió hacia el cuerpo. Le dijo algo a Solos, pero demasiado bajito para poder oírlo.

Solos se colocó a un lado, frente al grupo.

—Bueno, necesito que todo el mundo se mueva. Id a vuestras clases o donde tengáis que ir, pero no debéis estar aquí.

—Sí, porque es el escenario de un crimen. —El chico alto y fornido iba vestido como yo, con el uniforme de entrenamiento del Covenant. Estaba segura de que era un mestizo—. ¿O simplemente no os importa porque es un mestizo?

—Considerando que soy un mestizo, me importa. —Solos cambió de posición. Aparecieron los Guardias vestidos de blanco, diferente al uniforme negro de los Centinelas—. Ya lo sabes, Colin.

Seth se volvió hacia el cuerpo, se quitó la camiseta y se quedó en mangas cortas. Se acercó al cuerpo con cuidado y respeto, cubriendo el rostro del hombre con su camiseta.

Aparté la mirada otra vez, apretando los labios. Esto estaba mal, tan mal que la palabra «mal» ni siquiera lo abarcaba. Ese chico era un extraño para mí, pero me dolía el corazón y estaba enferma por las consecuencias, por lo que había justo frente a nosotros.

Lo mataron simplemente porque era un mestizo.

Eso no estaba bien en absoluto.

—Puede que a ti te importe, pero sabes muy bien que a más de la mitad de los que están en este maldito campus no les importa una mierda lo que ha estado ocurriendo. No les importará cuando los dioses empiecen a asesinarlos —le desafió el chico llamado Colin—. Nunca les ha importado.

—Lleva razón —dijo una voz desde detrás de la multitud. Una chica—. Sabes lo que le pasó a Felecia hace dos días.

No sabía quién era Felecia ni qué le había pasado.

La mandíbula de Solos se tensó.

—Lo están investigando. Ellos...

—Un puro usó una compulsión en ella, la violaron y luego se la turnaron. —Colin se volvió, con la voz llena de rabia—. ¿Y qué habéis hecho? Absolutamente nada.

Oh, dios mío. Iba a vomitar.

—¿Y qué? A nadie le importa y Felecia es una puta. Así que, qué más da.

Di un respingo, incrédula, y Seth se volvió hacia la multitud. Los Guardias uniformados de blanco se pusieron tensos.

Varios estudiantes se echaron a un lado, revelando a un chico alto, rubio platino.

—Dime que no has dicho eso —murmuró alguien.

Se encogió de hombros.

—¿Qué? —Su tono arrogante rezumaba burla—. Ya sabes lo que dicen. El único mestizo que interesa es el que está drogado o muerto.

Seth explotó.

Pasó muy deprisa.

Atravesó el pasillo volando y alcanzó al chico en un suspiro. Agarró el cuello del rubio platino, que supuse que era un puro, y lo levantó del suelo. La ropa se rasgó.

—Ni siquiera voy a pedirte que lo repitas.

El rubio platino palideció un segundo antes de que Seth echara el brazo hacia atrás y le soltara un puñetazo que hizo rebotar su cabeza. Las manos del rubio platino arañaban frenéticamente los brazos de Seth, intentando liberarse, pero no lo conseguía.

Tras unos segundos la multitud retrocedió, dejándole a Seth —el Apollyon— más espacio. Los Guardias ni siquiera intentaron detenerle.

—Seth —le advirtió Solos con calma mientras avanzaba hacia él, pero sin acercarse.

—Pero puedo ver en tus ojos que lo crees de verdad. —La mano libre de Seth volvió a cerrarse en un puño—. ¿Y sabes qué, gilipollas? Puede que seas un puro y puede que una vez hubiera reglas que protegían tu estúpido culo, pero esas reglas jamás se aplicaron a mí y a lo que puedo hacerte.

Me tensé, congelada en el sitio.

—Y sigue siendo así —añadió Seth.

Lanzó otro golpe, un puñetazo que habría destrozado la mandíbula de un mortal. Le partió el labio al rubio platino y la sangre salpicó cuando su cabeza cayó hacia atrás.

Solos se acercó un poco más.

—Es suficiente, Seth.

No escuchaba y, por un momento, temí que no lo haría hasta que fuera demasiado tarde.

Salté hacia delante, saliendo de mi estado de estupefacción, pasé a Solos corriendo y llegué al lado de Seth. Aferrándome a su bíceps con ambas manos, esperé.

—Seth. Ya basta. Déjale ir.

Después de un segundo, creí que iba a ignorarme y a romperle la cabeza al chico y, aunque a una parte de mí le parecía bien, no podía permitir que Seth lo hiciera.

Poco a poco, bajó el brazo y soltó al puro. El chico aterrizó sin fuerzas en el suelo con un golpe sordo.

Vale. Bien. Seth lo dejó ir.

Seth se dio la vuelta, su pecho se agitaba con rapidez. Nuestras miradas se encontraron y tomé un poco de aire. El tono ambarino de sus ojos era brillante e intenso como una mañana de invierno. Me miraba, pero ni siquiera estaba segura de que me viera. Un escalofrío me recorrió la columna mientras le soltaba el brazo.

Era como mirar a los ojos de un extraño.

## Seth

Tenía ganas de pelea. Una de verdad. Nada de darle una paliza a algún puro idiota. Eso no enfriaría el fuego en mi sangre. Quería una pelea de verdad.

—¿Te vas a sentar o te quedarás dando vueltas hasta que dejes una marca en el suelo de madera?

Por desgracia, como estaba en la oficina del Decano del Covenant, no habría pelea.

Al volverme hacia dónde se encontraba Marcus Andros, sentado tras un gigantesco escritorio de caoba, no pude obviar la presencia del alto y siempre silencioso Centinela que estaba justo a su derecha.

Alexander.

El hombre por el que Álex tomaba su nombre. Su padre. Un antipático Centinela con el que ni siquiera yo me metía. No hablaba porque el estúpido Consejo, que ya no existía, le había cortado la lengua hacía años.

Me crucé de brazos.

—¿Qué estáis haciendo al respecto?

—Nada. Supuse que era la mejor forma de actuar —dijo con sorna—. Dejarlos que se maten unos a otros.

—Esa es la impresión que me da —mantuve una mirada atenta en Alexander—. Lo que ha ocurrido hoy no es un hecho aislado. Desde que llegué aquí, se han estado peleando. Una lucha en la que los puros prenden fuego a los mestizos. ¿Y usan compulsiones?

Se levantó de su asiento.

—Sé lo que ha estado pasando en mi campus, Seth. ¿Crees que me parece bien? ¿Que no he estado utilizando todos los recursos posibles para mantener las cosas en calma? —Rodeó el escritorio y se detuvo delante de mí. Alexander se movió paralelamente a él—. Por si lo has olvidado, tengo a más de la mitad de mis Centinelas y Guardias protegiendo el Covenant de posibles sombras o Titanes. Sabes muy bien que las cosas han estado tranquilas en lo que a ellos respecta, pero no durará mucho.

Claro que lo sabía. Esa mierda me mantenía despierto por las noches, pero no era lo que me hacía desear partir a alguien en dos.

—¿Qué hay de esa chica, Felecia? ¿Qué les ha pasado a los cabrones que le hicieron eso?

Marcus suspiró con fuerza mientras volvía la mirada hacia la ventana que daba al patio.

—No sabemos quién fue el responsable. Estaba bajo una compulsión. No recuerda quién lo hizo.

—Entonces castrad a todos los malditos puros del campus.



Su mirada se encontró con la mía.

Alexander sonrió, parecía aprobar mi sugerencia.

—¿Crees que no quiero hacerlo? —La voz de Marcus era baja, de una calma mortal—. Lo que le hicieron a esa chica fue más que reprochable. Y estamos haciendo todo lo posible por investigar dónde estuvo y quién podría haberla visto. Si alguien sabe algo, no lo dice, bien porque elige no hacerlo o bien porque está asustado.

Apreté los dientes. Hoy era la primera vez que oía hablar de la chica y de lo que le había ocurrido, y sabía, joder si lo sabía, que ella no era la primera ni sería la última. Me hizo pensar en lo que le hicieron a... a Álex cuando estuvimos en el Consejo de los Catskills. Le habían drogado la bebida y, bueno, fue un maldito lío en el que yo no había ayudado exactamente.

Marcus se dio la vuelta y cogió una taza. Imaginé que habría algún licor fuerte en esa taza marrón.

—Podrías haber matado a ese chico, Seth.

Levanté una ceja, preguntándome si la expresión de mi cara decía que me importaba una mierda, ya que eso era exactamente lo que pensaba respecto a lo de matar a ese imbécil.

Bajó la taza.

—Y está claro que no te importa en absoluto. —Suspirando, dejó la taza en el escritorio—. Con todo lo que está pasando ahora, lo último por lo que necesito preocuparme es por ti.

—No necesitas preocuparte por mí.

Alexander inclinó la cabeza hacia un lado y levantó las cejas. A pesar de no decir nada, toda su expresión gritaba «oh, ¿en serio?».

—Es un poco difícil no preocuparse por ti, Seth. —Marcus se sentó detrás de su escritorio—. Y sabes muy bien por qué.

Me reí con disimulo mientras bajaba la barbilla. Para Marcus —demonios, para todo el mundo aquí— yo era un bala perdida. Solo esperaban el momento en que explotara.

La puerta se abrió detrás de mí y entró un pequeño ejército de Guardias, manteniendo las distancias mientras se dirigían hacia donde Marcus esperaba.

No hacía falta que me dijeran que era hora de que me fuera. Marcus solo me toleraba, y lo que estaba ocurriendo entre mestizos y puros no era algo en lo que él quisiera implicarme.

Eso no significaba que yo no me implicaría si fuera necesario.

Salí de su oficina hacia el ancho pasillo, donde los Guardias permanecían como centinelas, y bajé el millón de escalones que había tenido que subir para llegar a su oficina. Desde allí, pasé un rato examinando los muros que rodeaban la universidad. La noche había caído y los muros exteriores estaban bien protegidos. Por ahora. Pero las sombras ya lo habían cruzado una vez. Volverían a hacerlo.

Mi estómago vacío se quejó. No había cenado, pero no estaba de humor para una

verdadera comida. Recordé las sobras de la tarta de cumpleaños en la habitación de Josie y tomé esa dirección. De vuelta al dormitorio, hice casi el mismo camino que habíamos hecho Josie y yo antes, pero en lugar de pasar por las instalaciones de entrenamiento las rodeé.

El lugar en el que había colocado el cuerpo estaba limpio. El mármol estaba impecable. No quedaba ni rastro de que hubiera pasado algo, salvo por una única rosa roja que descansaba allí.

Un homenaje.

Una jodida rosa.

Antes de darme cuenta, me había detenido y estaba mirando la rosa roja recién cortada. En unos pocos días se marchitaría, ¿pero habría más flores? ¿Cómo hacían los mortales en el escenario de una muerte?

Estúpidos puros. Cualquiera con dos dedos de frente sabía que habría problemas una vez que se aboliera la Orden de Razas, ¿pero esto? Esto era... Sí, no había palabras. ¿Y lo que le ocurrió a esa chica?

No bromeaba cuando sugerí castrar a todos los malditos puros.

—De locos, ¿verdad?

Levanté la cabeza, me giré y casi me quedé boquiabierto.

Una ninfa estaba apoyada contra la estatua de mármol de Hera, con las piernas cruzadas. El mismo hombre ninfa que había estado fuera de la casa de los abuelos de Josie. Aún llevaba los mismos pantalones de piel y estaba casi convencido de que el pecho de ese cabrón brillaba bajo la luz de la luna.

—¿Te has perdido o algo? —pregunté—. Los bosques están más allá de los muros.

Unos ojos rasgados se fijaron en mí.

—Sé dónde estoy. ¿Y tú?

—Uh. —Hice una pausa—. Bueno, ni siquiera sé cómo responder a eso.

Se apartó de la estatua y en un abrir y cerrar de ojos estaba arrodillado dónde había yacido el cuerpo.

—Durante cientos de años, mortales e inmortales han intentado matar a todo el que no fuera como ellos. Incluso cuando la misma sangre corre por una piel y unos huesos casi idénticos —inclinó la cabeza hacia un lado mientras observaba la rosa—. Nunca fue solo un problema de los mortales, ¿sabes? Lo aprendieron de los de nuestra especie. A amar. Y a odiar.

Mis cejas se levantaron.

—Te enfurece la muerte de este mestizo. —Extendió un esbelto brazo y recorrió el tallo verde con la punta del dedo. Un segundo después, apareció una enorme cantidad de rosas. La ninfa se levantó y me miró por encima del hombro—. La violencia genera violencia.

—Estoy bastante seguro de que Martin Luther King hijo dijo eso.

—Sabias palabras de un hombre sabio —contestó, haciéndome frente—. La

violencia se pudre y se convierte en una especie de odio amargo e infeccioso, Apollyon. Se propaga como el cáncer, uno que solo puede ser eliminado de raíz. Muchos aquí y en el mundo están afectados por ella, y esos puros responsables... bueno, algunos pueden ser una causa perdida.

Eso no era una sorpresa.

—Tú ya tienes esa enfermedad.

Parpadeé.

—Te está corroyendo, acercándose cada vez más a tu alma. Caminas por una delgada línea, que te llevará a ser incapaz de distinguir lo correcto de lo incorrecto. Te estamos observando. —Levantó el mentón—. *Ellos* te están observando.

Eso tampoco era una gran sorpresa.

La ninfa miró hacia el cielo ónice cubierto de estrellas.

—Los Titanes no son los únicos seres que les preocupan. Lo que hay dentro de ti debe ser eliminado, Asesino de Dioses.

¿Asesino de Dioses? ¿Qué coño...?

Yo no era el Asesino de Dioses. Álex se había convertido en él, o quizás aún lo era. No tenía ni idea de si ella seguía siendo un Apollyon o un Asesino de Dioses ahora que había sufrido una muerte mortal y se había convertido en semidiosa. Tampoco es que existieran los *emails* o los móviles en el Tártaro, así que no podía llamarla y preguntarle. Por otro lado, no podía imaginarme poniéndome en contacto con ella aunque pudiera.

Miré a la ninfa.

—¿Eso qué...?

Puf. Y eso fue todo. La ninfa se había ido y, bueno, fue rarísimo. Una clara advertencia, una advertencia muy extraña.

No obstante, las rosas fueron un bonito detalle.

Sacudí la cabeza mientras me daba la vuelta y empezaba a caminar, intentando olvidarme de la aparición y las inesperadas palabras de la ninfa, pero era muy difícil. Casi imposible.

Me detuve en la puerta de Josie y me miré la mano derecha. No tenía marcas en los nudillos. Nada. Estaba seguro al noventa y nueve por ciento de que le había roto la mandíbula a ese puro y ni siquiera tenía la mano hinchada.

Y también estaba seguro al noventa y nueve por ciento de que lo habría matado si Josie no me hubiera detenido.

Mi mirada se centró en su dormitorio cerrado. Sabía que estaba allí dentro, pero me separé de la puerta.

«Está claro que no te importa en absoluto».

Las palabras de Marcus resonaron en mi cabeza. No sabía si tenía razón o no. Si me habría importado matar a ese puro o no.

Y sabía lo que eso decía de mí.



## Josie

—Ya sabes, he hecho muchas cosas raras, cosas que probablemente no quieras escuchar —confesó Deacon mientras observaba la entrada de la biblioteca—. Pero acechar a una bibliotecaria es bastante raro.

Le miré.

—¿Tan raras como tirarte a mi padre?

Sus ojos se estrecharon.

—Vale. Esa es una de las cosas raras que probablemente no quieras conocer.

Resoplé como un cochinillo. Eso era muy cierto.

—Apolo dijo que debía hablar con la bibliotecaria, supongo que se refería a esa mujer tan rara con la que me topé un día. No la he visto desde entonces y nadie del personal sabe de quién estoy hablando.

Deacon se apartó un rizo de la frente mientras empezaba a subir los empinados y amplios escalones.

—Dime otra vez cómo es.

—Era muy alta, como Seth, y esbelta. Tenía el cabello rubio muy rizado, recogido hacia atrás. —Hice una pausa, sin aliento, mientras subía los escalones. Jesús. Tanto entrenamiento y esos escalones seguían siendo mortales—. Llevaba unas gafas de sol enormes, lo que me resultó muy raro, ya sabes, estando dentro. De cualquier forma, apenas pude verle la cara.

—Uh. No suena como una bibliotecaria normal. Por otra parte, no sé muy bien como luce una bibliotecaria normal. —Deacon llegó arriba y me esperó—. Ya sabes, las bibliotecas del Covenant enrarecen a los mestizos.

—Seth dijo algo así.

*Seth.*

Ugh.

Anoche no apareció en mi habitación, no era muy grave, pero después de lo que ocurrió ayer con el mestizo y luego el puro, estaba... estaba preocupada por Seth. Por cómo me había mirado como si ni siquiera me estuviera viendo. Había frialdad en sus ojos, no necesariamente dirigida a mí, pero aun así inquietante. Ese no era Seth.

Deacon se adelantó y abrió la pesada puerta de titanio. La cantidad de dinero que se habían gastado en construir este lugar tenía que ser astronómica.

—Luke odia este lugar. Resulta muy raro que se ponga nervioso en estos edificios. Pasaba lo mismo en Deity Island —explicó mientras entrábamos en la biblioteca—. Sea lo que sea, los mestizos sienten algo... raro en estos lugares.

Inspiré profundamente, disfrutando el aroma a humedad de los libros. Hasta

donde llegaba la vista, había estanterías enormes y abarrotadas que iban del suelo al techo. Entre ellas había lámparas de araña que probablemente costaban más que una licenciatura.

—Me pregunto por qué ellos lo sienten pero vosotros no. —Nos dirigimos hacia la primera fila. Todo lo que haríamos sería deambular hasta la cena, esperando cruzarnos con la misteriosa bibliotecaria—. Tenéis más éter.

Deacon se encogió de hombros a la vez que se metía las manos en los bolsillos de los vaqueros.

—Pasa lo mismo con lo de ser capaces de ver a través del *glamour* de un daimon. Para nosotros los puros, parecen normales. ¿Pero para los mestizos? Los ven como son de verdad, algo que parece sacado de una película de terror. —Hizo una pausa—. Ahora que eres una verdadera semidiosa, me pregunto si puedes ver a través del *glamour* de un daimon.

Arrugué la nariz.

—¿Sería una debilidad esperar no descubrirlo nunca?

—No. —Se rio, dándome un golpe con el hombro—. Significa que estás cuerda.

Aliviada porque no pensara que era una gran cobarde, vagamos entre las estanterías, pasando a varios estudiantes apiñados en las grandes mesas, con las cabezas metidas en sus libros.

Suspiré.

Echaba un poco de menos el colegio.

Y echaba mucho de menos a mi antigua compañera de cuarto, que resultó ser una furia. Hiperión le había causado unas lesiones horribles a Erin, y Apolo, mi padre, dijo que se estaba curando en el Olimpo. Me dijo que estaba bien, pero necesitaba verlo por mí misma.

Nos acercamos a la parte de atrás de la biblioteca y en alguna parte de una sección llena de libros, que estaba casi segura de que estaban escritos en griego, la temperatura bajó de forma considerable. Incluso con el suéter, se me puso la piel de gallina en los brazos.

—¿Vosotros conocíais al... al mestizo que fue asesinado ayer?

Negó con la cabeza mientras girábamos a la izquierda, pasando una serie de puertas cerradas.

—No. He oído que era un Centinela. Debía graduarse este semestre. Luke conoce a uno de sus amigos. Dijo que se trasladaría a las Vegas después de esto, para trabajar cerca de una comunidad pura.

—Es muy triste. —Me crucé de brazos—. Y está muy mal. No puedo ni imaginármelo.

—Sí —exhaló—. Tuvo que ser una compulsión. No hay otra explicación para que un puro le ganara la partida a alguien que era casi un Centinela completamente entrenado. Ni siquiera un puro que sepa utilizar bien un elemento.

—No lo comprendo y ni siquiera es porque no entienda la política de aquí —

expliqué, echando un vistazo a la escalera en espiral de hierro forjado que llevaba al segundo nivel—. Nosotros hemos tenido los mismos problemas en el, um, mundo mortal. Aún los tenemos y tampoco lo entiendo. Cómo puede la gente odiar tanto a otra persona como para herirlo o matarlo por diferencias tan superficiales.

Deacon estaba callado mientras subíamos las escaleras. Cuando llegamos arriba, tenía los labios fruncidos.

—Siempre ha sido así para los de nuestra especie. Probablemente durante eones, los puros han tratado a los mestizos como una mierda.

Un bibliotecario nos pasó corriendo, echándole una mirada desagradable a Deacon.

Él sonrió mientras le enseñaba el dedo de en medio, provocando que yo también sonriera.

—Me sorprende un poco que los mestizos no se estén rebelando.

—Aún —susurré mientras analizaba las estanterías de allí arriba—. No los culparía si lo hicieran.

—No. —Sus manos volvieron a los bolsillos—. Hace dos años, Luke habría sido sometido al Elixir o asesinado si se hubiera descubierto que tenía una relación con un puro. ¿Y sabes qué me habría pasado a mí?

Negué con la cabeza.

—Me habría ganado un guiño y quizás un choca los cinco. —Frunció los labios—. Así es. La mayoría habrían matado a Luke y me habrían aplaudido en secreto por haberme tirado al *asistente*.

Se me revolvió el estómago.

—Es una mierda.

Deacon asintió despacio.

—¿Sabes qué es incluso peor? Que esa mentalidad no ha cambiado, Josie. No después de lo que pasó con Ares o de lo que está pasando ahora con los Titanes. La intolerancia es literalmente el Bollycao de las emociones humanas. Esa mierda sobrevivirá al apocalipsis.

Me estremecí, ya que lo más aterrador de lo que había dicho era que probablemente llevara razón.



Estaba hambrienta.

La noche había caído y Seth aún estaba DEC. Vale, no estaba exactamente desaparecido en combate. Durante el entrenamiento había dicho que era probable que llegara tarde, porque iba a hacer algunas rondas de vigilancia fuera con Solos. No tenía ni idea de lo que estaba vigilando, ya que ahí fuera no había nada salvo árboles.

Y más árboles.

Supuse que solo quería salir de estos muros y no podía culparlo por ello. A pesar

de que el campus de la Universidad era precioso y gran parte de ella aún era reciente y muy nueva para mí, estaba incómoda. Mucho. Y estaba segura de que Seth también, sobre todo porque no estaba acostumbrado a estar confinado en un lugar.

Pero yo seguía hambrienta. Mis caderas estaban a punto de empezar a comerse entre ellas.

Deambular sola por el campus no era algo contra lo que me hubiera advertido Seth, y no me sentía insegura haciéndolo. Los estudiantes y la mayoría del personal pensaban que era una especie de mascota mortal, pero no lo era y sabía que podría defenderme si fuera necesario.

Me levanté del pequeño sofá y cogí mi sudadera. Me la pasé por la cabeza y me saqué el pelo húmedo de debajo, dejando que cayera por mi espalda. Cogí las llaves de la mesita y salí fuera.

Los estudiantes holgazaneaban en el espacioso y fresco recibidor de la residencia alrededor de la televisión, que tenía el tamaño de un Hummer. No teníamos nada así en la residencia de Radford. Tampoco teníamos esos fantásticos y cómodos sofás. Me había sentado en el rojo. Una vez. Quería casarme con él.

Por supuesto, nadie me prestó atención cuando salí por las puertas, que habían sido arregladas de la vez que entraron las sombras. Nadie me prestaba atención a menos que Seth estuviera conmigo y, en realidad, solo lo miraban a él. Yo era como una especie de complemento, las patatas fritas del Big Mac.

Mmm. Patatas fritas.

Sabía lo que iba a coger en la cafetería.

Probablemente perdería peso si, por una vez, comiera algo verde y con hojas o asado, pero el beicon era como un orgasmo en la boca y era difícil encontrar unas patatas fritas tan fantásticas. Sinceramente, creo que la comida de aquí se hacía con algún tipo de magia, porque todo sabía mejor.

El aire de la noche era frío, como de costumbre, mientras cruzaba el césped y llegaba al camino. La cafetería no estaba lejos de la residencia y, ya que servían comida hasta medianoche, estaba bastante segura de que podría conseguir un plato de patatas fritas.

Y tal vez incluso un grueso y jugoso...

—No deberías estar aquí fuera sola.

Me quedé sin respiración en respuesta a la inesperada voz y me giré, encontrando al instante su procedencia. Sorprendida, reconocí que seis meses antes me habría caído al darme la vuelta con tanta rapidez.

A medio camino de ser una ninja.

El chico salió de la sombra de un olivo, el cual no tenía ni idea de cómo seguía vivo en esas condiciones. Enseguida lo reconocí del día anterior.

Colin.

Mi corazón desaceleró. Vale, él no sería un problema. Al menos, no lo creía.

—Estoy bien. Solo voy a la cafetería.



Se acercó a mí despacio, como si le preocupara que saliera corriendo en dirección opuesta.

—¿Dónde está el Apollyon?

Sí. Yo era las patatas fritas del Big Mac.

—Está patrullando fuera, así que voy a por algo de comer.

—Entonces iré contigo.

Levanté una ceja.

—Gracias, pero no es necesario.

—Mira, no intento ser dominante, pero no es seguro para ti estar aquí fuera sola.

Más cerca, pasó por debajo de una de las farolas. Su cabello negro brillaba, un extraño y, por supuesto, extremadamente atractivo contraste con sus ojos azul zafiro.

—Viste lo que pasó ayer. Muchos de los puros de aquí no ven a los mortales mucho mejores que los mestizos.

La cosa era que yo no era una mortal. Pero, dado que lo manteníamos en secreto y nadie parecía sentir mis poderes de semidiosa, ese era mi as bajo la manga.

—Si el Apollyon no está por aquí, tal vez deberías ir con Deacon o Luke —me ofreció—. Has estado mucho con ellos.

Vale. Este tío era una especie de observador. Por otro lado, todo el mundo pensaba que era una mortal, así que posiblemente estaban al tanto de con quién andaba.

—Su nombre es Seth y, como he dicho, estoy bien.

—De acuerdo —dijo tras unos segundos—. No se puede decir que no lo haya intentado.

Puse una sonrisa forzada.

—Buenas noches. —Me di la vuelta, di un par de pasos y me di cuenta de que seguía justo detrás de mí. Miré por encima del hombro—. Vas a seguirme, ¿verdad?

Sonrió con timidez.

—Yo también iba a la cafetería cuando te vi.

—Ahá.

—Así que he supuesto que podríamos ir juntos.

Al no responder y empezar a caminar otra vez, me alcanzó con facilidad, manteniendo un brazo de distancia entre nosotros.

—Por cierto, mi nombre es...

—Colin —respondí, sonriendo cuando la sorpresa cruzó su rostro—. Oí a Solos llamarte así ayer.

—Guay. —Hubo un instante de silencio—. Estoy entrenando para ser...

—¿Centinela? —Esta vez me reí cuando torció el gesto—. Solo he supuesto que eso era lo que hacías.

Me miró.

—El Apolly... Quiero decir, ¿Seth te ha estado entrenando?

Asentí.

Colin no respondió enseguida.

—Es un poco raro que alguien, en especial el... um, Seth, entrene a un mortal o incluso que un mortal conozca nuestra existencia.

Un pequeño escalofrío de inquietud me recorrió la piel.

—Estoy segura de que no soy el único mortal que conoce vuestra existencia.

—Cierto, pero...

—Es una larga historia —dije un momento después y esperé que lo dejara correr.

Colin lo hizo en cierta manera.

—Probablemente porque te estás entrenando no te preocupa andar por aquí fuera, pero tienes que saber algo, no importa lo bien que te entrene, no eres competencia para un puro o un mestizo a la hora de la verdad.

Se me escapó otra risa.

—¿En serio?

Frunció aún más el ceño y no dijo nada mientras girábamos la esquina del edificio.

—Y sé que nada de esto es de mi incumbencia.

—¿Pero asegurarte de que consiga unas patatas fritas a salvo sí lo es?

Soltó una risita.

—Bueno...

Un destello de luz rojiza procedente de las sombras iluminó el patio. Con una increíble velocidad, Colin saltó hacia atrás mientras la bola de luz —no, de fuego— se estrellaba contra el edificio y se extinguía. El olor a chamuscado llenó el aire.

¿Pero qué...?

—Oh, has fallado. —Un chico alto avanzó—. Tienes que trabajar tu puntería.

—Mierda —murmuró Colin, moviéndose para colocarse a medio camino delante de mí.

—No he fallado —otra voz se elevó fuera de las sombras. Se formó una chispa de luz roja, proyectando sobre su portador un inquietante brillo rojo—. Solo ha sido una advertencia.

Luego vi al segundo chico y se me revolvió el estómago. Era él, el chico al que Seth había dado una paliza. Incluso bajo la escasa luz podía ver que su mandíbula estaba morada e hinchada. Y la furia y la promesa de venganza en su expresión eran innegables.

Solo pude pensar en dos palabras.

Oh. Mierda.

## 6

Mi corazón retumbaba en el pecho y un destello de miedo se mezcló con inquietud al ver a los dos puros. El que había recibido una paliza de Seth jugueteó con la bola de llamas extrañamente brillante, como lo haría un mortal con una pelota de béisbol.

Sin perderlo de vista, di un pequeño paso hacia atrás y hacia un lado para salir de detrás de Colin. En el fondo, sabía que razonar con ellos sería inútil, pero tenía que intentarlo.

—No queremos problemas. Solo íbamos a por algo de comer.

—¿Parece que nos importe lo que tú quieras? —preguntó el rubio platino.

—Debería —le desafió Colin. A ambos lados, sus manos se convirtieron en robustos puños. Era imposible no verlos—. No creo que quieras tocarle las narices al Apollyon otra vez. Eso conseguirás si te metes con ella.

—Que le den al Apollyon —contestó el rubio platino y la bola de llamas que revoloteaba sobre su palma vibró—. A fin de cuentas, sigue siendo un estúpido mestizo. No vale una mierda.

El otro puro le lanzó una mirada nerviosa al rubio platino. No parecía que estuviera de acuerdo con lo que estaba ocurriendo.

—Eres un idiota intolerante —escupió Colin—. Y eres...

Todo ocurrió muy rápido y yo reaccioné sin pensar. El rubio platino echó el brazo hacia atrás y supe que estaba a punto de lanzar la bola de fuego. Había una posibilidad de que Colin no fuera capaz de quitarse de su camino tan rápido como la última vez. Ni siquiera lo pensé.

Estiré el brazo y accedí al poder que corría por mis venas. Suponiendo que apagar las llamas provocaría menos daños, convoqué el elemento agua. La inmediata ola de energía fue magnífica. Iluminó cada célula de mi cuerpo como si hubiera estado esperándolo. Utilizar el éter, bueno, era como volver a casa al final del día y quitarte por fin el sujetador.

Era así de agradable.

La energía estalló fuera de mí, levantando algunos de mis cabellos. Hubo un segundo en el que vi la sorpresa cruzar el rostro del rubio platino, con una reacción muy cómica. Boquiabierto. Los ojos como platos. Habría deseado tener una cámara para capturar el momento. La bola de fuego desapareció.

Por supuesto, los lancé a *todos* en diferentes direcciones.

El rubio platino y su amigo salieron volando por el aire, golpeados por una ráfaga con la fuerza de un huracán. Colin se estrelló contra el edificio. Había querido utilizar el agua y eso no es lo que salió de mí. El viento también funcionó, supongo.

Puse cara de dolor cuando los dos puros golpearon el suelo a una buena distancia y su impacto hizo vibrar los árboles cercanos. El viento se asentó a nuestro alrededor. Unos cuantos segundos después, los dos puros se encontraban de pie y estaban...

estaban *corriendo*.

Me sentí como una tía dura.

Colin tropezó, observándome mientras jadeaba.

—¡Joder!

Sonriendo, di unos saltitos mientras bajaba el brazo y me volvía hacia Colin. Lo vi enderezarse, aliviada de ver que no parecía herido.

—¿Cómo has hecho eso? —preguntó, sacudiendo la cabeza.

—Te dije que estaría bien sin Seth —dije.

Parpadeó una vez y luego dos.

—Entonces no eres una mortal. ¿Qué... qué eres?

No estaba segura de lo que podía decir llegados a este punto. Colin sabía que no era una mestiza y acababa de verme utilizar el elemento aire. Solo podía decir la verdad a estas alturas. Tomé aire y encontré su mirada.

—Soy una semidiosa.

## Seth

En el momento en que Solos y yo cruzamos de vuelta los muros interiores, supe que pasaba algo. Marcus se encontraba cerca del primer conjunto de estatuas altas. Por un momento, me pregunté si habrían aparecido más ninfas soltando estupideces sin sentido, pero no era eso.

Detrás de él, sentada en un banco iluminado por una de las farolas, estaba Josie, junto al mestizo de ayer. ¿Cuál era su nombre? ¿Cole? ¿Ben? Ni puñetera idea.

Fruncí el ceño a medida que nos acercamos. Josie parecía demasiado inocente allí sentada, con las manos dobladas con remilgo sobre su regazo y las rodillas juntas. Creo que nunca la había visto tan... quieta. O su rostro tan inexpresivo.

Sin duda, había pasado algo.

¿Y por qué estaba con Cole, Ben o cualquiera que fuera su nombre?

—¿Qué ocurre? —preguntó Solos, aminorando.

Los observé mientras me cruzaba de brazos.

—Me da la sensación de que no me va a gustar lo estoy a punto de oír. —Hice una pausa y mi mirada se desvió hacia el mestizo que estaba junto a Josie—. Estás un poco cerca de ella, ¿no, tío?

El chico enseguida se movió hacia la derecha mientras Josie ponía mala cara. Se fue tan lejos que pensé que se iba a caer del banco.

Marcus levantó una ceja cuando miró a los dos en el banco.

—Ha habido un altercado entre ellos y dos puros.

No me importaba lo que pareciese o lo que pensara nadie. Un segundo estaba cerca de Solos y al siguiente estaba frente a Josie, arrodillándome para estar a su mismo nivel.

—¿Estás bien?

Ella miró a Marcus y luego asintió despacio.

—Estoy bien.

Analicé cada centímetro de su piel, pues no estaba seguro de creerla del todo. Sí, estaba entrenando y podía luchar, pero había un miedo ilógico fraguándose en el fondo de mi estómago.

—¿Qué ha pasado?

Josie se mordió el labio inferior.

—Bueno...

—Ella iba hacia la cafetería a por algo de comer —dijo el chico, poniéndose de pie. Me miró a la cara y se colocó detrás del banco, como si eso fuera a ayudarle si quisiera hacerle algo—. Yo volvía a mi habitación cuando la vi. Sola. Y con todo lo que está pasando, no creí que fuera seguro para ella estar allí fuera, y yo... —se le quebró la voz y tragó con dificultad.

—Creo que no te he preguntado a ti.

Josie suspiró.

—Seth.

—¿Por qué no meas a su alrededor? —sugirió Solos.

Levanté la mano y le enseñé el dedo sin volverme para mirarlo.

—Tampoco estoy hablando contigo.

Al ponerse de pie, Josie me pegó con suavidad en el brazo.

—Ya vale. No ha sido para tanto. Esos dos chicos estaban siendo unos estúpidos y uno de ellos le lanzó una bola de fuego a Colin.

—Falló —añadió Colin.

Entrecerré los ojos.

Josie continuó mientras se cogía el pelo y empezaba a retorcerselo.

—En cualquier caso, el chico intentó lanzar la bola de fuego otra vez y casi no lo pensé, ¿sabes? Solo actué.

Y ahora sabía a dónde llevaba esto.

—Usó el elemento aire —explicó Marcus—. Saben que ya no es una mortal.

Un músculo de mi frente empezó a palpar.

—¿Quiénes son? Aparte de este chico de aquí.

—Los dos puros, que Colin fue capaz de identificar, han sido capturados y serán acusados de instigar a la violencia —declaró Marcus con voz monótona—. No necesitas saber quiénes eran.

Me giré hacia él.

—¿De verdad? Voy a tener que discrepar.

—Da igual que discrepes, Seth. —Marcus hizo una pausa—. Recuerdo lo que le pasó a Jackson después de que llevara el entrenamiento demasiado lejos. Esta es mi decisión.

Apreté los labios cuando el pasado me explotó en la cara. Hacía mucho que no pensaba en Jackson. No tenía ni idea de si ese idiota presumido aún seguía vivo. No

había sido muy fan de Álex y un día, durante el entrenamiento, le pisoteó literalmente las costillas. Se la devolví. Multiplicado por diez.

—¿Jackson? —murmuró Josie.

Negué con la cabeza. Eso no era algo que ella necesitara saber. Demonios, ya sabía bastantes cosas malas sobre mí.

Mi mirada se encontró con la de Colin. La sostuvo durante un momento y luego la bajó. Él sabía quiénes eran ese par de imbéciles y me daba la sensación de que estaría encantado de decírmelo. Luego tendría una pequeña charla con él.

—Entonces, ¿saben que eres una semidiosa?

Asintió.

—¿Lo siento?

—No tienes que disculparte. —Le pasé la mano por la nuca y le apreté con suavidad—. Te defendiste. Hiciste lo correcto.

—Estoy de acuerdo —declaró Marcus—. Nadie salió herido. En realidad asustó a los dos chicos.

Sus labios temblaron.

—Se va a descubrir, probablemente muy pronto. —Marcus cambió el peso y alzó la barbilla—. Esto tenía que pasar y no creo que cause muchos problemas. Si acaso mantendrá a los insensatos lejos de ella.

Era cierto, pero eso significaba que la tratarían como a un mono de feria y todo el mundo se le quedaría mirando. No quería eso para ella.

—Bueno, entonces no ha sido para tanto, ¿no? —Solos se pasó una mano por la cabeza, alisándose la maraña de pelo que se había apartado de la cara—. Pensaba que le había prendido fuego a alguien.

Josie frunció los labios.

—Eso solo *casi* me pasó una vez.

Detrás del banco, los ojos de Colin se ensancharon. Bueno. Josie era muy caliente. Literalmente. Unos segundos después, con la promesa de Colin de que no diría nada, todo el mundo se dispersó. Solos fue con Marcus a informarle de nuestra vigilancia, que no fue gran cosa. No habíamos encontrado daimons cerca, pero lo más extraño fue la absoluta ausencia de animales o pájaros. Eso no era muy normal y no teníamos ni idea de lo que significaba.

Volví con Josie a su habitación y, una vez dentro, saqué las dagas del Covenant y la Glock cargada de titanio y las dejé sobre la mesita.

—¿De verdad estás bien? —le pregunté, sacándome la camiseta de los pantalones tácticos—. ¿Y no estás fingiendo que no ha pasado nada?

—No fingiría que no ha pasado nada.

Chorradas. Desde que me desperté en el hospital después de que sus poderes de semidiosa se hubieran desbloqueado, me ha estado diciendo que casi no recordaba el tiempo que pasó con Hiperión y sabía que era mentira.

Sus pesadillas lo confirmaban.

—¿Estás bien? —me preguntó ella, caminando por la habitación.

—¿Eh?

Se sentó en la cama y se quitó los zapatos.

—¿Estás bien? —repitió mientras se quitaba el suéter y lo lanzaba al suelo.

—Sí. —Me apoyé contra el marco de la puerta—. ¿Por qué lo preguntas?

Alzó un hombro.

—Estabas un poco... distante durante el entrenamiento y eso. Solo me aseguraba de que estabas bien.

Mi mirada se centró en el movimiento de sus dedos del pie. La noche anterior había dormido en mi habitación, necesitaba espacio para aclarar mis ideas y deshacerme del resto de la ira. No me parecía correcto estar con ella cuando sabía que me daba igual si mataba al chico o no.

No me parecía correcto estar aquí ahora.

Pero aquí es dónde estaba y no planeaba cambiarlo de momento. Irse sería lo que una persona decente habría hecho.

—Estoy bien —dije, por fin—. Así que, ¿asustaste a esos puros?

Sonrió cuando asintió.

—Tío, se levantaron y corrieron. Y quiero decir que *huyeron*. Me sentí genial.

Solté una risita mientras cerraba la puerta.

—Eres una pequeña tía dura.

—Fui una tía dura total. Es decir, me sentí como... —Hizo una pausa, su boca se movía sin emitir sonido mientras me quitaba la camiseta.

Mi sonrisa fue lenta, indulgente, mientras su mirada descendía y deambulaba por mi pecho y mi estómago desnudos. Me quité las botas y los calcetines.

—¿Qué estabas diciendo, Josie?

Sacudiendo la cabeza, parpadeó con rapidez.

—Yo... Yo no pretendía usar el elemento aire. Quería usar el agua.

—No me sorprende.

—Imbécil.

Al estirarme de costado junto a ella, le guiñé un ojo.

—¿Qué? ¡Eh! Al menos usaste bien un elemento sin provocar daños graves.

—Oh. Guau. ¿Se supone que eso es un cumplido?

—Claro. Si eso te hace sentir mejor contigo misma.

Puso los ojos en blanco.

—Eres un encanto.

—Es lo que mejor se me da. —Le cogí la mano y la atraje hacia mí—. Ahora en serio, ¿estarás bien si la gente descubre lo que eres?

Arrugó la nariz. Dioses, lo seguía encontrando adorable.

—Supongo. Es decir, no tengo elección. ¿Tú qué piensas?

—Creo que irá bien. —Deslicé el dedo por debajo el tirante de su camiseta—. Y si no, si te pones furiosa, los haces volar cuando intentes ahogarlos.

—Cállate —se rio.

—O puede que emerja uno de los poderes de Apolo y los conviertas en cenizas con olor a pis de gato. —Le bajé el tirante, dejando a la vista la tira blanca de encaje de su sujetador—. Eso es lo que siempre amenaza con hacerme.

—Genial. —El rosa inundó sus mejillas y sus ojos brillaron de excitación—. ¿Cómo... cómo fueron las cosas en el exterior de los muros?

—Aburridas —murmuré, bajando la tira blanca—. Ni daimons, ni sombras.

Su pechó se hinchó de forma brusca.

—Eso son buenas noticias, ¿no?

—Sí. —Continué con su camiseta, bajándola más allá de su brazo, hasta que la copa del sujetador quedó expuesta. El intenso movimiento de su pecho tensaba el borde de encaje de una forma deseable—. Aunque no había animales. Ninguno. Ahora que lo pienso —dije, deslizando el dedo por el encaje—. Tampoco oí ningún insecto.

—Es raro. —Se quedó sin aliento cuando rocé con el dorso de la mano la parte de delantera del sujetador—. ¿Qué podría significar?

Levanté la mirada y sonreí ligeramente al ver que tenía los ojos cerrados.

—No estoy seguro. Solos va a estar pendiente.

—Suenas como un plan. —Su mano encontró el camino hasta la parte baja de mi estómago. Yo ya estaba duro. Parecía estarlo siempre que estaba cerca de ella, pero su simple tacto me la puso más dura—. Hoy he ido otra vez a la biblioteca.

—¿Has descubierto algo? —tanteé y encontré el cierre del sujetador. Con un movimiento de dedos las copas se aflojaron.

—No —dijo, su voz era apenas un susurro—. No creo que la vaya a encontrar.

Mi mano volvió a la parte delantera y enganché los dedos en el centro del sujetador. Tiré de él hacia abajo y los rosados y erectos pezones quedaron a la vista. Magnífico.

Colocándola sobre su espalda, descendí y llevé la boca a sus pechos. Con un profundo jadeo, presionó los hombros contra la cama cuando su espalda se arqueó. Cubriendo su pecho con mi otra mano, deslicé el dedo gordo sobre el erecto pezón. Gimió a la vez que enredaba los dedos en mi pelo.

—Tal vez... tal vez no existe —dijo, con una voz áspera muy sexy.

—La encontrarás —mi voz estaba más espesa, más ronca, cuando levanté la cabeza y contemplé mi trabajo. Mis labios se estiraron hacia un lado—. Tiene que estar allí, en alguna parte.

Josie no respondió. Respiraba con dificultad y rapidez. Sentí que sus dedos me soltaban el cinturón y luego el botón. La cremallera bajó a continuación y la punta de sus dedos se detuvo en el elástico de mis calzoncillos.

Todavía dudaba. Como si no supiera si lo estaba haciendo bien, lo que me dejó alucinado, porque cuando se trataba de esto, no había nada que ella pudiera hacer mal.



Ni una maldita cosa.

Acerqué mi boca a la suya mientras me bajaba los calzoncillos y luego coloqué mi mano sobre la suya. Presioné su palma contra mi longitud y el gemido fue incesante. Sus dedos se curvaron a mi alrededor y apreté la mandíbula cuando una sensación salvaje corrió por mis venas. Su mano empezó a moverse. Nuestras lenguas se enredaron y su sabor y su tacto casi me sobrepasaron. Se estremeció debajo de mí, su mano se volvía más segura con cada movimiento.

Había otra parte de ella que quería volver a probar. Gracias a los dioses que llevaba pantalones anchos y no me costó nada deslizar mi mano dentro y llegar...

—Veo tus símbolos —susurró Josie con voz sorprendida.

Una ola de energía me recorrió la columna. Surgieron más símbolos en mi piel, moviéndose y formando símbolos diferentes, como respuesta a la presencia de un *dios*.

Salté hacia atrás.

—Mierda.

—*Seth* —la voz de Apolo resonó desde el salón—, tienes que estar de broma.

La sangre huyó del rostro de Josie y luego volvió a subir desde su cuello, coloreando sus mejillas de un rojo intenso.

—¡No entres aquí! —gritó ella. Su mano seguía en mi polla y eso no era una gran ayuda—. ¡No te atrevas a entrar aquí!

—No pensaba hacerlo —contestó Apolo y un segundo después sonó como si se hubiera echado en el pequeño sofá.

Gruñendo, aparté su mano de mi polla y rodé hacia un lado. La ayudé a ponerse el sujetador y la camiseta antes de salir de la cama.

—Estáis tardando mucho ahí dentro —comentó Apolo.

—¿En serio? ¿Tienes algún tipo de sexto sentido enfermizo para esto? —me la volví a meter dentro y subí la cremallera. Apolo era el maldito Dios Cortarollos y uno de sus poderes era provocar dolor de huevos—. Dioses.

—No es mi culpa que cada vez que venga de visita estés intentando tirarte a mi hija.

—Oh, dios mío. —Josie se levantó de golpe y se tapó la cara con las manos—. Esto es muy raro y no está nada bien. Voy a necesitar años de terapia.

—Tú y yo —murmuré, poniéndome el cinturón.

Apolo resopló en el salón.

—Te vendría muy bien la terapia, Seth, y no tiene nada que ver con esto.

Levanté la cabeza, con las manos aún en el cinturón y los labios fruncidos.

Josie cogió la sudadera con capucha y se la pasó por la cabeza. Me miró.

—Todavía puedo ver los símbolos —lo dijo en voz baja mientras seguía el dibujo de mi pecho con la punta de los dedos—. Es precioso.

Le cogí la mano y la llevé hasta mi boca. Le besé la palma.

—Tan pronto como se vaya, volvemos a empezar.

—He oído eso —dijo Apolo resoplando—. Y hace que quiera asegurarme de que volver a empezar no te lleve a ninguna parte.

—Oh, dios mío —susurró Josie.

Puse los ojos en blanco mientras cogía mi camiseta y me la ponía.

—¿Preparada?

Parecía querer decir que no, pero asintió. Todavía se estaba acostumbrando a lo de que Apolo fuera su padre. Tenía que ser raro para ella, sobre todo porque lo había conocido brevemente cuando era una niña. Se había presentado como Bob. Bob. En serio. Y solía llevarle muñecas y caramelos. Por lo visto, Apolo no era consciente de que había alcanzado un puesto alto en la escala de «extraños peligrosos».

Tampoco ayudaba que Apolo no pareciera lo suficientemente mayor para ser su padre, ya que aparentaba tener entre veinte y treinta años.

Colocando la mano en la parte baja de su espalda, caminé con ella hacia el salón. El cuerpo fornido de Apolo ocupaba todo el sofá. Era un tipo grande. Al menos dos

metros y bastante ancho. Hoy venía de él. Pelo rubio. Ojos azules idénticos a los de Josie.

En otras palabras, no parecía un bicho raro.

Josie le dirigió un pequeño saludo con la mano.

—Hey.

Él le sonrió y, una vez más, me quedé impactado por el sincero afecto en su mirada y su expresión. Hasta Josie, la verdad es que no pensaba que Apolo tuviera un gran alcance emocional. Era obvio que se preocupaba por Álex, pero ni siquiera entonces parecía ser tan profundo.

Apolo se levantó con facilidad.

—No he podido visitarte tanto como me habría gustado —dijo en forma de disculpa por su continua ausencia parental.

—Lo entiendo. —Josie entrelazó las manos—. Sé que estar cerca de mí te debilita. Y sé... sé que estás ocupado haciendo, ehm, cosas de dioses.

Sonreí. Estaba seguro de que Apolo estaba ocupado fastidiando a todo ser viviente, así es como la mayoría de los dioses pasaba el tiempo, porque si de verdad hicieran algo útil el mundo se acabaría.

Luego me miró a mí y su expresión volvió a la aburrida indiferencia a la que estaba acostumbrado.

—¿Te gustaría añadir algo, Seth?

Levanté una ceja.

—No.

Me observó de una forma que sin duda mostraba que estaba considerando hacerme atravesar la pared.

—Me encantaría quedarme, pero no puedo estar aquí mucho tiempo. —Volvió a centrar la atención en su hija—. Tengo noticias.

Eso era sorprendente. Normalmente solo aparecía y se iba sin motivo alguno.

—¿Buenas o malas noticias? —preguntó Josie.

Apolo esbozó una sonrisa.

—Yo diría que son buenas noticias.

Ella expulsó la tensión exhalando con suavidad.

—Bien, es bueno oírlo.

—¿Qué pasa? —pregunté, cruzándome de brazos y pensando que más valía que fueran unas noticias fantásticas, dado lo que había interrumpido.

—Es urgente que encontremos al resto de semidioses antes de que lo hagan los Titanes, pero hasta ahora habría sido como buscar un gato de pelo largo en una habitación llena de gatos himalayos.

¿Cómo buscar qué en qué?

Josie arrugó el ceño mientras abría la boca y luego la cerró de golpe.

Sacudió un poco la cabeza.

Él continuó.

—Ya que la mayoría de mis hermanos no han estado... pendientes de su descendencia, nos podría llevar años encontrarlos. No podemos permitirnos ese lujo.

—¿Debo suponer que has descubierto otra manera de localizarlos?

Entornó los ojos.

—No me quites protagonismo, Seth.

Puse los ojos en blanco.

—De ninguna manera, por favor, continúa.

—Gracias por tu permiso —respondió, jocosamente—. He descubierto que hay algo que puede sentir a un semidiós, incluso si sus poderes están bloqueados y ocultos.

—¿De verdad? —Josie se sentó en el brazo de la silla junto a la mesita—. Por favor, dime que no es algo para lo que necesito a esa bibliotecaria, porque estoy bastante segura de que se ha ido del país o algo así.

Sus comisuras se elevaron.

—Ella sigue por aquí, pero es... ¿cómo decirlo? ¿Tímida? Sigue buscándola. La encontrarás. —Inclinó la cabeza hacia un lado—. Pero no, no la necesitas para esto. Lo que necesitamos es otro semidiós.

Puse cara de sorpresa.

—Espera. Eso no ayuda mucho. No tenemos otro semidiós aparte de Josie. A menos que ella pueda sentirlos.

—Ella no puede sentirlos —contestó.

—Ni siquiera puedo sentirte a ti cuando apareces —dijo ella, con los hombros caídos—. ¿Por qué no tengo alguna especie de mecanismo de alerta interno superguay?

—Sí puedes. —Apolo desvió su mirada azul cielo hacia mí—. Pero eres nueva en esto y voy a aventurarme a decir que estabas demasiado distraída para saber lo que estabas sintiendo.

Le sonreí, la clase de sonrisa que sabía que odiaba.

—Oh —murmuró Josie desde su asiento—. Eso es un poco embarazoso.

—Lo que sea. —La impaciencia llenaba su tono y, por supuesto, iba dirigida a mí. Como quieras—. Un auténtico semidiós puede sentir a otros. De hecho tienen una especie de señal de búsqueda interna. Está relacionado con la cantidad de éter y reconocer la similitud.

—Ah. —Josie me miró, sus ojos se ensancharon cuando nuestras miradas conectaron, e hice lo posible por esconder mi sonrisa.

—Una vez que tengamos un semidiós aquí, en este reino, no tardaremos mucho en localizar a los otros semidioses —explicó Apolo—. La única dificultad será traer uno aquí.

—Por supuesto —murmuré.

Me lanzó una mirada burlona.

—Habrás que hacer un poco de trampas. Salvo nuestra descendencia más reciente, los semidioses tienen prohibido entrar en el reino mortal desde hace cientos de años.

Su presencia podría tener... consecuencias.

—Por supuesto —fue Josie quién murmuró esta vez.

—No me gusta cuánto os estáis pareciendo vosotros dos —declaró Apolo. Josie enrojeció.

—¿Qué clase de consecuencias?

—Gracias por preguntar —contestó y empecé a preguntarme cuánto más duraría esta conversación—. Como sabes, todos los seres inferiores ligados al Olimpo ya no están permitidos en el reino mortal.

—Excepto puros, mestizos y Apollyons —hice una pausa—, y algunas ninfas y semidioses.

—Exacto. —La intensidad de sus ojos azules aumentó—. Si permitimos que uno de ellos cruce, es posible que otras... cosas también lo hagan.

—¿Cómo qué? —preguntó Josie.

—Ya sabes, algún Pegaso o una Hidra. Quizás incluso un Minotauro. En definitiva, nada de lo que preocuparse demasiado.

—¿Hidra? —chilló—. Nada de lo que preocuparse demasiado. Vale.

Apolo sonrió a la vez que asintió.

—En breve tendré el permiso para liberar al semidiós. Sigo esperando a que Hera lo autorice, pero ahora está enfadada con Zeus y eso lo está retrasando todo.

Decidí no hacer comentarios al respecto.

—Vale. ¿Y de qué semidiós estamos hablando?

Su sonrisa se volvió escalofriante, del tipo «esconded a vuestros niños».

—Ya lo verás. —Una brillante luz azul apareció sobre él—. Ahora tengo que...

—Espera un segundo. ¿Por favor? —Josie se levantó—. ¿Cómo está Erin?

El brillo que rodeaba a Apolo se desvaneció.

—Lo está haciendo muy bien. Tengo el presentimiento de que la verás pronto.

—¿Qué...?

El brillo azul aumentó alrededor de Apolo y un segundo después ya no estaba.

—¿... hay de mi madre? —terminó Josie, alzando los brazos a la vez que se volvía hacia mí—. ¿Por qué siempre hace eso?

—Creo que le hace sentirse guay o algo así.

—Bueno, es un poco guay. Es decir, puede aparecer y desaparecer en cualquier parte, pero ojalá escogiera momentos más oportunos.

Resoplé.

—Yo también. Es el rey del momento inoportuno.

Josie sonrió un poco mientras volvía a sentarse en el brazo de la silla.

—Desearía que estuviera más por aquí para poder preguntarle por Erin y mi madre. —Hizo una pausa y sus hombros se desplomaron—. O, ya sabes, pasar tiempo conmigo.

Mientras la observaba, intenté pensar en algo... que la animara, ¿pero qué se podía decir en una situación así? Su padre era un cretino y estaba en la lista de padres

ausentes. Era evidente para cualquiera con dos dedos de frente que a Josie le molestaba. El hecho de que él no intentara arreglarlo, de algún modo, confirmaba lo anterior.

—¿Quién crees que será el semidiós? —preguntó.

—No lo sé. —Me pasé los dedos por el pelo—. Pero conociendo a Apolo será el semidiós más irritante que pueda conseguir.

## Josie

Tuve otra pesadilla anoche.

Esta vez estaba entrenando con Seth, un combate cuerpo a cuerpo. Me había tirado al suelo, salvo que no fue Seth a quien vi.

Fue el mismo rostro desconocido.

Y dijo lo mismo que decía en todos mis sueños. *Te encontraré*. Pero esta vez fui afortunada y obtuve cuatro palabras más de afecto y cariño. *Voy a por ti*.

Me había despertado con sudores fríos y un grito atascado en la garganta. De alguna forma, me las había arreglado para no despertar a Seth esta vez, pero me había fastidiado todo el día. Sin embargo, no creía que el sueño fuera lo único que me atormentaba.

También me angustiaban algunos problemas con papá.

Y problemas con mamá.

Parte de mí estaba emocionada por haber podido ver a Apolo ayer, aunque solo hubiera estado unos minutos. Era como una esponja cuando se trataba de él, absorbía cada valioso segundo, porque excepto aquel único verano, había estado ausente toda mi vida. Yo era como un cachorrito. Cualquier atención era buena. Seguía siendo difícil procesar que tenía un padre que estaba presente, aunque no muy a menudo. Y aún más increíble de procesar era que dicho padre fuera Apolo, el Dios del Sol.

También había otra parte de mí que se cabreaba cada vez que se me iba, porque volvía a *dejarme* una vez más. Nunca habíamos conversado de verdad. No había charlas durante el café o el almuerzo. Nada personal. Había tenido una oportunidad de preguntarle por Erin, pero no por mi madre. Y cualquiera pensaría que Apolo, no sé, empezaría la conversación con noticias sobre mi madre, porque, hola, ella era mi *madre*, pero para nada.

El entrenamiento de hoy se había invertido. Solos trabajó conmigo en los temas físicos por la mañana, lo cual apestaba, porque me había acostumbrado a que patearme el culo no fuera lo primero de la mañana, y el día acababa fuera con Seth.

Y quería darle un puñetazo.

—Concéntrate, Josie. Eso es todo lo que tienes que hacer. —Se paseaba frente a mí, evidentemente harto de todo aquello—. Eso es.

—Si eso fuera todo, ¿no crees que ya lo habría hecho? —repliqué.

Me echó un vistazo.

—No estás concentrada.

—¡Sí lo estoy!

—Definitivamente, eso lo has sacado de tu padre. —Se detuvo a mi derecha, con

los ojos centelleantes—. Un pájaro pasa volando y te quedas mirándolo durante un minuto, no importa lo que estés haciendo. El déficit de atención debe de ser genético.

Me quedé boquiabierta.

—Eso no es verdad.

—¿En serio? —Su expresión se llenó de incredulidad—. Porque hace un par de minutos, cuando se suponía que debías concentrarte en convocar el elemento agua, estabas observando un águila.

—¡Era un águila calva! —alegué, dudando si era la especie de águila que había visto o no—. Y estaba encaramada a esa estatua —señalé la cosa gigantesca de mármol—. ¡La estatua de Artemisa! Es decir, menuda coincidencia.

Alzó las cejas.

—Sabes que utiliza halcones, ¿verdad? No águilas.

—Oh, lo que sea. Sigue siendo muy guay.

Puso los ojos en blanco.

—Vale. ¿Y qué hay de cuando empezamos? ¿Las nubes?

Frustrada, agité los brazos.

—Fueron unos cinco segundos y porque las nubes parecían tetas. Tetas enormes.

Seth me miró.

—No me gustas.

Se acercó a mí.

—Ahora no tengo por qué gustarte, pero necesitas concentrarte. Necesitas mejorar, porque si no nunca dejaras este campus. ¿Lo entiendes?

Con los labios apretados, me negué a responder.

—¿Lo entiendes, Josie? Porque si no puedes convocar los elementos y utilizarlos, ¿cómo vas a ser capaz de controlar el akasha, el más poderoso y mortífero de todos los elementos? —Seth estaba encima de mí. Lo que decía era cierto. Eso tampoco significaba que tuviera que gustarme—. Y si no puedes utilizar el akasha, nunca serás capaz de enfrentarte a los Titanes.

Mis manos se convirtieron en puños.

—Lo sé.

—No lo creo. —Su voz era baja, de una calma mortal. Su mirada se encontró con la mía—. No te dejaré salir de aquí si no crees que puedes defenderte de verdad.

—¿Oh? ¿Qué? ¿Crees que puedes detenerme? ¡Oh, por los *dioses*! —grité.

No pensé. Me volví y estiré el brazo con la palma abierta hacia el muñeco. ¿Quería que me concentrara? Bueno, yo quería hacer que el maldito muñeco atravesara algunas paredes y mucho más. Quizás incluso lanzarle con él. La energía me recorrió y el viento se levantó. Abrí la mano y la sentí... la ola de poder.

Una ráfaga de viento hizo temblar los bancos cuando emergió de mi palma y golpeó el muñeco. Levantó esa estúpida cosa en el aire y la lanzó a unos cuantos metros. El muñeco aterrizó justo delante del pequeño muro de mármol que rodeaba el cementerio, con los brazos y las piernas torcidos.



—Ahí lo tienes. —Me volví hacia Seth de brazos cruzados—. ¿Contento?

Su mirada ultrabrillante me recorrió.

—En primer lugar —dijo, retrocediendo un paso—, acabas de usar «dioses» por primera vez. Segundo, solo tengo que cabrearte para que lo consigas. Sin problemas. Y por último, tus ojos brillan, Josie.

—¿Sí?

Seth asintió.

—Brillan como los de Apolo cuando quiere pegarme. —Fue hasta donde había aterrizado el muñeco, cerca del muro. Lo puso de pie—. Ahora hazlo otra vez.

¿Hacerlo otra vez? Como si fuera un perro aprendiendo un truco nuevo.

—Tienes que hacerlo otra vez —insistió mientras regresaba a su posición de instructor con cara de idiota irritante. Con las piernas abiertas y los brazos cruzados—. Tienes que hacerlo más de una vez y *no* solo cuando estés enfadada conmigo.

La piel me hormigueaba de frustración, y la ira era como lava por mi sangre. Que le den al viento. Estaba muy harta del estúpido muñeco. Harta de no ser capaz de hacerlo bien siempre. Harta de mi madre desaparecida y de mi padre ausente. Harta de las pesadillas. Muy harta de las responsabilidades que jamás pedí.

Simplemente, harta de todo.

Como una flor floreciendo bajo la lluvia, lo que fuera que existiera en el fondo de mí se desplegó. Se abrió un abismo, como cuando estallé con Hiperión. La energía pura se extendió a través de mí y, esta vez, cuando levanté la mano y abrí la palma, no estaba convocando el elemento aire. Accedí al poder de los dioses, la energía que daba vida y la quitaba.

Seth hizo un sonido de sorpresa.

Una luz blanquecina bajó por mi brazo derecho, girando a su alrededor como un ciclón, y después la intensa espiral de luz blanca emergió de mi palma y se estrelló contra el muñeco, lanzándolo por los aires otra vez. El muñeco continuó elevándose, más alto que los árboles que rodeaban el campus.

El akasha cubrió el muñeco, la intensidad fue demasiado para el plástico y la falsa piel. Explotó con un fuerte crujido, rompiéndose en un millón de trozos pequeños que llovieron a varios metros de allí.

Cerré la mano, bajé el brazo y me volví hacia Seth.

—Ahí tienes.

Me estaba mirando de nuevo, esta vez con una mirada febril, y los símbolos habían aparecido, deslizándose por su piel.

—Y sí, lo he hecho a propósito, cara de idiota.

Seth no dijo nada mientras daba un paso hacia mí, pero yo estaba preparada para explotar como ese estúpido muñeco.

—Entiendo que necesito mejorar en esto, pero lo estoy intentando. Lo hago lo mejor que puedo. Yo no he tenido años y años de entrenamiento. ¡He tenido meses, así que disculpa si me distraigo un poco con el águila y las nubes con forma de tetas!

Tenía el rostro tenso, lo que resaltaba sus mejillas angulosas, y seguía viniendo hacia mí con esa mirada *hambrienta* en su cara.

Aún no había acabado.

—Y sé que voy a tener que ser impresionante para enfrentarme a Hiperión y al resto de los Titanes. Créeme. Pienso en ello todos los días —le dije, me tembló la voz cuando las lágrimas me obstruyeron la garganta—. Intento no hacerlo, porque cuando lo hago, pienso en... —me interrumpí, negando con la cabeza—. ¿Sabes qué? Da igual. Voy a tragarme mis sentimientos.

Empecé a darme la vuelta, pero Seth me envolvió la cintura con el brazo y tiró de mí hacia él. Choqué contra su pecho firme y habría rebotado si su brazo no me hubiera rodeado.

—Seth...

Su boca se cerró sobre la mía. Jadeé en el beso cuando retrocedió, levantándome del suelo. Me agarré a sus hombros y en un abrir y cerrar de ojos me encontré presionada entre la fría base de una estatua cercana y el calor de Seth. No había a dónde ir y, a pesar del hecho de que le estaba gritando un segundo antes, no quería ir a ninguna parte.

Si gritarle a Seth iba a acabar con él besándome así, abrazándome así, entonces qué demonios, iba a gritarle más a menudo.

Estaba muy feliz aquí, aunque fuera en público, donde cualquiera podría toparse con nosotros. Por otro lado, mi habitación tampoco era muy privada, dado que Apolo tenía la costumbre de aparecer de forma inesperada.

Seth atrapó mi labio superior entre sus dientes y yo no estaba pensando en nada. Mis labios se separaron en respuesta a la presión y no hubo lugar para nada más que saborearlo y sentirlo, y podía sentirlo muy, muy bien. Notaba su dureza contra la parte baja de mi abdomen y entonces se movió, deslizando su muslo entre los míos.

Mientras su lengua se enredaba con la mía, movió el muslo de la forma perfecta, justo contra mi centro nervioso. El calor fluyó por mis venas y gemí en su boca a la vez que mis manos se clavaban en sus hombros.

—Eso te gusta, ¿eh? —su voz, ronca y *sexy*, enviaba escalofríos directos a mi columna y hacia lugares más interesantes.

—Sí. —Asentí, solo por si no captaba el mensaje.

Se rio contra mi boca.

—¿Sabes lo que eso me hace querer hacer?

—¿Qué?

La lengua de Seth recorrió mi labio inferior.

—Hace que quiera oírte hacer ese sonido. —Frotó su muslo contra mí y obtuvo lo que pidió. Gemí cuando el placer me atravesó—. Y otra vez.

Oh. Oh, por dios.

Su boca volvía a estar sobre la mía, inundándome de besos mientras el brazo que me rodeaba me estrechaba. Bajó la pierna poco a poco, de forma que mis pies tocaron

el suelo.

—Móntame —ordenó de forma brusca.

El calor estalló en mi cara. ¿Montar su pierna? Oh, dios mío, la cara me ardía, pero no fue nada comparado con el resto de las zonas de mi cuerpo. Yo no me moví, así que me agarró las caderas con la otra mano y me hizo moverme contra él. La fricción fue inmediata.

—Seth —jadeé y me estremecí.

—Hazlo.

Su beso se volvió más exigente, más apremiante. La mano en mi cadera me guio de nuevo, meciéndome contra su muslo.

Lo hice.

Sí que lo hice.

No me importaba que estuviéramos fuera o que, básicamente, estuviera montando su pierna como alguien que necesitaba urgentemente una habitación. No me importaba que las cosas hubieran estado raras en el momento previo a esto. O que unos minutos antes estuviera pensando darle un puñetazo.

De puntillas, le rodeé el cuello con los brazos e hice lo que quería hacer sin que hubiera ropa entre nosotros. Balanceé las caderas hacia atrás y hacia delante, despacio en un principio y luego más rápido.

En alguna parte lejana de mí, donde mi cerebro aún funcionaba, no podía creer que de verdad estuviera haciendo esto aquí fuera, pero la exquisita presión que aumentaba en mi centro anuló el sentido común.

La mano que había en mi cadera subió por mi cintura hacia mis costillas, creando una ola de escalofríos tras otra. Entonces pasó la mano por mis pechos y se detuvo en medio.

Seth hizo ese sonido con la garganta, un gruñido que me sacó de la bruma de placer, porque en parte era de excitación, pero... pero también de angustia.

Empecé a retroceder, pero entonces me besó otra vez, y volvió a arrastrarme. Nuestras respiraciones se entrecortaban, con pequeños jadeos entre cálidos e intensos besos. La tensión aumentó. Hundí los dedos en su nuca. Cada terminación nerviosa de mi cuerpo pareció tensarse. Una profunda sensación de presión y atracción emergía de distintas zonas sensibles de mi cuerpo. Y entonces todo enloqueció. El alivio manó de mi centro y es posible que gritara. Sentí como si lo hubiera hecho. De pronto tenía la garganta seca y había un vacío en medio de mi pecho. No sabía si alguien lo había oído o si el viento lo había arrastrado con él y ni siquiera estaba segura de que me importara.

El orgasmo me dejó sin aliento, con las rodillas débiles y completamente satisfecha. Si no hubiera sido por la fuerza con la que me sujetaba Seth, me habría comido el suelo.

Su mano temblaba sobre mi pecho cuando separó su boca de la mía. El puente de su nariz recorrió la curva de mi mejilla y su aliento cálido volvió a bailar sobre mis

labios. Se quedó inmóvil.

Seth retiró la mano y bajó la pierna tan rápido que casi me caigo.

—¿Estás bien, Josie?

Me reí. Qué pregunta más rara.

—Creo que no siento las piernas.

Seth retrocedió, con las manos acunando mis mejillas. Me acercó a él mientras me levantaba la cabeza.

—¿Qué?

Sus ojos estaban en modo luciérnaga. Tenían un luminoso color leonado y los símbolos habían aparecido, deslizándose por su piel con gran rapidez, como si estuviera en presencia de un dios.

—Te brillan los ojos.

Las pestañas de Seth bajaron, pero no había nada que ocultara esos pequeños.

—¿Seguro que estás bien?

—Sí. —Le apreté el hombro, confundida por su preocupación—. Me has dado un orgasmo, Seth, no un golpe en la vagina.

Parpadeó.

Yo sonreí.

—Estoy muy bien. Salvo que ahora siento que necesito una siesta. Y tal vez unas patatas fritas. Sí, definitivamente unas patatas fritas.

—Vale —dijo tras un momento mientras retrocedía, pero aún con el brazo a mi alrededor—. Vamos...

—¿De vuelta a la habitación para que pueda devolverte el favor? —pregunté mientras le tocaba el pecho. Su corazón latía con rapidez bajo mi palma—. ¿Qué tal eso?

Seth se rio, pero fue un sonido apagado. Forzado.

—¿Qué tal si primero conseguimos esas patatas y después ya veremos?

Abrí la boca para protestar, pero solté un bostezo muy ruidoso y molesto justo en la cara de Seth.

—Sí —murmuró mientras me daba la vuelta—. Vamos a conseguirte algo de comer.

## Seth

Josie se quedó dormida mientras se comía las patatas fritas y, por algún milagro, su cara no cayó sobre la grasienta cesta. Estaba acurrucada de costado, con las manos flácidas y abiertas debajo del pecho.

Le quité las zapatillas y le cubrí las piernas con una manta delgada. Una manada de Minotauros podría haber hecho un *flashmob* en medio de la habitación y habría seguido durmiendo.

Sentado en el borde del sofá, la observé dormir como un completo pervertido, pero la observaba para asegurarme de que estaba bien, que respiraba con normalidad. La paranoia me estaba afectando demasiado, porque sabía que estaba bien. ¿Cansada y débil? Sí. Se le pasaría. Quizás no era paranoia, sino culpabilidad.

Sin duda era culpabilidad, porque estaba nervioso y lleno de energía. Excitado como si hubiera salido de una pelea, de un buen polvo. Excitado como cada vez que tocaba a Josie.

Estaba nervioso y jodidamente enfermo.

Cada parte de mí estaba jodidamente enferma, porque el poder que me recorría y esa maldita droga que me hacía tocar el cielo de los dioses no me pertenecían. Era robado. Mierda, era lo peor que podía haber hecho.

Había sucumbido a esa *cosa* dentro de mí.

Cuando convocó el akasha, despertó y empezó a estar alerta. Reclamó y exigió, me susurró, diciéndome lo que podía hacer. Me recordó que podía alimentarme de Josie sin herirla. Y yo la había escuchado. Dioses, había escuchado a esa cosa.

¿Qué demonios me pasaba?

Y todo era culpa mía. No había nada ni nadie viviendo dentro de mí a lo que pudiera culpar.

Tras levantarme del sillón, me acerqué a la ventana de la habitación y aparté las cortinas. Solo me recibió la oscuridad.

¿Qué coño había hecho?

Oh, dioses, sabía perfectamente lo que había hecho. Me pasé la mano por el cabello. Las semanas de trabajo con los elementos habían ido minando mi autocontrol. Mierda. ¿Y hoy? Cuando ella había utilizado el akasha, la ola de poder que me invadió había excavado hondo con garras afiladas, abriendo paso a una necesidad que yo no quería.

Pero no pude ignorarla.

Sabía que debería haberme alejado. Debería haber terminado el entrenamiento en cuanto sentí su éter aclamándome. Joder. Debería haber terminado los entrenamientos

la primera vez que deseé lo que nunca debería haber deseado de ella. Había muchas cosas que tendría que haber hecho, pero no escuché.

—Joder —gruñí, dándome la vuelta mientras me hacía a un lado. Me apoyé contra la pared y eché la cabeza atrás—. *Joder*.

Hoy había perdido el control.

Cuando ella se enfadó y usó el elemento aire fue como una patada en el estómago. También me había puesto cachondo, porque siempre que Josie se cabreaba no podía evitar encontrarlo *sexy*. Pero cuando convocó el akasha, la ráfaga de poder que impregnó el aire me arrastró.

No hubo lugar para advertencias o pensamientos, ni unos segundos para meditar lo que estaba haciendo. Me había convertido en una bola de acción, de mil cosas diferentes, y en algún punto la lujuria, la necesidad y el deseo se mezclaron.

Quise *darle* placer.

Quise entrar *en* ella.

Quise *lo* que había en ella.

Dioses. Todo se había mezclado. No había excusa. En absoluto. Ni siquiera me di cuenta de lo que estaba haciendo hasta que fue demasiado tarde, hasta que sentí que el éter fluía de ella a mí.

Me había alimentado de ella.

Con el estómago revuelto, cerré los puños. Me había alimentado de Josie, de alguien que confiaba en mí de forma irrevocable. Era la peor clase de traición y ella ni siquiera lo sabía. No tenía ni idea de por qué estaba tan cansada después. No se imaginaba la causa de que ni siquiera pudiera terminar de comerse la cesta de patatas fritas.

Lo había hecho y, aunque no estaba pensando ni estaba seguro de que esa fuera la principal razón por la que había ido hoy tras ella, sabía lo que le había ocurrido. Los daimons se habían alimentado de ella antes de que llegáramos a casa de sus abuelos. Hiperión la había sacado de su casa y, aunque no hablaba sobre lo que había pasado cuando la secuestró, sabía que se había alimentado de ella. Después de todo, ese era el motivo principal por el que los Titanes iban detrás de los semidioses. Para Hiperión también era algo personal. Y yo le había hecho a Josie lo mismo que él.

Era imperdonable.

Tuve que ser más fuerte y no lo fui. Había fallado. Y si se enteraba de lo que había hecho le habría asqueado. No podía culparla por ello. Me merecía su aversión y su odio.

Abrí los ojos y me quedé mirando al techo. Ya había hecho esto antes.

A propósito.

Había tenido un objetivo, despertar a Álex antes de lo previsto. Así fue como aprendí que podía alimentarme de éter de esa forma. No sabía que podía hacerlo cuando pasó por primera vez. Hubo otra ocasión en la que debería haberlo hecho mejor y no lo hice.

La historia siempre se repite.

Trastornado, me aparté de la pared y regresé al salón. Josie no se había movido. Me arrodillé a su lado y estiré el brazo, mis dedos se detuvieron justo a un milímetro de su mejilla sonrojada.

Yo no... no merecía lo que tenía con ella.

No la merecía a ella en general.

Mientras la miraba, tuve que preguntarme en qué coño estaba pensando. Desde el principio supe que estar cerca de ella era una idea muy mala. Había hecho cosas horribles en mi pasado y estaba seguro de que seguiría haciéndolas.

No había futuro.

Deseaba el éter como un maldito daimon y no se podía confiar en mí.

Y no había sido capaz de mantenerme alejado de ella.

Lo necesitaba, pero no había querido hacerlo.

Necesidad. Deseo. De vuelta por petición popular.

Aparté la mano y aferré la esquina del cojín.

Intentando no despertarla, me incliné sobre ella y besé sus labios abiertos. Cuando retrocedí, ni siquiera pestañeó. Josie estaba preciosa mientras dormía.

Me levanté y me giré despacio, observando la habitación. Sabía lo que tenía que hacer y, por una vez en mi vida, haría lo correcto.

## Josie

Cuando conseguí abrir los ojos, mi cerebro estaba muy confuso y las telarañas del sueño se adherían con fuerza. Tardé unos minutos en darme cuenta de que estaba tumbada en el pequeño sofá. Me sentía como si hubiera dormido un millón de años... un millón de años en posición fetal.

Con un gesto de dolor, estiré las piernas y oí el crujido de los huesos. No tenía ni idea de qué hora era, pero supuse que si me hubiera quedado dormida Seth estaría aquí despertándome.

Seth.

—Oh, dios —murmuré y me cubrí la cara con las manos. Se me encendieron las mejillas cuando lo que habíamos hecho en público se reprodujo en mi mente con vívidos detalles. Se me escapó una risita estrangulada mientras bajaba las manos hasta mi estómago.

—Guau.

Giré la cabeza hacia la derecha y recordé las patatas. Madre mía, me quedé dormida comiendo patatas. ¿Alguna vez me había quedado dormida antes de acabarme la comida?

Menudo orgasmo.

Un orgasmo totalmente unilateral. Él me había llevado al paraíso y yo me había quedado inconsciente, mientras me comía una cesta de patatas fritas, antes de poder

hacerle lo que tenía planeado para él. Que era mucho, y por supuesto incluía que ambos estuviéramos desnudos y mantuviéramos una verdadera *relación sexual*.

Rodé hacia un lado y observé el reloj. ¡Madre mía! La adrenalina se disparó en mis venas. Al saltar, las piernas se me enredaron en la manta. Con toda la elegancia de una semidiosa, me caí del sofá y mis rodillas crujieron contra el suelo.

—Mierda —gruñí mientras me levantaba.

¡Eran más de las 9 de la mañana! ¿Pero qué demonios? Al ponerme de pie, rodeé la mesita dando saltos y sacudiendo el pie izquierdo para liberarlo de la manta. ¿Por qué no me había despertado Seth? Reduje la velocidad al entrar en el dormitorio, me quité la sudadera y la tiré a un lado. Era evidente que él pensaba que necesitaba un descanso, pero odiaba llegar tarde.

Lo detestaba.

Tras la ducha más rápida que jamás me había dado, me recogí el pelo húmedo en un moño, le clavé un millón de horquillas y luego me puse la ropa de entrenamiento del Covenant.

El primer lugar al que me dirigí fue la habitación al otro lado del pasillo. Llamé a la puerta de Seth, esperé un par de minutos y, al no recibir respuesta, saqué mi estúpido culo a toda prisa de la residencia y fui hacia el área de entrenamiento. Puesto que habían invertido mi horario ahora que Luke empezaba a ir a clases de verano, supuse que allí es donde estaría Seth.

Hacía algo más de calor fuera, es decir, apenas pasaba el punto de congelación, pero el sol había salido y brillaba, su luz dorada se reflejaba en el camino de mármol.

Al girar la esquina, me hice a un lado cuando pasé a un grupo de estudiantes que iba hacia los dormitorios. El año escolar en el Covenant era parecido al de la universidad a la que había ido, excepto que ellos iban todo el año y sus horarios cambiaban tres veces al año. Al final, eso acortaba el tiempo que pasaban aquí, pero no podía evitar preguntarme qué sentido tenía para ellos. Es decir, ¿para qué obtener licenciaturas en botánica o en lo que fuera? La mayor parte de los puros vivía en las comunidades y no interactuaban mucho con el mundo mortal.

Estaba en medio del sendero cuando se me erizó el vello de la nuca. El instinto me llevó a mirar por encima del hombro. El pequeño grupo de estudiantes miraban embobados en mi dirección, con los ojos como platos y las bocas abiertas. Uno de ellos, una morena alta, estaba cuchicheando con otra chica que parecía haber perdido la capacidad de parpadear. Al principio no supe por qué me miraban como si estuvieran viendo un...

Sabían lo que era.

Al fin se había corrido la voz, o tal vez me estaba dando cuenta ahora. De cualquier forma, no estaba segura de lo que debía hacer. ¿Saludarlos? ¿Ser arrogante como Seth y sonreír? Pero en realidad yo no podía sonreír. Lo intentaba. Parecía una adicta al *crack* perturbada cuando lo hacía. ¿O tan solo ignorarlos?

Me decidí por la última, me metí las manos en el bolsillo delantero de mi



sudadera y seguí andando. Era extraño, pero no había espacio en mi cabeza para eso ahora.

Empujé las puertas dobles del edificio de entrenamiento, me apresuré por el pasillo y giré a la derecha, abriendo la puerta sin ventana. Me detuve de golpe, examinando la habitación.

—Um...

Luke y Solos se encontraban junto a las colchonetas, y Luke lucía igual que siempre que entrenábamos, pero Solos iba vestido como él. Nunca había visto a Solos con pantalones de chándal y una camiseta.

Y eran los únicos chicos en la habitación.

—¿Dónde está Seth? —pregunté mientras caminaba hacia ellos.

Luke miró a Solos y cuando el Centinela frunció los labios dejé de caminar. Se me hizo un nudo en el estómago.

—¿Dónde está Seth, Luke?

—Supongo que no te lo ha dicho.

Mi corazón empezó a martillear como cuando tenía que correr.

—Evidentemente, no.

—Esto es incómodo —dijo Solos mientras se frotaba el puente de la nariz con el dedo índice.

Los hombros de Luke se tensaron.

—Seth no va a volver a entrenarte más.

—¿Qué? —El grito llegó hasta el Olimpo, agudo y doloroso hasta para mis oídos—. ¿Qué quieres decir con que ya no me va a entrenar?

Solos intercambió otra larga mirada con Luke y casi pierdo el control allí mismo.

—Dejad de miraros el uno al otro —les pedí, estallando de rabia. Una corriente de aire atravesó la habitación cerrada, haciendo vibrar las dagas colgadas en la pared del fondo—. Y responded a mi pregunta.

—De acuerdo. —Luke levantó las manos—. Cálmate. Nadie quiere salir ardiendo accidentalmente. Al menos yo no. ¿Y tú, Solos?

Solos negó con la cabeza.

Entrecerré los ojos. Estaba a punto de prenderle fuego al culo de alguien a propósito si no me daban una explicación mejor, porque simplemente no entendía qué demonios estaba ocurriendo.

—No sé lo que pasa. Supuse que tú me pondrías al tanto —explicó Luke—. Lo único que sé es que Marcus me citó en su oficina esta mañana y me dijo que tu entrenamiento iba a cambiar. Que Solos ayudaría con la parte física y que elegiría a alguien para que te ayudara con los elementos.

Miré a Luke, no estaba segura de haberle escuchado bien con la sangre palpitando en mis oídos.

—¿Qué?

Solos empezó a hablar y estaba bastante segura de que repetía lo que había dicho Luke, pero sus palabras no tenían sentido. Nada tenía sentido. ¿Seguía soñando? ¿Iba a aparecer un Titán desconocido debajo de las pesadas colchonetas del suelo? No lo comprendía. Un frío entumecimiento se filtró en mi piel y caló hasta los huesos. De pronto estaba congelada, incapaz de moverme. Ni siquiera estaba segura de que estuviera respirando.

Algo no iba nada bien. Regresé al día anterior... a la discusión con Seth fuera y lo que pasó a continuación. Él. Yo. Un orgasmo épico. Todo había ido bien. Normal... salvo por esos momentos posteriores, cuando a Seth le preocupaba haberme herido.

Todo se precipitó sobre mí —sonidos, voces, emociones—, todo regresó en primer plano.

—¿Dónde está? —pregunté, interrumpiendo a Solos.

—No lo sé —dijo—. Hoy no me toca vigilarle.

Luke frunció el ceño.

—Ahora que lo pienso, creo que hoy le toca a Alexander vigilarle. —Hizo una pausa mientras me volvía y caminaba hacia la puerta—. ¡Eh! ¿A dónde vas?

—Voy a buscar a Seth —dije, sin esperar una respuesta.

Abrí la puerta y giré a la derecha para poder salir por la parte delantera del edificio. El primer lugar al que iría sería la oficina del Decano. Sí, un poco imprudente por mi parte irrumpir allí, pero ya sabía que Seth no estaba en su

habitación y ese era el siguiente lugar que debía comprobar.

Apenas era consciente de la resplandeciente luz del sol matutino mientras corría a través del patio, hacia el alto e imponente edificio en el que se encontraba la oficina del Decano. Solo había estado allí una vez, cuando llegué, y tuve la misma sensación de desazón que aquella vez.

Dos estudiantes que bajaban por el sendero se detuvieron en seco cuando me aproximaba. Con ojos como platos, se hicieron a un lado, permitiéndome continuar por el centro del sendero. En ese momento no estaba como para que eso me importara.

Con un nudo en el estómago, entré en el edificio principal, pasando los complejos diseños grabados en el suelo y en las paredes, unos diseños que parecían estar embellecidos con oro. Oro de verdad. Por dios. No caminé por el centro del vestíbulo, al igual que la primera vez que estuve en el edificio, la noche en que Seth y yo llegamos a la universidad. Sabía que el Decano seguramente estaría en su oficina y eso era encima de las ridículas escaleras. Subí esa cosa como una campeona y al final del todo, al fondo del amplio vestíbulo, vi los Guardias vestidos de blanco frente a las puertas dobles de titanio.

Uno de ellos, una bajita y rubia, me observó mientras me aproximaba. Me detuve, respirando con dificultad.

—Necesito ver al Decano.

—¿Tiene cita? —preguntó, con gélidos ojos azules y una voz igual de fría.

Negué con la cabeza.

—Ni siquiera sé cómo pedir una cita, pero necesito verle.

—Lo siento —contestó con voz lineal—, pero está ocupado.

Claro que lo estaba.

—Bueno, entonces me sentaré aquí fuera hasta que deje de estarlo.

El Guardia frunció las oscuras cejas.

—Eso no será necesario. Puedes dejar tu nombre y...

—No voy a dejar mi nombre ni a irme. —Con cada palabra que dije, el tono de mi voz aumentó y la corriente de aire azotó el vestíbulo, revolviendo el cabello de la Guardia rubia—. Así que simplemente plantaré el culo aquí, contra la pared, y no me importa si tiene algún problema con ello...

Las pesadas puertas detrás de los dos Guardias de blanco se abrieron de repente y el Decano del Covenant apareció en medio de ellas. Era un hombre alto, la definición de sofisticación. Un rostro atractivo con el cabello castaño oscuro peinado hacia atrás. Nunca habría adivinado su edad. Solo tenía unas arrugas en los rabillos de los ojos y algunas canas en las sienes.

Ahora tenía una expresión vacía.

—Puedes entrar, Josie.

Mientras caminaba le lancé una mirada a la Guardia rubia, por la que probablemente después me sentiría mal, porque ella solo hacía su trabajo. Marcus se

apartó y, en cuanto entré en la enorme habitación, mi corazón acelerado dio un vuelco.

Seth estaba sentado en la silla frente al gran escritorio, de espaldas a la puerta. Tenía los hombros rígidos y tan rectos como una tabla, y no se dio la vuelta, ni siquiera miró en mi dirección a pesar de saber que estaba allí. El nudo en el estómago se retorció de forma dolorosa.

—No creo que me busques a mí —dijo Marcus, cerrando la puerta detrás de él.

Pasó por mi lado y se sentó detrás del escritorio.

Negué con la cabeza.

—Quiero...

—No —dijo Seth.

Parpadeando, miré la parte de atrás de su cabeza dorada.

—¿Disculpa?

—Sé por qué estás aquí —añadió, con una voz extremadamente plana. Escalofriante. Era como si no le importara lo más mínimo lo que estaba diciendo—. Es por el entrenamiento y no hay nada que discutir. Está hecho y decidido.

Mi boca se movió, pero las palabras no salieron mientras el calor se extendía por mis mejillas. Marcus —el Decano de la universidad— nos estaba observando, *me* estaba observando, y puede que buscar a Seth en esa habitación no hubiera sido una buena idea.

—Yo... No entiendo qué pasa.

Seth no se volvió y yo me quedé mirándolo, sin poder creerme lo que estaba ocurriendo. Un agujero se abrió en mi pecho, lo partió en dos, porque sabía —oh, dios, en el fondo lo sabía— que esto no era solo por el entrenamiento. Seth no estaba dejando solo eso.

Estaba dejando lo nuestro.

—Solos se hará cargo, con la ayuda de Luke —declaró Marcus, doblando los brazos sobre el escritorio—. Es un Centinela magnífico y su experiencia será inestimable.

Me apostaba lo que fuera a que Solos era un maldito ninja. Es decir, sabía usar los nunchakus, así que tenía que ser asombroso, pero no era Seth. Y antes, Seth no había querido que Solos me entrenara. ¿Qué había cambiado?

—Será... perfecto para ti —dijo Seth con la misma voz plana.

Inhalé, pero el aire se atascó en mis pulmones y mi pecho se paralizó.

—¿Por qué? —susurré.

Seth continuó con la mirada fija hacia el frente.

—Es lo mejor. Eso es lo único que necesitas saber.

¿Lo único que necesitaba saber?

—Laadan podrá ayudarte con los elementos. No puede controlarlos todos, pero es lo mejor que tenemos ahora —continuó Marcus—. Al menos hasta que regrese Apolo. Si viene con lo que Seth me ha informado, entonces otro semidiós podrá

ayudarte.

—Pero no sabemos cuándo volverá Apolo o a quién traerá —repliqué—. ¿Se supone que no trabajaré Akasha hasta entonces?

—Sí —contestó Seth con frialdad—. Así es.

—Eso no tiene sentido.

—Tiene mucho sentido para...

—¿Qué tal si me miras cuando me hablas? —Exploté mientras la ira salía disparada a través de mi sistema como una flecha descontrolada. Los papeles sobre el escritorio de Marcus temblaron—. No me gusta hablar con la parte de atrás de una cabeza.

—Bien —dijo Seth, estirando la palabra mientras se giraba despacio en la silla hacia un lado. Unos fríos ojos ambarinos se encontraron con los míos—. A mí tampoco me gusta hablar con la pared.

Entorné los ojos mientras me aproximaba.

—Te entiendo perfectamente, sobre todo ahora mismo.

—Esto —dijo Marcus con calma, casi a sí mismo—, esto me resulta muy familiar.

No comprendí lo que Marcus quiso decir, pero Seth cerró los ojos un momento con tanta fuerza que se le hicieron arrugas en los rabillos.

—Exacto —susurró.

—¿Qué se supone que significa eso? —Alcé las manos—. Todo iba bien ayer, ¿y ahora no? No entiendo qué...

—No lo hagas más difícil, Josie. —Un segundo después, su cuerpo se tensó en la silla—. No te pongas en ridículo.

Inspirando con dificultad, retrocedí como si me hubieran abofeteado.

—¿Que no me ponga en ridículo?

No dijo nada, pero el músculo de su barbilla empezó a temblar.

Mi cara ardía como un incendio descontrolado. Por lo que realmente estaba avergonzada era por tener esta conversación delante del Decano, por estar aquí de pie y que Seth me estuviera hablando de esa forma.

Como si yo no fuera absolutamente nada para él. Como si estuviera en posición de reñirme. Avergonzada no era la palabra adecuada. Humillada me vino a la mente. Herida también.

Fue como antes, cuando me quedé congelada en la sala de entrenamiento. Todo se detuvo durante un largo y eterno momento mientras una profunda grieta, profunda e increíblemente real, se abría en mi pecho.

Me tragué el nudo que crecía con rapidez en mi garganta y miré a Marcus. Su atención estaba en la ventana y una vez más me molestó que tuviéramos audiencia para esto.

La mirada de Seth pasó de mí a la pared. Volví a inspirar y se atascó. Ya no me quedaba nada que decir. Nada en absoluto.

Apretando los puños hasta que me clavé las uñas en las palmas, miré a Marcus.

—Siento, um, ser una molestia. La... la situación de entrenamiento está bien.

La mirada de Seth volvió a mí, pero me obligué a darme la vuelta. Salí de la habitación con paso rígido. Tenía que irme antes de ponerme más en ridículo, porque estaba a punto de gritarle a Seth o ponerme a llorar y esas eran dos cosas que no quería hacer delante de Marcus, ni de nadie.

Puse un pie delante de otro y seguí andando, seguí hasta que bajé las escaleras y llegué fuera, con la cabeza hecha un torbellino de preguntas y confusión. Me dirigí a ciegas hacia el dormitorio, porque de ninguna manera iba a volver al entrenamiento. Hoy no. Ni hablar. Tenía una horrible sensación de quemazón en los ojos.

—Josie.

Mi corazón se sobresaltó, al igual que yo.

—¡Josie! —Seth me llamó otra vez, su voz más cerca—. Espera.

Parte de mí quería seguir andando, pero no podía. Una pequeña chispa de esperanza se encendió. Me di la vuelta, deteniéndome bajo un grupo de olivos.

—¿Qué? —dije cuando se aproximó—. ¿Me has seguido para reñirme otra vez?

Seth aflojó la marcha y se detuvo a unos pasos de mí.

—No te he reñido.

—¡Y una mierda! —estallé, cediendo a la ira, porque eso era mejor que la confusión y el sufrimiento—. Me has reñido delante de Marcus. Me dijiste que no me pusiera en ridículo. Salvo que eras tú el que me estaba poniendo en ridículo.

Frunció el ceño.

—Vale. No quería hacer eso...

—Da igual si querías hacerlo o no. Lo has hecho. —Inspiré hondo mientras le miraba—. ¿Qué ocurre, Seth? ¿Por qué vas a dejar de entrenarme?

Se cruzó de brazos y tardó un momento en contestar.

—Como dije antes, es lo mejor.

—Eso no es una explicación.

Su mirada se encontró con la mía y luego se desvió.

—Es la única explicación que necesitas oír.

La ira explotó dentro de mí una vez más y solté una breve risa.

—Vale. ¿Sabes qué? Ya soy una mujer adulta y no tienes que decidir lo que necesito y no necesito oír.

—Lo sé, pero esta vez lo haré. —Sus ojos se oscurecieron, volviéndose de un color leonado—. No intento ser un capullo.

—Entonces tienes que intentarlo con más fuerza —contraataqué—. Porque estoy bastante segura de que has venido hasta aquí para decirme la misma basura que me has dicho dentro y eso no es nada.

Seth exhaló con fuerza mientras unas nubes negras empezaban a aparecer sobre nuestras cabezas, tapando el sol y proyectando oscuras e implacables sombras en el patio. Se acercaba una tormenta.

—Esto no está saliendo como lo planeé —dijo.

—¿Cómo planeaste exactamente que saldría esto —sea lo que sea esto—, Seth? Todo iba bien ayer y...

—No todo iba bien ayer. —Dejó caer los brazos a los lados mientras bajaba la cabeza para que nuestras miradas estuvieran a la misma altura—. Lo de ayer fue un enorme error. Joder. No solo lo de ayer. Todo lo ha sido.

Guau.

Retrocedí otra vez, en realidad me alejé un paso de él. Abrí la boca, pero perdí la capacidad de formar palabras cuando la grieta en mi pecho se extendió, profundizando, y dolió y palpitó como una verdadera herida abierta.

—¿Todo? —Esa fue la única palabra que articulé.

Me miró un momento y luego desvió la mirada, maldiciendo en voz baja mientras se pasaba los dedos por el pelo.

—No lo entiendes.

—Tienes razón. —Las lágrimas me obstruían la garganta y no quería volver a gritarle. Solo quería que esto fuera alguna especie de extraño malentendido—. No lo entiendo. ¿Puedes... puedes explicármelo, por favor?

Seth bajó el brazo y me miró. Había un montón de secretos en esos extraños ojos y me puse rígida como si el acero me hubiera atravesado la columna. En seguida supe que habría sido mejor no hacer la pregunta. Si tan solo hubiera seguido caminando...

—Me... me gustas, Josie. Creo que eres genial —dijo, con voz plana otra vez, y lo que había en mi pecho se marchitó al instante, como una flor falta de agua y sol. Todo había terminado—, pero lo que estamos haciendo no funciona para mí.

—Y no hablas solo del entrenamiento, ¿verdad? —me oí a mí misma preguntar con una voz baja y lastimosa.

Seth no dijo nada, pero un trueno resonó en la distancia.

—Eso está mal —susurré mientras le señalaba con el dedo—. Ni siquiera puedes decirlo.

—No hablo solo del entrenamiento. Hablo de todo —dijo y me estremecí cuando esa palabra resonó dentro de mí. Volvió a desviar la mirada, negando con la cabeza—. ¿Es eso lo que quieres que diga, Josie? ¿Te sientes mejor al oír eso?

—No —admití, respirando con dificultad—. ¿Por qué? ¿Por qué...?

—No quiero hacer esto contigo —interrumpió, su tono era frío, pero sus palabras me desgarraban—. No quiero hacer nada de esto contigo. Maldita sea, Josie, no lo pongas más difícil. Esa es razón suficiente.

La sensación de quemazón se extendió a la garganta y al pecho y retrocedí otro paso. No supe qué decir mientras lo miraba y solo salieron tres palabras.

Lágrimas cálidas humedecieron mis ojos.

—Que te den.

No esperé una respuesta y esta vez, cuando me di la vuelta, Seth no me detuvo. Fui hacia mi dormitorio y entré en la habitación antes de perder el poco autocontrol

que me quedaba. La quemazón se intensificó, subiendo por mi garganta mientras cerraba la puerta detrás de mí y me dejaba caer al suelo justo delante de ella. Me tapé la cara con las manos, presionando mis ojos con las palmas, pero eso no hizo que las lágrimas se detuvieran.

Había mucho por lo que preocuparse: entrenar, encontrar a los semidioses y a la bibliotecaria, mi madre y Erin, los Titanes y mucho más, pero en este momento no me importaba nada de eso. Tenía el pecho abierto en dos y el corazón arrancado, abandonado en un camino de mármol bajo unos olivos. El dolor era intenso y arrollador.

—Oh, dios —susurré en la habitación silenciosa.

Mis hombros se sacudían mientras mis dedos se curvaban contra mi frente. Cerré la boca con fuerza para ahogar los sollozos que intentaban escapar, pero las lágrimas llegaron. No podía detenerlas. Una cálida humedad se deslizó por mis mejillas. Sentí que el suelo se movía debajo de mí, un temblor que agitaba los muebles, pero tampoco me importó.

No lo entendía. No tenía ni idea de lo que había pasado, pero la forma en que me había mirado, la forma en que me había hablado, ese ni siquiera era el Seth que conocí al principio. Era un Seth muy diferente al que no había visto nunca.

Igual que el día que pegó a ese puro y luego me miró, ese Seth era un extraño para mí.

La peor parte —oh, dios—, la peor parte era que sabía lo que estaba sintiendo. El dolor intenso, el amargo aumento de sentimientos y el profundo sufrimiento eran señales de algo poderoso y puro. Algo que ya no importaba.

Estaba enamorada de Seth.

Y él acababa de romperme el corazón.



## Seth

Era un gilipollas.

Un enorme gilipollas.

No es que fuera nada nuevo, pero ninguna de las otras veces que había sido un gran gilipollas me sentí como una mierda. Y me sentía como una mierda ahora mismo.

Unas horas más tarde, mientras me encontraba sobre el muro exterior que rodeaba el campus, todavía oía la frágil emoción en sus palabras. Me azotaron como hizo el viento justo en ese momento, provocándome escalofríos. Ni siquiera tuve que cerrar mis ojos para ver con claridad las lágrimas formándose en los suyos o el modo en que se había estremecido.

Maldición.

La había herido. Eso era innegable, pero al mirar por encima de los terrenos oscuros y los pinos altos, supe que había hecho lo correcto. Levanté la mano derecha y me froté la zona encima del corazón. Lo correcto no era fácil. Era terrible, pero tenía que hacerlo.

De ninguna manera se podía confiar en mí para entrenarla, me lo había demostrado a mí mismo. Y si no se podía confiar en mí para entrenarla, estaba seguro de que no se podía confiar para estar con ella. No ahora que sabía lo fácil que era mezclar necesidad y... bueno, *necesidad*.

—¿Qué estás haciendo aquí arriba?

Me volví hacia el sonido de la voz de Solos. Su oscuro cabello apareció por encima del muro a medida que subía por las empinadas escaleras.

—Vigilar.

Solos se quedó allí de pie, con las cejas levantadas.

—No sabía que eso formara parte de tus tareas aquí.

—No sabía que eso fuera de tu incumbencia.

Puso una media sonrisa, estirando la cicatriz irregular que cruzaba desde el rabillo del ojo hasta la mandíbula.

—Mira, lo único que digo es que si no tuviera que estar aquí arriba, no estaría.

Me crucé de brazos, desviando mi atención hacia los pinos, que ya empezaban a oler dulce.

—Sobre todo cuando hace tanto frío que hasta Medusa se quedaría tiesa aquí arriba.

Una bonita imagen.

—Tampoco pensaba que esta fuera tu tarea puesto que te dieron un sitio en el

Consejo.

—No hay mucho más que hacer en el Consejo aparte de sentarse y escuchar a un montón de gente discutir. —Solos se movió para colocarse junto a mí y ni siquiera me molesté en ocultar un suspiro—. Ya sabes, si yo tuviera una chica como Josie a mi alcance, estaría...

—Si no quieres que te tire de este muro, te sugiero que no termines esa frase — dije con calma.

Solos soltó un silbido bajo.

—Bueno, entonces...

Le eché una mirada breve.

—¿Alguna novedad interesante del mundo fuera de estos muros?

—Sin noticias de sombras ni avistamiento de Titanes, pero sabemos que no durará mucho. Ha habido algunos ataques de daimons cerca de Los Ángeles y en las afueras de Las Vegas. También he oído que hubo un sorprendente número de ellos en Miami. Dicen que era un grupo de puros recién convertidos, así que iban como locos.

—¿Y más cerca?

Solos levantó los brazos y los estiró, crujéndose los huesos de la espalda.

—Hay una célula de daimons de tamaño considerable a las afueras de Rapid City. Tenemos a un equipo de exploración siguiéndolos ahora mismo, ya que son demasiados para ocuparse de ellos.

Era la primera vez que me enteraba de eso.

—¿No os preocupa? No hace falta ser muy listo para suponer que un grupo enorme de daimons se dirigirá hacia aquí. No hay mucho más.

—Lo sabemos, Seth, pero no podemos reducir la protección del Covenant, no con la amenaza inminente de las sombras y los Titanes sobre nosotros. —Bajó los brazos—. No traspasarán estos muros. Otra vez no.

—Pero pueden controlar animales. ¿Recuerdas la última vez, con los pájaros? — Yo estuve al otro lado del muro, fuera de su camino, pero vi cómo cobraba vida esa película de Hitchcock—. Yo puedo eliminar a los daimons. Me iré...

—¿De verdad vas a irte de aquí, donde está Josie? Piénsalo, hombre. En el peor de los casos, puede que los Titanes de alguna manera estén trabajando con los daimons, como lo hizo Ares. Podría ser una trampa para alejar a los Guardias y a los Centinelas —a ti— de aquí y poder atacar. —Se dio la vuelta, señalando el interior del muro—. No puedes decirme que no has notado la escasez de Guardias y Centinelas que hay. Muchos se han ido. No puedo culparlos por ello. Mierda, a veces me pregunto por qué diablos sigo aquí. La mitad de los Guardias son puros. No pueden detectar a un daimon para salvar sus vidas. Literalmente. Además, ahora hay más daimons mestizos que puros. Esos cabrones son difíciles de matar y ni siquiera podemos distinguirlos. Si te vas, nos expondrás a un grave peligro.

Diablos. Tenía razón.

Tío, lo que habría dado por tener algunos daimons recién convertidos para liberar

mi frustración. Eran despiadados y caóticos cuando eran nuevos, en su estado más peligroso, porque se dejaban llevar por... por su ansia de éter.

—¿Quieres oír algo raro? —dijo, y continuó sin mi respuesta—. Hoy, cuando he salido más allá de los muros, he escuchado pájaros e insectos. Había vida en los bosques.

—Vale —contesté—. Gracias por compartirlo.

Solos miró hacia delante.

—La única vez que estuvo silencioso fue cuando tú estabas con nosotros.

Frunciendo el ceño, le eché un vistazo.

—No tengo ni idea de cómo eso puede no ser solo una coincidencia. —Hice una pausa—. A menos que incluso los conejos y los grillos reconozcan lo duro que soy —bromeé, pero un destello de preocupación me invadió.

La tranquilidad inusual del bosque no podía tener nada que ver conmigo. No tenía sentido.

—Solo pensé que era una observación interesante. De todas formas, está el problema entre los puros y los mestizos —continuó Solos, meciéndose sobre los talones de las botas—. En todas las comunidades ha habido problemas. Tan malos como los de aquí.

—No me sorprende demasiado —apreté la mandíbula—. Por cierto, ¿acaso escuchaste quién era el puro que fue a por Josie y a por ese chico, Colin?

Solos negó con la cabeza.

—No. —Hubo una pausa y pude sentir su mirada sobre mí—. Por cierto, Josie no volvió al entrenamiento después de que fuera a buscarte.

No dije nada.

—Luke fue a buscarla. Pegó a la puerta, pero no contestó —continuó—. Estaba seguro de que estaba dentro, pero no le dejó entrar. Es raro, ¿no? Son buenos amigos.

—Sí —murmuré. Empezó a dolerme la mandíbula mientras cambiaba de posición. No me gustaba la idea de que ella estuviera sola y sin duda no me gustaba la idea de que dejara fuera a Luke—, son buenos amigos.

—Sí, eso es lo que yo pensaba.

Un músculo empezó a palpitarme en la sien cuando le miré.

—Recuerda lo que te dije. Necesita trabajar en las condiciones más brutales. No está preparada para matar a alguien, para decidir usar fuerza letal. Tenemos que... *Tienes que llevarla hasta ese punto.*

—Lo sé. No lo he olvidado. Sé cuáles son sus puntos débiles. —Estuvo felizmente callado solo durante cinco segundos—. No sé por qué has dejado de entrenarla, pero...

—No es de tu maldita incumbencia, Solos. No voy a hablar de eso contigo. Esa es la última advertencia que te doy.

—Mira, solo digo que...

Me giré hacia Solos, me agaché y le di una patada en las rodillas. Cayó de

espaldas sobre el cemento. Antes de que pudiera moverse le puse la bota en la garganta, lo bastante despacio como para permitirle cogerla con las manos, pero presioné lo suficiente para darle a entender que estaba muy harto de esto.

A lo lejos pude ver dos Guardias mirando en nuestra dirección. No se acercaron mientras bajaba la mirada hacia Solos.

—No estoy seguro de qué parte de «no es de tu incumbencia» no has entendido, pero deja que te explique algo. —Convoqué el elemento aire cuando movió su pierna hacia la mía, inmovilizándolo con facilidad—. No somos amigos. No vamos a hablar de cosas personales y a contar batallitas. No vas a cuestionarme, sobre todo cuando se trata de ella.

—Mierda —gruñó Solos—. Y yo que pensaba que éramos colegas.

—Ni por asomo. —Incliné la cabeza—. ¿Lo captas?

Solos sonrió.

—Lo capto, *hermano*.

—Sabia decisión. —Nuestras miradas se encontraron—. Nunca olvides lo que soy, Solos.

Su mirada fue firme.

—Sé exactamente lo que eres, Seth.

—En realidad, no —contesté.

Esta vez sonrió. Como si no tuviera una bota presionándole la garganta.

—Lo sé. Lo creas o no, lo sé.

Le miré. ¿Era consciente de lo fácil que sería para mí terminar con su existencia? Los mestizos eran difíciles de matar, pero no imposible. Dudaba que sobreviviera a una caída desde este muro. Yo sí. Y sabía perfectamente que no volvería a respirar si me echaba sobre su garganta.

Presioné hacia abajo y sus ojos se ensancharon.

—No sabes de lo que soy capaz. Sería muy sensato recordarlo.

—Anotado —jadeó.

Lo mantuve ahí abajo un poco más. Toda una putada por mi parte, pero quería que captara el mensaje. Lo hizo y entonces levanté el pie.

Al retroceder, detuve el elemento aire. Se puso de pie de un salto, levantándose con facilidad mientras me observaba con recelo.

—Me alegro de que nos entendamos.

—Me alegro de que me caigas un poco bien —replicó.

Al girar y mirar hacia el lado, levanté la mano y le enseñé el dedo de en medio. Después salté los seis metros del muro. Con la ayuda del elemento aire, frené el descenso. Aterricé en cuclillas dentro del campus, justo al lado de los dos Centinelas que estaban a punto de salir por la puerta.

—Dioses. —Uno de ellos saltó sobre el otro.

Sonreí mientras me levantaba y me dirigía hacia los edificios. Era temprano y no estaba cansado. Normalmente habría tenido las manos...

Interrumpí ese pensamiento y cerré los puños. Incluso pensar en ella me hacía querer darle un puñetazo a la estatua de Hades, quien disfrutaría mucho del espectáculo.

Lo que le había hecho me provocaba náuseas. Era imperdonable y debería estar lo más lejos posible de aquí, pero no podía. No. Había obstáculos que lo impedían. Concretamente, yo era la zorra de Apolo y hasta que no me ordenara ir a algún lado, estaría aquí. Luego estaba el problema del Titán y el...

Mierda.

¿A quién quería engañar? Si de verdad quisiera salir de aquí, me habría ido. Que le den a Apolo y a las consecuencias. Era el titiritero que movía mis hilos, pero eso no habría impedido que me largara. Si de verdad quisiera, podría irme ahora mismo y dirigirme a las Cícladas. Seguía aquí por Josie. No podía estar con ella, pero eso no significaba que no pudiera protegerla.

*¿Pero quién la protegerá a ella de ti?*

Esas palabras susurradas me dejaron paralizado. Eran demasiado reales. Pronunciadas en voz alta, pero dentro de mi cabeza. Dando vueltas, examiné los alrededores con atención.

Apoyada contra la estatua dorada de Apolo, con los brazos cruzados y una pierna doblada, estaba la maldita ninfa. Me guiñó un ojo.

—¿Qué demonios haces, tío? —pregunté.

La luz de la luna se reflejó en su reluciente piel cuando encogió un hombro descubierto.

—Solo he dicho lo que pensabas.

—¿Cómo sabes lo que pienso?

—Soy especial —contestó la ninfa—. Tan especial que voy a desvelarte algo importante para ti.

—Oh, qué afortunado. —Le miré con recelo—. ¿Por qué estás aquí?

Levantó el mentón y sonrió.

—¿Eso importa?

—Diablos, sí, importa. Viniste en nuestra ayuda cuando estábamos fuera de estos muros, pero eso no significa que confíe en ti o en tus intenciones, sean las que sean.

—La sospecha creció dentro de mí—. ¿Cuál es tu problema?

La ninfa parpadeó y apareció justo delante de mí. Impresionante. Ni siquiera lo vi moverse.

—Estás cometiendo un enorme error.

Dioses. Algunas noches no podían ir peor.

—Mi completa existencia es un error, así que vas a tener que ser más específico sobre a qué error en concreto te refieres.

Los ojos completamente blancos de la ninfa emitieron pequeños rayos de luz.

—Alejarte de ella no la salvará.

Vale, estaba claro que me equivocaba. Oficialmente, esta noche iba a peor.

—Y tampoco te salvará a ti —añadió la ninfa.

Solté una risa estridente.

—No hay salvación para mí. Sé cómo acaba la partida.

—No existe tal cosa como la finalidad —contestó, inclinándose tanto cuando continuó hablando, que su frío aliento me rozó la mandíbula—. Toda profecía está diseñada para ser reescrita. Ningún destino, sin importar lo que se sacrifique o negocie, es definitivo. —Hizo una pausa—. Nunca están repartidas todas las cartas.

Me puse rígido y resistí la necesidad de alejarme de la extraña ninfa.

—Tú no crees en el espacio personal, ¿verdad?

Se rio y se acercó, lo que no creí que fuera posible hasta ese momento. Lo era. Su pecho rozó el mío.

—Creo que no entiendes lo que te estoy diciendo, Apollyon. Tuviste la oportunidad de reescribir una profecía antes, pero fallaste.

Todo mi cuerpo se quedó inmóvil, hasta el latido de mi corazón. Sabía perfectamente de qué profecía hablaba. La que acabó con la muerte mortal de Álex.

Forjaste tu propio camino. No escuchaste a nadie y pensaste que sabías más que los demás. Al final, tus manos acabaron bañadas en la sangre de la persona que te habían encomendado proteger. —El aliento gélido de la ninfa era tan frío como sus palabras—. Continúas en ese camino, la historia se repetirá y no habrá salvación para ti. Solo habrá una eternidad de castigo y venganza.

La ninfa desapareció sin un ruido ni un movimiento y me dejó allí de pie. Volviéndome despacio, miré a mi alrededor y no quedaba rastro de que la ninfa hubiera estado alguna vez allí.

—Demonios —susurré mientras me frotaba la barbilla con la mano.

No estaba seguro de qué pensar de la ninfa, si era amigo o enemigo, pero al final, la mayoría de lo que había dicho era cierto. Había sangre en mis manos y solo había castigo y venganza en mi futuro.

## Josie

Me dolía la cara.

También la cabeza y los ojos. En realidad, me dolía todo el cuerpo. Tenía la cabeza cargada y los ojos hinchados, por haber llorado lágrimas suficientes como para llenar la estúpida habitación, y el estómago completamente vacío. Ya había superado la fase de tener hambre. Parecía que no volvería a comer nunca.

En algún momento, me las arreglé para levantarme del suelo y quitarme las zapatillas antes de plantar la cara en la cama. Se convirtió en un grave error, porque las sábanas, las almohadas... todo olía a Seth. A aire libre y al extraordinario aroma que me recordaba a hojas quemadas. Las lágrimas habían comenzado a caer en ese momento y fue desagradable. Los enormes sollozos provenían de algún lugar en el fondo de mí y agitaron todo mi cuerpo. Lloré hasta quedarme dormida y cuando

desperté las lágrimas volvieron a caer. Por un momento, pareció que no tendrían fin.

Eso había sido el viernes por la mañana. Apenas me había movido de la cama en dos días y mis ojos estaban secos como el desierto. Tenía el cabello lacio y grasiento. Ducharse parecía requerir demasiado esfuerzo.

Nunca me había enamorado.

Ningún chico me había roto el corazón antes.

Sí, me habían herido una o dos veces. Hubo ese chico en el instituto por el que estuve muy colada y él pensaba que yo era rara. Luego estaba ese tío en clase de historia durante mi primer año en Radford. Me pasé todo el semestre babeando por él y reuniendo el coraje para decirle algo más que par de frases, solo para acabar enterándome de que tenía una relación seria, con bebé incluido.

Pero nunca me había enamorado y, oh, dios, estaba muy enamorada de Seth. Ni siquiera tenía claro cuándo había ocurrido. ¿La primera vez que compartió una parte de él conmigo? ¿Cuándo me habló de su madre? ¿O fue cuando decidió quedarse y entrenarme? Puede que fuera la primera noche que me dijo que podía usarle como almohada. O puede que fuera la noche que me dijo que yo era su salvación.

O cuando por fin me besó.

Ahora... Tragué con dificultad. Ahora no quería saber nada de mí y la confusión no era nada comparada con el dolor que me devoraba el pecho.

El sábado por la tarde, Luke vino otra vez. Al igual que el día anterior, no contesté a la puerta. No estaba preparada para enfrentarme a él. No cuando quería a mi madre. Quería a mi abuela. Quería a Erin. Ninguno de ellos estaba aquí. Ninguno de ellos podía estarlo.

No sabía si los latidos descontrolados y el inmenso vacío que sentía en el pecho eran normales, pero tenía el alma enferma. Estaba destrozada, dividida en dos, y no tenía ni idea de cómo volver a unir mis piezas.

Rodé sobre mi espalda y parpadeé para abrir los ojos. Era domingo por la noche. Iba a tener que recomponerme para mañana por la mañana. No podía esconderme en mi habitación el resto de mi vida. Para eso necesitaría gatos o algo así, si de verdad quería intentarlo. Y no podía hacerlo aunque el Covenant permitiera animales. Yo era importante. Una semidiosa.

Necesitaba acabar el entrenamiento y estar preparada cuando mi padre ausente apareciera con otro semidiós. Tenía mucho que hacer y probablemente fracasaría de forma épica, pero no podía esconderme. Porque era una maldita semidiosa.

Una semidiosa con el corazón roto.

Una semidiosa con el corazón roto que ni siquiera podía convertirse en una loca de los gatos, porque no tenía gatos.

—Dios. —Me cubrí la cara con las manos.

La quemazón había regresado a mis ojos y tenía ganas de pegarme en mis partes íntimas.

Tenía que recomponerme. La siguiente inspiración se atascó. Vale, al menos tenía

que fingir que me recomponía.

Un golpe en la puerta interrumpió mi penosa charla de motivación. Giré la cabeza hacia la sala de estar, pero fue mi único movimiento. El golpe sonó otra vez y le siguió una voz.

—Josie, abre la puerta.

Deacon.

Pelo rizado, ojos plateados... el guapo Deacon. Suspiré. Él no tenía el corazón roto. Tenía a Luke, que le quería con locura.

—Tengo patatas fritas —intentó persuadirme desde el pasillo.

¿Patatas fritas? Me rugió el estómago, recordándome que en efecto quería algo de comer. Bajé las manos.

Hubo una pausa.

—Están recién hechas, con esa mezcla perfecta entre suave y crujiente.

Oh, eso era lo mejor.

—Y tengo salsa ranchera —añadió. Despacio, me senté y me aparté varios mechones de cabello grasiento de la cara—. Si no abres esta puerta, tomaré medidas drásticas.

Fruncí el ceño.

—Puedo usar el elemento fuego, lo que significa que puedo fundir el interior de la cerradura —explicó—. Y no soy muy bueno controlando el fuego. Probablemente acabe prendiendo fuego a la puerta.

—Guau —susurré mientras sacaba las piernas fuera de la cama.

—Y luego el fuego se extenderá por las paredes y lo siguiente será que todo el dormitorio se incendie. El techo saldrá ardiendo y ese tipo de cosas, y Marcus se enfadará mucho...

—¡Está bien! —grité mientras me levantaba—. ¡Ya voy!

—Bien. —Su voz prácticamente desbordaba satisfacción.

Arrastrando los pies hasta la puerta, quité el cerrojo y la abrí. Fiel a su palabra, Deacon tenía una cesta en una mano y una botella de Coca cola en la otra. Al ver la botella roja y negra, ya pude sentir esa maravillosa acidez en la garganta. Olía a paraíso grasiento. Cuando me hice a un lado, mi mirada se desvió por encima de su hombro y se clavó en la puerta de Seth. Un dolor me perforó el pecho y me dejó sin respiración.

Al pasar por mi lado, Deacon puso la cesta y la botella de Coca cola sobre la mesita. Cerrando la puerta, expulsé el aire despacio y me volví...

De pronto, Deacon estaba justo delante de mí y sus brazos me rodeaban. Un segundo antes me encontraba allí de pie y al siguiente tenía la cara pegada a su pecho sorprendentemente duro, con la nariz enterrada en la camisa ancha de mangas largas. Y me abrazaba, me abrazaba con fuerza. No uno de esos abrazos patéticos y sosos que te hacen sentir como si la otra persona fuera frágil. No, este era uno caluroso, y dios... *dioses*, casi me vuelve a romper.



—Yo... —No sabía qué decir. Las lágrimas me obstruyeron la garganta otra vez, cortando mis palabras, y lo único que pude susurrar fue—. Lo s-siento.

—No te disculpes —dijo, depositando un beso en la cima de mi asquerosa y grasienta cabeza, desbloqueando su estatus de mejor amigo.

Pasé los brazos alrededor de su pequeña cintura y cerré los ojos con fuerza.

—Seth. Él... dijo que todo era un error. Que... —Me quedé sin respiración—. Que lo nuestro era un error.

Sus brazos me estrecharon con más fuerza.

—Le... le quiero —dije, temblorosa—. Le quiero, Deacon.

—Lo sé —dijo Deacon y su abrazo se convirtió en mi todo—. Lo sé.

—Lo has hecho muy bien hoy, Josie —Laadan estaba de espaldas al sol, con el largo cabello oscuro recogido en un moño perfecto.

Era una especie de moño de bailarina de *ballet*, algo que yo no podría lograr ni aunque mi vida dependiera de ello. Ahora, mi pelo parecía como si un pájaro hubiera anidado en él. Ella sonrió en respuesta a lo que debía de ser mi expresión indecisa y la sonrisa era auténtica. Amable. Cálida.

—No es algo natural para ti. Va a necesitar trabajo.

Laadan siempre iba elegante. La había visto por el Covenant a menudo, generalmente con el Centinela que no hablaba, el padre de Álex. Tenía una clase de belleza atemporal, era una pura, y había venido aquí después de que el Covenant de Nueva York fuese atacado durante la rebelión de Ares. Era buena persona, amable y paciente.

Mirando de reojo, me encogí de hombros mientras caminaba por el terreno lleno de guijarros. Un dolor sordo palpitaba detrás de mis ojos.

—Debería ser natural. Soy una semidiosa. Debería estar utilizando los elementos como *Airbender*.

Levantó una ceja.

—No estoy segura de qué es ese *Airbender*, pero incluso los puros tienen problemas cuando son niños.

Niños. Cuando son *niños*. Exacto.

—Tiene razón —afirmó Solos desde donde se encontraba, sobre el pequeño muro que rodeaba el cementerio—. Mi hermanastra es una pura. Controla el aire y cuando era pequeña solía lanzarlo todo por los aires cuando estaba de mal humor.

—Cuando era una niña —señalé mientras me sacudía el polvo de la pierna—. No sé si os habréis dado cuenta, pero no soy una niña.

—Oh, me he dado cuenta —contestó Solos con picardía.

Laadan le lanzó una mirada, pero yo puse los ojos en blanco. Desde que empecé el entrenamiento con él y Luke por las mañanas, enseguida comprendí que era un ligón descarado. Podría seducir a todo lo que se pusiera por delante.

—Le estás cogiendo el truco —comentó Laadan, aplaudiendo, lo que atrajo mi mirada.

Tenía unas uñas increíbles. Arregladas. Limadas en óvalos perfectos. Las mías parecían como si una rata las hubiera mordisqueado mientras dormía.

—Solo hemos estado trabajando juntas cuatro días y ya he visto una gran mejora. ¿Cuatro días? Parecía haber pasado una eternidad desde el lunes.

—Sí, últimamente no le has prendido fuego a su pelo. —Solos sonrió cuando Laadan y yo nos giramos hacia él—. ¿Qué? Es la verdad.

—¿No tienes nada mejor que hacer? —pregunté.

—No.

Laadan levantó una pequeña ceja.

—Debería de estar a punto de dirigirse a la reunión del Consejo, ¿no es así?

—Puede.

Su sonrisa no flaqueó cuando ella encontró su mirada.

—Creo que «sí» es la respuesta correcta.

—Está bien. —Saltó desde el muro con ágil elegancia. Cuando pasó por mi lado me dio una palmada en el hombro—. Te veré por la mañana.

—Sí —murmuré, incapaz de reunir energía para una respuesta más entusiasta.

El entusiasmo era algo de lo que carecía bastante estos días y no tenía nada que ver con el dolor de cabeza con el que estaba lidiando desde que me había despertado esta mañana.

Una vez que Solos se fue, Laadan se acercó y la dulzura de su mirada me recordó tanto a la de mi madre, la de mi abuela, que por un momento pensé que iba a volver a estallar en llantos. Me tragué las lágrimas y contuve toda emoción.

—De verdad que lo estás haciendo bien, Josie. No seas muy dura contigo misma, ¿de acuerdo? —Me colocó la mano en el hombro y apretó con suavidad—. Has pasado por mucho y tienes que afrontar muchas cosas. Nadie espera que hagas más de lo que haces ahora.

Parte de mí se preguntó si Seth había esperado más y por eso... ya no estaba.

Laadan hizo una pausa, su mirada recorrió mi rostro.

—¿Has estado durmiendo bien?

Asentí, aunque fuera una completa mentira. Por la noche, totalmente sola, lo único en lo que podía pensar era en mi madre, mis abuelos y Erin. Entonces, cuando mi cerebro se aburría de eso, continuaba con Seth y pasaba horas intentando averiguar qué había ido mal.

Anoche soñé con Hiperión y antes siempre era capaz de volver a dormirme, porque... porque Seth estaba allí. Podía olvidar el terror que siempre me provocaban esas pesadillas. Pero anoche no fui capaz y puede que por eso mi cabeza no se encontrara muy bien.

Me aclaré la garganta.

—¿Hemos terminado por hoy?

—Sí.

Volvimos en silencio hacia la zona central del campus y cuando llegamos al sendero exterior, vi una solitaria figura vestida de negro. Un Centinela.

Alexander.

Cada día durante los últimos cuatro días, Alexander había esperado a que Laadan terminara conmigo. La miré de reojo. Y cada día, desde que había empezado a entrenar con ella, en cuanto veía al silencioso Centinela todo lo que sentía por ese hombre se reflejaba en su rostro.

No pregunté sobre ella y Alexander, pero eso era amor. Era innegable.

La sonrisa de Laadan se ensanchó.

—Te veo mañana, Josie.

Con una sonrisa cansada, me despedí de ella cuando nuestros caminos se separaron, ella corrió para encontrarse con Alexander y yo me marché en la otra dirección.

Sin hambre y poco dispuesta a sentarme en mi habitación a mirar la pared, atajé por el patio para dirigirme a los jardines. Había estado pasando mucho tiempo allí. Era bonito y por lo general tranquilo... Y, de alguna forma extraña, más cálido que el resto del campus.

Metiéndome las manos en el bolsillo de la sudadera, me agaché cuando el viento sopló a través del campus. Solo por las tardes me parecía estar a mediados de mayo.

Pasé por la zona en la que habían colgado al mestizo y había una sentada de unas dos docenas de mestizos. Nadie hablaba y, cuando me quedé rezagada un par de minutos, aparecieron más y más Guardias, vigilando con atención.

Hasta donde yo sabía, no habían encontrado sospechosos y el asesino del mestizo quedaría impune. No sabía si alguna vez lo encontrarían. Empecé a sentarme, pero la chica junto a mí se puso rígida y luego se levantó. Caminó hasta el otro lado y se sentó.

¿Pero qué...?

Me quedé congelada antes de llegar a sentarme. Varios mestizos del fondo del grupo me estaban observando. Mi mirada recorrió la multitud y tuve la clara sensación de que no era bienvenida. Puede que estuviera exagerando, pero me erguí y empecé a caminar de nuevo. No había duda de que el rumor de lo que yo era había llegado hasta el último rincón. Casi creí, tonta de mí, que ser una semidiosa me haría guay. Que todo el mundo querría conocerme, porque yo querría conocer a un semidiós.

No. Nadie se acercaba a mí.

Al alcanzar la verja de hierro forjado del jardín, desenganché la verja y entré, cerrándola detrás de mí. La humedad me golpeó de inmediato. Me desabroché la sudadera y me la quité, colocándomela sobre el brazo mientras me adentraba en el jardín.

El lugar era impresionante y realmente mágico.

El acónito morado, llamativo y abundante, trepaba por los muros interiores. Unas parras frondosas se enredaban alrededor de las pequeñas estatuas de los dioses. Todavía tenía problemas para saber quién era quién. A menos que estuviera Artemisa. Sabía quién era por el arco que sujetaba en su mano de piedra.

Había brillantes amapolas naranjas por todas partes, atestando los senderos pavimentados, y muchas flores que no había visto nunca en todos los colores que el ojo humano pudiera identificar. Había árboles, almendros pequeños y variedades más grandes, que aportaban privacidad al interior y creaban su propio pequeño mundo en los límites de la verja de hierro.

Pasé a un cuidador que arreglaba unas rosas multicolores, una especie que no

había visto nunca fuera de este jardín. Algunas eran rojas y amarillas. Otros pétalos se difuminaban, el rojo pasaba a rosa. Una locura. Quería arrancar algunas de las flores y llevármelas a la habitación, pero la mirada del viejo cuidador me dijo que me mataría si eso ocurría.

Cuando encontré el banco al fondo, me dejé caer y estiré las piernas, colocando la sudadera en mi regazo y simplemente... me quedé allí sentada. No era muy emocionante. No tenía por qué venir al jardín. Podría haberme ido con Deacon y Luke, pero desde que todo se había hundido había sido su sombra. Aunque sabía que no les importaba, también sabía que no tenía que ser su carabina cada noche.

No obstante, Deacon había sido un regalo del cielo.

Si no fuera por él, probablemente seguiría en mi cama en postura fetal y oliendo a culo rancio. Dios, se portó genial. Me dejó sentarme y engullir las patatas bañadas en salsa ranchera, luego me escuchó cuando le conté lo que había ocurrido. Deacon me compadeció y después se enfadó, *por* mí.

Me ofreció colarse en la habitación de Seth por la noche para afeitarse las cejas y, aunque a una parte de mí le habría encantado, le aconsejé que no lo hiciera.

Deacon no tenía respuestas para el cambio repentino de Seth ni lo entendía, pero en cierto modo no pareció sorprenderle demasiado.

—Vas a tener que luchar por ese chico —dijo.

Negué con la cabeza, desconcertada por la idea y muy confundida.

—No creo que haya nada por lo que luchar.

¿Cómo podría haberlo? A Seth le había resultado muy fácil dejarme, sin el más mínimo motivo o indicio. ¿Cómo puede importarte alguien cuando eres capaz de alejarte de él con tanta facilidad?

Se lo pregunté a Deacon y, de nuevo, no tenía respuesta.

Yo tampoco.

Quería a Seth. Estaba enamorada de él. Y dolía mucho que cada noche mi almohada se convirtiera en pañuelo, pero no iba a suplicarle. Me sentía bastante patética, pero eso sería pasarse. Tenía mis límites.

O al menos eso era lo que me decía a mí misma cada vez que pasaba por su habitación o cuando creía verlo en el campus. Como ayer, que creí verlo mientras salía del jardín pero cuando volví a mirar no había nadie. Lo vi el jueves hablando con Luke, mientras se dirigían hacia el edificio principal del Consejo. Quería seguirlo, acorralarlo, y preguntarle qué había pasado exactamente... qué había hecho para provocar ese cambio en él.

Porque tenía que haber hecho algo.

Era lo único que tenía sentido. Pasaba mucho tiempo intentando averiguar qué era. ¿Puede que se hubiera sentido tan frustrado conmigo porque no conseguía dominar los elementos que había empezado a pensar que era débil? Sabía que Seth valoraba la fortaleza. Sin ni siquiera haber conocido a Álex, sabía que eso era lo que le había atraído de ella, aparte de ese condenado asunto de la conexión del Apollyon.

O era porque a veces la relación resultaba... unilateral. Como lo que había pasado el viernes, después del entrenamiento. Todo se centró en darme placer a mí y nada para él. ¿Debería haber sido más agresiva en mis intentos por darle placer? No lo sabía. Nunca había tenido una relación. ¿Qué sabía yo? Seth podría simplemente haberse aburrido.

O quizás hubiera encontrado a otra persona.

Sentí una punzada de dolor en el pecho. Dios, era posible. Había muchas chicas guapas aquí, esbeltas y perfectas, puras y mestizas despampanantes. Probablemente, Seth tenía un maldito club de fans en este campus y no había escasez de voluntarias.

Ahora podría estar con otra persona.

Puede que ya estuviera con alguien. Alguien más fuerte, más experimentada, y que no se tambaleara como un *Big Foot* después de seis cervezas...

Expulsé esos pensamientos antes de que acabara llorando como un bebé y me obligué a pensar en otras cosas. Antes de volver a mi habitación, necesitaba pasar por la biblioteca y hacer mi vigilancia diaria...

Algo llamó mi atención y miré hacia la derecha, sin ver nada en un principio. Ni siquiera estaba segura de lo que... ¡Allí! Me incliné hacia delante y entrecerré los ojos para mirar a través de las espesas hojas, jurando haber visto algo... ¿brillar? ¿Un reflejo quizás? ¿Pero qué...? Corrí hacia el banco. Unos segundos después, lo vi otra vez. No tenía ni idea de qué estaba viendo. Las frondosas parras, que trepaban por las estatuas y se extendían de unas a otras, eran densas y altas, más altas que yo, pero había algo detrás de ellas. Estaba segura. Fuera lo que fuese, era de color carne. Bronceado y...

—¿Qué estás haciendo?

Me volví sorprendida y me enderecé mientras levantaba la mirada. Estaba tan concentrada en lo que estaba viendo que no había oído a alguien aproximarse. No esperaba a nadie, para ser honestos. Nadie parecía venir nunca al jardín, pero ahora estaba viendo a Colin.

—Nada. —Volví a mirar hacia las parras. Ningún movimiento. Ningún reflejo. Fuera lo que fuese, ya se había ido. Mi mirada regresó al mestizo. No lo había visto desde la noche con los dos chicos puros—. ¿Qué haces? ¿Seguirme otra vez?

Alzo las cejas.

—Um. No. En realidad vengo aquí una vez a la semana. Es un buen sitio para relajarse y despejar la mente después del entrenamiento.

—Oh. —El calor subió por mis mejillas. Era incómodo—. Yo... Uh, no te había visto por aquí antes.

—Es un jardín bastante grande. Podrías deambular por aquí y no cruzarte nunca con nadie, pero eso no significa que no haya nadie. —Colin levantó una mano y se la pasó por el negro cabello. Bajó el brazo mientras miraba a su alrededor—. ¿Vienes mucho por aquí?

Sujetando la sudadera en mi regazo, me encogí de hombros.

—A veces.

Hubo un minuto de silencio.

—Como he dicho, es un buen lugar para pensar.

—Sí —murmuré.

Dios mío, era una fantástica conversadora. Resultaba un poco embarazoso, pero estaba muy... muy agotada; física, mental y sin duda, emocionalmente. No obstante, reuní algo de energía.

—Entonces, ¿vienes aquí a... pensar?

Colin asintió y frunció el ceño cuando una suave brisa agitó las hojas.

—Empecé a venir hace un tiempo, después de que Ares llegara aquí. —Hizo una pausa, mirando hacia el banco—. ¿Puedo?

Asentí.

Se sentó a mi lado, con las manos sobre las piernas.

—Mi tío, de la parte pura de la familia, solía ser el Decano aquí. Un tipo genial. No estaba de acuerdo con toda esa basura política y mi hermano mayor era uno de sus Guardias personales. —Uniendo las manos, inclinó la cabeza hacia un lado con la mirada perdida—. Ares entró en la universidad disfrazado como un instructor del Covenant. Asesinó a mi tío y a mi hermano en segundos. Literalmente, acabó con sus vidas en segundos.

—Oh, dios mío, lo siento. —Parpadeé mientras tragaba con dificultad—. Sé que no cambia nada, pero siento mucho oír eso.

—No pasa nada. —Sus labios esbozaron una débil y triste sonrisa—. Sentirlo vale, porque lo dices de verdad. En fin —dijo tras un momento—, a mi tío le encantaban estos jardines. Paseaba todas las noches por aquí. Venir aquí es como... como estar cerca de él, ¿entiendes?

—Tiene sentido —susurré. Si yo hubiera tenido algo que me recordara a mis abuelos, estaría allí cada día.

Se enderezó mientras se miraba las manos.

—Nunca te di las gracias por aquella noche.

—¿Darme las gracias por qué? —Le miré con verdadera curiosidad.

Colin sonrió de nuevo.

—Interviniste y los detuviste antes de que las cosas se pusieran muy feas. Esos puros podrían haberme hecho daño y me habría visto obligado a defenderme. Aunque las leyes hayan cambiado, permanece la mentalidad de que los puros pueden hacer lo que les plazca y que ellos son mejores que nosotros... que sus vidas importan más.

—Eso es una estupidez —afirmé—. Y no creo que Marcus les hubiera permitido hacer lo que quisieran.

—Puede que él no, pero hay mucha gente aquí que habría salvado su propio culo y me habría dejado colgado si yo les hubiera hecho algo. Pero los asustaste. Les hiciste salir corriendo. —Se rio—. A mí me asustaste un poco. No me lo esperaba.

Levanté las cejas.

—De cualquier forma, gracias. Imagino que estabais intentando mantener en secreto lo que eres y lo arriesgaste. Gracias.

No sabía qué decir, así que nos quedamos sentados en silencio un par de minutos.

—Bueno... —Se mordió el labio con la vista fija al frente—. ¿Ahora vas a decirme que me vaya o te gustaría compañía? Es decir, puedo estar callado y sentarme aquí a mirar algunas plantas.

Una sonrisa forzada se formó en mis labios. Sinceramente, no estaba de humor para mucha conversación, ¿pero qué más estaba haciendo aparte de mirar algunas plantas y compadecerme de mí misma?

Así que tomé aire y dije:

—Te puedes quedar.

—Ahá. —Hubo una pausa y esos ojos azul oscuro se encontraron con los míos—. ¿Tengo que estar callado y mirar plantas?

Solté una risa.

—No, no tienes que hacerlo.

—Bien —contestó Colin—, porque tengo un montón de preguntas sobre ti que me moría por hacerte, ¿sabes? Nunca había conocido a un semidiós. ¿No te molesta?

¿Me molestaba? Me encogí de hombros. Tenía el presentimiento de que a Colin le iban a decepcionar mis respuestas, teniendo en cuenta que yo tampoco había conocido nunca a un semidiós y que en realidad no me consideraba uno.

—Claro. Lo que quieras.

## Seth

Estaba en modo sigilo.

Al igual que los últimos cuatro días que había estado vigilando a Josie. Algunos probablemente lo llamarían acechar. Yo lo llamaría asegurarme de que estaba a salvo.

El último par de días había ido a los jardines después del entrenamiento con Laadan. Hoy no había sido distinto. Fue directa hacia la zona cercada y la seguí como había hecho las otras veces.

En el fondo sabía que no necesitaba hacerlo. No es que fuera a ser atacada por un malvado rosal, pero esto no me gustaba. Verla en este lugar silencioso, sentada durante una hora en un banco mirando al vacío, con un aspecto tan... tan triste, me costó muchísimo no ir hacia ella, cruzar la pequeña distancia entre nosotros y estrecharla entre mis brazos. Consolarla. Yo no quería esto para ella.

Había muchas cosas que no quería para ella. En concreto, yo mismo.

Mantenerme alejado de ella no era fácil. Cada noche luchaba contra el deseo de ir con ella y prácticamente cada noche acababa con la mano en mi polla y su imagen grabada en mi mente.

Lo peor era no estar seguro de qué me atraía más: ella o lo que había *en* ella. Tal vez una mezcla de ambas. No importaba.



Josie no tenía que estar aquí. Podría estar con Luke y Deacon. No había motivos para que estuviera sola.

Pasé con sigilo al viejo cuidador, que probablemente era más viejo que la tierra que estaba revolviendo, mientras seguía el camino que ya conocía. Josie nunca sabía que estaba aquí. Y así seguiría. Me quedaría en las sombras, esperando hasta que se fuera, y luego me aseguraría de que volvía al dormitorio. Después...

La suave risa de Josie me dejó paralizado.

—De verdad que no es tan emocionante —dijo ella—. Apenas sé lo que hago la mayoría de las veces.

¿Pero qué demonios? Pasé por encima del pequeño muro de piedra, llegando a dónde probablemente ningún hombre había llegado jamás. Con cuidado de no pisotear el racimo de peonías, desbloqueé un nuevo nivel de sigilo observándola a través de la espesa parra. Se me retorcieron las tripas de inmediato.

¿Pero qué coño?

Sentado en el banco junto a ella no estaban Luke ni Deacon. Estaba ese chico otra vez, el que había estado con ella cuando usó el elemento aire. Su nombre era Colin.

—Sigue siendo increíble —dijo él y... *oh, sí, jodidamente increíble*. Todo su cuerpo estaba girado hacia ella—. Tu padre es Apolo. Eso es bastante impresionante.

Apreté la mandíbula. ¿Qué le estaba contando a ese idiota? No lo conocía. Yo no lo conocía.

Encogió un hombro mientras jugueteaba con el jersey en su regazo. No dejaba de mover alguna parte de su cuerpo. Dedos. Piernas. Pies.

—Supongo. Solo lo he visto un par de veces. Está ocupado haciendo... cosas de dioses.

Colin negó con la cabeza.

—¿Qué hay de tu madre?

Entorné los ojos cuando Josie empezó a retorcer el jersey con las manos.

—No está aquí —contestó tras un pequeño silencio—. Es decir, está con Apolo. Con todo lo que está pasando con los Titanes, no es seguro para ella estar aquí.

—Es comprensible. —Por fin apartó la mirada de ella y eso estuvo bien, porque estaba empezando a pensar que esos ojos azules quedarían fantásticos en el suelo, entre las malditas peonías—. Yo fui un poco afortunado, ¿sabes? Mi madre era mortal y sabía la verdad. Mi padre, un puro, la amaba. No le importaba que fuera mortal.

A mí no me importaba una mierda si su madre era Hera.

Detrás de mí, alguien se aclaró la garganta.

Al mirar de reojo, divisé al viejo y casi difunto cuidador. Apenas podía verle la cara bajo el sombrero de paja de ala ancha, pero podía sentir la mirada de desaprobación en cada célula de mi ser.

Me quedé mirando al cuidador hasta que el pequeño cuerpo alzó los brazos y empezó a arrastrar los pies, murmurando en lo que daba la impresión de ser griego antiguo.

Qué más da. Me volví hacia Josie y «Caraculo».

—Mi padre era... Intentó mantener la relación en secreto. Dejaba la comunidad y nos visitaba a mí y a mi madre cada fin de semana. Siempre fines de semana largos, de viernes a lunes. Cuando era joven no me daba cuenta de que éramos diferentes. Mamá siempre fue sincera sobre lo que era papá. Yo no sabía que tenía otra familia en su comunidad, una pura. Mujer y otro hijo. Creo que mi madre lo sabía. Estoy bastante seguro de que sí y no creo que le importara. Le quería tanto que no le importaba que nos dejara y se fuera con otra familia, una que su especie aprobaba.

—Oh, dios mío —murmuró Josie.

Colin se quedó callado solo un momento.

—Cuando se quedó embarazada de mi hermano mayor, las cosas cambiaron. Mi padre acabó mudándose con nosotros. Durante un par de años, supongo que fuimos como una familia mortal normal. Al menos eso me pareció a mí.

Ahora Josie lo miraba y casi podía ver la compasión brotando de ella. ¡No me jodas!

—¿Qué ocurrió?

Colin miró hacia el cielo.

—Yo era joven. Una noche, los daimons siguieron a mi padre hasta casa. Atraparon a mi madre y la mataron solo por diversión. Mi padre consiguió evitar que nos cogieran a nosotros, pero mi madre... murió defendiéndonos a mi hermano y a mí. Ella no estaba entrenada ni nada. Sabía lo que eran y cayó luchando. Gracias a lo que hizo, le dio a mi padre la oportunidad de luchar.

—Suenas muy valiente.

—Era valiente —sonrió ligeramente.

Daba la impresión de que Josie estaba a punto de darle un abrazo de oso.

—Lo siento mucho.

—Gracias. —Se volvió hacia ella—. De todas formas, es algo muy deprimente y tienes pinta de que eso sea lo último que necesitas ahora mismo.

Oh, como si él supiera lo que necesitaba ahora mismo. La mano que tenía a un lado se cerró en un puño. Le iba a arrancar la lengua a Colin y a metérsela en el culo. Puede que fuera una reacción exagerada, pero qué coño, me haría sentir muy bien.

Las manos de Josie se quedaron quietas.

—¿Es tan obvio?

Colin echó la cabeza hacia atrás.

—Bueno, solo parece... que necesitas un amigo.

Josie apretó los labios y no respondió. Yo me tensé, preparado para que ella lo confirmara. Necesitaba amigos. Luke y Deacon eran geniales, pero cuantos más mejor o algo así.

¿Pero no podría haber encontrado a otra chica? Antes de darme cuenta de lo que hacía, me estaba moviendo. Al apartarme de la parra y volver al sendero, hubo un momento en el que pude haber hecho lo correcto, pero no. Por lo visto solo podía

hacer algo medio correcto. Me dirigía directo hacia ellos.

—No te he visto con el... con Seth —pronunció las palabras en voz baja, pero las oí—. Es extraño. Normalmente, no te veo sin él y...

—Y estoy justo aquí.

Josie chilló cuando giró la cabeza hacia mí. Sus ojos, esos interminables ojos, se ensancharon por la sorpresa.

—¿Seth?

Me detuve frente a ellos, observando a ese capullo cobarde en el banco.

—Josie, dices mi nombre como si no estuvieras segura de quién soy, pero tal y como gritas mi nombre normalmente, me sorprende un poco.

—¿Qué? —jadeó y diría que se había quedado congelada—. ¿Qué acabas de decir?

—Creo que me has oído —contesté, centrando toda mi atención en mi paquete—. Es la segunda vez que os encuentro así. La tercera no será tan buena.

El pecho de Josie —ese increíble y bonito pecho— se movía con rapidez.

—Esto no está ocurriendo de verdad —dijo ella—. Esto no puede estar ocurriendo ahora.

—Guau. —Colin levantó las manos—. No sé qué crees que está pasando aquí, pero no es eso.

—¿No lo es? —Me reí, un sonido estridente y mordaz, mientras me decía a mí mismo que parara y me fuera.

—Colin, no tienes que responder a nada de eso —dijo Josie, negando con la cabeza—. Seth debe de estar delirando...

—Mira, delirando o no, no tengo ganas de morir —dijo Colin a la vez que negaba con la cabeza—. No intento quitarte lo que es tuyo.

—¿Tuyo? —repitió Josie despacio—. ¿Suyo?

—Es bueno saberlo —dije con suficiencia.

Colin bajó las manos a las rodillas.

—Creo que es una chica muy guay y me gusta hablar con ella —miró hacia ella—. Me gusta hablar contigo y esto ha sido genial...

—Oh, dios mío. —Josie cerró los ojos con fuerza—. Esto no puede estar pasando *de verdad*.

—Es decir, quiero pasar el rato contigo y...

—Deberías haber dejado de hablar cuando todo iba bien —le advertí, dando un paso hacia él. Las puntas de mis botas rozaron las suyas—. Porque, verás, no me gusta...

—A Colin no le importa lo que a ti te guste. —Josie se puso de pie y dejó caer el jersey al suelo—. Y ni siquiera sé qué estás haciendo aquí. ¿Me has seguido hasta aquí?

Bueno...

Me volví hacia ella. Nuestras miradas conectaron y, maldita sea, fue como un

puñetazo directo en el pecho.

Colin se levantó y se apartó.

—Es evidente que vosotros dos necesitáis hablar. —Hizo una pausa—. Te veo luego, Josie.

Para mi gran satisfacción, ella apenas le dirigió una inclinación de cabeza. Su mirada estaba puesta en mí y cuando estaba enfadada, cabreada de verdad, no podía apartarla. Yo tampoco podía.

—¿Me has seguido hasta aquí? —repitió y cuando no contesté, negó despacio con la cabeza—. Lo has hecho, ¿verdad? ¿Has estado siguiéndome desde...?

—No es lo que piensas —retrocedí.

Josie parpadeó con rapidez.

—¡Tú no sabes lo que pienso! Solo quiero que me contestes...

—Tienes que tener más cuidado —la interrumpí.

—¿Más cuidado con qué?

Señalé por donde se había marchado Colin.

—Con confiar en cualquiera. Le estabas hablando sobre Apolo. —Vale, mi razonamiento me sonaba penoso incluso a mí, pero ya puestos...—. Y estabas hablando sobre tu madre...

—¡Oh, por dios! Nos estabas escuchando a escondidas. ¿Qué demonios te pasa, Seth? —La ira endureció sus rasgos y, como era obvio que algo en mí no iba bien, se me puso dura. Una Josie enfadada era una Josie muy *sexy*—. Terminas conmigo sin ni siquiera decirme por qué. ¿No te he visto en días y, sin embargo, aquí estás, escuchándome hablar con otro chico?

—No estaba escuchando —dije y de inmediato me di cuenta de lo estúpida que iba a ser esa actitud—. No por los motivos que crees.

Entrecerró los ojos.

—Eso es mentira, Seth, y lo sabes.

—Esto es una estupidez. —Sobre todo porque yo era un estúpido. Retrocedí otro paso—. No sé ni en qué estaba pensando.

—Yo tampoco sé en qué estás pensando. Dios, ojalá lo supiera, pero sí sé lo que estás sintiendo. —Levantó la mano y me señaló—. Estás celoso.

—¿Celoso? —Me reí—. ¿De él?

Puso los ojos en blanco.

—Sí, de él. ¿Por qué si no te esconderías en el jardín para escucharnos?

Mierda.

No tenía una buena respuesta para eso.

—No debería haberlo hecho —dije un momento después. Me agaché, recogí su jersey y se lo ofrecí—. Debería haberos dejado a solas.

Sus labios se separaron, lo que atrajo mi atención. No me costó nada recordar su tacto. Su sabor.

Se me estaba poniendo más dura.

Inspiró hondo y cerró los ojos brevemente.

—Has tratado a Colin como una mierda y no se lo merece. Eso no está bien, pero me... me alegro de que estés aquí ahora.

—¿Cómo dices?

Los dedos de Josie encontraron el final de su coleta. Empezó a retorcerla.

—No quiero discutir contigo. ¿Podemos... podemos hablar? Es decir, quiero hablar contigo. Creo que sería bueno y...

—No seré bueno.

Arrugó el ceño.

—No puedo estar peor que ahora. —Su voz se quebró en la última palabra y enseguida apartó la mirada, bajando la barbilla—. Te... te echo de menos, Seth. Te echo mucho de menos y te qui... Te echo muchísimo de menos.

Mi mano se aferró a su jersey. Las palabras «Yo también te echo de menos» me quemaban la lengua, me abrasaban todo el cuerpo.

Su mirada brillante encontró la mía.

—¿Nada? —susurró y luego dejó salir una risa nerviosa—. Solo... quiero entender lo que he... —le tembló la voz—. Solo quiero saber qué hice mal.

¿Qué hizo mal? Bloqueado en el silencio, solo pude observarla. ¿Pensaba que había hecho algo mal? ¿Que era cosa de ella? No había hecho ni una sola cosa mal. Era un ángel.

Sus pestañas bajaron.

—Vale. Está bien. —Cuando volvió a abrir los ojos estaba mirando hacia abajo—. Yo... Um, tengo que irme... —se le fue la voz y entonces se alejó corriendo por el sendero, desapareció tras las estatuas cubiertas de parra.

Y yo me quedé allí de pie, aferrando con fuerza su jersey cuando lo que quería era aferrarme a ella.

## Josie

Unas llamas rojizas crepitaban sobre mis nudillos, soltando pequeñas chispas al. Miré el fuego, un poco sorprendida por el hecho de que yo pudiera crear esto de la nada y que pudiera controlarlo.

Y bueno, era bastante asombroso.

No iba a tener en cuenta el hecho de que me hubiera costado tres semanas de trabajo con Laadan llegar a este punto, en el que ya era una pirómana oficial. Tres. Largas. Semanas.

Laadan era una profesora excelente e increíblemente paciente, incluso a pesar de haberle chamuscado las pestañas en más de una ocasión. Deacon había estado ayudando de vez en cuando y no se le daba tan mal como había hecho creer. Deacon podía controlar el fuego. Marcus llevaba razón. Trabajar el control de un elemento ayudaba con los otros tres.

La última vez que había convocado por error el elemento equivocado había sido hace dos días, pero fue un accidente. Me había distraído, porque cuando me encontraba de pie frente a Laadan, concentrada en convocar el elemento tierra, vi a Seth en el sendero más cercano.

Por accidente, derribé a Laadan.

Seth...

Me dolió el pecho y las llamas se apagaron. Apenas lo había visto desde aquel día en los jardines. No podía creer que hubiera intentado hablar con él después de que se hubiera portado como un imbécil, pero estaba desesperada por saber lo que había ido mal entre nosotros. Y aún era así. ¿Qué había hecho mal?

Pero él se mantenía alejado y no sucumbí a la necesidad de visitarlo. Pensaba que el dolor disminuiría con el tiempo, pero no. Era tan crudo y brutal como el primer día.

Pero yo... seguía con mi vida. Estaba dominando los elementos y me estaba volviendo muy buena en eso del combate cuerpo a cuerpo, capaz incluso de arreglármelas contra Solos y Luke. Me odiaba a mí misma por pensar esto, porque era muy patético, el colmo de lo patético, pero Seth habría estado orgulloso si hubiera visto cómo había derribado a Solos ayer haciéndole un barrido.

Hice un pequeño baile.

Parecía una gallina sin cabeza, pero hice el baile y se lo restregaría a Solos en la cara cada vez que tuviera la oportunidad.

Después de los entrenamientos evitaba el jardín. Lo que una vez había sido un breve respiro de toda la mierda, ahora me incomodaba, como si quisiera enterrar la cara en una almohada y no volver a sacarla. Pero Seth no había asustado a Colin.

Miré hacia donde estaba sentado, con las piernas estiradas frente a él y apoyado de espaldas contra un árbol, estaba absorto en lo que fuera que estuviera leyendo. Al otro lado, Luke estaba estudiando y Deacon, bueno, él ni siquiera fingía estudiar. Mientras Luke sostenía el libro abierto, apoyado contra su pecho, Deacon tenía la cabeza en el regazo de Luke. Se había quedado dormido durante unos minutos. Ahora, cada dos segundos, le daba golpecitos con los dedos en el dorso del libro. Luke debía de tener la concentración de una cobra o la paciencia de un santo, porque aún no le había pegado a Deacon.

Bajé la mirada hacia el libro que había birlado de la habitación de Deacon hacía unos días, después de haber hecho la inspección diaria de la bibliotecaria. Se trataba de *Mitos e historia 101*, un verdadero relato de su historia, aunque más bien era un telefilme de infidelidades entre parejas inmortales con superpoderes. Todos los dioses se acostaban prácticamente con todo lo que caminara y quiero decir con cualquier cosa.

*Cualquier cosa.*

Me estremecí solo de pensar en la sección de mi padre. Benditos dioses, estaba traumatizada. Como lo de aquella ninfa que, literalmente, se convirtió en un árbol para escapar de Apolo.

Se convirtió. En. Un. Árbol.

También estaba ese pobre chico que se convirtió en un arbusto o algo así, y eso ni siquiera era lo peor de todo.

Ni por asomo.

Mi padre puso el «puto» en putón.

Hablando de cosas menos traumatizantes relacionadas con Apolo: no había vuelto a dar señales desde que apareció cuando Seth y yo... Aparté ese pensamiento. No había noticias. Así que nada del semidiós sabueso, pero extrañamente yo estaba empezando a sentir la diferencia entre puros y mestizos. Había comenzado como una onda de energía apenas perceptible, como una calidez que sentía cada vez que estaba cerca de un puro. No la sentía con Luke, Colin ni Solos. Se lo había mencionado a Laadan y ella opinó que algunos de mis poderes de semidiosa empezaban a abrirse camino, sin prisa pero sin pausa, y dijo que probablemente habría más. Desde que percibía el éter en los puros, me preguntaba si con el tiempo sería capaz de encontrar a otros semidioses. A este ritmo, tal vez tuviera que hacerlo, ya que mi querido padre estaba desaparecido en combate.

Todo ese asunto de olfatear el éter era bastante guay.

Pero raro, muy raro.

Las cosas estaban bastante tranquilas. En realidad, eso no era del todo cierto. Las cosas estaban tranquilas para mí. Casi todo el mundo me evitaba. Solo unos pocos valientes se acercaban cuando Colin estaba con nosotros. Hablaban con él mientras intentaban mirarme con disimulo. Aparte de eso, nadie parecía muy interesado en tener un semidiós en el campus.

Por otro lado, el asunto entre mestizos y puros no se había calmado. Por lo que deduje, no había pistas sobre quién había matado al puro o quién era el responsable de las cosas horribles que le habían hecho a esa chica, Felecia. Colin creía que las autoridades —el consejo del campus— no se habían esforzado, a pesar de que la mitad del Consejo estaba formado por mestizos. Era una de esas cosas que no querías creer pero tenías que aceptar que era verdad, porque lo era.

Había habido dos manifestaciones más en la última semana, los mestizos reclamaban una investigación seria de lo que estaba pasando en el campus y en otras comunidades. Deacon y yo nos unimos a Colin en la última y de momento todo se había mantenido en calma. Probablemente tuviera que ver con la presencia de Marcus y un montón de Guardias.

Me quedé mirando el patio, la división entre ambas partes era evidente.

Como la temperatura era cálida fuera —no calurosa, solo cálida— gran parte del colegio pasaba el tiempo en el patio principal, se tumbaban bajo el sol de la tarde o jugaban a una versión muy rara del disco volador en la que atrapaban lo que parecía un disco mucho más pesado y peligroso.

Los mestizos estaban reunidos al otro lado de donde estábamos sentados, cerca de los dormitorios. Era sábado y solo unos pocos llevaban el uniforme negro de entrenamiento.

No éramos los únicos en los que se mezclaban mestizos y puros, había otros grupos pequeños reunidos a nuestro alrededor. Me gustaban.

Seguí el disco plateado con la mirada mientras volaba a través del patio. Un puro saltó y estiró la mano. El disco se detuvo antes de que lo alcanzara, dio un golpe de muñeca y cruzó volando el patio.

¿Por qué no podían simplemente, no sé, cogerlo y lanzarlo como la gente normal? Sentí una punzada de dolor detrás de los ojos.

Cerré los ojos y me froté las sienes con los dedos. El dolor sordo, que había estado yendo y viniendo cada día durante la última semana, había regresado. Cualquiera hubiera pensado que al convertirme en una semidiosa no tendría que lidiar con cosas como jaquecas o el periodo. Estaría bien.

—Si te vuelves a quedar dormido, conseguiré un rotulador y te dibujaré un bigote en la cara —informó Luke.

Colin se rio entre dientes.

—Espero verlo.

—No estoy dormido —protestó Deacon—. Estoy observando y eso.

Yo continué frotándome las sienes.

—¿Observando qué? —preguntó Luke.

Él resopló.

—¿No me ves?, percibiendo cosas que un Centinela entrenado no percibe.

—En realidad ya no soy un Centinela —le recordó Luke.

—Sí y en realidad yo no estoy aquí tumbado pensando en conseguir esa bolsa de



maría y fumármela.

Sonreí con cansancio.

—Siempre serás un Centinela, digas lo que digas —continuó Deacon—. Bueno, ¿ves al grupo de puros de allí?

Abrí los ojos, miré hacia donde Deacon señalaba con el pie descalzo. Había cinco puros. Todos hombres. Dos de ellos estaban jugando con el disco de la muerte.

—¿Qué pasa con ellos? —preguntó Colin al cerrar el libro.

Deacon rodó de costado y se puso bocabajo, de forma que su mejilla descansaba sobre la pierna de Luke.

—Están tramando algo. No dejan de susurrar y observar al tío pelirrojo. —El chico pelirrojo le estaba lanzando el disco al chico rubio que estaba al otro lado del patio—. Los he estado observando, cada vez que lanzan esa cosa se acercan a los mestizos que están allí sentados, de espaldas a ellos.

Colin dejó el libro a un lado y se inclinó hacia delante, flexionando una pierna.

—Bien visto, Deacon.

—Como he dicho, estoy observando.

Luke resopló.

Volví a cerrar los ojos y aumenté la presión en mis sienes. Tenía un mal presentimiento con el disco de la muerte.

—Oh, mierda —murmuró Colin—. Espero que no me amenace otra vez.

Empecé a fruncir el ceño, pero mis labios se congelaron cuando noté un escalofrío bajando por mi columna. Una nueva sensación que ya había sentido varias veces en los últimos días, pero solo una vez con anterioridad, cuando Seth había estado cerca, esperando para hablar con Solos después del entrenamiento.

Y la reacción de Colin también tenía lógica si se trataba de Seth. Amenazar al chico parecía ser el pasatiempo favorito de Seth y era el único del que yo estaba al corriente. Estaba segura de que tenía otros más divertidos, de esos en los no me gustaba pensar.

Y eso intensificó mi dolor de cabeza.

Se me empezó a acelerar el corazón mientras mantenía la mirada fija en el césped entre mis piernas. Tampoco es que Seth fuera a venir hacia aquí. Me había estado evitando tanto como yo a él.

—¿Estás bien?

El aire de mis pulmones se atascó ante el sonido de la voz de Seth. Tres semanas desde la última vez que lo había oído hablar. Tres. Largas. Semanas. No había olvidado su voz, pero mis recuerdos no le hacían justicia. El ligero acento seguía allí, insinuando cierto origen exótico.

—¿Josie? —preguntó.

—Se ha quedado muda —bromeó Deacon y le oí sentarse—. ¿No te lo dijo Luke en sus informes diarios?

Oh, dios mío.

Con el corazón acelerado, levanté la cabeza poco a poco y se me hizo un nudo en el pecho cuando nuestras miradas se encontraron. Los músculos de mis piernas se tensaron y mi instinto de supervivencia se puso en marcha. Quería levantarme y salir corriendo. Cobarde, muy cobarde, pero había estado haciendo todo lo posible por evitar a Seth desde el día en el jardín.

Verle dolía.

Tenerlo delante de mí simplemente me mataba.

Dios, Seth era guapo, muy guapo. Al mirarlo ahora, con las cejas ligeramente levantadas, de un rubio más oscuro que los rebeldes cabellos de su cabeza, y los labios carnosos, tuve que preguntarme si había estado drogada cuando pensé que lo nuestro tenía sentido. Y si de verdad había estado tan embelesado conmigo. Mi personalidad no podía llevarme tan lejos.

Cielos. Escúchame. Me hacían falta unos refuerzos positivos diarios o algo así.

Levantó aún más la ceja derecha.

Hablar sería inteligente.

—Jaqueca.

Parpadeó.

—¿Jaqueca?

Dado que al decir una palabra ya había demostrado que no me había quedado muda de repente, asentí.

Cuando miré hacia Luke, Seth arrugó las cejas.

—No has mencionado que ha estado sufriendo jaquecas.

Fruncí el ceño y recuperé la voz.

—¿Por qué debería? Tampoco es que te importe.

La mirada de Seth regresó a la mía y entornó los ojos. ¿Puede que nadie más hubiera oído eso?

—Me importa —sentenció, pronunciando las dos palabras con claridad.

Un silencio incómodo se instaló a nuestro alrededor mientras Seth y yo nos mirábamos el uno al otro. ¿Sería muy raro si saltara y lo rodeara con los brazos, colgándome de él como un pulpo necesitado? Sí, lo sería. Y patético. ¿Y qué tal saltar y golpearle en las pelotas? Raro también. Y violento.

Colin se puso de pie despacio y atrajo la atención de Seth al sacudirse la parte de atrás de los pantalones.

—Tú otra vez —dijo Seth.

—Sí —contestó Colin sin levantar la vista—, yo otra vez.

—Sí —murmuró Seth.

Suspiré.

—¿Necesitas algo?

La atención de Seth regresó a mí.

—¿Necesito algo para venir por aquí?

Mis dedos se cerraron.

—Sí, creo que sí.

—Los echaba de menos juntos —dijo Deacon, flexionando las rodillas y colocando los brazos sobre ellas—. Son todo cariño y afecto, ¿no crees? Que monos. Seth los ignoró.

—No sabía que necesitaba un motivo para saludar a mis amigos.

—¿Tienes amigos? —repliqué y enseguida me sentí como una perra.

Entornó la mirada.

—Amigos tan reales como los tuyos.

El ataque personal dolió y me levanté con una rapidez que nos sorprendió a ambos.

—Eres un imbécil. —Me incliné para recoger mi libro prestado.

Seth fue rápido y me lo arrebató de las manos.

—¡Eh!

Mientras retrocedía, le dio la vuelta y puso cara de sorpresa.

—¿En serio? ¿*Mitos e historia 101*? ¿Te lo estás leyendo por gusto?

—¿Y qué si lo hago? —Intenté coger el libro pero me esquivó—. Devuélvemelo.

—Quizás yo quiera leerlo por gusto.

Le miré.

—¿Tienes doce años o algo así?

—Yo me preguntaba lo mismo —dijo Luke y Seth le lanzó una mirada divertida.

Deacon estaba sonriendo como el Sombrerero Loco.

Seth sonrió con suficiencia cuando levantó la mirada hacia mí.

—En realidad, ahora que lo pienso, leerse esto por gusto es casi lo más patético...

—¡Oh, mierda! —gritó Colin, con los ojos como platos mirando a través del patio.

Mientras Seth y yo nos volvíamos, alcancé el libro y se lo arrebaté de las manos justo cuando avistaba el disco de la muerte volando sobre el puro. Alguien gritó, pero era demasiado tarde. El disco con esteroides golpeó a la chica detrás de la cabeza con un desagradable crujido y la derribó. Cayó al suelo, el rojo se mezclaba con su cabello rubio. La gente sentada cerca de ella se levantó enseguida. Varios se apiñaron a su alrededor. El libro se me resbaló de las manos mientras el puro pelirrojo que había lanzado el disco se reía. El chico se estaba *riendo*.

Un mestizo de un grupo cercano se levantó y empezó a correr a toda velocidad. Era tan rápido como un guepardo. Un segundo antes estaba junto a nosotros y al siguiente estaba derribando al puro pelirrojo.

El caos estalló.

Ocurrió tan deprisa, una parte convergiendo con la otra, que se produjeron peleas por todas partes a nuestro alrededor en cuestión de segundos. Deacon se puso en pie de un salto al lado de Luke cuando un puro cayó sobre Colin. Se enzarzaron en una vorágine de puñetazos y patadas.

Oh, tío, alguien iba a acabar en llamas.

De repente, Seth estaba delante de mí.

—Tienes que volver al dormitorio ahora. —Me agarró del brazo y me giró hacia Deacon—. Asegúrate de que está...

—¿Lo estás diciendo en serio? —Liberé mi brazo de Seth—. Puedo luchar y... —Me cortó al empujarme a un lado y abalanzarse hacia delante, atizando a un puro en el pecho con un fuerte golpe de brazo, bloqueándolo.

Seth me miró con desaprobación.

—¿Que puedes hacer qué?

—Puedo luchar, pedazo de idiota.

Al avistar a un puro que corría en plan pirómano a unos pasos a mi izquierda, levanté el brazo y abrí la mano. Mientras convocaba el elemento agua, sonreí cuando un rayo estalló sobre nosotros y un brillo blanco rodeó mi palma. El poder emergió, pero era el akasha. Cuando el rayo de energía fluyó, se convirtió en un chorro de agua. El líquido se estrelló contra el puro, volteándolo en el aire. Cuando cerré la mano, me volví hacia Seth y levanté el dedo de en medio.

—¿Qué tal eso?

Levantó una ceja mientras se giraba y atrapaba a un mestizo que había tropezado. Enderezando al chico, Seth le dio un amable empujoncito.

—Vas a desear quedarte fuera de esto.

En eso iba a tener que darle la razón a Seth.

Las cosas habían empeorado con rapidez y de ninguna manera iba a alejarme de ello como había hecho aquel día en la cafetería, mientras gente inocente salía terriblemente herida.

No era algo que pudiera pensarme dos veces y, quizás más tarde, volvería la vista atrás y me sorprendería lo rápido que me había metido en medio de eso, pero en ese momento fue instintivo.

Los puros no jugaban limpio. No cabía duda.

Una pura sujetaba a un mestizo contra un árbol con el elemento aire. Me alejé de Seth y fui hacia la pura. Poniéndole la mano en el hombro, le di la vuelta. La sorpresa invadió sus ojos y dejó caer al mestizo.

—Eso no está bonito —le dije.

El labio inferior le temblaba y cuando la solté, supuse que saldría corriendo. No lo hizo. Cuando estiró la mano en mi dirección supe que iba a convocar un elemento.

—No es prudente. —Le cogí el brazo y se lo retorcí mientras me colocaba detrás de ella, inclinándola hacia delante, tal como Seth y Solos me enseñaron al principio. Metí la pierna entre las suyas y la giré hacia la derecha. Cayó.

Mientras se ponía de pie, levanté la cabeza justo cuando un puro se precipitaba sobre mí. Corría hacia mí como un defensa de fútbol americano. El miedo se apoderó de mí un momento y luego lo alejé. Tras esquivar al tío enorme, me agaché y le hice un barrido. Cayó hacia atrás y golpeó el suelo con un ruido sordo.

Al girarme vi a los chicos. Deacon tenía el teléfono en la mano, hacía fotos con

una sonrisa de satisfacción en la cara mientras Luke sujetaba a dos puros, uno en cada mano. Los atrajo el uno hacia el otro e hizo chocar sus cabezas. Colin retenía a un puro contra el suelo y Seth...

Seth se subió a un puro a los hombros y lo estrelló contra el suelo con un solo brazo.

Guau.

Qué sexy.

Una mano me agarró de la coleta y tiró de mi cabeza hacia atrás. Grité, más de ira que de dolor. Atrapé el delgado brazo y giré a su alrededor mientras levantaba la pierna. Hundí la rodilla en el estómago del puro. Me soltó el pelo y se dobló mientras yo saltaba hacia atrás.

—¿Están locos? —pregunté, a la vez que esquivaba una bola de fuego que se estrelló contra el árbol, sobre la cabeza de Deacon—. Soy una semidiosa. ¿En serio?

—Y yo soy el Apollyon, y sí, son así de estúpidos. —Seth me rodeó con rapidez, atrapó a un puro por los hombros y lo tiró al suelo. Levantó un puño—. Muy estúpidos.

—Estúpidos no —escupió el puro—, puros. Somos puros y así seguirá siendo. Y puede que seas el Apollyon, pero no eres más que un sucio y maldito...

El puño de Seth terminó esa frase. Salpicó sangre y saliva.

—La intolerancia es estúpida, por si todavía no te has dado cuenta.

El puro no le escuchó porque estaba inconsciente. Parte de mí no podía creer que esto estuviera ocurriendo. Me volví y salté hacia un lado, esquivando por los pelos un puñetazo a la cara.

—Dioses —solté, más que enfadada.

El puro volvió a cargar contra mí con la nariz goteándole sangre. Venía hacia mí en modo *Puños de furia*, con el suficiente impulso como para hacerme daño, pero eso no iba a pasar.

No era la misma Josie que había entrado en la universidad unos meses atrás.

Era casi una ninja.

Al atrapar su mano, usé su impulso y el peso de su cuerpo cuando pasé por debajo de su brazo, llevándomelo conmigo. Le di la vuelta y lo tumbé bocarriba. Seguro que estaba viendo las estrellas. O tal vez minotauros griegos. Qué más dada.

—Joder. —Seth se quedó mirándome.

—¿Qué? —Sacudí los brazos mientras me enderezaba y me echaba la cola hacia atrás—. ¿Pensabas que solo había estado lloriqueando por ahí en vez de mejorar?

Vale. Había estado lloriqueando mucho cuando estaba a solas, pero no necesitaba saber eso.

Sus labios se crisparon y bajó la mirada durante una milésima de segundo. Sus rasgos se tensaron y reconocí esa expresión. Deseo ferviente. Y algo dentro de mí, igual de ferviente y completamente estúpido, respondió. Mis labios se separaron. Seth dio un paso hacia mí.

Un golpe de energía sobrenatural ondeó a través del aire. Mi mirada conectó con la de Seth. Sus ojos ardían con un brillante color leonado.

—¿Es un dios?

Negó con la cabeza mientras examinaba el patio.

—No sé lo que es. No he sentido... —su voz se apagó y abrió los ojos de par en par—. ¿Pero qué...?

Me giré hacia donde él miraba y me quedé boquiabierta. A menos de tres metros surgieron unas puertas dobles. Literalmente, aparecieron de la nada, y tenían un aspecto antiguo. El marco era de un material plateado que supuse que era titanio y el resto era de un bronce suave.

Los que luchaban cerca de ellas se apartaron, manteniéndose a una buena distancia. Había símbolos por toda la puerta, una inscripción antigua que me recordaba a la letra «F» y un signo de la paz muy raro que también parecía un monigote. Intenté descifrar el significado, pero estaba demasiado distraída como para darle tiempo a mi habilidad recién descubierta. Había un yelmo romano en cada puerta y debajo de cada uno había lo que parecía un tosco dibujo de un perro de tres cabezas. Di un brinco al darme cuenta de lo que significaban esos grabados.

Las puertas se abrieron y un frío aire húmedo ondeó sobre la hierba. Las hojas verdes se encogieron y enseguida se volvieron de un marrón apagado a medida que la intensa brisa retrocedía hacia la enorme oscuridad. Aparecieron dos formas borrosas.

—Oh, mierda —murmuró Seth.

Me puse tensa, preparándome para una horda de Titanes o sombras. Quizás incluso unos osos rabiosos o nerviosos escupiendo fuego. Eso no fue lo que atravesó la puerta.

Lo hizo una chica.

Parecía tener mi edad, tal vez uno o dos años menos, y «guapa» no era una palabra lo suficientemente buena para describirla. No era muy alta, pero los vaqueros ajustados y la camiseta sin mangas mostraban un cuerpo musculoso y voluptuoso al mismo tiempo. Un largo cabello castaño le caía en cascada por debajo de los hombros y sobre el pecho. Sus ojos eran de un marrón cálido y sus rosados labios carnosos complementaban a la perfección su rostro en forma de corazón. La chica poseía una belleza salvaje sin límites.

No estaba sola.

A su lado había un hombre alto de cabello oscuro y, por dios bendito, era... guau. Era más alto que Seth, pero no tan robusto, de cabello castaño oscuro, casi negro, y unos ojos de un llamativo tono gris. Su rostro era casi perfecto: pómulos altos, nariz recta y una boca expresiva. Llevaba unos vaqueros y una camiseta básica, pero por alguna razón pensé que estaría más cómodo con el atuendo de un Centinela.

Tras ellos, la puerta se cerró sola, desvaneciéndose hasta que no quedó nada salvo la pareja increíblemente hermosa.

—Bueno... —La chica miró a su alrededor, arqueó las cejas cuando levantaron a

un mestizo en el aire y les pasó volando como una pelota de fútbol. Tenía los labios fruncidos.

—Esto es muy inesperado.

—No del todo —dijo el hombre a su lado cuando dirigió su mirada de ojos plateados hacia nosotros, clavándose en Seth mientras la chica daba un paso hacia delante.

Deacon gritó por encima del tumulto, con la voz llena de alegría, y de reojo lo vi caminar hacia ellos. A pesar de todo el caos que había a nuestro alrededor, el hombre atractivo sonrió como respuesta, mostrando unos dientes blancos y parejos.

Caí en la cuenta cuando un mestizo y un puro que peleaban se acercaron a los recién llegados. Con un puñetazo, el mestizo hizo retroceder al puro a varios pasos. Tropezó con la chica nueva y se dio la vuelta, unas llamas aparecieron sobre sus nudillos destrozados.

Ella reaccionó con una rapidez increíble.

El brazo de la chica salió disparado y la mano aterrizó en su hombro. Le dio la vuelta mientras se agachaba y le daba una patada. Le alcanzó justo debajo de las rodillas, haciéndole un barrido. Mientras el puro aturdido caía hacia delante, ella colocó la palma en su espalda. La electricidad estática estalló y crepitó en el aire, el puro salió volando y aterrizó bocabajo a varios metros en un revoltijo de quejidos y temblores.

*Joder.*

Con un completo control de cada músculo de su cuerpo, la chica se enderezó con agilidad. La luz blanquecina de su mano derecha se fue desvaneciendo. Sus labios se curvaron en una media sonrisa, que me resultó un poco familiar, mientras se apartaba un largo mechón castaño de la cara.

—Eh, Seth.

Seth miraba a la pareja casi paralizado. Los símbolos surgieron en su piel dorada, uniéndose y cambiando tan rápido que no tenía ni idea de lo que decían las runas, pero la tensión de su rostro lo decía todo.

—Álex —exhaló.

## Seth

La piel me hormigueaba. La sangre palpitaba. El pulso se me aceleró. La energía me invadió como si me hubiera metido un chute de cafeína directo en el corazón. Los símbolos, la marca del Apollyon, bailaban con alegría sobre mi piel como respuesta a Álex.

Como respuesta al *Apollyon*.

Mierda.

Oh, mierda.

La conexión estaba volviendo a la vida, despertando como una cobra dormida, y allí estaba, entre nosotros, preparándose para atacar. El mundo entero se centró en esa chica. La cosa dentro de mí, que sentía como una parte de mí pero algo completamente diferente, rugía como un tren de mercancías.

Sin previo aviso, una idea flotó entre mis pensamientos. *Puedo utilizarla. Puedo utilizarlos*. Tan pronto como llegaron esos pensamientos casi desaparecen de mi alcance. Como cuando no te sale una palabra, pero la tienes en la punta de la lengua. Desde que Desperté, eso me había ocurrido una y otra vez. Durante mucho tiempo no comprendí por qué, pensé que solo estaba distraído, pero me di cuenta de que ocurría desde que me Desperté y supe lo que había pasado. Fue lo mismo que le ocurrió a Álex. Cientos de años de información descargada, pasada de un Apollyon a otro. Sabía un montón de basura, pero nunca me di cuenta porque el conocimiento existía en el fondo de mi subconsciente.

Pero ahora esos extraños pensamientos, tan preocupantes como eran, se marchitaron como hojas en el invierno.

Alexandria Andros se encontraba frente a mí. Era ella de verdad. En carne y hueso, pero estaba muy diferente a la última vez que la vi. Tenía el cabello más largo, como cuando nos presentaron en Deity Island. Las pequeñas cicatrices que cubrían cada centímetro de su piel habían desaparecido. Ares le había roto literalmente todos los huesos del cuerpo. Como llevaba una camiseta sin mangas, pude ver que las marcas del brazo y del cuello tampoco estaban.

No era solo lo físico. El peso emocional con el que había cargado había desaparecido, liberando sus hombros. Esos ojos de color *whiskey* estaban *felices* y llenos de diversión. Años de dolor borrados, como si nada hubiera ocurrido, pero había ocurrido.

Yo había ocurrido.

No obstante, verla así me aportaba cierto alivio. Había previsto no volver a verla nunca. Eso habría sido lo ideal, porque... bueno, ¿quién querría encontrarse cara a



cara con la persona que le mató? Porque eso fue lo que ocurrió y saber lo que hice me ayudaba a ignorar lo que ocurría dentro de mí.

Álex había sufrido una muerte mortal por mi culpa.

Pero tenía buen aspecto. Tenía un aspecto genial, en realidad. Y parecía feliz.

No era la única que parecía encantada.

Deacon se había abalanzado sobre Aiden —*san* Aiden St Delphi— y casi lo tira sobre un puro caído. Los hermanos se abrazaron, ajenos a los que luchaban a su alrededor. Aparte de los ojos, no tenían absolutamente nada en común.

Por eso me gustaba Deacon.

Aiden retrocedió, sosteniendo el rostro de su hermano menor entre las manos.

—Mírate —dijo con voz espesa—. ¿Te está saliendo barba?

La risa de Deacon era ronca.

—Sí, claro. El pelo no crece en esta bonita cara.

—Más bien una cara de bebé. Dioses —dijo Aiden mientras le pasaba un brazo por el cuello a su hermano y lo atraía hacia él—, te he echado de menos.

—Yo también —murmuró Deacon con los hombros temblorosos.

Me puse tenso cuando Álex empezó a caminar hacia mí. Se detuvo cuando negué con la cabeza. Frunció los labios y por un momento pensé que haría lo que le diera la gana, porque esa era la Álex que conocía, pero me sorprendió. Se volvió hacia los hermanos. Se unió a ellos y se abrieron para meterla en un abrazo de grupo. Un segundo después, Luke estaba con ellos, e incluso por encima de los furiosos alaridos pude oír el grito de felicidad de Álex. Por fin reunidos.

Le di la espalda a la feliz reunión y busqué a Josie, la encontré al instante. Estaba apartada a un lado, mirando a Álex con los ojos muy abiertos, ajena al humo que provenía del olivo que ardía detrás de ella. No podía ni imaginar lo que estaba pensando, pero el sentido común me dijo que sabía perfectamente quiénes eran los recién llegados. Álex se liberó del abrazo de grupo y examinó el patio.

—¿Qué demonios está pasando, chicos?

Seguí su mirada, que observaba a Colin derribar a otro puro. Sonreí.

—Solo estamos intimando un poco. Ya sabes, unas palmaditas amigables y esas cosas.

Ella levantó una ceja.

—Ahá.

—Las cosas no van bien entre nosotros ahora mismo —le explicó Luke, retrocediendo y quitando el brazo de sus hombros—. Te lo explicaré más tarde.

Álex entrecerró los ojos y empezó a fruncir el ceño al observar a alguien.

—¿Esa es... Tetas?

Cuando me volví hacia donde miraba, una risa estrangulada se escapó de mi garganta. Álex la reconoció de inmediato.

—Sí, lo es.

—Ah. —Álex me miró con las cejas levantadas y no había que ser muy listo para

entender el enorme salto en el tiempo que estaba dando—. Interesante.

Gritos pidiendo el cese de las peleas resonaron por todo el patio. Llegaron Guardias y Centinelas a toda prisa y acabaron con el resto de las peleas. Qué bueno ver la urgencia con la que traían sus culos hasta aquí. Pero un Centinela solitario se separó, todo su cuerpo se estaba poniendo rígido.

—¡Papá! —gritó Álex y salió disparada, corriendo a toda velocidad hacia el hombre. Él abrió los brazos y ella casi lo derriba. Hundió la cara en su pecho y él la levantó del suelo.

Ver aquello me llevó a lugares que ni siquiera conocía. Yo nunca conocí a mi padre. Solo sabía que había muerto hacía mucho tiempo. Álex creció pensando que su padre había fallecido cuando era un bebé, pero no era cierto. Había estado escondido en el Consejo principal de las Castkills y fue justo antes de que Álex y yo nos enfrentáramos a Ares cuando por fin consiguió conocer a su padre.

Tenían mucho tiempo que recuperar y estoy seguro de que la última vez que estuvieron en la superficie no había sido suficiente.

Álex echó la cabeza hacia atrás y se rio mientras le cogía la mano a su padre. Casi lo arrastró hasta donde estaba Aiden, con Luke y Deacon. Como era de esperar, de pronto Solos estuvo con ellos. Toda la pandilla volvía a estar reunida.

Excepto por los que habían muerto y no volvieron como semidioses.

Dioses, me hormigueó la piel y no de una forma desagradable, sino de una forma familiar que esperaba no volver a experimentar, y eso solo podía significar una cosa.

Mientras se colocaba el pelo detrás de la oreja, ella me miró. Nuestros ojos se encontraron y supe que ella también lo sentía. Oh, sí, ese pequeño y alegre zumbido que detectaba que el éter estaba allí.

¿Cómo podía no haberme dado cuenta del tiempo que había pasado? Oh, claro. Mi mente había estado concentrada en otra chica. Debería haber estado preparado para esto, preparado para la posibilidad de que...

Joder.

De que siguiéramos conectados.

¿Era demasiado esperar que no fuera así?

Me pasé la mano por el pelo, me volví y observé un puro que estaba tumbado boca abajo. Me arrodillé, comprobé el pulso y lo encontré. Era bastante difícil matar a los puros, igual que a los mestizos, pero no imposible. Podías herirlos de gravedad. Levanté la vista, vi cómo se llevaban en camilla a la chica a la que habían atacado con el disco. Un golpe lo suficientemente fuerte en la cabeza puede hacer bastante daño, igual que a un mortal.

Me levanté y de inmediato mi atención se centró en Josie. Seguía en el mismo lugar, rodeándose la cintura con los brazos mientras observaba a Álex y Aiden. Poco a poco, su mirada viajó hasta mí. Tragó con dificultad y apretó los labios.

Antes de darme cuenta, mis pies me estaban llevando hasta ella. Me detuve delante de ella.

—¿Estás bien?

Josie asintió. Su mirada me recorrió y luego se desvió por encima de mi hombro. Su voz apenas fue un susurro.

—Es... es ella, ¿verdad?

—Sí. —Miré hacia el pequeño grupo feliz. Alex estaba haciendo una especie de baile con Deacon. Mis labios se crisparon—. Es ella.

Se quedó callada un momento.

—Es muy guapa.

La miré.

—Bueno, no es que esperara menos —se apresuró a añadir Josie—. Es solo que... no sé, no sabía qué aspecto tenía. ¡Pero mira lo felices que están todos! Es... Estoy divagando y, dios, ¿no ha sido todo esto una locura? ¿La pelea? Era como el *East Side* contra el *West Side*. Marcus lo tiene muy difícil —continuó a mil por hora—. Espero que esa chica esté bien. ¿Crees que lo está? Es decir, eso habría matado a un mortal. Podría ingresar cadáver. Y la mitad de ellos ni siquiera pareció darse cuenta de la extraña puerta que apareció de la nada y...

—Guau. —Le toqué el brazo. La electricidad bailó entre nosotros. Intenté ignorarla, pero fracasé—. Frena, Josie.

Bajó la mirada a su brazo y volvió a levantarla.

—No me he acelerado.

Levanté una ceja.

—Lo que sea. —Se apartó a un lado y dejó caer mi brazo mientras volvía a observar al grupo—. ¿No deberías estar allí?

Solté una risa mordaz.

—Eh. No.

—¿Por qué? —Arrugó la nariz. Adorable. Demonios. Seguía siendo adorable—. Estoy segura de que les gustaría, no sé, abrazarte y eso. Hiciste mucho por ellos. Lo diste todo por ellos. Tú...

—Hice lo que debía hacer por ellos. Lo que no tendría que haber ocurrido, para empezar —la interrumpí, incapaz de escucharla hablar como si hubiera hecho algo heroico—. No estarían dónde están ahora si no hubiera sido por mí.

—Tienes razón. —Enderezó los brazos y me hizo frente—. No estarían aquí, siendo inmortales y todo eso, si no hubiera sido por el sacrificio que tú hiciste. Y ojalá, o al menos eso espero, lo agradezcan. Si no, no merecen lo que diste...

—No sabes de lo que hablas —le corté, sintiéndome incómodo con lo que estaba sugiriendo y con todo lo que estaba ocurriendo. *Todo*—. Ese es el problema, Josie. Solo ves lo que quieres ver. No tienes ni puñetera idea de lo que hablas, sobre todo cuando se trata de ellos... de *ella*. Así que déjalo —dije, cortando el aire que había entre nosotros con la mano—, porque no es de tu incumbencia.

Palideció y retrocedió un paso, con un brazo sobre el estómago. Sus espesas pestañas bajaron, protegiendo sus ojos.

—No —dijo con voz aguda—. Ahora lo estoy viendo todo, pero tienes razón. Ellos. Ella. No son de mi incumbencia. —Dio otro paso, se dio la vuelta y bajó el tono—. Ya nos veremos... por aquí.

Maldición.

Mi ira había salido a la superficie como agua hirviendo y la había atacado como el capullo que era. Nada de esto era culpa suya y sus intenciones eran buenas.

Las cosas con ella estaban mal, pero no se merecía esto de mi parte. Mantener las distancias con ella las últimas tres semanas me había hecho experimentar unos niveles extremos de gilipollez, pero ella, de entre todas las personas, no se merecía esto.

Intenté ir tras ella, pero no llegué muy lejos. Marcus por fin apareció. La reunión feliz número cinco mil ya había empezado y antes de que pudiera escaparme, y por escaparme me refería a seguir a Josie, me encontré rodeado por lo que Deacon llamaba el Ejército Asombroso.

Mientras Marcus lidiaba con el último civil nervioso, nosotros acabamos en una de las enormes salas de conferencias del edificio principal del Covenant. No tenía ni idea de lo que hacía allí, pero cada vez que intentaba salir de la sala alguien me preguntaba algo.

Una de ellas era Álex, que estaba sentada en el sofá de piel, comprimida entre Aiden y su padre. Deacon estaba sentado sobre el brazo junto a Aiden y Luke estaba en el otomano. Solos estaba apoyado contra la pared, sonriendo. Todo el mundo estaba feliz.

No es que yo no lo estuviera, pero no quería estar en esa sala con ellos, así que me quedé junto a la ventana, observando cómo los Guardias iban de acá para allá escoltando a puros y mestizos. Pero mi atención regresó a la persona que estaba sentada en el sofá. Fuera, en el patio, había conseguido ignorarla, pero ahora era incapaz. Cada fibra de mi ser sentía el potente éter que emanaban los dos semidioses, pero había algo más. El cordón que había estado inactivo volvía a la vida y yo hacía todo lo posible por...

—¿Por qué te quedas mirándome?

Al darme cuenta de que, en efecto, estaba mirando a Álex, parpadeé. Fue incómodo.

Aiden se apoyó contra el cojín del sofá, estirando el brazo sobre el respaldo.

—Buena pregunta.

Le lancé una mirada indiferente antes de centrarme en ella.

—Tienes el mismo aspecto que... que cuando nos conocimos.

—Sí, ¿verdad? —Levantó su cabello con ambas manos y agitó las puntas.

La última vez que la vi, su cabello estaba mucho más corto. Ares se hizo con él, se lo cortó con un cuchillo.

—Al parecer, cuando mueres te rocían con Quitacicatrices o algo así.

Con la mandíbula apretada, aparté la mirada de ella. *Cuando mueres...*

—No es que muriera de verdad —intervino Aiden con rapidez, siempre el mediador—, pero cuando entras en el Tártaro por el camino correcto es como si te...

—¿Recompusieran? —dijo Álex con una risa—. Caleb está igual. Olivia y Lea también.

Los nombres de aquellos que perecieron resonaron en mi cabeza.

—¿Cómo les va?

—Genial. Caleb y Olivia siguen juntos, tal y como estaban, um... aquí. En la superficie. Y hemos jugado al *Mario Kart* con Perséfone un par de veces.

Alexander levantó las cejas al oír eso.

Ella soltó una risita.

—Pero se pone furiosa cuando pierde.

—Y cuando se pone furiosa, generalmente significa que Hades estará de peor humor que de costumbre. —Aiden sonrió un poco mientras miraba a Álex—. Nos quitamos de en medio cuando pasa.

—Suenan divertido —dijo Solos, pero su tono indicó lo opuesto.

—No es tan malo. Allí hay casi todo lo que puedas desear —respondió Álex, apoyando la cabeza en el hombro de su padre—. Pero os echamos de menos, chicos. Es una mierda que tengamos que esperar seis meses y que nos prohíban comunicarnos con nadie de la superficie durante ese tiempo. Se hace eterno allí abajo.

Su padre se giró y le dio un beso en la cabeza.

Aiden se inclinó hacia delante, con la mirada gris seria.

—Bueno, hemos oído lo que está ocurriendo con los titanes. —Su mirada se encontró con la mía y pensé en lo irónico que era que no pudieran comunicarse con nosotros pero de alguna forma parecían saber lo que ocurría—. ¿Alguna novedad?

—En realidad, no. —Me crucé de brazos—. Dejamos a Hiperión fuera de circulación por un tiempo, pero estoy seguro de que ha vuelto o lo hará pronto. Se suponía que Apolo traería con él a un semidiós para ayudar a localizar a los otros y así poder sepultar...

—¿Otros semidioses? —Álex frunció el ceño—. ¿Semidioses como Aiden y yo?

—¿No conocéis esa parte? —pregunté.

Aiden negó con la cabeza.

—Esta es la primera vez que oímos algo relacionado con semidioses.

—¿Por qué no me sorprende que solo sepáis la mitad de lo importante? —Suspiré, apoyando los hombros contra la pared—. Os daré la versión para tontos.

—Vaya, gracias —replicó Álex—. Si no, puede que no fuéramos capaces de procesarlo.

Puse una sonrisa de satisfacción.

—Cuando me crearon, los dioses sabían que estaba ocurriendo algo y que había una posibilidad de que conectáramos y uno de nosotros se convirtiera en el Asesino de Dioses, así que tomaron precauciones.

—Tío —Aiden se pasó una mano por la cara—, esto está tomando muchas

direcciones.

—Los dioses vinieron a la tierra, se acostaron con varios hombres y mujeres y engendraron doce semidioses. Semidioses de *nacimiento*. No unos creados como vosotros. Ya sabéis, semidioses *de verdad* —remarqué y Álex puso los ojos en blanco—. Los dioses bloquearon sus habilidades, básicamente los convirtieron en semidioses durmientes. Por supuesto, Hera acabó matando algunos. Como hizo... como hizo Ares. Quedan seis. Los Titanes localizaron a dos de ellos, pero Apolo dijo que uno de los semidioses originales sería capaz de encontrar a los otros tres. Si conseguimos reunir a los seis, sus habilidades se desbloquearan de forma automática.

—¿Los Titanes tienen a dos de ellos? —preguntó Aiden.

—Se están alimentando de ellos —añadió Solos—. Así es como están recuperando sus poderes.

—Oh, dios mío —susurró Álex—. ¿Alimentándose de ellos? ¿Cómo daimons?

—Básicamente. —Solos se apartó de la pared—. No tenemos ni idea de las condiciones en las que se encuentran, ni dónde están los otros tres. Estamos esperando a Apolo y ya sabes que se suele tomar su tiempo.

—¿Sabías que Ares estaba matando semidioses? —La mirada de Aiden se centró en la mía.

Contuve las ganas de enseñarle el dedo. Sus sospechas estaban justificadas.

—En contra de la opinión popular, no sabía todo lo que estaba tramando Ares. No sabía nada de esto hasta que Apolo me lo dijo.

—No pensábamos que lo supieras todo —comentó Álex, pero no se lo creía mucho.

Aiden la miró y después desvió su atención hacia mí.

—Espera un segundo.

—Estoy esperando —murmuré.

Ignoró eso.

—Has dicho que hay seis semidioses vivos. Dos están con los Titanes y necesitas encontrar tres más. ¿No deberían ser cuatro más? ¿O es que ya no sé contar?

—Sí. Ya no sabes contar —respondí con sequedad.

Aiden parecía poco impresionado con mi comentario. En mi opinión, era bastante agudo.

—¿Tenemos que encontrar tres o cuatro?

—Qué mono que te hayas incluido en esto —sonreí.

—Estaremos aquí durante los próximos seis meses —afirmó Álex despacio, como si necesitara tiempo para comprenderlo—, así que ayudaremos mientras estemos aquí. Esto no son unas vacaciones para nosotros.

Iba a lanzarme contra una pared.

Aiden asintió, confirmándolo.

—Entonces, hay...

—¡Oh! ¡Santa mierda! —Deacon saltó del sofá y miró por toda la sala, sus

comisuras descendieron—. ¿Dónde está Josie?

—¡Demonios! —gruñó Luke mirando también a su alrededor, como si fuera a encontrarla escondida bajo una silla o algo así—. ¿Nos olvidamos de ella? No seguirá fuera en el patio, ¿no?

*Sí, quise decirles. Sí, os olvidasteis de ella por completo.*

—Volvió a su habitación.

Deacon frunció el ceño.

—¿Por qué lo hizo?

Bueno, deja que cuente los motivos...

—¿Quién es Josie? —preguntó Álex, confuso.

—Eh... —Miré a Deacon—. ¿Quieres hacer los honores? Sé cuánto te encantan las conversaciones incómodas.

Una enorme sonrisa cruzó su rostro.

—Por supuesto, sobre todo cuando yo no soy el foco de la incomodidad.

Luke resopló.

—¡Bueno! —Deacon dio unas palmadas mientras miraba hacia Álex y Aiden—. Chicos, ¿acaso visteis a cierta chica en el patio cuando hicisteis esa cosa mágica de la puerta?

Aiden miró a Álex. Ella encogió un hombro.

—Había mucha gente a la que no había visto nunca. —Hizo una pausa—. Pero vi a «Tetas».

Negué con la cabeza despacio.

—Um, no estoy hablando de ella. Da igual —dijo Deacon, con sus ojos grises iluminados—, es bastante alta. Bueno, más alta que tú, y casi todo el mundo es más alto que tú, Álex. Tiene cabello largo, castaño con tonos rubios. Un pelo un poco raro.

—Un pelo maravilloso —añadió Luke.

Alexander frunció el ceño en silencio.

—Sí. Es como una paleta de colores. Unas veces parece completamente rubio. Otras, es castaño y luego cambia de nuevo. Es muy guay —continuó Deacon y tuve que darle la razón en eso—. Y cuando la veáis, pensaréis... guau, esta chica me suena. Al principio no seréis capaces de averiguar por qué, pero os comeréis la cabeza y, entonces, cuando caigáis...

—Deacon —advirtió Aiden—. ¿Quién es Josie?

Su hermano se enfadó un segundo y luego suspiró.

—Vale. Es una semidiosa. Es decir, semidiosa de nacimiento. Con poderes desbloqueados y todo eso, y es muy guay y muy simpática. —Su mirada se desvió hacia dónde me encontraba yo y su expresión se volvió maliciosa—. ¿No es así, Seth?

Le miré fijamente.

—Cierto.

—Te olvidas de la mejor parte. —Solos pasó por delante del sofá y me lanzó una mirada—. ¿De qué dios proviene?

Aiden pareció captar lo que no se había dicho. Tenía los ojos cerrados mientras se frotaba una ceja con los dedos.

—Dioses.

—¿Qué? —Álex le miró a él y luego a mí—. ¿De quién es hija?

—De Apolo —contestó Deacon, su sonrisa se ensanchó un poco cuando la mirada de Álex se desvió hacia él—. Sí, Josie es la hija de Apolo.

Se quedó boquiabierta.

—¿Y eso no os convierte en primas o algo así? ¿Supongo? —Luke frunció el ceño—. No sé exactamente qué sois, pero estáis emparentadas. De alguna manera. No sé cómo, pero tiene algunos de tus gestos. A veces resulta muy raro.

Álex se volvió hacia su padre y él asintió. No se movió hasta que Aiden colocó una mano sobre su rodilla, entonces se dio la vuelta con rapidez. Su boca se movió sin articular palabra durante unos segundos.

—Santa mierda. No... No sé qué decir.

—Esa fue más o menos nuestra respuesta al principio —empatizó Luke mientras cruzaba las piernas—. Seth la trajo al Covenant.

Álex puso cara de sorpresa.

—Oh, ¿en serio?

—Apolo le encargó protegerla —añadió Solos con voz pícaro mientras me señalaba con un gesto de mentón—. Y él se toma su seguridad muy en serio.

—Ah. —Aiden ladeó la cabeza.

—Ya ves, Hiperión iba a por José. Seth se aseguró de que llegaba aquí y algo salió mal, pero Seth la mantuvo *bien* a salvo —continuó Solos.

La próxima vez que tuviera mi bota en su garganta no me detendría.

Álex me miró fijamente.

—Siento como si tuviera que darte las gracias. Es decir, ella es familia. Lo que resulta un poco raro. Y, en realidad —hizo una pausa mientras se inclinaba hacia delante—, hay mucho que tengo que agradecerte. —Miró a Aiden—. Hay mucho que *tenemos* que...

—No es algo que tengamos que hacer. —Me aparté de la pared en una milésima de segundo—. Tengo que irme.

No esperé una respuesta. Salí de la habitación y atravesé el pasillo casi vacío. La puerta no se cerró detrás de mí.

—Seth.

Joder.

—Si continuas andando —dijo Aiden—, continuaré siguiéndote.

Por supuesto.

Inclinando la cabeza, me tragué un montón de palabrotas antes de volverme.

—¿Qué quieres?



Aiden caminó hacia mí y durante un momento nos quedamos allí, casi cara a cara, sin que ninguno hablara. ¿Cuántas veces habíamos acabado en esa posición en el pasado? Más de las que podía contar. Normalmente, estaríamos a punto de lanzarnos a la garganta del otro. Nuestro pasado en común no era el mejor, pero la última vez que lo había visto... vi a un hombre que estaba roto.

Ahora veía a un hombre que estaba entero.

—Hay un par de cosas que tengo decirte y hay algo que necesito preguntarte. —Aiden bajó la barbilla mientras hablaba—. Sé que no te entusiasma mucho que estemos aquí, pero Álex ha estado esperando verte desde que se enteró de lo que hiciste. Sé que no quieres oírlo, pero voy a decirlo, y la próxima vez que Álex vaya a decírtelo, simplemente la dejarás hacerlo.

Abrí la boca, pero continuó.

—Te lo debemos todo y lo sabemos. Y sé que no quieres oír esto, pero gracias. Gracias por lo que hiciste por nosotros.

Mantuve la boca cerrada y fijé la mirada en la pared.

—No lo olvidaremos —añadió e hizo una pausa—. Aunque haya días, meses y probablemente años en los que desee poder olvidarlo.

Solté una risa mientras volvía a mirarlo.

—No me gustas nada, Aiden.

Apretó los labios.

—Bien. Porque tú a mí tampoco.

—Perfecto. —Empecé a retroceder—. ¿Algo más, Saint?

—Sí, solo una cosa más. —Los ojos de Aiden se volvieron de un gris plomo—. ¿Sigues conectado con Álex?

—¿Por qué no se lo preguntas a ella?

—Te lo pregunto a ti.

Tomé una profunda inspiración. No servía de nada mentir.

—Sí. Sí, lo estoy.

## Josie

—Esto es un poco raro —comentó Colin mientras observaba la cafetería casi vacía—. Es como un barco fantasma. Bueno, tal vez una cafetería fantasma.

Con mi plato de beicon y una botella de zumo de manzana en la mano, tuve que darle la razón en que esto era raro. Normalmente, había muchos más estudiantes en la cafetería los domingos por la mañana. Ahora mismo podía contar con ambas manos cuántos había en la habitación y eran puros.

Unos puros que nos miraron con recelo cuando nos sentamos en una pequeña mesa redonda cerca de la ventana, con vistas a las estatuas de los once dioses del Olimpo restantes. Podía sentir sus miradas mientras desenroscaba la tapa de mi zumo.

Lo que también era extraño era que Luke y Deacon normalmente nos esperaban en el pasillo de la residencia o, si uno de nosotros se retrasaba, ellos ya estaban en la cafetería. Luke era todo un madrugador, lo que quería decir que sacaría a Deacon de la cama aunque estuviera medio dormido.

No estaban aquí.

Por supuesto, tenía sentido. Deacon estaría pasando tiempo con su hermano. Puede que incluso acabaran aquí. Y por lo que pude observar, Luke y Álex eran muy buenos amigos. Toda la pandilla podría entrar en cualquier momento. Así que tenía lógica, pero también era raro porque faltaba gente.

¿Y Seth?

Seth había dejado de venir a desayunar el día que dejó de entrenarme. Aún me estaba acostumbrando.

—¿Crees que están todos escondidos? —preguntó Colin, apartando las yemas de los huevos. Puag. ¿Quién se come los huevos sin la yema? Era la mejor parte—. ¿O que hubo una fiesta enorme anoche y no nos invitaron?

—¿Y están todos de resaca? —Sonreí al coger un trozo de beicon—. Es posible.

Resopló y apoyó el codo en la mesa.

—No somos guais.

No me sentía nada guay y necesitaba urgentemente una fiesta de autocompasión, pero no conocía a Colin lo suficiente como para estar cómoda comportándome como un bebé gigante delante de él.

—Es probable que tenga que ver con la pelea de ayer. Quizás la gente no se siente muy segura ahora mismo.

—Cierto. Aunque me gustaba la idea de la fiesta. —Masticó los huevos—. O puede que sea el hecho de que ahora tenemos dos semidioses más rondando por el campus.

El delicioso sabor del beicon se volvió un poco amargo en mi estómago.

—Sois como mogwais que han alimentado después de medianoche —continuó.

Esbocé una sonrisa. Sin embargo, ninguno de nosotros era tan mono como un mogwai.

Colin terminó los huevos y luego siguió con las tostadas de pan integral. Ni toda la mantequilla del mundo haría que ese pan supiera a algo que no fuera cartón.

—¿Entonces, conoces a esos dos? ¿Aiden y Álex?

Mientras negaba con la cabeza solté el beicon, había perdido el apetito y eso era un crimen cuando se trataba del beicon.

—No. Ayer fue la primera vez que los vi.

—Tío, son como leyendas. —Sacudió la cabeza y era innegable que la admiración se filtraba en su tono—. En realidad, *son* leyendas entre los de nuestra especie.

—¿En serio? —murmuré mientras miraba mi pila de beicon.

Colin masticó la tostada.

—Nunca los había conocido de verdad, pero estaba aquí cuando vinieron por primera vez, antes de que fueran a enfrentarse a Ares. El hecho de que lo hicieran por voluntad propia es más que impresionante. Es decir, ¿quién querría luchar contra el dios de la guerra?

Yo no, pero eso no era una sorpresa.

—Son bastante duros —continuó y ahogué un suspiro—. Puede que me haya enamorado de Álex.

Despacio, levanté la mirada hacia la suya. ¿En serio?

Se puso colorado.

—Quiero decir, no en *ese* sentido. Soy lo bastante listo para saber que Aiden me mataría. Es un amor platónico. Es una tía dura. Se fue a luchar contra Ares sabiendo que no saldría de la batalla.

¿Cómo de rápido podía largarme de esa cafetería?

—Tuvo que echarle huevos. —Hizo una pausa, miró la tostada a medio comer con el ceño fruncido—. Bueno, tuvo que echarle ovarios. Ella no tenía ni idea de que Apolo, tu padre, le había dado ambrosía. O, al menos, esa es la leyenda y ella...

La fiesta de alabanzas de Colin se convirtió en un leve zumbido que competía con el dolor detrás de mis ojos. Sabía que mi enfado era irracional y también sabía perfectamente cuál era el origen de mi ira.

Celos.

Mi piel ya debía de estar verde. Cuando vi a Álex ayer confirmé lo que siempre había creído sobre ella. Era, literalmente, todo lo que yo no era.

¿Cómo diablos podía Seth haberse interesado por mí después de haber salido con alguien como ella?

No era culpa de ella. Demonios, la chica ni siquiera sabía que yo existía. Ella jugaba en ligas mayores y yo seguía intentando entrar en las menores. La ira y la

frustración eran cosa mía.

Era lo bastante mujer para admitirlo.

Después del desayuno Colin y yo nos separamos, aunque insistió en que fuéramos a correr o algo así... ¿Cómo demonios pensaba que yo haría eso voluntariamente? Ja. Me fui a la biblioteca, merodeé por allí durante horas sin éxito y al final regresé abatida a mi habitación.

Me detuve en mi puerta y me volví hacia la de Seth. Mordiéndome el labio, deseé que se abriera y que Seth saliera. Ni siquiera sabía por qué quería eso. Había dejado las cosas muy claras el día anterior. Las había dejado claras hacía semanas.

Me di la vuelta, entré en mi habitación, fui hacia el dormitorio y cogí una vieja foto mía con mis abuelos y mi madre. Deseé poder regresar en el tiempo y recordar ese momento, porque no recordaba las horas anteriores y posteriores a él.

Nadie tiene segundas oportunidades.

Bueno, excepto Álex y Aiden. Y Seth. Y yo, en cierto modo. Muchos de nosotros tuvimos segundas oportunidades, pero no pudimos elegir cuáles serían.

Por mi aspecto, debió de ser en el instituto. Era muy regordeta, toda una bola de grasa, y el estampado en la camiseta de cachemira no ayudaba. Pero sonreía. Al igual que la abuela, papá y mamá. Fue un buen día.

Mientras dejaba la foto en mi mesilla de noche, me pasé el dorso de la mano por debajo de los ojos. Tenía las mejillas húmedas y no estaba segura de por qué o por quién estaba llorando. Lo único que sabía era que había estado llorando mucho últimamente y odiaba que llorar me hiciera sentir débil.

¿Qué demonios tenía eso de débil? Como si eso fuera lo peor que podría estar haciendo ahora mismo. Es decir, podría estar autolesionándome o metiéndome en líos. Podría estar borracha o colocada. No. Era una llorona y tenía el presentimiento de que había gente ahí fuera que probablemente pensaría que salir a buscar pelea o beber hasta vomitar era mejor que echar un buen llanto.

Pensándolo bien, beber hasta no recordar quién era sonaba bien en ese momento. Tan solo... no quería... sentir nada. Echaba de menos a mi familia. Echaba de menos a Erin y, por mucho que quisiera convertir las pelotas de Seth en un saco de boxeo, le echaba de menos... al Seth de *antes*.

Dios, sus palabras aún dolían, pero vi la verdad de lo que las impulsaba. Probablemente lo había visto antes, pero no quise aceptarlo.

Me desplomé de espaldas y me quedé mirando el techo. El repentino cambio de actitud de Seth ahora tenía un poco de sentido. Debía de saber que se acercaba el momento en que Álex regresaría. Era imposible que no lo supiera. No con la clase de vínculo que tenían. Debía de saber que estaba en camino.

Vi la forma en la que la miraba ayer.

Y cuando me fui del patio, Seth no me siguió. Se quedó allí con ellos, con ella. No eran los celos los que hablaban. Solo era la realidad.

Aunque Álex y Aiden tenían la clase de amor sobre la que escribían los poetas,

había habido algo fuerte entre Seth y Álex. El mismo Deacon lo había dicho, algo casi inquebrantable.

Siempre pensé que su reticencia a hablar sobre Álex tenía que ver con su culpabilidad, pero ahora sabía que eso no era todo. Seth no había superado lo de Álex y lo que quiera que compartieran.

Y eso era una mierda.

Porque no podía competir con alguien que era una leyenda. Alguien por quien Seth había renunciado a la eternidad.

Estaba enamorada de alguien que seguía colgado por otra persona, alguien que era una leyenda entre los de su especie.

Un golpe en la puerta me sacó de mis pensamientos. Me senté, saqué las piernas de la cama y me puse de pie. Esperaba que fuera Deacon, Luke o ambos. Deacon vería *Sobrenatural* conmigo y el mundo sería mejor, al menos durante unas horas, y no me sentiría como... como si me hubieran olvidado.

Al abrir la puerta me encontré cara a cara con Álex.

Santo dios.

Sobresaltada, retrocedí un paso mientras me quedaba boquiabierta. ¿Qué estaba haciendo ella aquí? ¿Se había equivocado de puerta? Oh, dios mío, ¿y si se había equivocado de puerta y quería tocar en la de Seth?

Iba a darle un puñetazo.

Vale. Puede que me pateara el culo, así que le pegaría el puñetazo y saldría corriendo.

Cruzó las manos mientras me miraba.

—Hola —dijo—. Sé que no nos conocemos, pero me preguntaba si tendrías un par de minutos para charlar.

Estupefacta, me hice a un lado. ¿De verdad podría negárselo? Uh, no. Álex entró y cerró la puerta tras ella. La miré, sin saber qué demonios pasaba.

Frente a ella, tan cerca como estábamos, me sentí como un Pie Grande acechándola. Un Pie Grande rubio. Podría cogerla y metérmela en el bolsillo.

—Soy Álex An...

—Sé quién eres. —En cuanto esas palabras salieron de mi boca, me avergoncé. Se podrían haber formado estalactitas en la habitación—. Es decir, sé quién eres. Todo el mundo sabe quién eres.

Alzó las cejas.

—Eso es un poco raro.

Cerré la boca de golpe.

—No es que tú seas rara por decir eso. Es solo que no estoy acostumbrada a que todo el mundo sepa quién soy. —Hizo una pausa, arrugando la nariz... *oh, dios mío*, abrí los ojos como platos. Yo hacía eso. Todo el tiempo—. Bueno, la gente sabía quién era antes de todo ese asunto de volver de entre los muertos, pero en general no era nada bueno.

—Oh —murmuré, aun observándola.

Esbozó una media sonrisa.

—Bueno, tú eres Josie.

Asentí despacio.

Álex se rio, un sonido cálido y grave.

—Bueno, obvio. Tú sabes quién eres.

Volví a asentir.

—Esto no está saliendo bien —dijo con otra risa—. Quería conocerte. He oído que tenemos algo en común.

—¿Que las dos hemos estado con Seth? —se me escapó y, santa mierda, dime que no acababa de decir eso.

Sus ojos se ensancharon un poco mientras su boca formaba una «o».

Sin duda lo había dicho.

—Oh, dios mío, quiero decir, no es que hayas estado con Seth de *estar* con él. Yo ni siquiera he *estado* con él de *esa* forma —el calor inundó mis mejillas.

Ni siquiera estaba segura de que Seth y Álex hubieran llegado hasta *ahí*, pero la verdad es que esperaba que no, porque eso sería algo más que ella tendría a su favor y yo no.

Ugh. Apenas podía creer que mi cerebro estuviera soltando ese tipo de cosas.

—Que le tenemos a él en común, eso era lo único que intentaba decir —terminé de forma penosa.

—Um. Eso no era lo que iba a decir —dijo Álex, parpadeando despacio mientras se apartaba el pelo del hombro—. Iba a decir que tenemos a Apolo en común.

—Ah. Eso... tiene más sentido. —Rodeándola, me dejé caer en el sofá repentinamente exhausta. La épica diarrea verbal fue agotadora—. Apolo. Sí, él es, um, especial, ¿verdad?

—Sí —alargó la palabra mientras se sentaba en la pequeña silla—. Quiero hablar de Apolo, pero volvamos atrás un segundo. ¿Tú y Seth estáis... juntos?

Mi rostro estaba a punto de derretirse. Me quedé en blanco, sin saber qué decir, porque ya no estábamos juntos y Álex era la última persona con la que quería discutir eso. Pero fue culpa mía por irme de la lengua.

Álex bajó las pestañas, pero aún se podía sentir la intensidad de su mirada.

—Vale. Sé que no me conoces muy bien, pero pronto aprenderás que soy muy franca y siento que necesito que hablemos sobre esto, porque no sabía que teníamos algo más en común aparte de Apolo. Y puede que le pegue a alguien por no haberme informado de esto.

Caray. Cerré los ojos con fuerza.

—Sabes que Seth y yo...

—Sé lo que sois —la interrumpí—. Sé mucho de lo que ocurrió. Deacon me informó y Seth... habló un poco sobre ello.

Agudizó la mirada.

—De acuerdo. ¿Entonces te explicó Seth que él y yo estuvimos saliendo durante, más o menos, una milésima de segundo?

Me removí incómoda.

—Bueno, en realidad no entramos en ese tipo de detalles.

—Ya veo. —Hizo una pausa y se miró las manos—. Seth y yo nunca estuvimos juntos de esa forma.

Algo bailó en mi pecho de felicidad de forma inapropiada.

—Tonteamos un par de veces —añadió, pestañeando, y ese algo dejó de bailar y sacó las dagas del Covenant—, pero Aiden fue el primero y será el único.

Oh. Ese algo bajó las dagas poco a poco.

—No me malinterpretes, me importaba Seth. Aún me importa. Las cosas están... raras entre nosotros. «Complicado» ni siquiera es una palabra lo bastante adecuada y si de verdad sabes lo que pasó, lo entiendes, ¿verdad?

Asentí.

—Sí.

Álex me sostuvo la mirada un momento y luego se cogió el pelo con ambas manos.

—Seth y yo nunca llegamos tan lejos. —Empezó a retorcerse el pelo, y *oh, dios mío*, otra vez, yo también hacía eso todo el tiempo. Esto era muy raro. Demasiado raro. Muy raro. Lo enroscó como una cuerda—. ¿Pero vosotros dos...?

—No. Es decir, salíamos juntos, pero ya... ya no.

Me observó con atención.

—¿Ibais en serio?

—Sí. Quiero decir, eso creo. Yo... uh, le quiero mucho... —me detuve, desviando la mirada mientras negaba con la cabeza—. Nada de eso importa.

—Yo creo que sí importa si estabas saliendo con Seth y no se acostó contigo.

Mi atención regresó de pronto hacia ella.

—El Seth que conocía casi se tiraría a un árbol si tuviera un agujero —dijo y arrugué la nariz—. Y nunca iba en serio con nadie.

—No creo que eso me haga sentir mejor por no haber llegado hasta ahí con él —admití y cuando ella abrió la boca, continué—. Mira, lo que él y yo fuimos en un momento dado ya no importa.

—Sí, importa. —Dejó de retorcerse el pelo—. Desde que conozco a Seth, nunca se ha involucrado de verdad con nadie. Es decir, nadie podría haber pensado que era serio si no lo era. Él no tenía relaciones.

Al parecer Seth seguía sin tener relaciones y por muy celosa que estuviera de Álex, ella no era el problema. Estaba enamorada de Aiden, pero eso no significaba que Seth no hubiera albergado esa clase de sentimientos por ella. Era evidente que sí.

Y aún los tenía.

Y yo no quería estar hablando de esto con ella.

Frotándome las sienes, intenté encontrar una forma de decirlo sin ser demasiado

grosera con el mito, la leyenda conocida como Alexandria Andros.

—No quieres hablar sobre Seth conmigo, ¿verdad? —me preguntó.

La miré con el ceño fruncido.

—¿Puedes leer la mente?

Álex inclinó la cabeza hacia un lado y se rio.

—No. Pero te siento. Solo quiero decir una cosa. Espero que las cosas no hayan acabado entre vosotros, porque Seth... —Se sentó, exhalando con suavidad— Seth es... se merece ser feliz.

Enseguida las lágrimas llegaron a mi garganta y me abarcaron los ojos. Yo creía lo mismo, pero yo no era su fuente de felicidad. Ni siquiera sabía lo que era para él, pero eso no.

—No he hablado con él. Me está evitando. No me sorprende —dijo y luego soltó su pelo. El grueso cabello se desenroscó poco a poco—. Lo siento. No quieres oír eso.

En cierto modo deseaba oír lo de ella y Seth y su evitación, a pesar de que no quería, pero era masoquista, así que lo hice.

—Entonces —se inclinó hacia delante y colocó las manos sobre sus rodillas—, Apolo es tu padre y algo así como mi tres mil veces tatarabuelo, así que de alguna extraña forma estamos un poco emparentadas, ¿no pasaría así en la vida real?

Me reí, incapaz de contenerme.

—Sí, algo así, supongo.

Álex se alisó los vaqueros con las manos.

—Bueno, Deacon y Luke decían que no tenías ni idea de lo que eras hasta que Seth apareció...

Una alarma aguda y estridente sonó, silenciando a Álex. Levanté la cabeza de golpe y Álex ya estaba de pie, con la mano rebuscando en su espalda. Un segundo después, sostenía una daga en la mano. No sabía de dónde la había sacado. ¿De la nada? ¿De una ingeniosa cartuchera escondida? No importaba, porque sabía lo que significaba la estridente sirena.

El Covenant estaba siendo atacado.



## Seth

Dando vueltas por mi habitación, intenté deshacerme de la inquietud contenida que invadía mi sistema como un ejército de hormigas de fuego. Ya había corrido un kilómetro y medio, boxeado con Solos, me había duchado, me había masturbado en la ducha mientras mi mente evocaba un torrente de cosas que había hecho con Josie y otras que nunca había tenido oportunidad de hacer y aún no podía sentarme con tranquilidad.

No cuando quería estar al otro lado del pasillo. No cuando quería encontrar a Colin y cortarle las pelotas con una daga roma, jodido centímetro a jodido centímetro, porque sabía que había ido a desayunar con ella esta mañana. No era la primera vez, pero normalmente Deacon y Luke estaban con ellos y no era lo mismo.

Y no cuando sabía que Álex y Aiden estaban rondando por esta misma residencia. Podía sentir a Álex.

Era un leve zumbido en el fondo de mi subconsciente, como una luz lejana, visible pero no brillante. No era nada comparado con lo que había sido antes, mucho más leve y muchísimo más tolerable. Gracias a los dioses no podía sentir lo que ella estaba sintiendo, porque, demonios, tendría que hacerme una lobotomía. O bien ella y Aiden no estaban follando como un dios Olímpico tras un período de sequía y esa era la razón por la que no estaba sintiendo mucho. Dioses, esperaba que ese no fuera el caso. Si empezaba a sentir lo que pasaba entre ellos, iba a tener que...

Estallaron las sirenas, rompiendo el silencio y rodeándome. El sonido estridente resultaba demasiado familiar y me puse en marcha al instante. Una salvaje excitación reemplazó la inquietud y sabía lo horrible que era eso, ¿pero en ese momento? Oh sí, me podía servir una pelea. Lo del día anterior en el patio había sido un juego de niños.

Cogí la Glock, cargada con balas de titanio, la metí en la pistolera y me la ajusté alrededor del muslo. Cogí las dagas de la cómoda y me dirigí a la puerta, sin molestarme en ponerme una camiseta.

Me detuve en seco cuando la puerta de Josie se abrió.

¿Qué coño estaban haciendo Álex y Josie juntas? Durante unos segundos, los tres nos quedamos congelados mirándonos unos a otros mientras resonaban las sirenas.

Y entonces Álex rompió el silencio.

¿En serio? —dijo con sequedad, observándome con una sonrisa—. ¿Vas a luchar con tu imponente tableta de seis como arma?

Alcé una ceja.

—Sí, ya sabes, iba a comprobar toda esa teoría de los abdominales de hierro. La

pistola que llevo en el muslo y las dagas de las manos son solo atrezo. Puro espectáculo. Aunque no quiero despreciar lo magnífico que es mi cuerpo.

La sonrisa de satisfacción de Álex se convirtió en una mueca.

—Lo que sea.

Ella se puso en marcha. Más adelante, una figura alta salió al pasillo y la luz hizo brillar las dagas de titanio de sus manos. Aiden. Por supuesto, su habitación tenía que estar cerca de la mía.

Por. Supuesto.

Mi mirada se desvió de pronto hacia Josie.

—¿Qué crees que estás haciendo?

Estaba cerrando la puerta cuando frunció el ceño.

—Voy a ayudar...

—Ayudarás quedándote a salvo en tu habitación y no abriéndole la puerta a nadie excepto a mí o a uno de los chicos.

—Puedo luchar —insistió, con las mejillas sonrojadas—. Me viste ayer. Sé lo que...

—¿Oyes esas sirenas? —Levanté la barbilla hacia el techo—. Esto no es una pelea entre mestizos y puros. Eso significa que ha entrado algo que no debería estar dentro.

Sus ojos azules se oscurecieron como nubarrones.

—Lo sé. Puedo...

—¿Recuerdas lo que ocurrió la última vez? —Di un paso hacia ella, se me hizo un nudo en el pecho y el estómago por el recuerdo—. No voy a acabar la noche buscándote y encontrándote como lo hice la última vez.

La sangre abandonó su rostro.

—Y la última vez me secuestraron en *tu* habitación. ¡Ya sabes, el lugar seguro!

Vaya. Mierda. Un punto para ella. Negué con la cabeza. El tiempo era esencial.

—Entonces no contestes a la puerta a menos que sea yo.

—Seth...

—Solo quédate en tu habitación, Josie. Estarás a salvo allí.

—No veo que le digas a Álex que se quede en su habitación —replicó—. Ni tampoco parece que Aiden la detenga.

—Porque sé que Álex puede cuidarse sola. —¿Y la verdad? Tampoco perdería la cabeza si herían a Álex. ¿Pero Josie? Me pondría furioso con este condenado Covenant y arrasaría el lugar.

Josie retrocedió, chocando contra la puerta, y se podría decir que le había dicho algo muy, muy malo. No estaba muy seguro de lo que era. Le había dicho muchas cagadas últimamente, pero en realidad no tuve tiempo de preguntarle. Se dio la vuelta con rigidez y volvió a su habitación.

Al menos se quedaría allí.

Enganché las dagas en el cinturón y bajé por el pasillo. Cuando llegué al vestíbulo

me encontré a Colin junto a un grupo de mestizos. Empecé a ordenarles que vigilaran a Josie, pero confié en que solo me abriría la puerta a mí. No confiaba en Colin para eso. Era un mestizo joven, susceptible a las compulsiones, y no tenía ni idea de lo que estaba pasando ahí fuera.

Salí deprisa por las puertas delanteras hacia el aire frío de la noche y pasé al pequeño ejército de Guardias. Ya habían empezado a formar una hilera frente a la residencia.

Me detuve, agarrando por el cuello a uno de los Guardias de más edad. Sus ojos se abrieron por la sorpresa mientras lo ponía de puntillas.

—Esta vez intenta defender de verdad a los estudiantes. Si esta hilera está rota cuando vuelva no estaré contento y eso significa que no podrás caminar durante una semana o un mes. ¿Me has entendido?

El hombre tragó con dificultad y asintió. Lo dejé ir, esperando por su bien que hubiera captado el mensaje. La última vez, los Guardias y Centinelas poseídos se habían adentrado en la residencia y habían llegado hasta Josie.

Ese recuerdo me reconcomió mientras seguía adelante. Después de lo que pasó esa noche me dije a mí mismo que no pondría el deber por delante de Josie y lo estaba volviendo a hacer. Una bola de temor se asentó en mi estómago como si fuera plomo. Las palabras de la ninfa afloraron entre mis pensamientos mientras atajaba por el patio para dirigirme hacia los muros. ¿Estaba recorriendo el mismo camino otra vez?

Más adelante, pude ver Centinelas corriendo hacia allí. El humo llegaba desde las inmediaciones del muro principal y se filtraba en el patio. Unas sombras se movían dentro del espeso humo y a lo lejos parecía un baile macabro. En unos diez segundos alcancé a Álex y Aiden, resultó muy raro colocarme junto a ellos. A medida que nos acercábamos, el aire se llenaba del aroma a árboles quemados y a algo mucho más acre.

Aiden me miró.

—¿Has perdido la camiseta, tío?

Tiempo atrás, esa pregunta habría abierto la puerta a una perfecta réplica ingeniosa, una que habría involucrado a Álex. ¿Ahora? Levanté la mano y le saqué el dedo.

—¿Alguien sabe qué está...?

Un Guardia vestido de blanco salió tambaleándose del humo, la parte delantera de su traje estaba salpicado de sangre. Tenía la garganta destrozada, dejando al descubierto tejido rosa coagulado y hueso roto. El Guardia cayó sobre una rodilla y luego se desplomó.

—Daimons —dijo Álex, volteando la daga en su mano—. O un puma.

Me llevé la mano al costado y desenganché una de las dagas.

—Voy a apostar por el daimon.

—Es un alivio —Álex redujo el paso—, porque no quiero matar a un gatito.

Hice una pausa lo bastante larga para mirarla. Ella esbozó una sonrisa al mirarme. Aiden siguió adelante y levantó una mano para detenernos.

—Esperad un segundo. —Movié el brazo, extendiendo la palma hacia el espeso humo. Desató una leve onda de energía. El viento se levantó detrás de nosotros, convirtiéndose en una fuerte y turbulenta ráfaga de aire. La corriente discurrió por el patio, elevando el humo y retirándolo.

Santa mierda, había daimons por todas partes y la puerta de titanio estaba abierta. Algunos cuerpos yacían en el suelo y cuando el viento amainó me di cuenta de que todos los que quedaban en pie eran mestizos, lo que explicaba por qué nadie había convocado el aire aún, y en el suelo...

Mierda.

Puros muertos y/o moribundos.

Aún se estaban alimentando de algunos, como una escena sacada de una horrible historia de zombies.

Aiden miró por encima del hombro.

—Ser capaz de controlar todos los elementos tiene sus beneficios.

Uh. Fíjate en Aiden, en plan semidiós.

—Ingenioso —dije mientras me acercaba a un Centinela caído—, ¿pero puedes seguir luchando?

Álex resopló cuando un daimon levantó la cabeza del cuello de algún puro, que nunca debería haber estado aquí fuera pensando que tenía alguna oportunidad. El daimon era un mestizo. No tenía dientes afilados como cuchillas ni horripilantes ojos negros. El hombre parecía normal. Bueno, excepto por la sangre que brotaba de su boca y la piel atascada entre los dientes.

Los daimons comían como cerdos.

Masticaban y mordían para alcanzar el éter de la sangre y no eran muy selectivos con la zona de ataque. Este era el colmo de los clichés, había ido directo a por la garganta. Los daimons se sentían atraídos por los puros porque tenían más éter.

El hombre inclinó la cabeza hacia un lado y olfateó el aire. Una lenta sonrisa cruzó su espantoso rostro y un segundo después se puso en pie de un salto. Detrás de él, varios daimons se giraron hacia nosotros.

¿Semidioses y un Apollyon? Estábamos repletos de éter y nuestra aparición fue como tocar la maldita campana de la cena.

—¿Puedo seguir luchando? —preguntó Aiden sonriente.

Volteando la daga en mi mano, puse los ojos en blanco. Un segundo después el daimon mestizo se precipitaba hacia Aiden y, en el último momento, Aiden se giró y le dio una patada en la pierna. Su bota golpeó al daimon justo debajo de la rodilla, el impacto le rompió el hueso. El daimon cayó y, oh sí, ese cabrón iba a estar fuera de combate. Empezó a levantarse, pero Aiden le clavó una daga en el pecho.

Los daimons que eran mestizos no solían estallar en un polvo brillante. Cuando morían, lo hacían como nosotros. Una pila de carne y huesos como cualquier montón

de cadáveres. Este cayó hacia atrás con los ojos vueltos.

—Sí —dijo Aiden—, puedo seguir luchando.

—Vaya suerte —alargué las palabras mientras avanzaba—. ¿Qué haríamos sin ti?

Sin embargo, la respuesta de Aiden se perdió bajo el estridente y endiabladamente molesto grito de un daimon que se aproximaba. Era un puro y parecía muy alterado. Todo color había abandonado su rostro. Sus ojos eran unos abismos negros. Dientes como los de un maldito tiburón.

Era la hora de jugar.

Cuando estuve frente al daimon, me deslicé bajo sus brazos extendidos y aparecí detrás de él. Después de darle una patada en la espalda, salté sobre él mientras caía y le hundí la daga en la espalda. El daimon se quedó inmóvil y luego estalló como una mini bomba de purpurina.

Me entregué a la pelea. Podría haberme ocupado de ese imbécil con un puñetazo, pero nah. Necesitaba liberar la frustración contenida. Tenía que eliminarla de mi sistema.

Así que jugué con ellos. A los daimons puros los maté rápidamente con una daga, pero esperé a los mestizos convertidos, los que eran Guardias y Centinelas entrenados. Sabían cómo pelear. Luché cuerpo a cuerpo con ellos, intercambiando puñetazos hasta que cada golpe empezó a machacar las amargas emociones que me corroían el corazón. De vez en cuando captaba una explosión de poder —cuando Álex o Aiden usaban los elementos— y cada pequeña oleada de energía me estimulaba.

Me di la vuelta y me encontré cara a cara con una mujer mestiza con la boca manchada de sangre. Le faltaba un ojo, probablemente por un enfrentamiento con otro Centinela. Muy atractiva.

Sonriendo, bajé las dagas.

El daimon mestizo abrió la boca justo cuando la sangre brotó de su pecho. La afilada punta de una daga del Covenant apareció y luego se retiró, y el daimon mestizo se desplomó.

Solos se encontraba detrás de ella. Unos profundos arañazos le cruzaban la mejilla izquierda.

—Lo siento. Se lo debía. —Se señaló la mejilla con la punta ensangrentada de la daga—. No quiero un juego completo.

—Sin duda. —Cuando me pasé el brazo por la frente, me miré el pecho. Estaba cubierto de salpicaduras de sangre—. ¿Qué demonios ha pasado?

—La célula a las afueras de Rapid City creció, joder. —Solos se agachó cuando un daimon se lanzó sobre él. Se levantó, clavándole la daga hacia arriba—. Como decía —dijo mientras se sacudía el pelo húmedo—, los jodidos Guardias puros no se dieron cuenta de cuándo llegaron a la puerta, eran Centinelas convertidos. Los dejaron entrar y entonces el resto salió del bosque.

De reojo, Álex soltó una patada giratoria y golpeó en los dientes a uno de los

daimons.

—¿Qué hay de los muros exteriores?

—Invadidos —gruñó mientras atrapaba a un daimon y lo lanzaba hacia mí—. Un fracaso total, tío. Un fracaso total.

Cogí al daimon por el hombro con una mano y le introduje la daga en el pecho. Otra bomba de purpurina.

—Oh, mierda —dijo Solos.

Levanté la cabeza, incapaz de descifrar su expresión mientras se limpiaba la sangre de la cara con el dorso de la mano. Mientras sacaba la daga, me di la vuelta y me detuve en seco. Por poco me caigo. No podía ser. No creía lo que veían mis ojos, porque no era posible que Josie se encontrara justo en frente de mí.

## Josie

Aferré la daga que había sacado del... del hombre de blanco. El hombre que yacía inmóvil en el suelo con la garganta desgarrada. Podía verle la tráquea. Ni siquiera sabía qué aspecto tenía una tráquea, pero estaba bastante segura de que podía verla. O su laringe. Al pasar por su lado fue cuando me di cuenta de que tenía dagas y yo necesitaba unas.

Me sentí mal por robarle la daga, pero la noté pesada y cálida en mi mano cuando me obligué a continuar, sabiendo que hacía lo correcto. Yo no era una debilucha a la que hubiera que esconder.

Era una maldita semidiosa.

Una semidiosa de verdad, no una cena precocinada de microondas como Álex y Aiden. Era como un guiso que había tardado todo un día en cocinarse a fuego lento en una especie de olla de semidioses.

Podía pelear.

No era débil.

Podía cuidarme sola.

Mientras observaba los cuerpos en el suelo, algunos moviéndose o arrastrándose y otros con la lividez de la muerte filtrándose en su piel, no estaba completamente segura de que esto fuera prudente, porque nunca... nunca había visto nada igual. Era una zona de guerra. Los gritos hacían vibrar mis huesos. El aroma metálico de la sangre se mezclaba con el humo. Los alaridos siguieron mis pasos mientras mi corazón palpitaba.

No era un entrenamiento. Era real. Esta gente vivía bajo la amenaza de algo como esto.

Salían nubes de humo de manchas calcinadas en el suelo. Pude divisar a Álex y Aiden luchando hombro con hombro, un gran dúo —un dúo extremadamente atractivo y ágil—, y más allá encontré a un Seth semidesnudo a lado de Solos. Me giré hacia la derecha con el corazón acelerado. *Algo* me miraba.

Algo tan blanco como el papel, con los ojos completamente negros y dientes que parecían pertenecer a un perro demoníaco.

Santa mierda, ¿qué demonios era eso? Me tambaleé hacia atrás por la sorpresa y de pronto lo supe. Un daimon. ¡Joder, ese era el aspecto de un daimon puro! Ahora podía verlos tal como eran y, por todos los *dioses*, no eran bonitos.

Olfateó el aire como un perro, con las piernas tensas. Entonces se lanzó como si llevara cohetes en los pies, directo hacia mí.

Saltando hacia un lado, giré mientras su pie descalzo levantaba tierra y polvo. La cosa se volvió y se abalanzó sobre mí.

*No es un entrenamiento. No es un entrenamiento.*

El aire se congeló en mis pulmones mientras afianzaba la pierna izquierda atrás. *No soy débil.* El daimon aterrizó justo delante de mí. *Puedo cuidarme sola.* Salté hacia delante, utilizando la pierna retrasada para impulsarme. Con el pulso acelerado, agarré con fuerza la daga mientras rodeaba al daimon. Nuestros brazos se rozaron y yo me agaché, haciéndole un barrido.

El daimon cayó de espaldas mientras yo me enderezaba. Actué por instinto y levanté la daga. La bajé sin pensar, clavándosela en el pecho. La daga atravesó la camiseta destrozada y la cavidad torácica como si la piel del daimon fuera agua. Supuso un esfuerzo mínimo o nulo. No podía creérmelo. La daga entró de forma limpia, casi hasta el suelo.

Se sacudió, arqueando la espalda, y luego estalló en una lluvia de purpurina. Ocurrió tan rápido que casi me caigo encima, pero recuperé el equilibrio antes de que tropezara con lo que había quedado del daimon.

—Santa mierda —susurré y solté una risa nerviosa. Lo había hecho. Lo había hecho y Seth... Él pensaba que no podía hacerlo, matar a un daimon. ¡Pero lo había hecho!

Fortalecida por mi demostrada habilidad, me dirigí hacia el grupo, que seguía luchando contra el resto de los daimons. Seth mató a uno y, al igual que el mío, explotó en un extraño centelleo. Mi mirada se encontró con la de Solos.

—Oh, mierda —dijo Solos.

Seth se dio la vuelta y juro que estuvo a punto de caerse. La sorpresa invadió su rostro y sus ojos se iluminaron de un ardiente color leonado.

Guau.

Con el torso desnudo, salpicado de sangre y dios sabe qué más, Seth se dirigió hacia mí.

—Por favor dime que me han golpeado la cabeza y estoy viendo cosas, porque...

Un grito que helaba la sangre me puso todos los pelos del cuerpo de punta. Me di la vuelta y tragué con dificultad. Una mujer Centinela se precipitó hacia mí. La sangre cubría su rostro como una horrible mancha de pintalabios. Tenía los ojos desenfocados y vidriosos. No llevaba dagas en las manos. Chilló de nuevo y una parte de mí supo que no era amiga, pero no se parecía a...

—¡Josie! —gritó Seth mientras saltaba hacia delante y todo ocurrió muy rápido.

Entrando en su ataque, al igual que había hecho antes, empecé a agacharme para barrer sus piernas, pero se giró hacia mí, obligándome a retroceder un paso. Cargó el brazo y volvió a gritar, moviéndose como una profesional, como si supiera exactamente cómo dar un buen puñetazo. Esquivé el golpe y eché el brazo hacia atrás para clavarle la daga, pero...

Vacilé.

Oh, por los *dioses*, me paralicé un segundo. Mal movimiento, horrible, pero parecía una Centinela normal. Parecía mortal. *Humana*. No una perturbada criatura griega empeñada en masticarme como a un juguete de goma.

Una daga asomó en medio de su pecho, interrumpiendo su grito escalofriante. La sangre me salpicó la camiseta. No me moví, no podía, mientras se desplomaba y lo único que oí fue el repugnante sonido de succión cuando extrajeron la daga.

Álex se encontraba allí, su rizado cabello era como un halo a su alrededor.

—¿Ibas a abrazarla o algo así?

—Se acabó —gruñó Seth.

No tenía ni idea de a qué se refería Seth, pero enfundó las dagas y avanzó levantando el brazo derecho. Un brillo ámbar rodeó su bíceps a la vez que surgían los símbolos en su piel. La luz, del color de sus ojos, envolvió su brazo como un cordón brillante. El aire se llenó de energía cuando convocó el akasha.

Seth fue rápido y mortífero al despachar al resto de los daimons. Girando con tanta agilidad como un bailarín profesional, movió el brazo como si lanzara una bola de béisbol, golpeando a cada uno de los daimons con una rapidez impresionante. En cuanto la luz ámbar los golpeó, desaparecieron. Un segundo estaban ahí y al siguiente no. Nada, ni siquiera un polvo brillante. Lo mismo pasó con los daimons mestizos.

—Vale, eso también funciona —dijo Álex con brusquedad—. Pero es menos divertido.

Seth tenía una expresión seria cuando se volvió hacia nosotros y se dirigió hacia Aiden y Solos. No dijo nada cuando me cogió de la mano, con un agarre firme pero no doloroso. Nuestras miradas se encontraron.

No necesitaba palabras para transmitir el mensaje.

Estaba en serios problemas.



## Seth

Nunca en mi vida había deseado encerrar a una mujer en una habitación revestida de titanio con un ejército de Guardias de Hades. En realidad, eso no era del todo cierto. Quise hacer eso con Álex una o dos veces, algo que Aiden habría apoyado al cien por cien.

Pero esta vez era diferente, porque era...

Era Josie.

—¿Chicos, os ocupáis vosotros de esto? —pregunté.

Aiden bajó la mirada hacia mi mano, que sujetaba con firmeza la de Josie.

—No hay mucho más que hacer, excepto... —miró a su alrededor con el ceño fruncido— limpiar.

—Nos ocupamos —confirmó Álex y su mirada se desvió hacia Josie. Cambió el peso de un pie al otro—. ¿Te parece bien?

Incliné la cabeza hacia un lado. ¿De verdad le acababa de preguntar a Josie si le parecía bien?

—Sí. —Josie empezó a darse la vuelta pero se detuvo. Extendió el brazo, ofreciendo la daga—. Yo, um, cogí esto de un Guardia que... ya no lo necesitaba. No es mío.

Solos levantó la mirada desde donde se encontraba, examinando a un Centinela caído.

—¿Mataste a un daimon con ella?

Ella miró la daga y luego asintió, sorprendiéndome.

—Sí, yo... maté a un daimon con ella.

—Entonces es tuya —dijo y suspiró mientras se levantaba y se sacudía los pantalones.

—Oh —susurró y por un momento me quedé estúpidamente impresionado de que hubiera conseguido matar a un daimon. Cuando miré a Josie, su expresión decía que ella también estaba un poco sorprendida.

El temor que se había formado antes en mis tripas, ahora se revolvía con ferocidad.

Era una estupidez, pero había una enorme parte de mí a la que no le gustaba que hubiera matado a un daimon, ni siquiera que hubiera estado en la situación en la que tuviera que hacerlo. Una maldita estupidez. Porque Josie había sido creada para ser un arma. Habría muchas muertes en su futuro.

—Bueno, bien hecho. —Hice girar a Josie—. Nos vemos luego, chicos.

Josie refunfuñó cuando empecé a caminar, arrastrándola conmigo.

—Seth, esto no es...

—Aún no —mi tono era de advertencia—. No creo que pueda hablar contigo ahora mismo.

Oí su suspiro de indignación mientras la hacía rodear un daimon muerto.

—¡Creo que estas exagerando!

—Y yo creo que no entiendes lo que te acabo de decir.

Intentó liberar su mano. No lo consiguió.

—¿Te das cuenta de que he estado entrenando para luchar? ¿Y que soy una semidiosa? ¡Oh, sí, claro! No has estado por aquí para saber...

—Dioses. —Me detuve de pronto, provocando que Josie tropezara. Atrapé su otro brazo y la estabilicé—. ¿Tienes idea de lo que sentí cuando me di la vuelta y te vi allí con una maldita daga en la mano?

Me miró con intensidad.

—Pero ese es mi deber.

—Me da igual. —Y en cuanto empezaron a salir las palabras, fueron la pura verdad—. No estás preparada para esto. —Le solté el brazo y señalé el caos a nuestro alrededor—. Y te podrían haber herido. O peor aún, podría haber sido una trampa y uno de los malditos Titanes podría haber entrado en el Covenant ahora mismo y si eso hubiera vuelto a ocurrir, yo habría... —me callé, incapaz de seguir.

Cuando la vi, sentí como si se me hubiera parado el corazón y parecía que todavía estaba intentando recuperarse.

—¿Qué? —dijo en un tenue suspiro—. ¿Por qué te importa? Tú...

—No lo entiendes. —Me di la vuelta y seguí caminando, arrastrándola conmigo.

Pasamos el edificio principal del Covenant antes de que volviera a hablar.

—No es necesario que me cojas la mano.

Le lancé una mirada.

—Al parecer sí lo es. Si no, ¿quién sabe dónde podrías acabar?

—No soy una niña —soltó—. No necesito una niñera.

Resoplé.

—Bueno, tengo que discrepar en eso.

Josie intentó liberar su mano otra vez. El resultado fue el mismo que antes.

—Has perdido el privilegio de cogernos de la mano, Seth.

—¿Cogernos de la mano es un privilegio?

—Por supuesto que lo es. —Me apretó la mano hasta que mis huesos empezaron a machacarse—. Sobre todo conmigo y si no recuerdo mal dijiste que habías terminado conmigo.

Suspiré.

—Josie...

—Y me dijiste que no me pusiera en ridículo —continuó, su voz iba en aumento mientras pasábamos a un grupo de Guardias—. Dijiste que ya no querías hacer nada de esto conmigo. Así que no...

Me detuve de repente, tiré de ella hacia mí hasta que estuvimos pecho con pecho. No estaba pensando cuando sostuve su mejilla con la mano libre e incliné su cabeza hacia atrás. No se cruzó por la cabeza ni un solo pensamiento cuando acerqué mi boca a la suya.

Besé a Josie.

Ella se tensó contra mí y a mí me maravilló la suavidad de sus labios, el dulce sabor de su boca. Joder. Habían pasado semanas desde que la había abrazado de esa forma. Desde que la había besado. Saboreado. Su pecho se agitó contra el mío y en el fondo sabía que esto no estaba bien. Tenía el pecho cubierto de sangre. Al igual que el suyo. La gente pasaba a nuestro alrededor y ya la había herido una vez, de formas que ella ni siquiera sabía.

Nada de eso me detuvo.

La punta de su lengua tocó la mía y la ola de excitación casi me afloja las rodillas. Gemí en su boca mientras deslizaba la mano por su cabello. El beso se hizo más profundo y un grito cercano me devolvió a la realidad. Aparté mi boca de la suya, dejando un milímetro de espacio entre nosotros.

—¿Qué...? —murmuró.

Mis labios rozaron los suyos cuando hablé.

—Fue lo único que se me ocurrió para callarte.

Sus músculos se pusieron rígidos.

—Eso... eso está muy mal.

Sí, tenía razón.

Al retirarme me di cuenta de lo afortunado que era de que no me hubiera clavado la daga que ahora aferraba con la mano derecha.

Con un hormigueo en los labios, caminar resultaba ahora un poco más difícil, pero aún sujetaba su mano izquierda y ella estaba en silencio. El beso funcionó. ¿Pero a qué precio? No debería haberlo hecho. La había herido otra vez.

Y yo la tenía tan dura como una daga de titanio.

Dioses.

La residencia quedó a la vista, gracias a los dioses, y el Guardia al que había amenazado a la salida pareció aliviado cuando pasé junto a él sin meterle la cabeza en el culo. Levanté la mano libre y utilicé el elemento aire para abrirnos las puertas. No llamó la atención de los mestizos y puros que se concentraban en el vestíbulo, separados por un... Oh, mierda.

Me paré en seco. Al igual que Josie, que se quedó mirando lo mismo que yo. Un nuevo accesorio para el vestíbulo en forma de tres estatuas. Cada una de ellas tenía unos dos metros de alto, hechas de mármol puro. Parecían tres ángeles rezando, con las manos unidas con recato bajo la barbilla y las alas plegadas cerca de la espalda. De momento, sus expresiones estaban serenas, pero sabía que si esa piedra empezaba a agrietarse, sus miradas dejarían de estarlo.

—¿Qué... qué son esas cosas? —dijo Josie en voz baja.

—Furias —dije—. Un problema que no necesitamos ahora mismo.

Josie parpadeó.

—¿Furias? ¿Está Erin ahí?

—No lo creo. Probablemente tres de sus millones de hermanas. —Rodeamos las estatuas a una distancia considerable—. Aparecen cuando los dioses están disgustados por algo. Sirven de advertencia, aunque estén sepultadas de momento.

—¿Advertencia?

—Si lo que sea que haya ocurrido para cabrearles no cesa, liberarán a las furias, y estas no serán como Erin. Arrasarán con todo y con todos los que se encuentren en su camino. —Mientras cruzábamos el vestíbulo ella estaba estirando el cuello para verlas—. Supongo que los dioses están furiosos por lo que está ocurriendo entre mestizos y puros, pero puede que eso fuera darles demasiado crédito. Como si alguna vez les hubiera importado.

Josie estaba callada mientras la guiaba por el pasillo y cuando aparecieron nuestras habitaciones tomé una rápida decisión y la llevé a mi habitación. Le solté la mano en cuanto la puerta se cerró. Se detuvo nada más entrar en la sala de estar.

—¿Qué estoy haciendo aquí?

Buena pregunta.

—Solo quédate aquí un momento, luego te llevaré a tu habitación.

Me lanzó una mirada asesina cuando pasé por su lado. Maldición. Una Josie enfadada seguía siendo una Josie increíblemente *sexy*. El calentón iba a tardar en bajarse, pero daba igual porque de todos modos era una erección andante. Una vez dentro del baño, cogí la toalla y la puse bajo el grifo. Después de limpiarme la sangre del pecho, volví a la habitación y la encontré donde la había dejado.

—Me sorprende que me hayas hecho caso.

—Yo... —arrastró la palabra mientras su mirada recorría mi mano y la toalla, antes desviarla y centrarse en lo que parecía ser mi hombro—. No me he quedado porque tú me lo dijeras.

—Claro que no —murmuré.

Arrugó la nariz.

—Me he quedado porque creo que necesitamos aclarar las cosas entre nosotros.

—¿Ah, sí? —Arrojé la toalla sobre el respaldo de la silla.

Josie se apartó de la puerta y dejó la daga sobre la mesita, mientras retrocedía se limpió la mano derecha en los vaqueros. A continuación, poco a poco, levantó su mirada hacia la mía.

—Sé lo que ocurrió entre nosotros.

Se me revolvió el estómago.

—Josie...

—No —pronunció la palabra con tanta fuerza, con tanta firmeza que captó mi atención. Me silenció—. Vas a escucharme porque me merezco eso. ¿Me has comprendido?

Lo que comprendí fue que mi polla presionaba contra la cremallera de mis pantalones en el momento más inapropiado. Asentí con la mandíbula apretada.

—Al principio no lo entendí. Estaba consternada porque pensé... —Tragó con dificultad antes de continuar—. No importa lo que pensara, pero quiero dejar una cosa clara. No te digo nada de esto porque espere compasión ni una explicación. Te lo digo porque vamos a tener que trabajar juntos. Vamos a tener que vernos por aquí y no quiero preocuparme de que las cosas se vuelvan raras e incómodas.

—Vale.

Sus ojos brillaron.

—Y tenemos que establecer algunos límites, algunas reglas sobre lo que puedes y no puedes hacer conmigo o cómo me debes hablar.

Levanté las cejas, pero mantuve la boca cerrada porque el fuerte destello de sus ojos me decía que me interrumpiría.

—¿De acuerdo? —Cuando asentí, ella exhaló con brusquedad—. Sé que sigues... um, colado por Álex.

La miré durante un momento, no estaba seguro de haberla oído bien. Vale. La había oído bien. Tal vez estaba bromeando. Basándome en la gravedad con la que lo había dicho, apostararía a que lo decía en serio.

Bajó la mirada a la vez que entrelazaba las manos.

—Es decir, evidentemente te siguen atrayendo otras personas. Obvio, pero comprendo que lo que lo más profundo está reservado para ella.

—Espera. ¿Qué? —dije, volviendo a la realidad.

Retrocedió y se sentó en el borde de la silla.

—Es decir, ahora tiene mucho sentido y me siento como una idiota por no haberlo visto antes. Entiendo que estés... enamorado de ella y...

Me reí. No pude contenerme. Santa mierda.

Ella entrecerró los ojos.

—No creo que esto sea gracioso.

—Sí que lo es, créeme.

—No, no lo es. —Se levantó de un salto y cerró los puños—. Puedes quedarte ahí y reírte, porque eres un capullo o no quieres reconocerlo, pero yo vi cómo la mirabas...

—¿Cómo la miraba? —La miré con incredulidad.

—Cuando apareció en el patio la miraste como... como si no esperaras volver a verla.

—Porque de verdad esperaba no hacerlo —admití, frunciendo el ceño.

—Lo comprendo perfectamente. Es decir, créeme, lo entiendo. —Cruzó los brazos sobre el estómago—. Ver a alguien a quién quieres y no poder...

—Esa no es la razón, Josie. No estoy enamorado de Álex. —La miré durante un momento—. Nunca estuve enamorado de ella. No teníamos ese tipo de relación.

—¿Me estás diciendo que no había nada? ¿Qué no sentías nada por ella? —me

desafió.

Parte de mí no podía creer que estuviéramos manteniendo esta conversación. Dándome la vuelta, me pasé la mano por el cabello y me froté la nuca.

—Por supuesto que sentía algo por ella, pero no era eso. No era lo que ella sentía por Aiden o lo que él sentía por ella.

—Quizás tú no te das cuenta —dijo en voz baja un momento después—, pero yo lo veo. Entiendo...

—No sé qué demonios es lo que ves. —Me di la vuelta, mi pecho se agitaba con violencia—. ¡No tiene nada que ver con ella... con Álex! No tiene nada que ver contigo.

Con los ojos cerrados, negó con la cabeza mientras la giraba hacia un lado y hubo un segundo en el que supe que si le dejaba creer eso todo sería más fácil, pero no lo hice.

—Dioses, Josie. ¿De verdad crees que os veo de la misma forma? Álex es Álex y mi pasado con ella es agua pasada, pero tú... tú lo eres *todo*.

Sus ojos azules se abrieron tanto que por poco se comen su rostro.

—¿Yo lo soy todo? Si eso es así, entonces no lo entiendo. ¿Por qué no querrías estar conmigo? ¿Por qué...? —se le quebró la voz y yo odiaba eso, y no pude contenerme. Di un paso hacia ella pero levantó la mano—. ¿Cómo podía serlo todo si me rompiste el corazón?

—¿Qué? —Me detuve. Todo se detuvo mientras la miraba.

Josie negó con la cabeza mientras se presionaba pecho con la palma de la mano.

—No puedo serlo todo para ti. Estarías conmigo. Lo estarías y yo no me sentiría así. No tendría el corazón roto. —Con los ojos brillantes como zafiros, retrocedió un paso—. Si lo fuera todo para ti, me querrías tanto como yo te quiero a ti.

## Josie

Oh, dios mío.

Mis palabras hicieron eco en el silencio, rebotando entre nosotros. No podía creer que hubiera dicho eso en voz alta. ¿En qué estaba pensando? No tenía el control de mis palabras.

Iba a pegarme un puñetazo en la boca.

Seth me miraba con la cabeza inclinada hacia un lado.

—¿Qué acabas de decir?

Cuando retrocedí otro paso miré hacia la puerta. ¿Podía salir corriendo? Sin duda Seth podría alcanzarme, pero ahora mismo probablemente no querría.

—¿Josie?

Mi corazón palpitó ante el tono crudo de su voz. Quería negar que había pronunciado esas palabras, pero no podía. ¿Cómo podría si era la verdad? Y tampoco es que pudiera retirarlas. No podía.

Bajando la mano respiré hondo.

—Te quiero, estoy enamorada de ti.

Seth dio un respingo como si le hubiera golpeado.

—No puedes quererme.

Me quedé boquiabierta.

—¡Otra vez igual! ¡Diciéndome lo que puedo y no puedo hacer! Diciéndome cómo me siento. Deja de hacer eso.

—Pero yo... —Sacudió la cabeza—. No sé ni qué decir.

—Vaya, eso es nuevo —dije mordaz, pero el hecho de que no supiera qué decir me aguijoneó como si hubiera pisado un avispero—. Ni siquiera sé por qué te lo he dicho. No es que no me haya puesto ya lo suficiente en evidencia en lo relativo a ti. Ni siquiera sé por qué estoy enamorada de ti. Eres un imbécil. Y tengo un pésimo gusto en...

—Para. —Apareció delante de mí, se movió tan rápido que no lo vi hasta que estuvimos cara a cara—. Por favor, solo... yo... No sé qué decir, Josie.

Hice un gesto de dolor cuando sentí lo que dijo en el fondo del corazón.

—Eso... eso lo dice todo, Seth, porque si no... —mi voz se quebró, junto con lo que quedaba de mi corazón—. Si no sabes qué decir, entonces ya está.

—No lo entiendes —hablaba en voz baja—. No comprendo nada.

Con un dolor en el corazón, me aparté a un lado, pero Seth me siguió.

—Por favor, solo déjame ir. ¿No podemos olvidar que hemos...?

Me puso las manos en las mejillas con dulzura.

—Nadie me ha dicho eso nunca.

—¿Qué? —susurré un momento después.

Tenía los ojos bien abiertos, un poco dilatados.

—Nadie me ha dicho nunca que me quiere o que estaba enamorada de mí y que de verdad lo sintiera.

No podía creérmelo. ¿Ni siquiera su madre? Sí, era una clase distinta de amor, pero entonces recordé cómo era su madre y, una vez más, me encontré deseando que estuviera viva para así poder abofetearla hasta la eternidad. Pero vivir todos esos años y nunca experimentar ninguna clase de amor, no solo era injusto sino triste. Deseé que no fuera así.

Las manos de Seth se deslizaron por mi cuello, deteniéndose y presionando los pulgares contra mi pulso.

—Pero tú me...

Tenía una oportunidad. Lo sabía. Podía guardar las apariencias y dejarlo pasar. Podía apartarme y salir de la habitación, pero me estaba haciendo daño a mí misma y, a pesar de todo lo que había ocurrido entre nosotros, seguía sufriendo por él.

—Pero yo te quiero.

Las manos de Seth temblaron. *Sus* manos. Unas manos que siempre eran tan firmes en el combate, ahora temblaban al tocarme.

—No merezco esto de nadie, pero menos aún de ti —dijo con voz ronca y profunda, y me miró con intensidad—. Es un valioso regalo del que... del que no soy digno.

Inspiré. O dios, eso dolía. Oírle decir eso me partió el corazón, me destrozó, y luego caí en la cuenta. Sabía por qué se había alejado. El haberme apartado no tenía nada que ver con Álex o conmigo. Era por él, porque creía que no merecía nada más que castigo.

Creía de verdad que lo único que merecía era expiar sus pecados pasados.

Las lágrimas me agujearon los ojos mientras mis manos le rodeaban las muñecas. Tenía que demostrarle que lo que creía no era cierto.

Tenía que demostrarle que él era el resultado de todas sus acciones y no solo de las cosas malas de las que se avergonzaba, y así lo haría, porque le quería y le aceptaba como era, con todos sus defectos. Eso era lo que significaba el amor.

El amor fomentaba el valor.

Me puse de puntillas, manteniendo el equilibrio, me aferré a sus muñecas y me incliné para besarle con dulzura. Se puso rígido e intentó apartarse, pero yo le seguí, mi estómago se revolvía y agitaba como si cientos de colibríes revolotearan en él.

—Te equivocas —le dije mientras descendía—. Estás muy equivocado, Seth.

Sus espesas pestañas bajaron, protegiendo esos extraordinarios ojos que albergaban numerosos secretos. Bajé sus manos y empecé a retroceder hacia su dormitorio. No me permití pensar en lo que estaba haciendo, lo que estaba a punto de iniciar.



—Me mereces —le dije y él no lo discutió. Parecía haberse quedado mudo—. Ya te lo había dicho antes en esta misma habitación. No mentía entonces y nada ha cambiado. Me mereces.

Se estremeció una vez más.

—Josie, yo...

Lo silenció con un beso y proyecté todos mis sentimientos en él, cada ápice de amor y esperanza, todo el dolor que sentí cuando me alejó y toda la aflicción que creaban sus palabras ahora. Le besé como si nunca pudiera volver a hacerlo.

—Eres digno de amor —mi pulso se disparó mientras le hacía retroceder y sentarse en el borde de la cama—. Eres más que digno de mi amor.

Seth me observó con los ojos brillantes mientras me colocaba a horcajadas en su regazo. Bajé y la sentí, dura, presionando contra el tosco material de sus pantalones tácticos.

Al soltarle las muñecas, inspiré hondo y agarré por el dobladillo mi camiseta manchada. Me la quité antes de perder el valor. El pecho de Seth se alzó al inspirar con fuerza cuando dejé caer la camiseta a un lado.

No dijo nada, pero sus manos aterrizaron en mis caderas. Lo tomé como una buena señal.

Con dedos temblorosos me desabroché el sujetador. Contuve el aliento mientras los tirantes se deslizaban por mis brazos y caían al suelo. Tampoco es que él no hubiera visto nada de esto antes, pero yo nunca era la iniciadora y nunca me había sentido más vulnerable en mi vida. Mi recién adquirido coraje se quebraría si él me apartaba ahora.

Seth no se movió durante unos minutos y luego cerró los ojos. Mi corazón se saltó un latido. Bajó la cabeza, presionando su mejilla contra mi pecho. Su barba incipiente me raspó la sensible piel, provocándome escalofríos.

—Eres... eres una verdadera diosa —dijo mientras sus manos se deslizaban desde mis caderas hasta la parte baja de mi espalda—. A veces no estoy seguro de que seas real.

Mis labios se separaron al inhalar con suavidad.

—Soy real.

—Pareces un sueño —giró la cabeza poco a poco, acariciando el hueco entre mis pechos—. Como si fuera a despertarme un día y darme cuenta de que nada de esto ha sido real.

Coloqué las manos en su nuca, enredando mis dedos en su corto cabello mientras bajaba la barbilla y le besaba en la cima de la cabeza. No podía hablar en ese momento porque temía romper a llorar y eso me impediría llegar a donde pretendía.

—O que esto —continuó, levantó la cabeza y me miró— se convertirá en una pesadilla y tú acabarás odiándome con cada fibra de tu ser.

—Jamás —le prometí mientras deslizaba la mano hacia su mejilla.

Le brillaron los ojos.

—¿Puedes estar segura de eso, Josie?

En lugar de responder, encontré una de sus manos y la llevé hasta mi pecho. Se me aceleró tanto el corazón que temí que los semidioses pudieran tener infartos.

La mirada de Seth descendió hasta su mano y cuando la solté, no la quitó. Me rozó el pezón con el pulgar, provocándome un jadeo.

—¿Qué estamos haciendo?

Creía que era bastante obvio.

—Te deseo.

Gimió como si le doliera.

—No tanto como te deseo yo a ti.

Me estremecí ante sus palabras.

—Entonces tómame.

Un largo momento de silencio pasó entre nosotros y no tenía ni idea de qué camino iba a tomar. El sexo no era una panacea. Había avanzado lo suficiente en mis estudios de psicología como para saber eso y oye, tenía un poco de sentido común, pero era la forma más... perfecta para mí de demostrarle lo mucho que le quería.

Seth bajó la mirada, pasó un minuto y dijo:

—Puedo hacer esto.

No entendía muy bien a qué se refería y tampoco tuve oportunidad de preguntar, porque de pronto se puso de pie, levantándose en el aire como si no pesara nada y estaba segurísima de que sí que pesaba algo. Jadeando, me sujeté a sus hombros y envolví sus caderas con las piernas mientras se daba la vuelta, de forma que mi espalda quedó en dirección a la cama.

Una mano se enredó en mi pelo y me hizo bajar la cabeza, de forma que nuestras bocas quedaron a la misma altura.

—¿Estás segura?

Era una locura. Apenas habíamos hablado durante semanas y cuando lo hicimos, habíamos discutido. No creí que mi primera vez fuera así. Quizás después de una cena o una película, o después de acurrucarnos, pero nada de eso me importaba.

Cerré los ojos.

—Nunca he estado más segura.

Seth me tomó.

Un segundo me estaba sujetando y al siguiente me estaba besando, su lengua enredándose con la mía, y no hubo un lento progreso. Nuestros dientes rechinaron, pero no me importó. Me soltó el pelo y me agarró las caderas con ambas manos. Me apartó de él y en una fracción de segundo mi espalda aterrizó en la cama.

Y él estaba sobre mí.

Fue bastante impresionante la rapidez con la que me quitó los pantalones, aunque se quedaron colgando entre mis zapatillas. Mis bragas fueron las siguientes y luego sus botas y pantalones. Se apartó lo suficiente para coger un condón de la mesita de noche, lanzándolo sobre la cama junto a nosotros.

Seth se puso de pie al borde de la cama, su erección resaltaba, tan gruesa y dura que por un momento sentí una pizca de inquietud. Esto... esto podría ser un poquito doloroso.

Valía la pena.

Pero doloroso.

Estiró el brazo y me agarró un pie con la mano.

—No hay ni un centímetro de ti que no quiera saborear. —Me abrió las piernas, dejándolo todo al descubierto, y luché contra el impulso natural de taparme—. Ni un solo centímetro de piel que no quiera saborear.

—Oh. Oh, dios... —eso fue todo lo que pude decir. Mi cerebro dejó de funcionar.

Una de las comisuras de sus labios se elevó, lo que demostró que el Seth que conocía seguía allí. Esa media sonrisa arrogante era tan exasperante como *sexy*.

Le observé, con los músculos de la parte baja de mi estómago tensos, mientras se acercaba a mí desde el borde de la cama. Empezó por el tobillo, besando y lamiendo toda mi pierna, entreteniéndose en una zona sorprendentemente sensible bajo mi rodilla, antes de subir hasta el muslo. Mi respiración se convirtió en una serie de jadeos y cuando llegó al pliegue del muslo lo recorrió con la lengua, provocando una avalancha de humedad. Después comenzó a abrirse camino por la otra pierna.

Hizo un sonido contra la parte interior de mi muslo, como un ronroneo, y luego me mordisqueó la piel. Mis manos se aferraron al edredón y mis caderas se agitaron. Seth subió, depositando esos cálidos y húmedos besos sobre mi vientre y luego sobre mis pechos. Sus dedos, y luego su lengua, se movieron sobre mis pezones erectos y no tardé en aferrarme a la parte de atrás de su cabeza, mi cuerpo se agitándose sin cesar, deseando y pidiendo mucho más.

—Seth —urgí, agarrando su brazo e intentando atraerlo hacia mí.

—Estoy saboreando. —Volvió a descender y su lengua se sumergió en mi ombligo—. Paciencia, Josie.

Respiraba con dificultad.

—Se me ha agotado la paciencia.

Se rio contra la zona que palpitaba justo bajo mi ombligo.

—Vamos a tener que trabajar en eso.

—No —protesté—, no hace falta que trabajemos en eso ahora mismo.

Seth se detuvo sobre el espacio entre mis muslos y levantó la cabeza. La lenta sonrisa que esbozaron sus labios hizo que quisiera besarle... y pegarle.

—¿Estás segura de esto?

—Sí.

Levantó una ceja mientras colocaba la mano en mi muslo para abrirme más las piernas.

—Ahora, Josie, ya sabes lo que dicen.

—No me importa lo que diga nadie ahora mismo.

—Debería. Las cosas buenas les llegan a aquellos que saben esperar.

Se me atascó una risa en la garganta.

—Yo he esperado. Tú has esperado. Es la hora de las cosas buenas.

Seth bajó la mirada.

—Joder. Estoy totalmente de acuerdo.

Sumergió la cabeza y mi espalda se arqueó mientras un grito estrangulado surgía de mi garganta. Santos *dioses*, yo no podía respirar mientras él jugueteaba y saboreaba, mordisqueaba y succionaba. No podía pensar, solo sentir, y con cada impulso de su lengua, mi cuerpo se alzaba. Dejé escapar gemidos. El deseo me atravesó, mezclándose con algo mucho más profundo. Las emociones crecían en mi pecho y cuando volvió a levantar la cabeza y me perforó con esa mirada ambarina, supe que nunca habría nadie más para mí.

—Tú *serás* el único, Seth.

Sus rasgos se afilaron y entonces surgió sobre mí, con esa hambrienta y casi torturada mirada clavada en la mía. Me estremecí cuando alcanzó el condón. El deseo me invadió cuando lo vi ponérselo.

Sostuvo mi mirada mientras descendía la mano entre nosotros e introducía un dedo en la creciente humedad.

—Esto es mío.

No era una pregunta. Oh, dioses, era una afirmación, pero asentí porque era suyo. Yo era suya. Al igual que mi piel estaba marcada con su aroma y su aura, yo era *suya*.

Rodeó su erección con la mano.

—Esto es tuyo.

Me excitó mucho oír eso.

Seth acercó su boca a la mía, su lengua se sumergía al ritmo de los envites de su dedo y luego de sus dedos, haciéndome regresar con rapidez al punto en el que me sentía como si fuera a explotar. Se apartó justo antes y solté un quejido, pero luego le sentí, solo la punta, presionando contra mí.

Mi corazón se aceleró de forma salvaje cuando su mirada encontró la mía de nuevo.

—No quiero hacerte daño —dijo con voz áspera mientras apartaba la mano—. Es lo último que querría hacer.

—Confío en ti.

El ceño de Seth se arrugó cuando cerró los ojos con fuerza. No se movió y ni siquiera estaba segura de que respirara. Iba a dar marcha atrás. Lo presentía y no podía dejar que lo hiciera.

Sujetando sus caderas, levanté las mías antes de que me diera tiempo a pensar lo que estaba haciendo. Se me escapó un jadeo mientras le rodeaba.

Seth gimió mientras los músculos de sus brazos se ensanchaban.

—Dioses, Josie, intento tomármelo con calma.

—No quiero que te lo tomes con calma.

Soltó una risa estrangulada.

—Me vas a matar.

Se me aceleró el corazón.

—No quiero eso.

—Lo sé. —Deslizó una mano hasta mi muslo y levantó un poco mi pierna. El brazo que tenía junto a mi cabeza tembló mientras su intensa mirada buscaba mi rostro—. Necesito... necesito que esto sea perfecto para ti.

Me humedecí los labios.

—Ya... ya lo es, porque es contigo.

Seth apoyó su frente sobre la mía cuando un escalofrío le recorrió el cuerpo. Ninguno de los dos se movió ni habló durante lo que pareció una pequeña eternidad, después me besó con delicadeza y hubo algo increíblemente dulce en la forma en que su boca se movió sobre la mía. La mano en la parte superior de mi muslo volvió a temblar y sus caderas empujaron hacia delante, hasta el fondo.

El aire se atascó en mi garganta y emití un suave grito mientras hundía los dedos en sus costados. Me atravesó una punzada de dolor y cerré los ojos con fuerza, dejando paso a una ardiente sensación que no era exactamente dolorosa. No sabía cómo describirla. Me faltaban adjetivos. Notaba una profunda presión dentro de mí, ni molesta ni del todo placentera.

Seth movió los brazos y hundió los codos en el colchón cuando sus enormes manos acunaron mi rostro. En lo más profundo de mí, solo su pecho se movía contra el mío y solo sus pulgares me rozaban las mejillas. Las lágrimas me abrasaban los ojos, pero no de dolor, porque en realidad no era tan malo. Oh, no, había un profundo y dulce sentimiento que me llenaba el pecho.

—¿Josie?

Con la garganta seca, tragué y abrí los ojos. Al verlo volví a quedarme sin respiración. Tenía el rostro tenso y esos ojos de color ámbar estaban luminosos, tan brillantes que eclipsarían a cualquier estrella en el cielo. Me estaba esperando, asegurándose de que estaba bien, y nada podría hacerme sentir más tranquila.

—Estoy bien.

—Gracias a los dioses —gruñó con voz tensa.

Entonces, Seth empezó a moverse.

Flexionó las caderas hacia atrás, sacándola despacio. La fricción hizo que se me disparara el pulso. Mis músculos se bloquearon. Me acarició el labio inferior con el dedo gordo.

—Relájate. Necesito que te relajes, ¿vale?

—Vale —susurré, obligándome a mí misma a no estar tan... tan rígida.

Volvió a entrar, más profundo, y estaba casi segura de que mis uñas le estaban arañando la piel. Con un gemido que envió escalofríos por toda mi columna, acercó su boca a la mía. Volvió a quedarse quieto mientras separaba mis labios. El beso comenzó lento, sin prisas, como si tuviera todo el tiempo del mundo y yo me perdí un poco en él. La quemazón disminuyó, pero la presión aumentó, convirtiéndose en un

impulso que exigía más.

Vacilante, moví las caderas, pero me detuve cuando un fuerte gemido rozó mis labios.

—No tienes que parar —dijo—. Si quieres moverte, *agapi*, muévete. Haz exactamente lo que deseas, porque no hay ni una sola cosa que puedas hacer mal.

*Agapi.*

Amor.

Una palabra que no habría entendido antes de que las habilidades de semidiosa se hubieran desbloqueado, pero ahora sí.

El apelativo me excitó y deseé moverme, así que lo hice. Arqueé las caderas, moviéndolas en círculo. Esto provocó que pequeñas espirales de placer se propagaran desde mi centro y Seth permaneció quieto, su frente contra la mía, mientras me acostumbraba a sentirle de esa forma.

Cada vez más osada, empecé a deslizar mis manos arriba y abajo por su espalda, sobre los tensos músculos de la parte baja y más al sur. Volvió a hacer ese sonido y cuando él balanceó sus caderas, me tocó a mí gemir.

Seth echó el peso sobre un brazo mientras movía las caderas, balanceándose hacia atrás y hacia delante lentamente y luego más rápido, más profundo. Su mano envolvió mi cadera para sujetarme mientras él embestía, arrancándome un fuerte grito de placer.

Se estremeció ante ese sonido. Me aferré a sus hombros, envolviendo su cintura con mis piernas. Soltó una brusca palabrota mientras entraba más profundo. El ritmo de su movimiento me enloqueció, era insuficiente y demasiado al mismo tiempo.

—Seth... —Mis manos convulsionaron sobre sus músculos, que se tensaban y ondulaban a lo largo de su columna—. Oh, *dioses*...

Su espalda se arqueó y sus labios descendieron por mi garganta y más allá, hasta mis pezones. Me sacudí, arqueando la espalda, y el ritmo que llevaba aumentó, se volvió febril. Por mis venas corría lava fundida mientras las descargas de intenso placer se disparaban.

—Dioses —gimió. Su boca estaba ahora cerca de mi frente y él se movía muy rápido, sus caderas chocaban contra las mías—. Esto —dijo, deslizando la mano por mi vientre hasta el lugar entre mis piernas, justo encima de donde estábamos conectados—. Esto es lo que deseo. Nada más. Nadie más.

—Sí —jadeé y puede que repitiera la misma palabra una y otra vez, de una forma que me habría avergonzado si me hubiera importado en ese momento, pero no era así.

Seth hacía cosas con los dedos que nunca pensé que fueran posibles.

Él estaba por todas partes —sus manos, su boca— sobre mí, dentro de mí, y era demasiado. No podía seguir el ritmo. No necesitaba hacerlo. La cabeza me daba vueltas y la magnitud del éxtasis que aumentaba en mi interior se intensificó hasta el punto de que mis caderas se sacudieron fuera de la cama.

Eché la cabeza hacia atrás gritando su nombre cuando todo culminó. El orgasmo

estalló y fue devastador, invadiendo cada célula, y el placer se extendió en forma de fuertes y sensuales sacudidas, anulando todos mis sentidos. Me oí a mí misma decirle que le quería, de una forma enloquecida y desenfrenada, con una voz que no reconocí.

El autocontrol de Seth desapareció. Dejó de contenerse, el bombeo de sus caderas perdió el ritmo mientras introducía su brazo bajo la parte inferior de mi espalda. Me levantó, estrechándome mientras se rozaba contra mí, enviando otra oleada de exquisito placer. Extendió el otro brazo en la parte superior de mi espalda, sujetándome fuera de la cama mientras sus caderas seguían embistiendo. Su fuerza era abrumadora. Me sostuvo y me tomó como... como deseaba ser tomada. El momento fue increíble, no se parecía a nada que hubiera experimentado antes.

Luego estuvo sobre mí, presionándome contra el colchón, no quedaba ni un milímetro de espacio entre nosotros mientras me besaba con urgencia. Sus caderas se movieron una y luego dos veces, y entonces pude sentirle vibrar de placer.

Seth dijo mi nombre contra mis labios y pareció pasar una eternidad hasta que nuestros corazones se ralentizaron y el sudor se enfrió sobre nuestra piel.

—¿Estás bien? —me preguntó.

—Perfecta —murmuré—. Tan perfecta que no puedo... moverme ni pensar.

Soltó una risita y por fin se movió. Levantó la cabeza, depositó un beso en mi frente y luego en mi ceja. Me besó en cada párpado y en la punta de la nariz antes de encontrar mi boca, y dioses, cuando me besó fue más dulce y tierno que nunca. Expresó esas tres palabras que yo había dicho, pero él no. Ese beso lo decía todo y más.

No solo expresaba amor.

Reflejaba esperanza.

## Seth

Tumbado de costado con Josie pegada a mí, me dije a mí mismo una y otra vez que podía hacer esto con ella.

Pero tenía que hacerlo bien.

Josie se acurrucó contra mí, meneando el trasero contra mi ingle y, joder, la tenía dura desde que se había quedado dormida y cada vez que lo movía enviaba una descarga directa desde mi polla hasta mi columna. Rodeando su cintura con el brazo, la estreché con más fuerza, intentando no despertarla.

Estaba agotada, se había quedado dormida unos minutos después de que me deshiciera del condón y le trajera un paño húmedo y caliente para limpiar la evidencia de que no había habido nadie más antes. No es que necesitara verlo para saberlo, pero dioses, tenía un nudo en la base de la garganta que no disminuía. Deseaba venerarla de nuevo.

El sexo nunca había sido así. Nada en mi vida había sido así. Desde el momento

en que conocí a Josie, todo había sido una nueva experiencia para mí. Ella era un verdadero milagro e incluso el simple hecho de tumbarme junto a ella me tranquilizaba.

Yo estaba despierto, pero mi cuerpo estaba relajado. Mi mente era otra historia.

*Puedo hacer esto.*

Había estado a punto de decirle lo que había hecho y la culpa por ocultarle el secreto me revolvió el estómago, pero podía... podía rectificarlo.

Puedo hacer esto.

Dioses, no había otra manera. Tenía que controlarme. Debía asegurarme de que nunca me permitiría llegar al punto de quitarle lo que nunca había sido mío. Nunca me permitiría alimentarme de ella otra vez.

Josie me quería.

Santa mierda.

Bajé la cabeza y deposité un beso sobre su hombro desnudo. Josie me *quería*. Ni una sola parte de mí lo dudaba. No merecía ese regalo, pero podía... podía ser mejor para ella. Podía ser digno de su amor.

Eso era lo que tenía que hacer.

*Sería digno de su amor.*

Porque ella más que digna de eso. Se merecía más y yo se lo daría. No habría lugar para nada más, porque después de esto —de tomarla y saber que era mía— no había forma de que pudiera alejarme de ella.

Así que haría lo correcto por ella.

Aunque eso me matara.

Al besarle el cuello, sonreí cuando murmuró en voz baja algo que sonó claramente como «pastelitos». Me sorprendió que no fuera «beicon», pues estaba seguro de que soñaba con eso. Le besé la mejilla y luego reposé la cabeza en la almohada.

Josie volvió a moverse y yo ahogué un gemido. La deseaba otra vez, pero esto, los momentos tranquilos entre nosotros, ambos tumbados juntos, eran pura felicidad. No había otra palabra para ello.

Nunca la habría. Era un maravilloso pedazo de paraíso, algo que valoraría cuando llegara el momento de pagar mis deudas.

Pero una voz fría susurró, enviando una punzada de inquietud a lo largo de mi columna. *¿Durará?*



Me desperté en mitad de la noche y esta vez fui egoísta. Estaba duro y acurrucado contra la curva de su culo. No tenía ni idea de qué hora era o lo que estaba ocurriendo fuera de esas paredes y no me importaba.

Todo se centraba en el suave cuerpo que había entre mis brazos.

Iba a despertar a Josie de la mejor forma posible.

Pasé la mano por su cintura y luego su cadera, deslizando los dedos entre sus muslos. Encontré el lugar y rocé con el pulgar esa pequeña parte carnosa. Sus muslos se separaron y soltó un gemido soñoliento. Moví la mano para introducir mi dedo.

Sonriendo en la oscuridad, forjé un camino de besos por su cuello mientras mecía las caderas hacia delante. Ella empezó a moverse contra mi mano en un lento pero incesante círculo. Su respiración se aceleró y noté el momento en que se despertó por completo. Su cabeza se inclinó contra mi pecho y su mano se agitó dónde la mía jugaba entre esos bonitos muslos.

—Seth —gimió con voz ronca—. Es... es una sensación maravillosa.

—Va a ser mejor aún, cariño.

Su pecho se hinchó bruscamente cuando acoplé la otra mano sobre su pecho y encontré el turgente pezón. Era muy sensible en esa zona y cuando pellizqué la pequeña protuberancia con el pulgar y el índice, sus caderas se movieron sin control.

Me alejé lo suficiente para alcanzar la mesita de noche y coger otro plastiquito. Batí un record poniéndome ese condón. Josie empezó a darse la vuelta, pero la detuve. Acoplando mi cuerpo tras el suyo, deslicé la mano por su costado hacia el muslo. Le levanté la pierna y la coloqué sobre la mía.

—Yo... no sé qué hacer —admitió.

—Shh. Con que estés aquí ya es suficiente. —Besé el espacio bajo su nuca. El corazón me iba a mil por hora—. Yo me encargo del resto.

Alineando nuestras caderas, la penetré desde atrás, con cuidado de hacerlo despacio, porque no estaba seguro de si estaba dolorida, se puso tensa al principio pero se relajó cuando me quedé quieto. Le di tiempo para adaptarse y luego me abrí camino, centímetro a centímetro.

—Oh, por los dioses —jadeó—. Te siento... Esto se siente diferente.

Mi mano regresó a ese centro nervioso, justo encima de donde estábamos conectados.

—¿Mejor?

—Sí. —Emitió un sonido suave y femenino cuando la saqué despacio, hasta que solo quedó dentro la punta, y luego volví a entrar—. Más profundo —murmuró—. Mucho más profundo.

—Espera a que te tenga de rodillas. —Empecé a balancearme más rápido, rozándole el pezón con el pulgar y el índice al ritmo de mis embestidas.

—Oh, dioses.

—Esto te va a encantar. —Gemí cuando echó el culo hacia atrás—. Joder. Creo que esto te encanta.

—Sí —gimió, apretándome el brazo.

Sus suaves gemidos y mis rudos gruñidos pronto llenaron la oscura habitación, y el sonido de nuestros cuerpos convergiendo aumentaron la tensión que crecía dentro de mí.

Un dolor punzante me revolvió el estómago y se extendió hasta el pecho. Una clase muy distinta de hambre se instaló. Sería tan fácil solo probar un poco... una pequeña e insignificante cata. Solo tenía que mover la mano que tenía sobre su pecho y podría...

No.

Acallando esa parte de mí, me concentré en cómo se ajustaba a mí como un guante, la forma en que retrasaba las caderas contra mis embestidas. Me concentré en cómo sus movimientos resultaban ligeramente torpes e inexpertos y en cómo eso resultaba mucho más *sexy* que cualquier otra cosa. Me concentré en su amor y su confianza hasta que el dolor desapareció y lo único que sentí fue a ella y no lo que había en su interior.

No fue fácil, pero lo hice y, demonios, no pensaba durar mucho más. Yo quería. Quería seguir dentro de ella durante horas. Estaba tan ceñida y caliente que me impactó, y sí, no iba a durar mucho más.

Un potente orgasmo me recorrió la columna y, cuando ella alcanzó el suyo, su cuerpo se contrajo contra del mío de una forma que me llevó directo al clímax y enterré la cara en su cuello mientras me corría. Como en el anterior, el orgasmo fue devastador. Era interminable y, para cuando mi pulso se estabilizó, no estaba seguro de que pudiera volver a moverme.

—¿Estás bien? —murmuré contra su nuca.

—Sí —contestó, estirando el brazo hacia atrás y pasando la mano por mi cadera—. No me vas a romper.

La cuestión era que, si no tenía cuidado, lo haría.

Saber eso me dio la energía suficiente para ocuparme del condón y cuando regresé a la cama volví a acurrucarla contra mí. Se quedó dormida antes que yo, pero la seguí poco después y me dormí a pesar de la dirección que habían tomado mis pensamientos. Cuando volví a despertarme, unas cuantas horas después, estaba amaneciendo e iba a despertar a Josie de nuevo, pero esta vez de la segunda mejor forma posible.

Con un plato de beicon.

Me aparté de ella y salí de la cama con cuidado de no despertarla. En la oscura luz que entraba por la ventana encontré un pantalón de chándal y me lo puse. Cogí una camiseta de una pila de ropa y entré en el baño. En silencio, me lavé los dientes y la cara antes de volver al dormitorio.

Me quedé embobado mirándola un momento.

Acurrucada de lado, el edredón había resbalado hasta sus caderas y una buena parte de piel de color melocotón quedaba a la vista. Así como un pezón rosado, que asomaba al lado del brazo que tenía doblado sobre su pecho. Parecía toda una diosa allí tumbada, pero fue su expresión de tranquilidad absoluta mientras dormía lo que me dejó paralizado.

Nunca quise verla de otra manera.

Y sabía que eso no sería posible. Teníamos que enfrentarnos a mucho, pero frenaría cualquier golpe dirigido a ella.

Me acerqué a la cama, cogí el edredón y tiré de él para cubrirla. Me agaché y la besé con dulzura en la mejilla. Me incorporé y salí de la habitación con la camiseta en la mano. Fuera, en el pasillo, me puse la camiseta mientras caminaba hacia el vestíbulo. El lugar estaba silencioso, ya que era demasiado temprano para que los estudiantes estuvieran levantados, incluso un lunes por la mañana, y después de lo que había pasado anoche dudaba que hubiera clases. Al llegar al vestíbulo, un escalofrío me recorrió la piel y supe que no estaba completamente solo.

Reduje la velocidad y fruncí el ceño cuando divisé a Álex a unos pasos de las furias sepultadas. No me miró cuando habló.

—Esto resulta extrañamente familiar, ¿no?

—Sí. —Un montón de cosas resultaban extrañamente familiares—. En cierto modo, esperaba no volver a ver a estas zorras.

Álex sonrió un poco.

Me detuve, pasándome la mano por el torso.

—¿Por qué estás levantada tan pronto?

—En realidad aún no he dormido. He estado ayudando con la limpieza —explicó e imaginé que si fuera mejor persona me habría sentido mal por no ayudar.

Pero no fue así.

En absoluto.

Observé los alrededores, esperando encontrar a Aiden.

—¿Dónde está tu sombra?

—Sigue en el muro con Solos. Han dañado la puerta durante el ataque, así que se quedarán fuera hasta que esté arreglada.

—Muy responsable —murmuré.

Álex me miró. Para alguien que no había dormido, no había ni una sombra bajo sus ojos.

—Por lo que ha dicho Solos no parece que la Universidad haya estado teniendo muchos problemas con daimons, así que el ataque de un grupo tan numeroso es bastante extraño.

—En realidad, no. —Desvié la mirada hacia las estatuas—. Hay un montón de puros aquí. Muchos mestizos. Un Apollyon. Y tres semidioses. Tenemos tanto éter que... —Apreté la mandíbula—. Que este sitio es como un maldito bufé.

—Bien visto. Y tampoco es que no sepan que este lugar está aquí.

—No.

—¿Y qué hay de estas encantadoras señoritas? —Señaló a las furias con un brazo

—. Solos cree que tiene que ver con lo que está ocurriendo entre mestizos y puros.

—¿Qué otra cosa podría ser?

Su mirada encontró la mía y levantó una ceja.

Se refería a mí.

Agaché la cabeza y solté una risa.

—Me he estado comportando bien, Álex.

Más o menos.

—Es bueno oírlo. —Hizo una pausa—. ¿Puedo decir algo sin que salgas corriendo o me interrumpas?

Puse una media sonrisa.

—Depende.

—Lo digo en serio. —Álex envolvió su cabello con las manos, retorciéndolo de la misma forma que Josie cuando estaba nerviosa, y tío, eso era muy raro—. Nunca he tenido la oportunidad de darte las gracias y no me dejarás hacerlo, así que por favor solo déjame decirte gracias.

Abrí la boca, pero la cerré de golpe cuando resurgieron las palabras de Aiden. Me quedé callado, no por él, sino porque supuse que cuanto antes dejara a Álex agradecerme antes se acabaría esto.

Álex inspiró hondo.

—Gracias por lo que hiciste por Aiden y por mí. Sacrificaste tu vida mortal y la eterna por nosotros.

Giré la cabeza hacia un lado para crujirme el cuello. Estar aquí escuchando esto... No había palabras.

—Pero también quiero darte las gracias por aquel día —dijo en voz baja.

—¿Qué día?

Pasó un momento.

—Cuando luchamos contra Ares. No tuve oportunidad de agradecerte que te quedaras conmigo cuando... Bueno, ya sabes qué.

—Dioses. —Cerré los ojos con fuerza, pero eso no detuvo la avalancha de recuerdos de aquel día. Me arrollaron con la fuerza de un tren de mercancías. Ella de pie delante de mí, con las lágrimas cayendo por su rostro mientras me rogaba que no la dejara, que me quedara, y así lo hice. Esperé hasta que dejó de existir—. Álex, no deberías...

—Te he dado las gracias y de verdad. Gracias de todo corazón, pero yo... —Se aclaró la garganta y luego, sin previo aviso, se abalanzó y me envolvió con sus brazos.

Estaba tan quieto como las estatuas de las furias.

Álex me estrechó con fuerza.

—Gracias —susurró contra mi pecho y luego se retiró, poniendo distancia entre ambos—. Todavía me entran ganas de pegarte de vez en cuando.

Solté una risa áspera.

—Sí, créeme. Yo también sigo queriendo pegarme. Y a Aiden. Siempre he querido pegarle.

Se rio con suavidad mientras se volvía hacia las furias.

—¿Cómo está Josie?

El cambio de tema atrajo mi atención.

—¿Por qué piensas que sé cómo está? Y a propósito, ¿por qué estabas ayer en su habitación?

Los labios de Álex se estiraron.

—Bueno, en respuesta a tu segunda pregunta, ella y yo estamos un poco emparentadas, así que tenía sentido ir a conocerla. En respuesta a tu primera pregunta, tu segunda pregunta lo explica un poco.

Entrecerré los ojos.

Ella suspiró.

—Y hablé con Luke hace poco. Dijo que estabais juntos, pero...

Al principio no dije nada. No es que me avergonzara de mi relación con Josie o que me resultara extraño hablar con Álex sobre Josie después de mi pasado con ella. Es decir, sí, era incómodo, pero habíamos estado el uno dentro de la cabeza del otro más de una vez, así que no me importaba. Pero Josie era... muy importante para mí y eso me hacía ser cauteloso con lo que decía de ella y a quién se lo decía.

Pero era Álex.

Frotándome de nuevo el torso con la palma de la mano, suspiré.

—Josie está bien. Ahora está durmiendo.

—Ah. —Hubo una pausa—. ¿En su cama o...?

Puse los ojos en blanco.

—En la mía, Álex, en la mía...

—*Ahhh* —esta vez enfatizó la palabra—. ¿Entonces, debo suponer que vosotros dos estáis...?

—¿Juntos? Sí. Estamos juntos. Mira, tengo que ir a un sitio. Estaré en el muro, probablemente hasta última hora de la mañana o primera hora de la tarde. —Terminé con la conversación y me dirigí a la puerta, pero me detuvo al gritar mi nombre—. ¿Sí?

Álex levantó el mentón.

—¿Estás bien, Seth? —preguntó tras un momento—. ¿Y me refiero a si estás bien de verdad?

Las estatuas de las furias se erguían entre nosotros, un símbolo de que las cosas no podían estar bien, porque sabía que Álex no pensaba que su presencia tuviera nada que ver con lo que estaba pasando entre las razas. Y tal vez así fuera. Quizás lo que había hecho, lo que parecía vivir dentro de mí, conmigo, las hubiera traído aquí. Y

quizás estuviera a punto de mentir.

En cualquier caso, asentí.

—Ahora... estoy bien.

## Josie

Caminando por la primera fila de estanterías del tamaño de rascacielos, pasé los dedos por los polvorientos lomos. No esperaba que la vigilancia en la biblioteca hoy fuera diferente al resto de los días, pero Seth tenía una reunión con Marcus y Solos sobre el ataque y necesitaba salir y caminar, porque no quería interrumpir ninguna reunión organizada por Marcus.

Tenía el presentimiento de que si no me iba de la habitación de Seth y estaba allí cuando volviera, nunca me iría. No parecía una mala idea, pero todavía había mucho que hacer.

Solo que mi mente no estaba en esas cosas y puede que eso me hiciera una mala semidiosa, pero qué más daba. Las últimas quince horas habían... cambiado mi vida de la forma más asombrosa. Tal vez estaba siendo tonta y cursi, pero que le den. Sí. Que le *den*. Amar y vivir era tan importante como luchar y sobrevivir, y ser cursi equivalía a ser impresionante, así que...

Bajé la mirada hacia el suelo de efecto marmolado y me mordí el labio, pero eso no impidió que una sonrisa se formara en mi rostro. Anoche y esta mañana, y luego otra vez antes de que me fuera, había sido absolutamente... oh, cielos... alucinante, y me había estado perdiendo todo esto del sexo.

Guau.

Pero me alegraba de que Seth hubiera sido el primero y él sería el último. No tenía la más mínima duda.

Llegué a la segunda fila de estanterías y me sonrojé al pensar en lo que Seth y yo habíamos hecho. El calor se filtró en mi piel y viajó por mis venas. Él era insaciable y a mí me parecía genial.

Pero por muy fantástico y asombroso que hubiera sido el sexo, la tonta sonrisa de mi cara no tenía nada que ver con eso.

*Agapi.*

Sí, tenía mucho que ver con eso. Tenía que ver con que me hubiera llamado cariño. Tenía mucho que ver con la esperanza que me invadía. Tenía mucho que ver con todo lo que se había dicho y no se había dicho entre nosotros.

Y vale, el sexo también influía. Es decir, venga ya. ¡Me levantó y me sostuvo en el aire! Guau. Y me había traído un plato de beicon esta mañana.

*Beicon.*

Sin duda iba a casarme con este chico, lo supiera él o no. Y el matrimonio podría estar en nuestro futuro, porque iba a sobrevivir a todo el asunto de los Titanes e iba a encontrar una forma de liberarlo del yugo de los dioses, ahora y para la eternidad.

Sabía quién podía hacer eso y tenía un plan que había desarrollado esta mañana mientras me duchaba y era muy buen...

—Hola.

Sobresaltada por el saludo frío y de extraño acento, retrocedí y levanté la mirada del suelo. Lo primero que vi fueron unos tacones negros. Puntiagudos y de aguja. El tipo de tacones de aguja con los que yo parecería un bebé jirafa. Mi mirada recorrió unas delgadas pantorrillas y una falda de tubo de color carbón. Llevaba la blusa blanca metida dentro de la falda y unos volantes que cruzaban el centro de la delgada cintura de la mujer y el pecho.

Tenía los labios rojo sangre apretados, formando una delgada línea, y unas enormes gafas de sol oscuras ocultaban sus ojos. Como antes, llevaba el cabello recogido en un moño ceñido, aunque se notaba que tenía el cabello muy rizado. La emoción me invadió mientras miraba a la mujer alta y esbelta.

La bibliotecaria se encontraba delante de mí.

Por temor a que la bibliotecaria desapareciera si parpadeaba, la miré boquiabierta.

—Te he estado buscando por todas partes durante semanas y probablemente suena muy raro, pero...

—Sé que me has estado buscando —contestó con frialdad, levantando la barbilla medio milímetro—. Pero no estabas preparada para encontrarme.

Cualquier duda que tuviera de que esta bibliotecaria no era normal o de que por aquí hubiera lo más parecido a algo normal, se desvaneció. Y el hecho de que supiera que la estaba buscando era más que escalofriante, pero tenía que mantener el tipo.

No quería asustarla o decir algo inadecuado. Mi padre me había dicho que la buscara y eso significaba que tenía que ser muy importante.

—Hay algo que necesitas ver. —Se dio la vuelta con delicadeza, sin ni siquiera esperar a que accediera a seguirla. Levantó una mano y con un gesto de muñeca me pidió que la siguiera—. Vamos, ahora.

La inquietud caminó junto a mí. No tenía ni idea de a dónde íbamos o lo que ella era, pero confiaba en el hecho de que mi padre me había dicho que la encontrara. Así que tenía la esperanza de que no fuera a matarme.

—Bueno —dije, aclarándome la garganta mientras la seguía—, ¿cómo sabías que ya estaba preparada?

—Sentí el derramamiento de sangre —contestó mientras continuaba deslizándose. Ni siquiera estaba segura de que sus pies estuvieran tocando el suelo, porque los tacones no hacían ruido—. Eso ha cambiado las cosas.

—¿Derramamiento de sangre? —Arrugué el ceño. Los pequeños rizos recogidos en el moño casi parecían... vibrar. O retorcerse. Parpadeé. Sin duda, me estaba imaginando cosas—. ¿Qué significa eso?

Miró de reojo. Las gafas de sol le ocultaban los ojos, pero sus labios fruncidos no eran muy acogedores.

—Ya no eres virgen, ¿correcto?

Di un traspié. Cuando estiré el brazo para recuperar el equilibrio tiré un libro de un estante. El pesado tomo cayó al suelo.

—¿Qué?

—¿Has practicado el fornicio? Hubo penetración con...

—Dios mío, sé muy bien a qué te refieres. No necesito una explicación. —La cara me ardía—. ¿Cómo sabes...?

—Puedo sentir esas cosas.

Casi le pregunto cómo, pero supuse que era una de esas cosas que nunca querría saber.

—No... no sé qué es más raro. Hablar de esto contigo o el hecho de que puedas sentirlo.



Su risa fue como el cristal, frágil y quebradiza.

—Si crees que eso es raro, me preocupa que no tengas el temple necesario para lo que te espera.

Tardé un momento en saber qué era «temple», porque la verdad, estábamos en el siglo veintiuno y nadie usaba esa palabra.

—No tengo miedo.

No podía verle los ojos, pero tenía la clara sensación de que debía dar gracias por ello.

—Ya lo veremos.

Mirando hacia delante, me guió bajo la escalera con grandes zancadas y paso rápido y se detuvo frente a una de las puertas que Deacon y yo habíamos visto. Abrió la de en medio y entró.

Esperando no acabar en una alerta AMBER olímpica, entré por un pasillo estrecho y bien iluminado. La bibliotecaria pasó por mi lado, siguió adelante y, de nuevo, los rizos de su cabello se movieron. ¿Serpentearon?

Sacudí la cabeza.

—Por cierto, me llamo...

—Josephine Bethel. Lo sé.

—Claro —murmuré—. Es decir, sabes que ya no soy virgen, así que... Bueno, yo no sé tu nombre —*ni cómo caminas con esos tacones sin hacer ruido*.

Esa última parte no la dije en voz alta.

Se detuvo delante de una... pared. Miré a mi alrededor, no vi puertas. Ninguna. Mi mirada volvió a ella. Ay madre, iba a acabar en una denuncia olímpica de persona desaparecida.

—¿Mi nombre? ¿Tu padre no te lo dijo?

Negué con la cabeza.

Volvió a reírse y esta vez sonrió. Sus carnosos labios rojos se separaron, revelando unos colmillos.

Santa mierda.

Unos colmillos al estilo vampiro en toda regla.

Retrocedí, con el pulso acelerado, y de pronto deseé haber traído la daga conmigo. El siguiente pensamiento fue que no necesitaba una daga, porque era una semidiosa y tenía un lote completo de tremendas habilidades. Ella tenía colmillos y ni siquiera eran como los dientes de tiburón de los daimon. Mi mente revisó los libros de mitos que había estado leyendo.

Inclinó la cabeza y hubo algo muy, muy serpentino en ese movimiento.

—¿No sabes quién soy?

Se me puso la piel de gallina mientras la observaba. Las gafas de sol. El cabello enrollado y ceñido que parecía moverse. Colmillos. Movimientos serpentinos. Mi mirada se desvió hacia sus pies. ¿Por qué no hacían ruido sus tacones? Esa era probablemente la pista menos importante, ¿pero las *gafas*? ¿Podía ser...?

No.

Imposible.

Tragué con dificultad.

—¿Por qué llevas gafas de sol?

—¿Preferirías que me las quitara? —Levantó la mano y enganchó un dedo en la patilla de las gafas—. La mayoría no querría.

—No —dije al instante, levantando la mano—. No es necesario.

Esbozó una sonrisa con la boca cerrada.

Inspiré con dificultad.

—¿Tú... no eres...? —Ni siquiera me atrevía a decirlo, porque al decirlo en voz alta parecía una locura. Es decir, muchas cosas que una vez creí que solo eran viejos mitos, en realidad eran reales, pero esto... ni hablar.

—¿Me estás preguntando si soy una Gorgona?

El corazón me dio un vuelco.

—Hubo un tiempo en que fui algo muy diferente. Una sacerdotisa en el templo de Atenea, pero luego Poseidón me encontró. —Su sonrisa desapareció y uno de los rizos que caía sobre su frente se balanceó y luego se estiró. La punta del rizo no era una punta.

Oh, por los dioses.

La punta era la cabeza de una pequeña serpiente. Mis ojos se ensancharon cuando abrió la boca y siseó, mostrando una lengua bífida. La bibliotecaria era Medusa.

—Me quitó algo que nunca fue suyo y Atenea, la diosa de la razón y la sabiduría, me convirtió en un monstruo. —Su labio superior se curvó mientras resoplaba—. Qué buen juicio. Fui castigada por las acciones de Poseidón.

—Eso está muy mal. —No sabía qué más decir.

—Así son los dioses —contestó.

No podía creer lo que veía... quién se encontraba delante de mí.

—Pero pensaba que... —Oh, tío, ¿cómo podía decirlo?—. Pensaba que te habían matado.

—¿Por ese patán estúpido? ¿Perseo? Por favor. —Medusa se rio—. No podría librarse de una manada de gatitos sin uñas sin que su papi, Zeus, interviniese.

Abrí la boca, pero en realidad no tenía una respuesta para eso.

—Eres increíblemente ingenua. —Me pellizcó la nariz con unos dedos fríos, lo que me hizo parpadear—. Es adorable. No de una forma halagadora, pero adorable.

Levanté las cejas. ¿Medusa acababa de pellizcarme la nariz? ¿Pero qué pasaba?

—Están los mitos y luego está la verdad. Obviamente, que Perseo me decapitara es un mito. La gente necesitaba un héroe. Los dioses se lo dieron. Bueno, fue Zeus quién se lo dio, probablemente para cabrear a su mujer, dado que el pequeño semidiós era su hijo bastardo. —El minúsculo rizo serpiente siseó antes de instalarse contra su mejilla—. Pero Perseo intentó enfrentarse a mí. No lo logró.

Tardé un momento en poder responder.

—¿Qué haces aquí, en la biblioteca del Covenant?

—Una forma de castigo. —Encogió un hombro—. Tengo problemas para gestionar la ira.

—Oh —murmuré.

Se giró.

—Cuando mi piel se vuelve verde no es buena señal.

Eso... eso tenía sentido. Algo así como el Increíble Hulk.

—¿Y... um, tus ojos? ¿Convierten a la gente en piedra?

—Sabrás la respuesta a eso en unos minutos —al volverse hacia la pared hizo un gesto con la mano.

El aire frente a la pared de mármol desnuda pareció ondular. La electricidad llenó el aire, danzando por mi piel. La pared se deformó, luego se dividió por el centro y se abrió. Apareció una puerta de madera con unos listones verticales unidos por un metal oscuro. Las bisagras chirriaron al abrirse.

—Tu padre te dijo que me encontraras porque no soy una bibliotecaria, Josephine. —Medusa se deslizó a través de la puerta—. Mi castigo fue convertirme en *el* Guardia, lo que sirvió de inspiración para crear el resto de los Guardias. Antes eran tesoros lo que guardaba, riquezas de incalculable valor. A veces era una persona importante, un ser que estaba destinado a convertirse en algo grande, y ahora... esto.

Cogiendo aire, la seguí hacia una gran habitación. Un escalofrío bajó por mi columna mientras miraba a mi alrededor. Unas antorchas ardían a lo largo de la pared, proyectando un suave y danzante resplandor sobre docenas de estatuas de piedra.

No eran estatuas normales, sino gente. Algunas estaban erguidas, otras encogidas. Muchas se protegían el rostro con manos y brazos. Aferraban armas en las manos. Todos tenían expresiones de terror en el rostro, grabadas en piedra para siempre.

Sí.

Esa parte del mito era cierta. Los ojos de Medusa convertían a la gente en piedra.

Las pasé deprisa, sin querer mirarlas demasiado. Medusa atravesó una arcada hacia otro pasillo. Allí, las paredes estaban cubiertas con los mismos símbolos que había visto en Seth. Marcas que representaban invencibilidad, valor, fuerza y poder.

Y aquellos símbolos brillaban en las paredes de mármol de la misma forma que en la piel de Seth.

—Ven aquí —me llamó Medusa mientras se aproximaba a la puerta plateada. En el centro había un rayo—. Es la hora.

—¿La hora para...? —empecé a decir mientras ella abría la puerta. Lo único que podía hacer era observar.

La luz del sol, hermosa y resplandeciente, brilló sobre un prado verde lleno de coloridas flores violetas y azules. Los árboles se alzaban hacia el cielo, tan azul como los ojos de mi padre... cuando tenía ojos.

Como si me obligaran, caminé y crucé la puerta hacia... Ni siquiera sabía hacia

dónde me dirigía, pero sabía que no estaba en el mismo reino que la biblioteca. El aire olía dulce, un aroma que no podía identificar, y la brisa cálida jugueteaba con mechones de mi cabello. Inspiré profundamente mientras me daba la vuelta despacio. La energía era pesada aquí. Podía sentirla pasearse por mi piel, penetrando en mis huesos y tejidos.

—¿Dónde estoy? —pregunté.

—Estás en la entrada de una de las puertas hacia el Olimpo. —Se volvió y extendió los brazos—. Este lugar y otros semejantes deben ser protegidos a toda costa. Si los Titanes o el Asesino de Dioses encontraran alguna vez esta puerta, podrían entrar en el Olimpo.

—¿El Asesino de Dioses? —Mi mente repasó lo que sabía sobre los dos Apollyons y cómo se creó un Asesino de Dioses. Álex se había convertido en el Asesino de dioses, pero se suponía —asumía— que cuando sufriera su muerte mortal, dejaría de ser el Asesino de Dioses. Por ese motivo había tenido que morir primero—. No hay un Asesino de Dioses.

—Umm —murmuró—. ¿No lo hay?

La miré al instante, pero antes de que pudiera preguntarle, un repentino rayo de luz atravesó el claro, dejándome ciega por un momento. Cuando se desvaneció, jadeé y me tapé la boca con las manos.

En el prado, a unos pasos delante de mí, estaba el animal más hermoso que había visto jamás. Más alto que yo, robusto, el caballo agitó el pelaje blanco mientras sacudía la cola. Era una criatura fuerte e imponente, una que no había visto nunca.

Unas alas grandes y elegantes se arqueaban sobre sus costados, emergiendo justo por encima de unas poderosas patas delanteras.

—Oh, madre mía. —Extendí los brazos hacia el Pegaso y al instante me llevé las manos al pecho—. Quiero tocarlo. ¿Puedo tocarlo? Puedo tocarlo, ¿verdad?

Medusa me miró, una de sus cejas asomó por encima de las gafas oscuras.

—Si no quiere que lo toques, te lo hará saber.

Probablemente pateándome la cara, pero valdría la pena. Despacio, como hechizada, me aproximé a la magnífica criatura. Se me aceleró el corazón cuando bajó sus enormes alas y sacudió la cabeza, zarandeando la espesa melena alrededor de su cuello. Poco a poco, coloqué la mano sobre su costado. Los músculos abultaban bajo mi palma, pero el Pegaso no me pateó cuando pasé la mano por su robusto lomo.

Se me hizo un nudo en la garganta. Ni siquiera sabía por qué, pero quería llorar. Es decir, esto era mucho mejor que visitar una granja de llamas o algo parecido. Estaba tocando a un Pegaso de verdad.

—Es... —Tragué—. Es precioso.

Medusa permaneció detrás.

—Lo es.

—¿Qué hace aquí?

—Siempre vienen cuando hay actividad en las puertas —explicó—. Los Pegasos

son criaturas curiosas, a veces incluso sociales. Su sangre tiene propiedades paralizantes que usan las ninfas.

—Las he visto en acción —me tembló la voz cuando la impresionante criatura se alejó de mí caminando hacia los árboles. Quise seguirla, tal vez abrazarla, pero no quería tentar a la suerte—. ¿Vendrán... más criaturas?

—No creo que nos quedemos lo suficiente para eso. —Agitó de nuevo la mano y el suelo comenzó a temblar.

Separé las piernas para equilibrarme mientras la tierra vibraba. El Pegaso no pareció inmutarse mientras pastaba cerca. Con el pulso acelerado miré hacia abajo. Las flores se agitaban. El suelo hizo erupción, lanzando pequeñas piedrecitas al aire. Doce columnas brillantes aparecieron, formando un círculo alrededor de Medusa y de mí. Cuando el resplandor desapareció, había doce bustos de piedra sobre pedestales.

—Estos son los doce. —Medusa avanzó—. Representan a los olímpicos. En cada encarnación está su icono, lo que los hijos de los dioses necesitarán para derrotar a los Titanes.

Santo dios. Giré, mi mirada iba de un busto a otro. Por esta razón me había dicho Apolo que encontrara a la bibliotecaria... a Medusa. Estaba protegiendo la puerta y los iconos.

Cuando divisé a mi padre, me acerqué al busto de piedra. Llevaba un arpa dorada pequeña del tamaño de mi mano colgada del cuello.

Un arpa.

Ni siquiera una de un tamaño normal.

En serio.

Artemisa tenía un arco. Poseidón un tridente. Había una lanza delante de Atenea. Una antorcha apagada se encontraba frente a Deméter. El busto de Hades llevaba un casco y yo tenía un... arpa. Bueno, había una concha delante de Afrodita, así que supuse que podría haber sido peor. Pero entre una concha y un arpa, no tenía ni idea de qué hacer con ninguna.

Era triste ver los iconos que nunca serían usados. Nunca cogerían el cetro de Zeus. Ni el escudo de Ares. No conocí a sus hijos, pero la pérdida se notaba pesada en el silencio.

—Tantas vidas perdidas —murmuró Medusa, expresando la naturaleza de mis pensamientos—. Y muchas más se perderán.

Me estremecí, no porque sus palabras me asustaran sino porque sabía que eran ciertas. Cogiendo aire, estiré el brazo hacia el arpa dorada. Al acercar los dedos, las puntas me hormiguearon como si mi cuerpo reconociera la importancia del icono.

—Ahora no es el momento —dijo Medusa, sobresaltándome. Estaba justo a mi lado—. Una vez que cojas ese icono, no podrá ser devuelto.

—De acuerdo. —La miré—. Mis poderes se han desbloqueado...

—Y coger el icono te dará más éter que nada de lo que camina por el reino mortal. —Los rizos de su cabeza temblaron y aparecieron más cabecitas de

serpientes. Asqueroso—. Serás muy poderosa e incluso más útil en manos de los Titanes y para otros.

Supuse que se refería a los daimons.

—Cuando hayas encontrado al resto de los semidioses, tráelos aquí. Será entonces cuando deberás coger el icono. —Aunque no podía verle los ojos, pude sentirlos sobre los míos—. Debes tener cuidado con las personas en las que confías, niña, con aquel a quién le has dado tu corazón.

Me puse rígida.

—El poder es el vicio más atractivo de todos. Corrompe y destruye —dijo, bajando la intensidad de su voz—. Y es el más oculto de todos los pecados.

Un gélido escalofrío me recorrió la columna.

—Estás hablando de Seth.

—Él no es lo que parece —dijo y una serpiente dio un mordisco al aire—. El Apollyon ha cometido actos de alta traición.

—Lo sé. —Mis manos se convirtieron en puños—. Sé de lo que es capaz. Y sé quién solía ser y en quién se ha convertido.

Su cabeza giró despacio cuando una lechuza ululó desde los árboles y Medusa suspiró.

—Por supuesto. *Ella* viene hacia aquí.

—¿Quién?

Medusa retrocedió un paso cuando el viento se levantó. Sus rizos se engrosaron y quedaron libres. Jadeé. Aparecieron serpientes de todos los tamaños, siseando y atacando al aire. Intenté no mirar ni asustarme, pero entonces la lechuza ululó. Parpadeé y sin previo aviso una mujer alta apareció en frente, al borde del claro.

El cabello castaño le caía en cascada hasta la cintura, cubriéndole el pecho, me pareció que era algo bueno. La toga blanca rozaba la hierba y era tan transparente como el cristal.

No iba depilada.

—Atenea —siseó Medusa—, qué amable por tu parte unirte a nosotras.

Abrí los ojos como platos. Puede que dejara de respirar.

La diosa le lanzó a Medusa una mirada para hacerla callar mientras se aproximaba a mí. No sabía qué se suponía que debía hacer. ¿Una reverencia? ¿Arrodillarme? No lo hacía cuando llegaba Apolo, pero ella no era mi padre. Era la diosa Atenea, quién al parecer castigaba a víctimas de delitos sexuales y las convertía en monstruos. Se encontró delante de mí antes de que pudiera hacer nada y me quedé mirando unos ojos completamente blancos.

—Esto —habló Atenea, levantando la mano. Sostenía un frasco que contenía un líquido rojo azulado—. Esto es para ti, hija de Apolo.

Uh...

Atenea me ofreció el frasco.

—Es la sangre de un Pegaso. Ya sabes lo que hace.

Este era el día más raro de mi vida y eso era mucho decir.

Despacio, levanté la mano y cogí el frasco. Mi piel rozó la de Atenea y una descarga de electricidad me sacudió.

Los labios de Atenea se curvaron hacia un lado.

Observé el frasco. Sin duda, esto sería de gran utilidad, sobre todo porque funcionaba contra los Titanes.

—Hay algo que debes saber —dijo Atenea, su voz parecía provenir del viento. El sonido estaba por todas partes—. Medusa protege esta puerta y estos iconos, pero su poder de convertir al hombre en piedra no funciona contra las deidades.

—Desafortunadamente —masculló Medusa.

Atenea la ignoró.

—Ella no podrá detener a los Titanes, ni siquiera a un semidiós y menos al Apollyon.

Levanté la cabeza de golpe. Eso no lo sabía. Supuse que los extraños ojos de Medusa funcionaban con todo. Tampoco me gustaba la forma en que Atenea había metido a Seth en eso como si fuera la mayor amenaza. ¿En serio? Bueno, puede que los Titanes fueran lo único de lo que deberían preocuparse de verdad, pero entendía su inquietud en lo referente a Seth. Se había aliado con Ares contra ellos y participado en un complot para derrocar el reino mortal y el Olimpo. Iban a tardar un tiempo en superarlo.

—Necesitarás la toxina —advirtió Medusa y atrajo mi atención. Por suerte, su cabello había vuelto a la normalidad—. Pero no para quien tú crees.

## Seth

Inquieto, me removí sentado en el sofá y me pregunté por centésima vez cómo demonios había acabado sentado junto a Álex y Aiden, mientras ellos intentaban mantener las manos en sus respectivos regazos.

Me había sentado aquí primero, cuando solo estaban Solos, Marcus y Alexander discutiendo el problema de la brecha en la entrada y el ataque de anoche. Aiden también estaba allí, pero se había puesto en modo reservado y misterioso, apoyado contra la pared, hasta que llegó Álex con Deacon y Luke.

Habían traído comida.

Incluso Laadan apareció, antes de irse con Alexander a hacer cosas que probablemente traumatizarían a Álex. Por supuesto, una vez que empecé a pensar en ese tipo de cosas, mis pensamientos se desviaron hacia Josie y toda esa clase de cosas que preferiría estar haciendo en ese momento.

Y eso solo hacía que estar sentado junto a Álex y Aiden resultara realmente incómodo, porque con ella tan cerca podía captar lo que sentía. No con tanta intensidad como antes, cuando llegó al punto en que sentía que éramos prácticamente la misma persona. Podía captar simples indicios de las emociones, casi como una palabra que has olvidado y se queda en la punta de la lengua. Había una leve y cálida sensación de excitación y el sabor amargo del temor. Una combinación muy extraña que irradiaba ella.

Eso significaba que probablemente ella también podía sentir las mías, por eso necesitaba dejar de pensar en encontrar a Josie y ver cuántas veces podía hacerle gritar mi nombre.

Volví a moverme, separé las piernas.

Álex me miró con las mejillas un poco sonrojadas. *Genial*. Me froté la ceja con el dedo mientras Deacon llegaba a la mesa redonda y robaba un montón de patatas del envase de Luke.

—¿Crees que mañana se reanudarán las clases? —preguntó Deacon, amontonando las patatas en su plato—. Supongo que debería haberle preguntado a Marcus cuando estaba aquí.

—Probablemente celebrarán una misa en honor a los caídos durante el ataque —dijo Solos, mientras caminaba hacia la mesa. Le dio la vuelta a la silla y se sentó, apoyando los brazos sobre el respaldo.

Los dedos de Deacon se quedaron inmóviles sobre el muñeco de nieve de patatas que parecía estar construyendo.

—Dioses —masculló, recostándose—. Me gustaría pasar un par de meses sin



tener que ir a un funeral.

Eso no parecía probable.

Miré hacia la puerta. Josie había ido a la biblioteca otra vez, pero ya debería haber terminado. Le había dicho dónde iba a estar, así que sabía dónde encontrarme. Parte de mí deseaba haber ido a la biblioteca con ella.

—Es extraño —dijo Álex cuando le cogió la mano a Aiden. No tenía ni idea de lo que estaba haciendo, pero parecía como si estuviera masajeándole los dedos o algo así—. Vemos a mucha gente entrar en el Tártaro a diario, así que piensas que te has acostumbrado, ¿sabes? —Negó con la cabeza mientras miraba la mano de Aiden. Movié los dedos sobre los suyos—. Pero no. Supongo que allí abajo es diferente, porque sabes que serán felices, pero estoy... solo estoy divagando.

—Está bien. —Aiden se inclinó y le besó la frente—. Nosotros no tenemos funerales allí abajo.

—Tiene sentido —dijo Solos sonriendo—. Todos ya están muertos.

Álex puso los ojos en blanco.

—¿Crees que podríamos visitarlo alguna vez? —preguntó Deacon cuando cogía un paquetito de *ketchup*—. Es decir, me gustaría ver...

Un golpe repentino que provenía de fuera le interrumpió, luego un fuerte estallido, como un trueno. Me levanté al instante, al mismo tiempo que Álex. Aiden llegó a la ventana primero.

—Dioses —dijo.

Estábamos en la primera planta, en la parte de atrás del edificio principal del Covenant, y la ventana daba a una parte considerable del patio norte, lo que nos ofreció una vista panorámica de una pelea entre grupos de mestizos y puros. El sonido de algo estrellándose debía de haber provenido de la estatua hecha añicos cerca del edificio. Habían conseguido derribar esa cosa.

—Ay —murmuró Álex cuando un mestizo lanzó una impresionante patada circular.

Yo fruncí los labios cuando un puro convocó el elemento aire y lanzó a un mestizo sobre un grupo de otros cinco mestizos, derribándolos como si fueran bolos.

—Bueno, esto empeora con rapidez.

Solos suspiró y dejó caer la cabeza sobre la mesa.

—Dioses, ¿está mal que finja no saber lo que está ocurriendo fuera?

Al intentar alcanzar un *Tater Tot* y encontrarlo vacío, Luke observó el plato de Deacon con el ceño fruncido.

—Creo que Marcus está planeando poner un toque de queda a partir de mañana, pero eso no detendrá esto.

—Nada detendrá esto. —Álex presionó las manos contra la ventana. Su respiración empañó el cristal—. Esto no era lo yo que quería... lo que *nosotros* queríamos.

Álex y Aiden eran bastante responsables de la disolución de la Orden de Razas y

la supresión del Elixir. ¿De verdad pensaban que todo el mundo simplemente continuaría con el nuevo estilo de vida?

Los Guardias empezaron a llenar el patio.

—Voy a buscar a Josie. —Me di la vuelta, atravesé la habitación y abrí la puerta. Giré a la derecha y di dos pasos.

Josie se acercaba por el pasillo, con su alta coleta balanceándose con cada paso. Aliviado de ver que no estaba en el barullo de fuera, acorté la distancia entre nosotros y dos necesidades diferentes surgieron dentro de mí. Me concentré en la correcta, la que importaba.

—Seth...

Rodeando su cintura con el brazo, le coloqué una mano en la nuca y la atraje hacia mí. Mi boca alcanzó la suya en una milésima de segundo. Sabía a menta, la puse de puntillas, haciendo que sus caderas entraran en contacto con las mías. Su gemido entrecortado me la puso más dura, lo que hasta ahora parecía imposible. Enlazó un brazo alrededor de mi cuello mientras presionaba su pecho contra el mío. ¿Con qué rapidez podría meternos en algún lugar privado? Había un armario de suministros a la derecha. Varias salas de reuniones.

—¿En serio? —Solos pasó por nuestro lado negando con la cabeza—. No la dejes embarazada en el pasillo, Seth.

—Oh, dios mío —se quejó Josie, enterrando la cara en mi hombro.

Le saqué el dedo a Solos. Se rio mientras se dirigía fuera. Sujetando su cola, presioné los labios contra el espacio bajo su oreja.

—En realidad estaba pensando en usar ese armario de allí.

Josie se rio con suavidad.

—Nunca he hecho eso.

—Me lo imaginaba. —Le mordí el lóbulo de la oreja, arrancándole un fuerte jadeo—. Y solo para que lo sepas, estoy más que dispuesto a darte a conocer el sexo semipúblico.

—Seth —susurró—, eres terrible.

Deslicé la nariz a lo largo de su mejilla.

—Mira, solo te estoy haciendo saber que estoy a favor de la educación sexual. Tenemos que descubrir lo que te gusta y lo que no.

—Muy atento por tu parte.

—Así soy yo. —Mientras retrocedía le besé la nariz. Nuestras miradas se encontraron y sonreí sin pensar. Una sensación extraña. Una sensación buena—. Me alegro de que estés aquí. ¿Has tenido problemas fuera?

—No. Ni siquiera me han prestado atención. —Retrocedió mientras bajaba el brazo—. Y parecía que los Guardias los tenían bajo control.

—Bien. —Alcancé su mano y vi que sostenía algo—. ¿Qué es eso?

Sus ojos se llenaron de emoción cuando abrió la mano. En su palma había un frasco de alguna clase de líquido azul oscuro.

—Sangre de Pegaso.

Levanté la mirada.

—¿Cómo has conseguido eso?

—Atenea.

—¿Cómo dices?

—Lo que oyes. —Se balanceó hacia atrás, antes de rebotar—. Encontré a la bibliotecaria. Pero no es una bibliotecaria. En realidad, no. Es decir, supongo que de alguna extraña manera lo es, pero no te vas a creer lo que vi, a quién vi y luego encontré...

—Guau. Despacio, *Mighty Mouth*.

Arrugó la nariz.

—¿*Mighty Mouth*?

—Suenan un poco sexual. Como si tu superpoder fuera chupar...

—Seth —me interrumpió, entornando la mirada.

—Me refiero a que estás hablando tan rápido que apenas entiendo lo que dices.

Josie negó con la cabeza.

—Seguro que sí.

Le guiñé un ojo.

—¿Qué tal si tenemos esta conversación en esa habitación de allí? Casi todos están allí. —Cogí su mano libre, pero no se movió. Busqué su mirada—. ¿Estás bien?

—¿Todos están allí?

—Sí. Luke y Deacon, y Álex y Aiden. —Hice una pausa—. Sabes que puedes confiar en ellos, ¿verdad?

—Claro —contestó al instante—. Es que no quiero molestar.

La miré un momento.

—¿Molestar?

—Sí. —Liberó su mano mientras bajaba la mirada hacia el frasco—. Es decir, hace seis meses que no se ven y no quiero molestar.

No sabía si debía reírme, abrazarla o sacudirle. Con la punta de los dedos le levanté la barbilla y conecté su mirada a la mía.

—Vale. Hay un par de cosas que tienes que entender.

Levantó una ceja.

—Oh, ¿en serio?

—Sí. En serio —repetí—. Álex y Aiden están aquí de momento. Es raro. Créeme. Y para ser honesto, tú sabes cómo me siento estando con ellos, con razón o no, pero tú no tienes motivos para sentir que molestas. No es así.

Bajó la mirada y suspiró.

—Lo sé. Es solo que... ellos son muy buenos amigos y nada de esto importa ahora, pero supongo... que soy una inepta social cuando se trata de estas cosas.

—Entonces ya somos dos.

Se rio con suavidad y levantó la mirada.

—Genial.

—Ni siquiera tienes que preocuparte por ellos. Demonios. Con un poco de tiempo, probablemente Álex se convertirá en tu mejor amiga.

Abrió los ojos como platos y parpadeó.

—Eso no lo tengo claro. Quiero decir, está todo el tema de Apolo y todo el tema contigo, sería como compartir demasiadas cosas raras.

—Josie —riendo entre dientes, me agaché y la besé—, eres...

—¿Increíble? —propuso.

—Yo iba a decir imposible, pero increíble también vale. —Me reí cuando me pegó en el brazo con su mano libre. Por suerte no fue con la que sostenía el frasco de sangre de Pegaso, porque eso habría sido un desastre—. ¿Estás lista?

—Sí, solo un segundo. —Sus mejillas se sonrosaron—. Hay algo que tengo que decirte primero.

—Vale.

Se estiró para decirme algo al oído.

—Te quiero.

Joder. Mis músculos se tensaron. El corazón se me aceleró. La piel me hormigueó. Y ese armario parecía cada vez más un sitio que necesitábamos investigar.

Josie me besó en la mejilla y retrocedió.

—He pensado que debía recordártelo. —Me tomó la mano y la apretó con suavidad—. ¿Listo?

Esas dos palabras me dejaron callado mientras la guiaba hacia la sala donde se encontraba el equipo. Eran dos palabras que no estaba acostumbrado a escuchar. No creía que lograra hacerlo.

Todo seguía más o menos como lo dejé, salvo que los envases de comida estaban cerrados y Aiden estaba sentado mientras que Álex se encontraba de pie junto a Deacon y Luke.

—La encontré. —Cerré la puerta detrás de nosotros, consciente de que todos los de la sala miraban nuestras manos unidas. Me sentía... extrañamente orgulloso—. Y tiene algo muy interesante que compartir.

Josie los saludó a todos con la mano cerrada y un rápido vistazo me reveló que su cara tenía un tono entre rojo y rojo fuego. Ella se concentró en Deacon.

—Fui a la biblioteca y por fin encontré a la bibliotecaria.

—¿Qué? —Estrelló las manos sobre la mesa, haciendo vibrar las botellas de agua vacías, con expresión abatida—. ¿Estás de broma? ¿El único día que no voy y la encuentras?

—¿Bibliotecaria? —preguntó Aiden mientras se inclinaba hacia delante.

Josie puso al día a Álex y a Aiden sobre el impreciso mensaje de Apolo sobre encontrar a la bibliotecaria.

—La he visto hoy. No es lo único que he visto. —Cuando se giró para mirarme, la

emoción casi le salía por los poros—. Oh, madre mía, se me olvidó decírtelo. He visto un Pegaso hoy. Uno de verdad, un Pegaso vivo, y fue alucinante. Conseguí tocarlo. Le gusté. Creo. Es decir, no me pateó ni me mordió.

Aiden inclinó la cabeza hacia un lado con las cejas levantadas. La mirada atónita de su rostro no tenía precio.

—¿Estás colocada? —preguntó Deacon y luego se rio—. Porque si es así, quiero lo que sea que estés fumando.

Su hermano se giró y le miró.

—¿Qué? —Deacon se encogió de hombros y se recostó en la silla—. Parece una mierda buena.

—No estaba colocada. —Josie liberó su mano y fue hacia la mesa. Dejó el frasco encima—. Esto es sangre de Pegaso.

—¿Le sacaste sangre al Pegaso? —El horror se quedó grabado en la expresión de Álex.

—¡Cielos! No. No es del que vi. Al menos, no lo creo. —Josie arrugó el ceño mientras retrocedía, quedándose junto a mí—. Lo trajo Atenea.

—¿Atenea? —Luke observó el frasco y lo cogió con cuidado, dándole vueltas en la mano—. Es decir, ¿*esa* Atenea?

—Sí. Y la bibliotecaria es... no os lo vais a creer, pero es Medusa. Serpientes en el pelo, ojos espeluznantes y todo eso —explicó Josie a toda prisa y ahora yo la miraba con la misma expresión que Aiden—. Al parecer Perseo nunca la mató. Era mentira.

—Tío —masculló Deacon—, podría haber visto a Medusa. Esto es una mierda.

Aiden le lanzó una mirada.

—Creo que probablemente es mejor que no la hayas *visto*.

—Puede que sí. Me da la impresión de que no le gustan mucho los hombres —dijo Josie mientras Álex regresaba al sofá. Aiden se echó hacia atrás y ella se sentó en su regazo—. Me llevó a la puerta bajo las escaleras, aunque suene un poco escalofriante, y a ese extraño pasillo donde hizo aparecer una puerta de la nada. Había una sala llena de tíos de piedra.

—Medusa —repitió Álex a la vez que negaba despacio con la cabeza—. ¿Y un Pegaso?

Josie asintió.

—Encontré los iconos y los... —Frunció el ceño—. Encontré los iconos. Sé cómo llegar hasta ellos cuando encontremos a los otros semidioses.

—¿Están en la biblioteca? —pregunté.

—No lo sé. Al lugar en el que están guardados se accede por la biblioteca, pero no creo que en realidad esté allí —explicó, mirando el frasco cuando Luke lo volvió a dejar sobre la mesa—. Entonces apareció Atenea. Me dio el frasco. Supongo que es para... —Arrugó el ceño—. Supongo que es para los Titanes, ya que funciona contra ellos.

—Funciona contra todo —dijo Luke—. Mataría a un mortal tan solo con entrar en contacto con su piel.

—Son buenas noticias —dijo Aiden mientras rodeaba la cintura de Álex con los brazos—. Sabemos dónde están los iconos. Al menos eso quita algo de la lista.

—Sí. —Josie levantó la mirada hacia mí y me sonrió—. Ahora solo necesitamos saber dónde están los otros... —Sus ojos se abrieron—. Símbolos —susurró.

Sentí la presencia de un dios un segundo antes de que la energía se propagara por la sala. Dos columnas relucientes aparecieron cerca de la mesa y un momento después Apolo se encontraba allí.

No estaba solo.

A su lado había alguien a quién no había visto nunca. Un tío de poco más de metro ochenta y tan grande como un defensa.

—Os he traído a alguien, chicos —dijo Apolo. Ni un saludo. Típico de Apolo. Aparecer con cualquier extraño sin dignarse a saludar. Menudo idiota—. Todo el mundo conoce a Hércules.

Todos se quedaron mirando.

Apolo sonrió mientras sus ojos blancos daban paso a unos iris azules que hacían juego con los de Josie.

—Sí —dijo—, ese Hércules.

## Josie

Poco antes había pensado que hoy era el día más raro de mi vida y no me había equivocado. Solo pasó de extraña locura a demencialandia. Hoy había visto a Medusa, Atenea y un Pegaso.

Y ahora estaba viendo a mi padre, Apolo, que estaba de pie junto a Hércules...  
*Ese Hércules.*

Mi cerebro se quedó en blanco, probablemente algo bueno, porque había estado estresada desde que salí de la biblioteca. La advertencia de Medusa antes de irme resultó más que inquietante. Tenía el presentimiento de que me habían dado la toxina con la idea de que no fuera solo para los Titanes. La inquietud me hizo un nudo en el estómago. No porque creyera que alguna vez tendría que utilizarlo contra Seth, sino por el hecho de que ellos pensaban que tendría que hacerlo.

Eso era lo que me preocupaba.

—Santa... mierda —murmuró Deacon, rompiendo el silencio.

Parpadeé una vez y luego dos. Hércules estaba allí delante, con una sonrisa en sus labios perfectos. El semidiós era impresionante. La cabeza llena de cabello rubio ondulado. Ojos azules como el cielo de la mañana y sus músculos tenían músculos. Estiraban la camiseta blanca que llevaba e incluso sus muslos sobresalían de tal forma que creí que la costura de los vaqueros explotaría en cualquier momento.

—Veo que todos sabéis quién soy —dijo Hércules—. No esperaba menos. Después de todo, soy *ese* Hércules.

Mis cejas se alzaron.

Seth resopló.

—Hércules es un cretino —afirmó Apolo y el semidiós se encogió de hombros. Estaba claro que no era la primera vez que lo oía—, pero es el único al que Zeus permite salir del Olimpo. Podrá localizar a los otros semidioses.

—Porque soy así de impresionante —contestó Hércules.

Apolo suspiró y puso los ojos en blanco.

—Y como he dicho, es un poco cretino.

—¿Un poco cretino? —masculló Seth mientras lo recorría con la mirada desde la punta de las botas hasta la cabeza rubia—. ¿Un poco?

Oh, dios mío.

Álex se tapó la boca con la mano.

—¿Te gustaría descubrirlo? —contestó Hércules.

Seth se burló.

—No necesito una misión de búsqueda y rescate para descubrir lo que ya es

obvio.

Oh. Dios. Mío.

El semidiós dio un paso hacia delante. Las botellas vacías de la mesa temblaron.

—He oído hablar de ti, Apollyon. Lo he oído *todo* sobre ti.

—Ay madre —susurró Deacon. Le dio un codazo a Luke con los ojos plateados brillantes.

Aiden y Álex se pusieron de pie.

Apolo se cruzó de brazos.

—Vosotros dos pronto os estaréis dando el lote, ya lo veo.

—No me sorprende —contestó Seth, ignorando a Apolo. Puso una media sonrisa—. Después de todo, soy *ese* Apollyon.

—Algo de lo que estar orgulloso —respondió Hércules.

Bueno, esto iba de mal en peor.

Seth levantó la barbilla.

—Al menos lo que tú has oído sobre mí es verdad. ¿Lo tuyo? La mayoría es mito, ¿cierto? Apuesto a que papá se asegura de que todo el mundo piense que eres un gran...

—No —interrumpió Apolo cuando Hércules levantó la mano. Un destello blanco apareció en los nudillos del semidiós—. No puedes herir al Apollyon.

La sonrisa de superioridad de Seth alcanzó unas proporciones épicas.

—Exacto.

—Oh, no me malinterpretes, «busca problemas» —dijo y Seth frunció el ceño—. Herc puede herirte, pero le ordeno que no lo haga. Lo mismo va por ti. Necesito que los dos os comportéis.

—Eso no es divertido —se enfurruñó Hércules.

—Espera. —La mirada de Deacon iba de un lado a otro—. ¿Podemos llamarte Herc?

El semidiós miró de reojo.

—Todos lo hacen.

—Qué guay —masculló Deacon, con los ojos plateados bien abiertos.

Sentí como si necesitara sentarme.

Apolo miró a la pareja que se encontraba frente al sofá y sonrió, suavizando la etérea belleza de su rostro. Se me hizo un nudo en el pecho.

—Hacía mucho que no os veía a vosotros dos —dijo—. Ambos parecéis muy felices.

—Lo somos —respondió Aiden.

A su lado, Álex soltó un pequeño chillido y entonces se abalanzó. Apolo soltó una risita mientras abría los brazos, acogiendo a Álex. Él la abrazó. Ella lo abrazó. El nudo de mi pecho creció.

Me puse rígida y me obligué a mí misma a no mostrar ninguna reacción. En realidad ni siquiera debería tenerla. Esto era... dulce. Era obvio que no se habían



visto en mucho tiempo. Aparté la mirada y me centré en Herc. Él observaba a Apolo con curiosidad, como si nunca hubiera visto al dios abrazar a nadie. La mirada del semidiós se deslizó hasta la mía. Desvié la mirada y vi a Seth observándome. Le sonreí, porque no tenía motivos para no sonreír. Todo estaba bien.

Todo no estaba bien.

Alcancé mi coleta y me la puse sobre el hombro. No sé por qué me molestaba. Vale. Sí lo sabía. Apolo ni siquiera me había saludado. A su *hija*. Y aquí estaba yo de pie como una tonta.

Aiden le dio una palmada en el hombro al dios y, cuando Álex retrocedió, dijo algo tan bajo que no pude oírlo. Ella le sonrió a Apolo y yo exhalé muy despacio. Era hora de portarme como una adulta. Las cosas estaban raras entre Apolo y yo y Álex lo conocía desde hacía tiempo, conocerlo de verdad. Yo solo conocía el falso Apolo y el verdadero Apolo, y literalmente podía contar con los dedos de las manos cuántas veces lo había visto.

Seth me pasó el brazo por el hombro y mantuve esa sonrisa incrustada en mi cara.

—Bueno, ¿cuál es el plan? —pregunté, concentrada en Herc.

Volviéndose hacia nosotros, Apolo observó el brazo alrededor de mi hombro y le desafié en silencio a decir algo al respecto.

—Es bastante simple. Veo que has encontrado a la bibliotecaria. De lo contrario, no sé cómo habrías conseguido un frasco de sangre de Pegaso.

—Sí —mantuve la voz plana—. También encontré los iconos.

—Perfecto. Sabía que lo harías. —Su sonrisa fue breve, ni de cerca tan grande como la que puso cuando Álex casi lo derriba—. Ahora lo único que necesitamos son los semidioses.

—Y ahí es dónde entro yo. Por eso soy increíblemente útil —Herc echó un vistazo a la habitación, como si se asegurara de que todo el mundo se centraba en él. Por encima del hombro, vi a Luke poner los ojos en blanco—. Puedo sentir a otros semidioses...

—Sí —le interrumpió Seth, sonando aburrido—. Lo sabemos. Tu sentido arácnido superespecial te permite olfatear a otros semidioses.

Entrecerró los ojos.

—Yo soy superespecial.

Aiden cerró los ojos mientras se pasaba los dedos por el cabello oscuro. A su lado, Álex se mordió el labio inferior.

Intervine antes de que la conversación se desviara.

—¿Pero cómo vamos a usar eso ahora? ¿Puedes sentir dónde están los semidioses ahora?

Herc sonrió mientras me hacía una revisión y ni siquiera intentó ocultarlo. Su mirada se entretuvo en zonas que me hicieron sentir como si me encontrara allí desnuda.

—¿Por qué no trasladamos tú y yo esta conversación...?

—¿Quieres morir? —preguntó Seth con indiferencia—. ¿Esta vez de verdad?

—No estaba hablando contigo —Herc me guiñó un ojo, no podría haber dicho si este tío era real o no—. No sé si sabes esto, pero he matado a muchas bestias: el león de Nemea, la hidra de nueve cabezas, Caco el escupe fuego. Podría seguir...

—Por favor, no —dijo Apolo con un suspiro y yo coloqué la mano en la espalda de Seth, agarrándolo por la camiseta—. A nadie le importa.

Herc bufó.

—A todos les importa.

—A mí me importa un poco —sugirió Deacon—. Es decir, quiero escuchar lo de la hidra de...

—Cállate, Deacon —dijo Aiden.

Deacon puso una sonrisa radiante.

—No lo he traído aquí directamente —explicó Apolo—. Por eso he tardado tanto. Lo he llevado por todo el maldito mundo...

—Ha sido muy divertido —añadió Herc.

—Ha sido horrible —contestó Apolo impasible y me temblaron los labios—. Hemos descubierto el paradero de tres de los semidioses, los que no fueron capturados por los Titanes. No pudimos localizar a los capturados.

—Ajá. No tan especial, entonces —murmuró Seth.

Luke se atragantó con lo que pareció una risa.

Los iris de Apolo desaparecieron, fueron reemplazados por unos globos blancos insondables que despedían pequeños rayos de luz.

—Guau —susurró Álex.

—Uno de los semidioses está en Canadá, cerca de Thunder Bay. Otro se encuentra en un pequeño pueblo llamado Pluckley. Está en Gran Bretaña. Estoy seguro de que no lo habíais oído nunca.

—En realidad —Luke arrastró las palabras—, se supone que es uno de los pueblos más embrujados de toda Gran Bretaña, así que resulta un poco irónico que un semidiós... Vale —dijo, abriendo los ojos de par en par cuando Apolo lo miró con una expresión crispada nada impresionada—, no importa.

—El otro semidiós está en el sur de California, en la zona de Malibú —continuó Apolo—. Me da igual por cuál empecéis, pero esos son los tres que hay que encontrar. —Hubo una pausa y se volvió hacia mí. O al menos eso pensé. No sabría decirlo porque no tenía unos ojos normales—. Tengo que irme. Regresaré cuando pueda.

Entonces Apolo —mi padre— se fue, desapareciendo como si nunca hubiera estado allí. Se fue sin ni siquiera un gesto de adiós con la mano.

Y menos un abrazo.

Y antes de que pudiera preguntarle nada sobre mi madre o Erin.

## Seth

—Herc es un poco imbécil.

—¿Un poco? —Me reí mientras Josie y yo cruzábamos el patio norte. El único rastro de la pelea era la estatua ausente—. Es un pedazo de cretino. De los grandes.

Se rio mientras examinaba el terreno. El sol del atardecer ya empezaba a ocultarse y la temperatura bajaba.

—Parece muy engreído, pero si es capaz de guiarnos hasta los otros semidioses tendremos que aguantarlo.

—No puedo prometer nada.

Ella me miró y sonrió.

—¿Crees que Solos será capaz de aprovechar la sangre de Pegaso?

Solos regresó cuando Apolo se había ido. Una vez superada la sorpresa de encontrarse a Hércules, Josie le mostró el frasco. El viejo Centinela iba a envenenar armas con la toxina. Pero no las dagas Covenant, ya que era muy peligroso. Iba a usar los cuchillos con forma de carámbanos una vez desenfundados. Al menos con ellos no teníamos que preocuparnos de cortar a nadie por accidente.

—Nunca he estado en California —dijo Josie, balanceando los brazos a ambos los lados—. Me alegra que la escogiéramos primero. ¿Está mal que esté un poco emocionada?

—No. ¿Por qué iba a estarlo?

Se encogió de hombros mientras miraba hacia el cielo.

—Porque no es como si nos fuéramos de vacaciones. Sé que será peligroso o puede que lo sea. Tenemos que convencer a unos desconocidos de que son semidioses.

—Probablemente eso irá muy bien —resalté.

Se volvió a reír.

—Sí. Además están ocurriendo muchas cosas. Los problemas con los mestizos y los puros. No he sabido nada de mi madre ni de Erin. No tenemos ni idea de cómo encontrar a los semidioses que han capturado los Titanes o lo que les ha ocurrido, y yo...

—Comprendo lo que dices. Tenemos mucho que solucionar y en lo que centramos, pero eso no significa que no puedas disfrutar la vida un poco.

—Uh —frunció los labios.

—¿Qué significa eso?

Josie se detuvo y se volvió hacia mí. El viento agitó unos cabellos que se habían escapado de su coleta contra sus mejillas.

—Me resulta extraño viniendo de ti.

Levanté una ceja.

—¿Qué se supone que quiere decir eso?

—No creo que tú vivas la vida basándote en ese lema. —Me clavó el dedo en el pecho—. En realidad, no creo que hayas estado disfrutando la vida hasta hace poco.

Abrí la boca para discutirsele, ¿pero qué podía decir? Llevaba razón.

—*Touché*.

Su sonrisa se agrandó mientras se daba la vuelta y comenzaba a caminar de nuevo.

—Ojalá hubieras visto al Pegaso. Seth, fue impresionante.

—Solo es un caballo con alas.

Ahogando un grito, me lanzó una mirada sorprendida de reojo.

—No creo que podamos seguir siendo amigos.

—Está bien. No tengo ninguna intención de ser solo tu amigo.

Josie puso los ojos en blanco.

—¿Vas a volver a entrenarme?

—¿Por qué no? —podía ocuparme del cuerpo a cuerpo, ¿pero los elementos? No creía que debiera forzarlo—. Pero nos vamos en dos días, así que eso hará que sea difícil entrenar.

—Cierto.

No hablamos durante unos instantes mientras llegábamos a la residencia y supuse que no tendríamos mucho tiempo a solas en los próximos dos días. Ahora mismo, Deacon estaba en modo fan con Hércules. Tío, lo sentía por Luke, cuando nos fuimos tenía aspecto de querer arrancarse los tímpanos, tirarlos al suelo y pisotearlos. No pasaría mucho tiempo hasta que todo el mundo se reuniera para planear nuestro viaje. Había algo sobre lo que quería hablar con Josie.

—Hey. —Le cogí la mano y la atraje hacia mí—. ¿Estás bien?

—Sí. Claro. —Colocó la mano sobre mi pecho e inclinó la cabeza hacia atrás—. ¿Por qué lo preguntas?

—¿En serio?

Arrugó la nariz.

—En serio.

—Vale —la llevé hasta el banco, me senté y la acomodé en mi regazo. Se tensó un momento y luego se relajó—. Vi tu mirada cuando Álex y Apolo se saludaron.

Los ojos de Josie se encontraron con los míos durante un instante y luego se desviaron. No iba a permitirlo. Le sujeté la barbilla y la obligué a devolverme la mirada. Ella suspiró.

—¿Ha sido tan obvio?

—No. —Mi mirada buscó la suya. Cuando Josie se había quedado inmóvil antes, al ver a su padre tan cariñoso con Álex, me encontré deseando golpear a Apolo con el akasha por centésima vez—. No se notó.

—Pero tú si lo notaste.

Le rodeé las caderas con el brazo.

—Eso es porque yo siempre te estoy mirando. Si supieras cuánto, probablemente

pensarías que es escalofriante.

—Seth —se rio.

—¿La verdad? Te he mirado el culo todo el camino hasta este banco.

—Oh, dios mío. —Negó con la cabeza—. Eres ridículo, Sethie.

—Soy sincero. —A veces.

—Sí... —Soltó otro suspiro—. Yo solo... Ni siquiera se dirigió a mí, ¿entiendes? Y nunca consigo preguntarle nada. Él aparece y se va sin mantener una conversación de verdad. Parecía... parecía muy feliz de ver a Álex. La forma en que se abrazaron y yo...

Quería matar a Apolo.

Expulsó el aire con estruendo.

—Ya no tengo a mis abuelos. Ni a mi madre y él es mi padre, pero no actúa como tal. Es solo que a veces me siento como una huérfana. Es decir, sí que lo soy.

—Te entiendo —dije. Josie se inclinó y descansó su mejilla sobre mi hombro. Levanté el brazo y coloqué mi mano sobre su nuca—. No estás sola en eso. Yo lo comprendo.

—Sí, lo haces —murmuró.

Sonreí un poco al mirarla. Esos preciosos ojos estaban cerrados y unas largas pestañas se expandían sobre la parte superior de sus mejillas. Entonces levantó la cabeza. Acunando mi mejilla con la mano, acercó su boca a la mía.

El roce de sus labios con los míos fue tímido al principio, apenas una caricia, pero me afectó bastante. Sabía que ella había sentido mi reacción instantánea. No podía ocultar lo que presionaba contra su culo o la forma en que mi mano se aferró a su cuello.

—Me gusta besarte —dijo—. He pensado que debía compartirlo.

Le mordí con suavidad la comisura del labio.

—Bien, cuando quieras hacerlo, hazlo.

—¿En cualquier momento?

Inclinando la cabeza, le di un beso más intenso y Josie respondió con avidez. Era como si no estuviéramos sentados fuera, dónde cualquiera podría acercarse a nosotros. No importaba. Se removió en mi regazo, inquieta y ansiosa. Mis manos entraron en acción, deslizándose por su cuerpo, acariciando las curvas que esperaban bajo su ropa. Quería explorarla. Sin embargo, no ocurriría en ese momento.

Al sentir a Álex me aparté.

—Estamos a punto de tener compañía.

—Ah. —Josie parpadeó y miró por encima de mi hombro—. Oh. Eso es muy raro.

No dije nada mientras me movía en el banco, dándole la vuelta a Josie de forma que sus piernas colgaban entre las mías. Esperaba que se levantara y pusiera un poco de distancia entre nosotros. No estaba seguro de que estuviera cómoda con la evidente manifestación de nuestra relación ahí fuera, dado... bueno, dado mi pasado

con esos dos.

Los pasos de Aiden reducían la marcha conforme se acercaban a nosotros. Claramente, la expresión de mi cara no era muy cordial.

—Lo siento —dijo, mirando hacia el cielo—. No queríamos interrumpir.

—¿Pero lo vais a hacer? —contesté.

—Sí. —Álex esbozó una leve sonrisa—. Acabamos de dejarlos. No estoy segura de cómo vamos a sobrevivir a la presencia de Herc. Es un pedazo de imbécil.

Josie soltó una risita.

—Eso es lo que yo dije.

—Las grandes mentes piensan igual. —La sonrisa de Álex se volvió más cálida—. Solo queríamos asegurarnos de que estáis de acuerdo con que os acompañemos.

—Claro —dijo Josie, recostándose sobre mí. No se estaba levantando o apartando de mí. Ni una sola parte de ella se sentía... avergonzada o preocupada por lo que pensara nadie.

Caray.

—Bien —respondió Álex.

Pasé la mano por la cadera de Josie.

—Tampoco es que tengamos la elección de que no queramos que nos acompañéis.

—No —contestó Aiden con una sonrisa de suficiencia.

Mi mirada se cruzó con la suya.

—Como en los viejos tiempos.

Hubo una pausa y esos ojos grises se oscurecieron cuando dijo:

—Por suerte, no.

## Josie

—No puedes detenerme —sentenció Deacon con firmeza, probablemente con la voz más seria que jamás le había oído utilizar—. Soy una persona adulta.

Aiden inspiró hondo, pero no ayudó.

—Puedo detenerte. Fácilmente.

—Me gustaría verte intentarlo.

Observar la discusión entre los dos hermanos era como estar en asientos de primera fila en un partido de tenis. No tenía ni idea de quién ganaría. Deacon quería venir con nosotros a encontrar a los semidioses. Aiden no lo consentía.

—No quieres verme intentarlo.

Aiden estaba sentado en el sofá de la habitación que compartían él y Álex, que era de un tamaño bastante considerable. Más grande que la mía o la de Seth. Tenía un verdadero salón: un sofá de verdad, dos sillas papasan y un otomano en el que estaba sentada Álex. No tenía ni idea de cómo había acabado aquí.

Después de que Álex y Aiden nos encontraran a Seth y a mí en el banco, los cuatro volvimos a los dormitorios. Entramos en su habitación y mientras yo me quedaba embobada con su tamaño, Seth se fue a buscar a Solos. Dijo que volvería.

De eso hacía una hora.

Esperaba que no hubiera ido a buscar a Hércules, porque estaba segura de que eso no acabaría nada bien.

—Es probable que pienses que quiero ir con vosotros por Luke. —Deacon se encontraba delante del sofá, con las mejillas rojas de frustración—. No es por él. —Miró a Luke—. No te ofendas, cariño.

—No me ofendo —dijo Luke desde el otro lado del sofá.

—Pero me gustaría señalar que él también está perdiendo clases para ir a esa cacería de semidioses.

—Eso es diferente —razonó Aiden con calma—. Él está entrenado, Deacon. Ya lo sabes. Este viaje podría ser peligroso.

—Lo sé, ya hemos tenido esta conversación millones de veces. Entiendo que quieras protegerme. Te lo agradezco, pero ya no soy un niño.

Mi mirada se encontró con la de Álex cuando hizo una mueca. Comprendía bien la situación de Deacon. También entendía por qué Aiden quería que se quedara aquí, dónde estaba más seguro. No teníamos ni idea de lo que ocurriría ahí fuera.

—Sé que no eres un niño, Deacon.

Deacon negó con la cabeza.

—No lo entiendes. Sé cuidarme solito, pero es más que eso. No he podido verte

durante medio año, Aiden. Eso son seis meses. Eres inaccesible para mí —dijo y su voz disminuyó—. Es como si estuvieras muerto.

Luke se inclinó hacia delante cuando Aiden hizo un gesto de dolor.

—Deacon... —dijo Aiden.

—No. Tienes que escuchar esto. Los dos. Me alegra que estéis bien. Que vayáis a tener la eternidad y que estéis juntos, pero no es fácil para mí —dijo con ojos brillantes y sentí que no debería estar aquí presenciando el crudo sufrimiento que estaba expresando Deacon—. Te echo de menos y este es mi momento. Tengo seis meses para verte antes de que tengas que volver. ¿Y quién sabe cuánto puede durar esto? Podrías estar fuera los seis meses. Quiero verte. Es lo justo.

Su hermano bajó la mirada mientras se pasaba la mano por su denso cabello. No dijo nada mientras Luke se levantaba, iba hacia dónde se encontraba Deacon y le pasaba un brazo por el hombro, atrayéndolo hacia su pecho. Besó la cabeza de rizos rubios de Deacon.

—Mierda. —Aiden bajó el brazo y alzó la mirada—. No lo había visto de esa forma.

—Claro que no —murmuró Deacon—. Por eso me necesitas cerca. Yo pienso en todo.

Aiden se rio con voz ronca y luego miró a Álex. Ella le sonrió de forma tranquilizadora y resultó evidente que esos dos estaban en sintonía, como si sus mentes y sus almas estuvieran conectadas.

¿Llegaríamos Seth y yo alguna vez a esa etapa? ¿Tendríamos la oportunidad? Cogí un poco de aire y lo expulsé despacio. Tendríamos esa oportunidad. Tenía un plan. No era el mejor, pero solo necesitaba que Apolo estuviera por aquí el tiempo suficiente para poner el plan en marcha.

La puerta se abrió y, cuando eché un vistazo, Hércules entró. Su labio superior se curvó. El desagrado quedó claramente plasmado en sus atractivos rasgos.

—Incluso esta habitación es pequeña. ¿Por qué es todo tan pequeño aquí?

—Es un dormitorio universitario —explicó Luke y tuve que reconocerle el mérito de intentarlo—. Las cosas son un poco pequeñas en estos dormitorios.

Pensé en mi dormitorio de Radford.

—Y en realidad este más grande que...

—Esto no es grande —me interrumpió Herc y luego levantó el brazo, flexionando el bíceps—. *Esto* es grande.

Abrí la boca, pero sí, no tenía palabras.

—¿Pero por qué todos tenéis mejor habitación que yo? —preguntó mientras observaba a su alrededor con ojo crítico. Miró a Aiden—. Es decir, ¿quiénes sois vosotros?

—Bueno —Álex saltó del otomano—, estoy hambrienta. ¿Quieres venir a por algo de comer conmigo?

Pasaron varios segundos antes de que me diera cuenta de que me hablaba a mí.



Me levanté despacio mientras ella iba hacia la puerta, lanzándome una mirada que me advertía que me diera prisa. Lo hice.

Una vez en el pasillo, alzó los brazos y agitó los puños en el aire mientras daba golpes con los pies. En modo rabieta total.

Sonreí.

—Oh, dioses, no aguanto a ese tío... —dijo—. Solo han sido un par de horas y quiero arrancarle los ojos con las uñas de los pies.

—¿Las uñas de los pies?

—Sí —dijo furiosa—, porque están afiladas y le harán más daño, después de que le dé una patada en su estúpida cara.

Me reí cuando la se formó la imagen en mi mente.

—Definitivamente, es un imbécil.

—Ni siquiera me sorprende que Apolo consiguiera encontrar al semidiós más irritante —dijo mientras bajábamos por el pasillo—. Además de tener un don para la inoportunidad, tiene un superpoder cuando se trata de encontrar idiotas.

El hecho de que Álex conociera el don de la inoportunidad de Apolo me hacía pensar en cómo lo habría descubierto. Llegamos al pasillo atestado. Varios estudiantes se encontraban junto a las furias, mirándolas boquiabiertos, mientras lo cruzábamos. La noche había caído.

—Espera. —La alcancé y dije en voz baja—. ¿No hay un toque de queda?

Álex resopló cuando abrió la puerta.

—Sí, pero no se aplica a nosotros.

Puse cara de sorpresa mientras salíamos por la puerta y, sin duda alguna, pasamos junto a unos Guardias que vigilaban el cumplimiento del toque de queda. No dijeron nada. Ni siquiera cuando Álex meneó los dedos delante de ellos.

Todo bien, entonces.

—Espero que aún quede algo que comer en la cafetería —dijo, mirándome—. A propósito, casi siempre estoy muerta de hambre.

—Yo igual. —Deseé tener mi sudadera conmigo. El viento todavía era frío, incluso en junio—. Puede que tengan algo de comida fría fuera. Suelen hacerlo por la noche. Alguien la mantiene abastecida toda la noche.

—Guay. —Caminamos en silencio durante unos minutos y entonces ella dijo—. ¿Estás de acuerdo con todo esto? ¿Ir a California y a lo que puede que tengamos que enfrentarnos ahí fuera?

Asentí y de inmediato me impedí leer más allá de lo que era una pregunta inofensiva.

—Lo estoy. Es decir, no sé exactamente con qué nos vamos a encontrar, pero me... me he enfrentado a un Titán antes.

Frunció los labios.

—Lo he oído. Mataste a Hiperión.

—Algo así —dije mientras seguíamos el sendero del patio, sorprendentemente

solitario—. Solo lo dejé fuera de circulación.

—Después de estar... a solas con él —añadió en voz baja.

La miré de repente. Ella miraba hacia el frente. No respondí.

—Sabes que luché contra Ares, ¿verdad? —preguntó.

—Sí.

Se humedeció los labios y luego dejó de caminar para observarme.

—Ares hizo algo más que patearme el culo y no lo hizo con suavidad. Él me... me quebrantó durante mucho tiempo, de una forma de la que no estoy segura si alguna vez podré recuperarme. —Cada palabra que decía era dolorosamente sincera y estaba claro que no le resultaba fácil hablar de ello—. No sé qué ocurrió cuando estabas con él. Nadie ha dicho nada, pero sé cómo... cómo funciona el mal.

Cerrando los ojos, desvié la mirada y tragué. No había tenido pesadillas en los dos últimos días. Esperaba que no volvieran. Un caso clásico de evasión, pero no tenía tiempo para una crisis mental.

—En cualquier caso —dijo—, solo lo comento. Si quieres hablar sobre lo de Hiperión, aquí estoy.

—De acuerdo. —Me aclaré la garganta mientras me colocaba la coleta sobre el hombro.

Álex esbozó una pequeña sonrisa, una que me hizo sentir un poco mal por haberme disgustado antes con ella y Apolo.

Cuando nos miramos la una a la otra, dándonos cuenta de que teníamos algo más en común, se formó un pequeño vínculo entre nosotras. Era leve, algo increíblemente nuevo, pero las dos habíamos mirado a los ojos al... mal y a pesar de ello estábamos aquí.

—Bueeeeno —estiró la palabra mientras comenzábamos a caminar de nuevo—, ¿tú y Seth...?

Ay madre, esto iba de una conversación incómoda a otra.

—Parece que las cosas han cambiado desde la última vez que hablamos. —Álex se rio y la seriedad de antes desapareció, como si tuviera práctica en apartar con rapidez las cosas malas y terribles—. ¿Qué fue cuándo? ¿Hace un día?

—Sí. —Me reí con ella—. Parecen semanas, ¿no?

—Siempre es así cuando ocurre algo. —Saltó sobre un muro bajo y caminó por el borde. De acuerdo, otra vez volvía a no gustarme, porque yo me habría caído como una llama de tres patas—. Entonces parece que habéis arreglado las cosas.

Parte de mí no quería hablar sobre eso, pero mi lengua empezó a moverse como siempre.

—Eso creo. Sí —me corregí a mí misma—, hemos arreglado las cosas.

Al menos eso pensaba. No habíamos tenido la oportunidad de hablarlo. Estábamos juntos, pero sentarse y tener una conversación sobre cómo estaban las cosas probablemente era una buena idea.

Cuando no respondió, la miré. Tenía una expresión vacía mientras caminaba por

el muro.

—Él no cree que deba ser feliz o tener nada bueno en la vida —le comenté y quizás no debería haberlo dicho, pero no estaba segura de si Álex entendía la forma en la que Seth había estado viviendo, en la que estaba *viviendo*—. Parte de eso tiene que ver un poco con lo que tuvo que hacer. Después de lo que ocurrió con Ares, los dioses lo usaron para cazar y matar a aquellos que se aliaron con él. Básicamente era su asesino.

Los labios de Álex se separaron.

—Yo... yo no sabía eso.

—Y sé todas las cosas que hizo cuando trabajaba para Ares. No se ha perdonado por ello. No es que algunas de las cosas que hizo, o en las que tomó parte, justifiquen el perdón, pero está... está bloqueado y eso no está bien —dije, deteniéndome cuando se acercó al borde y me miró con detenimiento—. Sé que hay cosas que probablemente nunca podrás perdonarle u olvidar.

Inclinó la cabeza hacia un lado.

—A veces lo he perdonado por completo. Otras veces sigo queriendo pegarle.

—Comprensible. —Mantuve su mirada.

Pasaron varios segundos y Álex desvió la mirada hacia el cielo. Se encogió de hombros.

—Estoy preocupada por él.

—Tú...

—Me preocupa lo que es capaz de hacer —añadió y me tensé—. Sé que es algo que no quieres oír y, por favor, no... no te lo tomes a mal. Seth es... él renunció a todo para asegurarse de que Aiden y yo estuviéramos juntos para siempre. Hay bondad en él, mucha bondad, pero...

Pensé en lo que había dicho Medusa.

—¿Pero qué?

Sus pestañas descendieron, protegiendo sus ojos.

—Hay mucha oscuridad en él.

—Lo sé —susurré—. Pero puede encontrar la luz.

Álex no dijo nada.

—Se merece una vida de verdad —insistí—. Se merece una segunda oportunidad.

—Estoy de acuerdo. —Saltó del saliente y aterrizó con destreza a mi lado—. Quiero decir, Seth tiene problemas, pero se merece la felicidad. De verdad se la merece.

—Me voy a asegurar de que la consigue —le dije y quise gritarlo a los cuatro vientos.

Los ojos de Álex se abrieron mientras me miraba.

—Eso es un poco intenso.

Me encogí de hombros.

—Es verdad.

Hubo una pausa.

—Le quieres, ¿verdad?

No hubo vacilación.

—Estoy enamorada de él.

Con el corazón martilleando, intenté quedarme quieta, hacer exactamente lo que Seth me había pedido que hiciera, pero esto era pura tortura.

Una maravillosa, loca y exquisita tortura.

Las palmas callosas de Seth subieron por el interior de mis muslos y los rodearon para agarrarme el trasero. Observé la cima de su cabeza inclinada. Parte de mí no podía pasar por alto que *él* se encontraba de rodillas delante de *mí*.

La tensión fluctuaba y me mordí el labio cuando su lengua recorrió el pliegue de mis muslos. Me estaba matando. Despacio. Como me había estado matando la noche anterior, cuando por fin regresó de la reunión con Solos y nos escabullimos a su habitación. No hablamos mucho en ese momento. Nuestras lenguas y bocas estuvieron ocupadas con otras cosas. Hoy tampoco habíamos tenido mucho tiempo a solas. Sobre todo porque tuvimos que pasar la mayor parte del día preparando el viaje de la mañana siguiente.

Mis caderas se agitaron cuando su lengua se movió cerca de dónde yo *realmente* deseaba que estuviera.

—No te muevas —me ordenó con una voz ronca que envió escalofríos por toda mi piel.

A los lados, mis dedos se contrajeron conteniendo la necesidad de enterrarlos en su cabello y mover esa maravillosa y, de alguna manera, increíblemente irritante boca solo unos centímetros.

—No me estoy moviendo.

—Te estás moviendo. —Me besó el interior del muslo—. El autocontrol es una habilidad adquirida.

Miré la cima de su cabeza.

—Una que no domino —sus pestañas se alzaron y el aire se atascó en mi garganta cuando nuestras miradas conectaron—, lo que será evidente en unos segundos.

Su cálido aliento bailó sobre el lugar donde deseaba que estuviera tan desesperadamente. Contuve la respiración. Movié las manos, usando los pulgares para abrirme.

—Oh, dioses —susurré.

Su lengua rozó la cálida parte carnosa, arrancándome un fuerte jadeo. Se trasladó al lado opuesto, evitando el centro, y siguió lamiendo y saboreando hasta que me temblaron las piernas.

—Ni la ambrosía podría ser tan dulce como tú —murmuró y luego su lengua indagó.

Lamió y chupó, y yo no podía mantener las caderas quietas. Era imposible. Me moví contra su boca.

Un segundo después su boca se cerró sobre mí. Gritando, eché la cabeza hacia

atrás mientras lamía profunda y ávidamente. Llegué directa al clímax, entre oleadas y más oleadas de vibrante placer.

De pronto, me dio la vuelta. Una mano aterrizó en medio de mi espalda para guiarme. Mis manos chocaron contra la cama y me temblaron los brazos cuando Seth me sujetó la cadera con la otra mano. Todavía me estaba corriendo cuando me penetró desde atrás.

Esta posición era nueva y, santa mierda, nunca había sentido nada parecido. Él estaba dentro, muy dentro, moviéndose y empujando. Sus embestidas eran fuertes y rápidas, sacudían mi cabello hacia delante, frente a mi cara. Mis brazos cedieron, pero antes de que pudiera caerme, me levantó una vez más. Él me movía, me controlaba con una facilidad abrumadora.

Y *sexy*.

Muy, muy *sexy*.

Ahora estaba bocarriba, con las piernas sobre sus hombros y él estaba dentro de mí, entrando y saliendo, y la tensión aumentaba cada vez más.

El impresionante rostro de Seth era una máscara de determinación, con la mandíbula y los labios apretados. Sus ojos eran increíbles, de un luminoso color leonado. Mis caderas cedieron y arqueé la espalda mientras me penetraba una y otra vez, hasta que la tensión estalló una vez más, haciéndole llegar conmigo. Se puso rígido y echó la cabeza hacia atrás mientras gritaba mi nombre. Sus venas sobresalían de puro alivio mientras él vibraba muy dentro de mí.

Cuando me bajó las piernas, subió hasta mí y me besó en los labios. Me costó mucho reunir la energía para hacer algo más que quedarme allí tumbada mientras él se deshacía del condón. No me había movido cuando él regresó.

A Seth no le importó.

Se tumbó junto a mí, echándome el brazo y la pierna por encima. Me atrajo hacia él y todo nuestro cuerpo estaba en contacto. Los dos estábamos desnudos y sudados y era perfecto. En momentos como este, me resultaba fácil dejar que mi mente pensara, soñara, que él y yo éramos normales, como cualquier otra pareja en el mundo.

Su mano me rozó el pecho.

—Estaba pensando...

—No sabía que eras capaz de eso —bromeé.

Soltó una risita.

—A veces. —Su pulgar errante encontró el turgente pezón—. Pero me preguntaba si hay alguna forma de convencerte de que te quedes aquí cuando vayamos a California.

Eso me sacó de la bruma provocada por el placer. Giré la cabeza hacia él.

—¿Cómo?

—En realidad no hacer falta que estés allí. Hércules, el legendario Pedazo de Cretino, puede encontrarlos sin ti —explicó cuando entrecerré los ojos—. Podemos traer a los semidioses aquí, contigo, dónde es más seguro.

—Aparte de las manadas errantes de daimons, posibles sombras y Titanes, y mestizos y puros peleándose constantemente —señalé.

Levantó la cabeza, apoyando la mejilla sobre su puño.

—Sí, pero el Covenant está protegido contra Titanes.

—Por ahora.

—Pero estarás más segura. —Me acarició el pezón con el pulgar, pero eso no iba a distraerme—. No quiero que estés en peligro...

—No lo digas. —Levanté la mano y coloqué los dedos sobre sus labios—. Lo entiendo, Seth. De verdad que sí. Quieres que esté a salvo. Yo también quiero que estés a salvo, pero sabes que no puedes encerrarme aquí. Al final tendré que luchar contra los Titanes. —El ritmo de mi corazón aumentó al pensar en ello a pesar de que mi voz era plana y calmada. Soné tan madura y aceptando mi futuro que pensé que me merecía una cesta de pollo frito o algo así—. Va a ocurrir.

Un músculo temblaba en su mandíbula, pero besó la punta de mi dedo. Yo le sonreí.

—Ni siquiera sabemos lo que pasará allí. Probablemente nada, salvo unas conversaciones incómodas con personas que no tienen ni idea de que estamos a punto de decirles que son semidioses.

—Sí, supuse que esa sería tu respuesta, pero tenía que intentarlo.

—Y esa es la única razón por la que no te estoy pegando ahora mismo —hice una pausa, sonriendo con dulzura—, desde el cariño.

Sus labios se curvaron hacia un lado.

—¿Pero puedes prometerme algo?

Esperé.

—Sí. Prometo usarte siempre como mi almohada.

Seth soltó una risita.

—Me alegra saberlo, pero no me refería a eso.

Me reí tontamente.

—Vale, ¿qué?

Hubo una pausa.

—Si nos metemos en problemas, prométeme que te quedarás cerca de Álex y Aiden.

Lo miré de nuevo, no estaba segura de haberlo oído bien.

—¿Qué?

—Si algo va mal te pegarás a ellos —repitió—. Sé que has estado entrenando. Sé que puedes pelear y usar los elementos. No digo esto porque dude de tus habilidades para luchar y arreglártelas sola. —Hizo una pausa, con el ceño fruncido—. Aunque lo sugiriera una vez, pero me estaba comportando como un cretino porque, bueno, soy un cretino.

Resoplé.

—Pero solo quiero que no te separes de ellos, ¿de acuerdo? —terminó.

No sabía por dónde empezar.

—¿Por qué me dices que me quede cerca de ellos y no de ti?

Su mano seguía en mi pecho.

—Puedo perder un poco... el control si una pelea se pone fea.

Alcé las cejas.

—No quiero que nada... te haga daño —añadió bajando la mirada—. No podría afrontar ser la razón de que algo...

—Tú no serás la razón —le puse la mano en la mejilla y le levanté la barbilla hasta que sus ojos se encontraron con los míos—. Y sé que nunca me harás daño.

Un músculo tembló en su mandíbula.

—¿Cómo puedo...?

Cuando arrastró las palabras y no terminó la frase, deslicé un dedo por su labio inferior, acariciando su piel.

—¿Cómo puedes qué?

Sus ojos volvieron a conectar con los míos.

—¿Cómo puedo tener tanta suerte contigo?

—Buena pregunta —murmuré.

Se rio, pero el tenue sonido desapareció enseguida, como si nunca hubiera existido.

—Sé que suena estúpido decir algo así, pero... no te esperaba, Josie. Ni una sola vez pensé que nada de esto pudiera pasar. —Hizo una pausa y bajó la mano hasta mi estómago—. Nunca había tenido una relación seria.

—¿Y esto es serio? —pregunté, deseando cerrar los ojos con fuerza.

—Más serio de lo que jamás ha sido nada en mi vida —dijo y una parte de mí dudó de lo que dijo. Movié la mano que tenía contra la mejilla—. Pero sabes que esto... esto no durará.

Se me heló la sangre.

—No importa cuánto lo desee, y lo deseo, Josie. —Cerró los ojos un momento—. Lo deseo más que nada, pero hice un trato y en algún momento ellos vendrán a cobrarlo.

—Y yo estaré allí para detenerlos —sentencié.

Sus ojos se abrieron de golpe. La sorpresa llenó su rostro.

—Josie...

—Si tengo que enfrentarme a todos los dioses, incluido mi padre, para liberarte de ese trato, lo haré —la determinación me invadió—. Puedes apostar tus mejores calzoncillos.

—Espera. ¿Acabas de decir que puedo apostar mis mejores calzoncillos?

El calor invadió mis mejillas.

—Mi abuela solía decir eso.

Seth me miró un momento y luego acercó su cara a la mía. No me besó, solo posó los labios sobre la curva de mi mejilla.



—Sigues siendo muy mortal.

—¿Y eso te sigue gustando?

—Sí —entonces me besó en la mejilla mientras deslizaba la mano mucho más al sur. Ahueco su mano entre mis piernas y apretó—. También me gusta mucho *esto*.

—Pervertido.

—Vaya que sí. —Alejó la mano y sonrió mientras me miraba, pero esa sonrisa no llegó a sus ojos.

—Tienes que aprender a creer más en ti mismo —le dije mientras le acariciaba la mejilla—. Como empezar algún tipo de refuerzo positivo diario o algo así.

—Oh, sí, Joe, empezaré a hacerlo por la mañana. De inmediato.

—No se lo diré a nadie. —Sonreí.

—Como quieras. —Se rio, deslizando la mano por mi vientre.

Aliviada de que volviera a bromear y reír, dejé que mi mirada vagara por su impresionante rostro. Había bajado la mirada y mostraba una media sonrisa. Cuando lo observé, pensé en lo que había dicho Álex. Alejé esos pensamientos, pero surgió otro, algo que había olvidado por la llegada de Hércules y... bueno, Seth siendo Seth...

—Hey —dije y levantó las pestañas—. ¿Crees que es posible que Álex siga siendo el Asesino de Dioses?

Levantó una ceja.

—No. Por eso los dioses insistieron en que... en que tenía que sufrir una muerte mortal. De esa forma dejaría de ser el Asesino de Dioses.

Arrugué el ceño. ¿Entonces de qué narices hablaba Medusa?

—¿Por qué lo preguntas?

Me encogí de hombros.

—Solo me lo preguntaba.

Seth colocó la mano sobre mi cadera.

—Álex no es el Asesino de Dioses. De algún modo, sigue siendo un Apollyon. Una semidiosa y un Apollyon.

Arrugué aún más el ceño.

—¿Cómo puede ser ambas...? —arrastré las palabras cuando caí en la cuenta de lo que eso significaba. Se me revolvió el estómago—. ¿Seguís conectados?

Su mirada se fijó en la mía.

—Sí.

Mis músculos se paralizaron. Allí estaba, incapaz de moverme. No podía pensar en la idea de que Álex y Seth estuvieran conectados, unidos de una manera que yo nunca conseguiría entender, no podía...

—Josie. —Su mano dejó mi cadera y me rodeó la mejilla—. Entre Álex y yo sigue habiendo una conexión, pero no como antes. Ni por asomo tan intensa.

Inspiré hondo mientras le sujetaba la muñeca. Se me revolvió el estómago y sentí que iba a vomitar.

—¿Solo me lo estás diciendo para hacerme sentir mejor?

—No, lo juro. Apenas puedo captarla y cuando lo hago es muy leve. —Bajó la cabeza y me besó la punta de la nariz—. Créeme, no me entusiasma demasiado, pero comparado con antes no es gran cosa.

No es gran cosa. Continué repitiéndolo una y otra vez, ¡pero saber que el hombre al que amas estaba conectado a otra mujer a un místico nivel celular sí que era gran cosa!

Seth me acarició el labio inferior con el pulgar.

—No nos afecta, Josie. Nunca lo ha hecho. Nunca lo hará. Lo que tengo contigo...

—Está bien —tenía que estarlo y podía llevarlo bien. Álex estaba enamorada de Aiden y Seth me quería de una forma en la que no había querido a nadie nunca. Lo sabía. Volví la mejilla y le besé la palma—. Está bien.

Apartó la mano de mi mejilla y la colocó detrás de mi cuello.

—¿Estás segura?

—Claro. —Le solté la muñeca y le puse la mano en el pecho, sintiendo su piel cálida y firme. Sinceramente, no estaba bien, pero tenía que lidiar con esto y quizás después de que encontráramos al semidiós en California podría tener un pequeño ataque de pánico.

—¿Estás preparada para hacer esto? Va a ser un largo día de mierda —dijo Seth tras un momento—. Un viaje en coche de unas veinte horas de aquí a Malibú.

—Sí. —Me estiré, meneando los dedos de las manos y los pies—. Pero me niego a ir en el mismo coche que Hércules.

—Hecho —contestó—. Ya lo creo que sí.

## Seth

Los problemas llegaron cuando nos encontrábamos en el muro exterior, preparándonos para subir a dos SUV del Covenant.

Primero, era demasiado temprano, y Josie y yo no habíamos pasado la noche durmiendo y siendo responsables, descansando ni nada parecido. Quizás dando unas cabezadas por aquí y por allá, pero sin duda no *descansando*.

Más bien ridículamente activos.

Pero las cosas que dijo anoche, sobre luchar contra los dioses, incluyendo a su padre, me pesaban. Luchar contra esos cabrones retorcidos solía acabar con alguien muerto o convertido en alguna clase de objeto estático para su disfrute.

No quería que ella luchara por mí.

Y tampoco quería que la débil conexión entre Álex y yo le preocupara. Pero no podía culparla porque le molestara. Sinceramente, la admiraba por cómo lidiaba con ello.

Lo segundo que me alertó de que este viaje iba a estar lleno de baches fue el hecho de que Deacon estuviera aquí. No entendía por qué demonios nos acompañaba, pero ese no iba a ser mi problema.

—Yo llevaré la escopeta —gritó Hércules.

Y ahí estaba mi tercer y último enorme grano en el culo. Me volví, entornando los ojos al mirar el resplandeciente sol de la mañana.

—Oh, por dios —murmuró Josie, su mirada de sorpresa pasaba de él a mí. Miró dos veces. No podía creer lo que estaba viendo.

Hércules iba vestido como yo. Unos vaqueros desteñidos y una camiseta gris con botones y mangas hasta los codos. Llevaba una taza de café que olía a... ¿vainilla y menta?

—Llevamos la misma camiseta —comentó con una sonrisa de suficiencia.

—Salvo que a mí me queda mejor —señalé.

Josie hizo un pequeño ruido ahogado cuando el semidiós inclinó la cabeza hacia un lado, con expresión perpleja.

—Eso no es posible. No tienes el cuerpo que tengo yo. Yo soy un diez.

Lo miré con una ceja levantada.

—¿Tú eres de verdad?

—¿No estoy aquí delante? —Se rio, levantando la taza de café—. Lo sé, lo sé. Verme a mí, *el* Hércules, resulta difícil de creer, que una leyenda así pueda ser...

—Sé que es difícil de creer —dije mientras bajaba el brazo y le cogía la mano a Josie—, pero no me importa y si pudieras, no sé, irte a la mierda y callarte de una

vez, te estaría eternamente agradecido.

Llevé a Josie hasta la parte de atrás del SUV, soltándole la mano para abrir el maletero. Le quité la mochila de los hombros y la eché en la parte de atrás junto a la mía.

—Creo que le gustas. —Aiden se apoyó sobre el parachoques.

Álex resopló cuando pasó por allí.

Le arrebaté las gafas de sol de aviador de la cabeza y me las puse.

—También me gustaría que tú te fueras a la mierda...

—Seth. —Josie me pegó en la mano y luego sonrió a modo de disculpas—. Lo siento. Hoy no lleva bien lo de madrugar.

—Nunca lo habría adivinado. —Aiden se cruzó de brazos—. Estaba pensando que podríamos parar cerca de las Vegas para pasar la noche. Nos quedarían unas cinco horas y llegaríamos a Malibú en algún momento de la tarde, dependiendo de cuándo salgamos.

Luke se detuvo al lado, llevaba un gorro gris.

—Solo necesitamos mantenernos alertas por los daimons. Estaremos muy cerca de una enorme colonia que hay allí.

Asentí.

—Entendido. —Álex chocó la cadera con la de Aiden—. Nada como eliminar a unos daimons para romper con el aburrimiento de un largo viaje.

—Como en los viejos tiempos. —Aiden inclinó la cabeza y la besó—. Pero intentemos no repetirlos.

—Cierto. —Luke retrocedió, dirigiéndose hacia dónde se encontraba Deacon hurgando en el maletero del SUV, lo que me recordó algo.

Cogí mi mochila y la abrí. Al meter la mano encontré la pequeña tableta y la saqué.

—Te olvidaste esto.

Los ojos de Josie brillaron de emoción.

—Ah, se me olvidó por completo el *e-reader*. Fantástico. —Se estiró, besándome en la mejilla mientras lo aferraba contra el pecho—. Gracias. Me volvería loca sin esto.

—Qué dulce —se burló Álex, pegándome en el brazo—. Eres un cielo, toda una dulzura.

—La gente está muy insufrible esta mañana —me quejé.

Álex se rio mientras Aiden la arrastraba hasta el otro SUV.

—Es muy amable por tu parte —dijo Josie, apartándose de la puerta trasera—. Gracias.

—Ahá —murmuré.

Marcus apareció fuera del muro, flanqueado por varios Guardias. Primero habló con Aiden y Solos y luego puso mala cara por algo que dijo Hércules. Solo los dioses saben qué. Probablemente algo sobre el tamaño de sus músculos.

Me di la vuelta, sacudiéndome el polvo de las manos mientras Marcus y los demás venían hacia nosotros. El Decano esbozó una sonrisa forzada hacia Josie y a continuación esos fríos ojos esmeraldas aterrizaron en mí.

—Estaremos esperando noticias tuyas en cuanto llegues a California y localices al primer semidiós.

Asentí mientras Marcus hablaba con Álex y Aiden. El plan era llevar al semidiós a la universidad y luego dirigirnos a Canadá. Me incliné y cogí otra bolsa de viaje. Estaba llena de pistolas y armas suficientes como para que la Seguridad Nacional se nos echara encima. Algunas de las espadas habían sido envueltas y protegidas después de bañarlas en la sangre de Pegaso.

Eso hacía que volar fuera un poco complicado.

Podríamos usar la compulsión en unos pocos mortales, ¿pero en toda la seguridad del aeropuerto y todo el que estuviera cerca? Sí, eso sería una lata.

—Nos verás pronto, antes de lo que esperas —Hércules hizo una pausa para beber un poco de café—. No tardaré nada en encontrar lo que buscáis.

—Es bueno oírlo —el tono de Marcus era anodino.

—Está bien. Estamos listos para salir —anuncié antes de que Hércules pudiera soltar un enorme discurso sobre lo impresionante que era.

Hércules tiró la taza de café. Cayó al suelo y se partió en cuatro trozos. Una vena palpitó en la frente de Marcus mientras Hércules se dirigía hacia nuestro SUV.

—Voy con vosotros, chicos.

Solos se detuvo con la mochila en la mano e hizo un cambio brusco de dirección, dirigiéndose hacia dónde se encontraba Aiden.

—Oh, no —grité, estrellando la mano en el maletero—. Tú vienes con nosotros, colega. Oh, sí, caerás con nosotros.

Josie soltó una risita mientras Hércules abría de un tirón la puerta trasera del pasajero. El SUV se sacudió y crujió bajo su repentino peso.

—No te estarás riendo dentro de una hora —le advertí.

Solos se dirigió airado hacia el maletero del SUV y lanzó su mochila dentro.

—Tienes suerte de que me caigas bien.

Cerré el maletero. Si iba a tener que lidiar con Herc «el caraculo», no iba a sufrir solo. Oh, no, mi pequeña miseria requería compañía.

Álex se abalanzó sobre su padre mientras me yo dirigía hacia el asiento del copiloto del SUV y le abría la puerta a Josie, que ya tenía la nariz metida en su e-reader. Apenas levantó la mirada al darme las gracias. Al cerrar la puerta, me volví y capté la mirada de Aiden.

No sonreía exactamente. Esa maldita mirada estaba en su rostro, una que había visto docenas de veces, normalmente en la época anterior a Ares. Antes de que Álex Despertara en su dieciocho cumpleaños. La misma mirada que me lanzaba siempre que me veía con ella.

Como si confiara en mí tanto como en un daimon sediento de éter. No lo culpaba

por ello. Él no era como su hermano, que parecía ver cachorritos vomitando arcoíris de colores en todo el mundo. No era como Josie, que no me conoció en aquel entonces. Que solo conocía al Seth que *ella* deseaba que fuera.

Él me miraba como si supiera que llevaba una máscara y estuviera esperando a que se rompiera, revelando lo que de verdad existía bajo ella.

*¿Es posible que Álex siga siendo el Asesino de Dioses?*

Qué raro que Josie me preguntara eso. Qué raro que pensara en ello ahora mismo.

Aiden se dio la vuelta, aferrando las llaves del coche en la mano mientras yo cerraba la puerta de Josie. Solos se metió detrás y en cuanto me puse al volante alejé a Aiden de mis pensamientos. Me metí la mano en el bolsillo y saqué el móvil que conseguimos anoche. Lo coloqué en el portavasos.

Detrás de mí, Hércules se inclinó hacia delante y se agarró a la parte de atrás de mi asiento.

—¿Sabes? Esta es la primera vez que estoy en un SUV. Con Apolo simplemente íbamos apareciéndonos en todas partes, así que no arruines mi primera experiencia con una conducción que no sea excelente.

Apreté el volante.

—Hacía mucho que no estabas en el reino de los mortales, ¿verdad? —preguntó Solos.

—Sí, pero he estado viendo mucha televisión y películas. Lo sé todo sobre California —contestó con seguridad—. He visto todos los capítulos de *Sensación de vivir*, *Melrose Place* y *Laguna Beach*.

Este tío no podía ser de verdad.

Observé a Josie. Miraba hacia abajo con los labios apretados. Pasó un segundo y me miró de reojo. Sus ojos brillaban de diversión.

Solos suspiró.

—Esto va a ser muy divertido.

—Oh, todo es divertido cuando yo estoy cerca. —Las rodillas de Hércules golpearon la parte de atrás de mi asiento cuando se recostó—. Una vez, cuando los dioses me ordenaron...

Solo podía pensar en tres palabras.

Vaya. Puta. Vida.

—Deberías conducir, porque voy a acabar con esto. Cuando estemos en la autopista, voy a salir de este coche y a saltar delante de un camión.

La risa de Josie cortó su bostezo.

—Eso es un poco excesivo.

Ajustándome las gafas que le había robado a Aiden ayer por la mañana, sonreí.

—No creo que nada sea excesivo cuando se trata de él.

—Pero si eso ni siquiera te matará.

Suspiré.

—Sí, pero estoy bastante seguro de que me dejará inconsciente un rato.

Se volvió a reír y miró por la ventana. El asfalto rezumaba calor. Las temperaturas no eran nada comparadas con las del sur de Dakota.

—Oh, caray.

—Sigue con esa mujer, ¿verdad?

—Sí.

Habíamos llegado a las Vegas la noche anterior, más o menos una hora antes de medianoche, escogimos un hotel lejos de la ciudad, dónde solo llegaban los parpadeantes destellos de luz. Por supuesto, en cuanto los pies de Hércules tocaron el suelo se largó. No podía culparlo. La última vez que estuve en las Vegas fue con el Titán Perses y si buscabas la definición de desfase habría una foto de Perses y mía.

Esta vez era diferente.

Las brillantes luces de neón, el alcohol, las chicas y esa atmósfera de desenfreno no me atraían. Una vez que hube cerrado la puerta del hotel detrás de mí, Josie y yo no la volvimos a abrir hasta esta mañana.

Como un anciano, con mujer incluida, y estaba totalmente de acuerdo con ello.

Pero era evidente que Hércules había tenido una noche agitada e interesante.

Apareció por la mañana oliendo como una destilería, con la misma ropa de ayer, salvo que tenía la camiseta rasgada y debía de haber olvidado abrocharse el pantalón. Y no estaba solo.

Hércules literalmente intentó convencernos de que dejáramos venir con nosotros a unas tías que llevaban unos vaqueros cortados y un sujetador. Eso no iba a pasar. Eché un vistazo, más allá de Josie. Ahora le estaba empapando la boca a la chica con la lengua.

Dioses.

—Uh —dijo Solos, hundiendo la cabeza en la parte de atrás del asiento—. Menos mal que los semidioses no pueden coger venéreas.

—Yo me preocuparía más por lo que él le haya contagiado a ella —comentó Josie.

Cierto.

Al final, arrastró su enorme culo hasta el SUV y, gracias a los dioses y su maldita gloria, se quedó inconsciente en cuanto tomamos la autopista que llevaba al sur de California y siguió así el resto del viaje, demostrando que a veces los dioses nos sonreían.

## Josie

California era luminosa.

Bueno, al menos el sur de California lo era. El sol estaba... por todas partes. Grande y redondo en el infinito cielo azul, se reflejaba en los techos y parabrisas del incesante flujo de coches que apenas se movían en la I-405. El calor ondeaba sobre el asfalto e incluso con el aire acondicionado a toda potencia el bochorno se filtraba en el coche.

Seis horas en el coche resultaron desagradables y las ventosas carreteras de montaña con Seth al volante me hicieron agradecer más de una vez que fuera una semidiosa, pero el lugar era... *dioses*, no había visto nunca nada igual. Las cimas y acantilados eran enormes y hermosos, y yo quería parar en uno de los muchos miradores, pero supuse que a nadie le gustaría.

Había bajado la ventana y el aire abrasador revoloteaba mi coleta y bañaba mi piel mientras íbamos a toda velocidad por *Kanan Road*. Cuando alcanzamos la cima de la colina y vislumbramos el océano, casi olvido lo que habíamos venido a hacer.

El mar era infinito.

Un tono azul que se volvía más oscuro y brillante a medida que nos acercábamos. Nunca había visto el océano y se extendía hasta desvanecerse en el cielo. Nunca había sentido la arena entre los dedos de los pies, ni la espumosa cresta blanca de una ola. Estar aquí, por fin, era un sueño.

Y lo único en lo que podía pensar era en dónde viviría la Barbie Malibú.

Después de un almuerzo rápido, acabamos deteniéndonos en un antiguo motel de estilo retro en la autopista del Pacífico, con un nombre tan original como Motel Malibú. No tardamos mucho en descargar las maletas y la enorme cantidad de armas. El interior del motel me recordaba un poco a aquel en el que nos quedamos Seth y yo, salvo que esta vez no estábamos en la *suite* luna de miel.

Basándonos en lo que Hércules había descubierto con Apolo, supusimos que encontraríamos al hijo de Poseidón en alguna parte de Malibú, pero el lugar no es que fuera pequeño y había gente, montones de... personas muy atractivas y delgadas.

Llegamos a la zona de Paradise Cove por la tarde y aunque estaba emocionada por sentir la arena entre los dedos, deseé haber tenido unos pantalones cortos en la maleta. El sudor ya empezaba a acumularse en lugares en los que nunca debería acumularse, pero el sol sobre mi piel resultaba agradable. Parecía que hubiera pasado mucho tiempo desde la última vez que sentí el calor.

Además me sentía como un ogro al lado de esa gente. Un ogro grande y peludo.



El primer día de búsqueda fue un fracaso en toda regla. No sabíamos a quién buscábamos. Casi perdimos a Hércules entre un grupo de chicas en bikini varias veces y tuvimos que alejarnos de la costa para encontrar una tienda que vendiera unos pantalones cortos en los que cupieran mis muslos.

Suspiré.

Y al final los pantalones cortos fueron un error. Seth dijo que estaba *sexy* y más tarde, en nuestra cama que crujía, me demostró lo *sexy* que pensaba que estaba con esos pantalones, pero mientras estaba en la playa mis piernas estaban tan blancas que deslumbraban.

El crepúsculo estaba dando paso a la noche cuando paramos para cenar en *The Beach Café*. Cuando estaba sentada dentro, en una gran mesa, no pude evitar preguntarme si alguno de los clientes, los mortales, notaba algo raro en nuestro grupo. Aparte del hecho de que nuestro grupo tenía una cantidad extraordinaria de personas atractivas... Y no es que eso resultara sorprendente en L.A., ¿pero no sentían nada raro?

¿No podían sentir en absoluto que estaban rodeados por semidioses, hijos de semidioses y el Apollyon? ¿Como una extraña vibración en el aire o simplemente esa sensación que tienes a veces que te advierte de que algo no va bien?

Sabía que yo nunca había sentido nada cuando era una mortal normal. Me había creído por completo que Erin era quién decía y lo que decía ser. No tenía ni idea de que fuera una criatura letal conocida como furia.

Ni siquiera la camarera que miraba boquiabierta a los chicos parecía darse cuenta de que estaba rodeada por criaturas míticas mientras nos tomaba nota de la bebida.

Me pedí una Coca-Cola. La mayoría pidió agua... hasta que le tocó pedir a Hércules. Examinó el menú.

—Tomaré un *gin-tonic*.

La guapa camarera, que ya había supuesto que estaba en L.A. para ser actriz porque yo suponía que todo el que estaba allí era para actuar o ser modelo, se ruborizó.

—¿Puedo ver tu carnet?

Abrí los ojos de par en par. ¿Carnet? Demonios. De ninguna...

—Cariño, ya has visto mi carnet —dijo Herc al alzar la vista. Su mirada capturó y mantuvo la de la camarera. El vello del brazo se me erizó cuando un *impulso* cruzó la mesa, un destello de energía reconocible—. Sabes que soy mayor de edad.

La camarera parpadeó despacio y luego dijo:

—¿Qué tal un aperitivo?

Santo guau.

Nunca me acostumbraría a ver cómo usaban una compulsión y, aunque fuera para una tontería así, no me gustaba.

—No deberías hacer eso.

Herc me miró como si ni siquiera comprendiera por qué lo decía.

—Quiero una bebida, así que estoy consiguiendo una bebida.

—Pero no necesitas una bebida —contesté, cerrando los dedos sobre el menú plastificado—. Las compulsiones no deberían usarse para algo tan... tan nimio.

Alzó una ceja.

—¿Por qué no?

Miré alrededor de la mesa. Álex parecía estar a punto de hundir la cara en el menú. Aiden miraba a Herc con una mezcla de morbosa fascinación y aversión. Solos estaba observando a una mujer rubia algo mayor que parecía sacada de *Mujeres desesperadas* o algo así. Luke compartía la expresión de Álex, y Seth, que estaba a mi lado, parecía querer pegar al semidiós, pero eso no había cambiado desde el día en que se conocieron. Deacon era el único que observaba a Herc con verdadero interés.

—No está bien —le expliqué despacio—. Estás jugando con su mente. Eso está mal.

Se encogió de hombros.

—Solo es una mortal.

—Solo una mortal —repetí como una tonta.

Seth pasó el brazo por el respaldo de mi silla.

—No pierdas el tiempo, josie.

—Conmigo nada es una pérdida de tiempo —afirmó Herc y me uní a Álex, deseando hundir la cara en la mesa.

—Bueno —interrumpió Aiden con suavidad—, lo de hoy ha sido un fracaso —dijo aún en voz baja—. Aunque no parezca que vamos con el tiempo justo, cuánto más tiempo pasemos en un lugar, más probable es que tengamos problemas.

—No solo con los Titanes —añadió Solos, aún concentrado en la mujer rubia mayor—, tendremos problemas con los daimons antes de que nos demos cuenta.

—No estoy preocupado —respondió Herc.

Seth me pasó la mano por la espalda mientras la camarera regresaba con nuestras bebidas y las repartíamos. Aiden pidió una hamburguesa sin pan y pensé que eso era un crimen contra natura.

—Preocupado o no, necesitamos que encuentres al semidiós, no a la chica con el bikini más pequeño —señaló Álex en cuanto la camarera desapareció—. Aunque parezcas tener un impresionante talento para ello.

Muy cierto.

Herc sonrió orgulloso.

—Debéis tener fe.

—Yo tengo fe —comentó Deacon—. Una fe total.

—Me gustas —dijo Herc y Luke inspiró mientras abría los ojos de par en par—. ¿Por qué? Porque reconoces lo impresionante que soy.

—No me jodas —murmuró Seth y luego dijo en voz alta—. ¿Puedes simplemente dejar de hablar? ¿Al menos hasta que llegue la comida?

Herc frunció el ceño y la confusión invadió su rostro.

—¿Por qué iba a dejar de hablar?

—De acuerdo. —Esbocé una sonrisa resplandeciente y continué antes de que pudiera hacerlo Herc—. ¿Entonces el plan para mañana es seguir buscando aquí, en la misma zona?

Aiden asintió.

—Malibú solo tiene unos ciento cincuenta kilómetros. Tiene que estar por aquí, en algún lugar.

Pensé en caminar ciento cincuenta kilómetros y casi deseé que Herc estuviera hablando de sí mismo. No obstante, la conversación cambió a cómo era vivir en el Tártaro para Álex y Aiden y seguimos con ella hasta después de que llegara la comida y la termináramos. Todos les escuchábamos, incluso Herc, y me pregunté si sería posible hacer una visita al Tártaro sin estar, bueno, ya sabes, muerta. Me gustaría ver la bola de fuego que se convertía en dragón que había descrito Álex.

El ambiente era agradable mientras regresábamos al Motel. Herc estaba tranquilo y eso era bueno para la paciencia y felicidad de todos nosotros, pero cuando nos acercábamos al Motel me invadió una extraña sensación mientras miraba por la ventana hacia las oscuras aguas del océano.

Se me secó el paladar. Un pequeño nudo de temor se formó en mi estómago. Me asaltó un enorme presentimiento, tan fuerte e insistente que me tensé en el asiento. Miré a Seth. Estaba concentrado en la carretera. Herc y Solos estaban callados en los asientos de atrás.

Me martilleaban las sienes cuando volví a mirar hacia el frente. No ocurría nada, pero no podía sacudirme la sensación de que la tranquilidad que sentíamos todos no duraría.



La racha sin pesadillas acabó esa noche.

Había tenido otra.

La misma de antes. El Titán desconocido estaba allí, esta vez en el coche que Seth había estado conduciendo. Apareció en el asiento trasero y en esta ocasión me dijo algo que me heló las entrañas, tres palabras que me persiguieron mientras me duchaba y me preparaba para el día.

*Cava una tumba.*

Eso era lo que el Titán desconocido me había susurrado en mi pesadilla. *Cava una tumba.*

No hace falta decir que me asustó un poco.

Fuimos a Paradise Cove de nuevo, esta vez Aiden, Deacon, Luke y Solos se quedaron atrás y nos dejaron a los demás iniciar la búsqueda de la aguja en el pajar. Mientras conducíamos por *Cliffside Drive*, no confiaba mucho en que pudiéramos encontrarlo.

Sin embargo, Hércules estaba seguro.

—Está aquí. Puedo sentirlo.

—¿Es como una perturbación en la fuerza? —bromeó Seth, mirando por el retrovisor.

Sonreí. La referencia a *Star Wars* se llevaba la palma.

—En realidad, sí. —Hércules asintió con seriedad.

Seth parecía estar a punto de arrancarse los ojos.

—Está aquí. Puedo sentirlo. —Hércules se removió en el asiento—. Tienes que parar. Ahora.

—Dame un segundo. —Encontrar un sitio no fue fácil. Pasaron varios minutos y Seth acabó aparcando cerca de un mirador—. De acuerdo. Vamos allá.

Seth abrió la puerta del coche y yo salté fuera, estirándome mientras caminaba.

—Vaya. La vista...

—Es increíble —Álex se unió a mí.

Cerca del borde de un acantilado había un mirador, creado obviamente por las vistas.

Y era impresionante. Una brisa me rozó la cálida piel mientras bajaba la mirada hacia la arena y el océano. La zona era accidentada. Olas enormes. Unas manchas negras en el agua, que aparecían y desaparecían a cada momento, resultaron ser surfistas.

Espera un segundo...

Seth se acercó a mí por detrás y me tiró de la parte de atrás de la camiseta hacia abajo.

—Se veía tu arma.

—Oh. Qué torpe. —Me volví hacia Herc—. ¿Sientes al hijo de Poseidón aquí?

El semidiós asintió.

—Sí, sin duda está aquí.

—¿Crees que su hijo es un... surfista? —pregunté, volviendo a mirar hacia el acantilado. Una oscura mancha borrosa surgió sobre la cresta de la ola—. Es decir, es el hijo de Poseidón, así que eso sería...

—... un tópico —sugirió Álex—. Pero tendría sentido. Quiero decir, sus habilidades están bloqueadas, pero eso no significa que no sienta algún tipo de atracción por el agua. Haciendo memoria, ¿tú tenías algo que te recordara a Apolo?

No que yo supiera, pero conociendo mi suerte, la gente probablemente pensaba que era rara o algo así.

Empecé a responder, pero Herc se estaba alejando. Álex suspiró mientras lo alcanzaba. Seth me esperó, con los ojos ocultos tras las gafas de sol que le había robado a Aiden. Me alegraba haber conseguido un par durante mi deprimente salida de compras de anoche.

Enseguida nos encontramos un obstáculo, una enorme verja metálica que bloqueaba el camino hacia la playa.

—Parece que la playa es privada —observé, convirtiéndome por un momento en Doña evidente.

Seth se aproximó y colocó la mano sobre la cerradura de la verja. La ola de energía fue débil, pero un segundo después se desbloqueó la cerradura. Le dio un pequeño empujón y se abrió.

El metal estaba fundido donde había estado la mano de Seth.

—Bueno —dije—, eso lo soluciona.

Les seguí, incapaz de quitarme la sensación de que estábamos allanando una propiedad. No verbalicé esa impresión, porque era algo demasiado mortal. Es decir, ¿qué haría alguien si nos pillara? ¿Intentar arrestarnos?

Oh, no.

Mi corazón se saltó un latido al pensar en el hecho de que había una Glock metida en la parte de atrás de mis, no muy atractivos y excesivamente cortos, pantalones.

—Casi puedo oler el dinero —comentó Álex cuando empezamos a bajar por el empinado y sucio sendero que llevaba a la playa—. ¿Crees que el chico que buscamos vive en una de esas casas?

Había casas enormes a lo largo del acantilado. El tipo de casas en las que podría entrar un equipo entero de fútbol. Mansiones de todos los tamaños. Seguro que había famosos que vivían aquí.

Oh, dios mío, ¿y si el hijo de Poseidón era un famoso?

Hércules bajaba con rapidez por la senda y a mí me sorprendía que no me hubiera caído rodando por el sendero, golpeándolos a todos por el camino como un tirachinas de *Angry Bird*.

En cuanto llegamos a la playa, Hércules giró a la derecha. Más adelante había un grupo de chicos rodeados de tablas de surf clavadas en la arena. Algunos llevaban bermudas. Otros llevaban trajes de neopreno puestos hasta sus delgadas caderas.

Álex redujo el paso, a pesar de que Hércules la había sobrepasado.

—Tengo el presentimiento de que no somos bienvenidos aquí.

—El eufemismo del siglo —murmuré cuando uno de los chicos más altos se apartó del grupo.

Su cabello rubio húmedo se rizaba sobre su frente bronceada.

—Eh —dijo, alcanzando primero a Álex—. ¿Qué coño creéis que hacéis aquí?

Álex lo miró y se rio... se rio y continuó andando. El surfista no pensó que fuera gracioso. La agarró del brazo y no hizo falta nada más.

Se giró hacia él, capturando su brazo. Tiró de él, usando el peso de su cuerpo en su contra. Al perder el equilibrio tropezó y Álex pasó por debajo su brazo, retorciéndolo detrás de él.

—¿No te enseñó tu mamá a no agarrar a las chicas?

—¿Pero qué...?

—Respuesta incorrecta —Álex le giró el brazo y lo lanzó por los aires. El chico cayó de espaldas sobre la arena con una completa expresión de perplejidad—. Yo me

quedaría ahí si fuera tú.

Llegaron gritos del grupo de surfistas. Empezaron a acercarse, sus pies desnudos levantaban arena.

Seth se puso frente a ellos.

—Yo no haría eso si fuera vosotros.

Todos ellos, los seis, se detuvieron de repente. Lo que sea que esos chicos vieran en el rostro de Seth los había hecho retroceder como cachorros asustados.

Se rio.

—Sabia decisión. Que tengáis un buen día, idiotas.

—Dios —miré a Álex cuando empezamos a caminar de nuevo—, eres una ninja.

Se encogió de hombros y sí que se pareció un poco a una ninja con la camiseta de tirantes y pantalones cortos negros. Por supuesto, estaba muy mona. No parecía un ogro rubio. Volví la vista hacia los chicos. Estaban amontonados alrededor del tío que seguía tirado en la arena. ¿Álex lo habría herido...?

—Ahí está —anunció Hércules.

Giré la cabeza. Lo único que vi al principio fue a Hércules, pero luego, varios metros más adelante, había un chico solitario saliendo del océano con una tabla de surf sobre la cabeza. Las olas lo bañaron hasta las rodillas y hasta las pantorrillas. En un segundo después estaba en la playa, exhibiendo los bíceps.

Este chico tenía el aspecto de un semidiós.

Alto y delgado, con un abdomen musculoso y firme, su cabello oscuro peinado hacia atrás revelaba un clásico rostro atractivo. Parecía de mi edad.

Al menos no parecía que nos fuera a insultar.

No tenía ni idea de cómo iba a salir esto. Era algo de lo que habíamos hablado durante el trayecto hasta aquí y la cena de ayer. Dar este tipo de noticia iba a ser una locura.

—¿Estás seguro de que es él? —preguntó Seth en voz baja.

Hércules se rio.

—Jamás me he equivocado.

—Eso no es muy reconfortante —murmuró Álex y luego saludó al chico—. ¡Hola!

—Hey. He visto que teníais algunos problemas ahí arriba —dijo, bajando la tabla y clavándola en la arena. Le sonrió a Álex—. Eso ha sido sexy, pero deberíais tener cuidado. No sois de la zona, no seréis muy bienvenidos por aquí.

—Gracias por el aviso —dijo Seth cuando se detuvo a mi lado—, pero en realidad te buscábamos a ti.

El chico puso cara de sorpresa.

—¿A mí? Lo siento —se dirigió a los cuatro—, no os reconozco y creo que lo haría.

—Yo soy Hércules —dijo Herc, marcando los músculos de los brazos mientras sonreía—. Sí, ese Hércules. He venido desde el Olimpo para encontrarte a ti, el hijo

de Poseidón.

Me quedé boquiabierta. Oh, dios mío.

—Vaya tacto —masculló Álex al girarse con los brazos en las caderas—. Dioses.

El chico miró a Hércules y se rio.

—Tío, tú estás muy colocado, ¿verdad?

Hércules me miró con el ceño fruncido.

—Ni siquiera sé qué significa eso.

—Significa que eres un idiota —soltó Seth. Negó con la cabeza—. No está colocado. Solo es... un inepto social.

Hércules se volvió hacia Seth con mala cara.

—Necesitamos hablar contigo —intervino Álex—. Es muy importante y hemos recorrido un larguísimo camino para encontrarte.

—Mirad, no sé muy bien qué está pasando aquí —dijo, mirando de reojo—, pero tengo que irme. —Empezó a levantar la tabla—. Ya nos veremos...

—Espera, por favor. —Di un paso hacia delante y, sorprendentemente, él se detuvo—. Sé que lo que ha dicho parece una completa locura...

—No, para nada —soltó Hércules.

—Tío. —Seth le puso la mano en el hombro a Hércules—. ¿Puedes quedarte callado un minuto? Solo un minuto.

El semidiós lo meditó.

—Tal vez.

Inspiré con frustración. El asunto de los semidioses ya había salido a la luz, así que había que decírselo todo del tirón al pobre chico.

—Pero lo que ha dicho es cierto. Mi padre es Apolo. Soy una semidiosa, como Hércules, que es *ese* Hércules. —Señalé a Álex con un gesto de mentón—. Ella también es una semidiosa. No como tú o como yo, pero también lo es.

Sus ojos claros viajaron de mí a Álex. Ella le puso una sonrisa forzada. Pasó un momento.

—Vale —dijo, estirando la palabra—, ahora es cuándo doy por concluida la conversación y me despido educadamente.

Empezó a darse la vuelta, pero me precipité hacia delante, agarrándole del brazo. Giró la cabeza y decidí que era mejor demostrar que decir. Levanté la mano derecha y convoqué el elemento fuego. La energía me recorrió y en un segundo las llamas bailaron sobre mis nudillos.

—Mira hacia abajo —le pedí con calma.

Dudó un momento y luego bajó la barbilla. Dio un respingo hacia atrás, pero seguí agarrándole el brazo.

—¡Joder, tu mano está ardiendo!

Algunas personas de los alrededores redujeron la marcha y Seth se acercó, bloqueándoles la vista.

—Yo apagaría eso antes de que tenga que usar una compulsión con todo el

mundo.

Asintiendo, agité la mano y dispersé las llamas.

—Al ser un semidiós puedes controlar el fuego.

—Joder —repitió, mientras observaba mi piel intacta.

—Pero eso no es todo —añadió Álex—. Podrás controlar el viento y la tierra, y estoy segura de que ya estás muy familiarizado con el agua, a fin de cuentas.

La sangre abandonó su rostro cuando levantó su mirada hacia la mía.

—Tu mano estaba *ardiendo*. Es decir, fuego de verdad.

—No exactamente, pero algo así. —Miré a Seth—. Podemos explicártelo todo. Lo prometo.

—Eso no es normal —reflexionó—. Esto es algo serio, no hay nada normal en eso.

Sus pupilas se estaban dilatando, invadiendo el tono verdoso, y eso no podía ser una buena señal. No. En absoluto.

—El minuto se acabó —dijo Hércules, cruzándose de brazos—. ¿Tengo que seguir callado?

—Sí —contestaron Seth y Álex al mismo tiempo.

Hércules suspiró.

—Sois unos aguafiestas.

—Nos gustaría hablar más contigo. —Mantuve la voz baja y plana—. ¿Te parece bien? Porque necesitamos explicarte... —se me quebró la voz.

Un extraño aroma invadió mi nariz, uno que no pertenecía al océano.

El aroma era húmedo y almizcleño, penetrante como la tierra fresca tras una intensa lluvia. Se me puso el vello de punta.

Seth maldijo, apretando los puños.

—Hay sombras.



## Seth

Nuestro plan para darle la noticia al hijo de Poseidón no era el mejor, ¿pero en serio? ¿Soltarle lo que ocurría tal cual? Hércules era un enorme grano en el culo, pero ahora mismo no era nuestro mayor problema.

El aroma del Inframundo nos rodeaba.

La adrenalina me invadió mientras examinaba la playa, sin divisar nada fuera de lo normal. Estaba atestada de surfistas. Paseaban chicas en bikini, pero podía haber una sombra en cualquiera de ellos. No me sorprendía. Las cosas habían sido demasiado fáciles en este viaje. Este era el riesgo al que sabía que nos enfrentábamos, porque si había sombras, había Titanes.

—Tenemos que irnos —dije y cogí al chico por el brazo mientras mi mirada se encontraba con la de Josie—. Ahora mismo.

El chico clavó los pies en el suelo.

—No voy a ir a ningún lado contigo... con ninguno de vosotros.

—No vamos a hacerte daño —razonó Álex, lo cual resultaba muy gracioso considerando que el chico la acababa de ver derribando a otro chico, medio metro más alto que ella, sin ayuda—. Estamos aquí para protegerte.

—¿De qué? —tiraba del brazo, pero no iba a ir a ninguna parte.

—De los Titanes que quieren dejarte seco —respondió Hércules y durante un pequeñísimo segundo fantaseé con darle una patada en la cabeza—. Te convertirán en una cáscara vacía.

—¿Qué? —la voz del chico se volvió aguda y el pánico invadió su pálido rostro.

—Jesús —murmuró Josie y el olor a Inframundo aumentó—. Te lo explicaremos todo. Te lo prometo, pero tenemos que sacarte de aquí.

—No voy a ir a ninguna parte con ninguno de vosotros. Voy a...

—Sí, lo harás. —Harto de esto, saqué la pistola mientras me acercaba y presioné el cañón de la Glock contra la parte baja de su espalda—. No flipes. Necesito que permanezcas tranquilo, pero lo que sientes contra tu espalda es exactamente lo que crees que es.

Los ojos de Josie se abrieron de par en par.

—Oh, dios —jadeó el chico estremeciéndose y por un momento pensé que se desmayaría.

—No tenemos tiempo para esto. Nos lo agradecerás más tarde, créeme, pero ahora necesito que empieces a caminar.

El chico no se movió.

Suspiré.

—¿Cómo te llamas? Yo soy Seth. La reina Kung Fu es Álex. Ya conoces al tío de los esteroides. Ese es Hércules y la preciosa rubia que tienes delante de ti es Josie. ¿Cómo te llamas?

Transcurrió un minuto.

—G-Gable.

—Vale, Gable, vamos a salir de esta playa e ir hacia la carretera. Te meteremos en nuestro coche y luego dejaremos este sitio, con suerte sin incidentes —le expliqué despacio, con claridad—. Tú no quieres incidentes, ¿verdad?

—No —dijo.

—Perfecto. Ahora vas a empezar a caminar. —Un segundo después, comenzó a caminar. Miré a Álex—. Llama a Aiden y dile que lo hemos encontrado y que nos vemos en el motel.

—Hecho. —Se metió la mano en el bolsillo de atrás y sacó el teléfono desechable mientras se adelantaba, observando la playa a la vez que marcaba el número de Aiden.

Josie intentaba convencer a Gable de que no planeábamos pegarle un tiro en la espalda mientras Hércules se volvía un poco útil, cogía la tabla de surf y nos flanqueaba.

Mientras escoltábamos a Gable por el sendero estuve atento a cualquier comportamiento extraño. La gente nos observaba, sobre todo porque estaba muy cerca de Gable. Nadie vio la pistola y necesitábamos que siguiera así.

El trayecto por el sendero no fue tan rápido como esperaba. Gable miraba fijamente a Josie mientras ella seguía hablándole en voz baja, explicándole lo que ocurría. No creo que el chico estuviera escuchando nada. De vez en cuando le temblaba el brazo.

En la cima de la colina el SUV quedó a la vista y seguía sin haber rastro de las sombras. Josie colocó la mano en el otro brazo de Gable.

—Todo va a ir bien. Vamos a llevarte a conocer a nuestros amigos. Ellos están... um, deseando conocer...

De repente Gable se giró hacia mí, retorciéndose de tal forma que pudo liberar su brazo de mi agarre mientras se agachaba, tensando los músculos. Retrocedió rápidamente apuntando el codo hacia mi nariz.

Un movimiento defensivo impresionante. El chico había dado algunas clases. Ese movimiento me habría dejado cao.

Si no fuera el jodido Apollyon...

Mis movimientos fueron demasiado veloces para que pudiera seguirlos. Bloqueándole el brazo antes de que pudiera darme en la cara, aparté su codo y estrellé la mano en su hombro. Cayó hacia atrás y chocó contra el lateral del SUV. Sus ojos se abrieron y antes de que pudiera recuperarse estaba delante de él, con la pistola clavada en su costado.

—Eso no es posible —dijo, su pecho se agitaba a toda velocidad—. Nadie puede

moverse tan rápido. Nadie...

—Nadie que sea mortal —dije, quedándome a dos centímetros de su cara—. Voy a ser un buen chico por una vez y voy a fingir que no acabas de intentar romperme la nariz, pero te doy una oportunidad. Nada más. Después me importa una mierda quién seas o lo importante que seas. Te dejaré fuera de combate y no será agradable.

El pecho de Gable dejó de moverse. Al otro lado del SUV, Álex abrió la puerta. Hércules estaba en la parte de atrás, observando el vehículo y la tabla de surf que llevaba.

—Seth. —Josie se inclinó sobre mí y yo inspiré hondo, captando el aroma del champú que había usado esta mañana. Manteca de Karité. Había algo tranquilizador en eso—. Está asustado. Tiene todo el derecho a estarlo.

Encontré la mirada de Gable. El tono verde azulado de sus ojos apenas se veía.

—Debería estar asustado.

—Eso no ayuda —contestó y luego fingió una sonrisa como solo ella podía—. Gable, necesito que te calmes y colabores con nosotros. No vamos a hacerte daño. Si así fuera, él ya lo habría hecho.

La mirada frenética de Gable se dirigió hacia Josie.

—¿Me secuestráis para pedir un rescate? Porque si necesitáis dinero puedo conseguirlo. No tenéis que hacer esto.

—Dioses —gruñí, sacudiendo la cabeza—. No te estamos secuestrando.

—¡Eh! —Gable dio un respingo cuando su atención se desvió sobre mi hombro.

Eché un vistazo, justo a tiempo para ver a Hércules acercarse al borde del mirador y lanzar la tabla de surf por el acantilado como si lanzara una pelota de fútbol. *Casi* me reí. *Casi*.

Hércules se dio la vuelta y nos vio a todos observándole.

—¿Qué? No iba a caber sin hacerle... algo al asiento.

Gable volvió a la realidad y una expresión de horror diferente invadió su rostro.

—¡Mi tabla! ¿Qué coño haces, tío? ¡Acabas de tirar mi tabla por un acantilado!

—Te conseguiremos una nueva que Hércules no rompa —prometió Josie y me reí con disimulo—. Pero necesitamos...

El viento se levantó y ahí estaba otra vez. Almizcle. Humedad. El olor a muerte. Mierda. Josie también lo olía.

—Tenemos que irnos. —Álex rodeó la parte delantera del SUV.

Aparté a Gable de la puerta trasera. Ella la abrió.

Gable se revolvió contra mi agarre, pero conseguí darle la vuelta, preparado para lanzarlo de cabeza dentro del coche si fuera necesario. Empecé a levantarlo cuando una oscura y grasienta pesadumbre impregnó el aire a nuestro alrededor. Miré de reojo.

Un hombre mayor subía por el sendero, tenía el aspecto de un tipo cualquiera dando un paseo por la playa. Llevaba pantalones anchos caquis, camiseta blanca y sandalias. Un reloj de plata brillaba en su muñeca. El hedor de la muerte era fuerte,

pero aún estaba demasiado lejos para decir si era una sombra o algún tío dando un paseo.

—¿Todo bien por aquí? —dijo.

—No —escuché que advertía Álex a Gable en un susurro.

Josie habló.

—Todo va bien. Gracias.

—No sé —respondió el hombre—, no parece que vaya bien. —Empezó a caminar hacia nosotros con paso decidido—. Parece que aquí está pasando algo.

Entrecerré los ojos mientras Josie se tensaba a mi lado. En cuanto estuvo lo bastante cerca para verle los ojos, maldije. Estaban acuosos, inexpresivos y casi desprovistos de color.

El hombre estaba poseído por una sombra.

—Hércules —grité.

Gracias a los dioses captó el mensaje. Con un gesto de cabeza, el montón de carne y músculos se lanzó hacia delante con una sonrisa de suficiencia.

Cuando supo lo que ocurría, la sombra retrocedió.

—Tú, estúpida ballena —espetó—. Ríndete ahora. Mi señor lo hará indoloro...

Hércules estrelló el puño en la mandíbula del hombre. El hueso crujió. El impacto le hizo dar la vuelta en un círculo perfecto. Empezó a caer, pero el hombre se sacudió una vez y luego dos. A medio caer, arqueó la espalda y abrió la boca de par en par.

Emitió un horrible sonido chirriante, como el metal rechinando sobre el metal, y el humo negro salió de su boca, anegando el cielo.

—Santa mierda —Gable retrocedió hasta el lateral del SUV—. *Santa. Mierda.*

El humo negro subió en espiral como un mini tornado antes de volver a bajar repentinamente. Hércules trató de agarrarlo, pero sus dedos atravesaron el humo. Salió disparado hacia el borde de la carretera, zigzagueando como una maldita serpiente. Luego cruzó la carretera, esquivando el tráfico hasta que dejó de verse.

—Tenemos que irnos antes de que nadie nos pregunte sobre eso o el chico muerto. —Josie abrió la puerta del pasajero—. En serio.

Buena idea.

—¿Has visto eso? —le pregunté a Gable y cuando no respondió le di una palmadita en la cara. Parpadeó con rapidez—. No nos andamos con juegos por aquí. ¿Me captas ahora? Esa cosa iba a por ti.

—¿A por mí? N-No lo entiendo. No soy nadie especial.

—Yo soy alguien especial. Tú eres un poco especial. —Hércules llegó con sigilo a nuestro lado—. Pero ya te lo he dicho. Eres el hijo de Poseidón y los Titanes te quieren porque pueden alimentarse de ti.

—Oh —murmuró Gable aturdido—. Me lo dijiste.

—Sí. —Hércules sonrió.

Gable no forcejeó cuando lo metí en la parte de atrás del SUV. Lo que acababa de ver le había quitado las ganas de luchar. Álex estaba a un lado y Hércules al otro.

Capté la atención de Herc.

—Mantenlo controlado.

Su dedo corazón me saludó.

Poniendo los ojos en blanco, cerré la puerta mientras pasaba a Josie, que estaba entrando, y le di una palmadita en el culo. Vale, no era el momento más apropiado, pero yo no era la persona más apropiada. Volvió la cabeza de golpe y parpadeó. Negó con la cabeza mientras entraba y cerraba la puerta tras ella. Un segundo después, me encontraba al volante y regresando a la carretera.

No pasaría mucho tiempo antes de que alguien viera el cuerpo. Íbamos a tener que abandonar este coche y pasar desapercibidos.

—¿Vais bien por ahí? —Josie se dio la vuelta y preguntó.

Gable miró hacia arriba y lentamente giró la cabeza hacia la izquierda, luego hacia la derecha.

—Tío, eso ha sido... eso ha sido algo sacado de *Sobrenatural*.

Álex se atragantó al reírse.

—Tío, a Deacon le vas a encantar.

—¿Qué es *Sobrenatural*? —preguntó Hércules con el ceño fruncido.

—¿Viste *Laguna Beach*, pero no *Sobrenatural*? —Álex frunció el ceño hacia el semidiós—. Tío, eso no tiene nombre.

Mientras ellos discutían, mi atención pasaba de la carretera al asiento de atrás. Teníamos al hijo de Poseidón, pero esa sombra aún estaba ahí fuera y dónde había una, había más.

Y por tanto había Titanes.

## Josie

Si Gable no estaba ya bastante abrumado, llevarlo a un motel que no me cabía duda de que había presenciado un montón de sobredosis y uno o cientos de actos sexuales por dinero a la semana y luego presentárselo al resto del equipo, lo llevó al límite de la locura.

Estábamos hacinados en una pequeña habitación de motel que olía a naftalina. Solos se encontraba junto a la ventana, siempre vigilante. Al lado de Álex estaba Aiden, apoyado contra la pared verde descolorida. Se había deshecho del SUV y había vuelto con un Yukon blanco que, según él, bajo ninguna circunstancia denunciarían su desaparición.

Había usado una compulsión.

Algo que yo aún no había intentado. Sobre todo porque seguía sin parecerme bien jugar con los pensamientos de alguien. Pero me guardé esa opinión para mí misma, porque estaba segura de que no sería bienvenida. Probablemente se burlarían un poco de mí.

Deacon y Luke estaban sentados en el suelo. Uno chicos valientes. Seth estaba

recostado contra la puerta. De alguna forma, y nadie pretendía mirarle los dientes al caballo regalado, Herc estaba dormido, sus ronquidos amortiguaban nuestra conversación cada dos minutos.

Gable estaba sentado en una silla desgastada, junto a una pequeña mesa arañada, y yo me senté en el borde de la cama. Había escuchado todo lo que teníamos que decir, le habíamos hecho una introducción al completo mundo de los puros y los mestizos. Todos habían ayudado, mencionando la guerra con Ares y todo lo que había ocurrido en el mundo como consecuencia. Le expliqué lo mejor que pude todo el asunto de «eres un semidiós, pero tus poderes están bloqueados y necesitamos derrotar a los Titanes».

Su mirada de espanto y sorpresa vagó por la habitación y cuando tuve la sensación de que otra vez empezaba a no creernos, todo el que se encontraba en la habitación capaz de controlar los elementos le ofreció un pequeño espectáculo.

Pasaron horas mientras contestábamos sus preguntas. Bueno, mientras los demás contestaban sus preguntas, porque, como era de esperar, yo no conocía las respuestas a algunas de las preguntas que hizo.

Gable pareció tranquilizarse y lo estaba digiriendo todo. Cuando hubo un momento de calma, roto únicamente por los ronquidos de Herc, me incliné hacia él.

—Sé que esto es abrumador. No hace mucho, yo estaba en tu situación.

—Sí. —Asintió a la vez que se pasaba los dedos por el cabello—. Es... dios, ni siquiera sé qué decir. Ya sabes, mi madre nunca me habló de mi padre. —Se rio mientras bajaba la mano—. Siempre pensé que era porque había sido una aventura de una noche o algo así. Es decir, ella siguió con su vida. Varias veces. El matrimonio es un negocio para ella.

Seth levantó una ceja.

—Ni siquiera estaba seguro de que estuviera vivo —dijo Gable, negando despacio con la cabeza—. Y debo ser sincero, mucho de esto es difícil de creer. Oigo lo que decís. Incluso lo comprendo, pero aún me cuesta procesarlo.

—Es comprensible. —Deacon le sonrió—. Nosotros crecimos en este mundo. Tú no.

Gable abrió la boca y luego la cerró.

—¿Y tú eres un... un puro?

—Sí. Técnicamente, nos llamamos hematoi, pero esa es la versión esnob de un puro —contestó.

—Y él es un mestizo. —Gable hizo un gesto de cabeza hacia Luke, que le levantó el pulgar. Su mirada se desvió hacia Álex y Aiden—. Y ellos solían ser un puro y un mestizo, pero... ahora son semidioses. —Cuando obtuvo un sí por su parte, miró a Solos—. ¿Y él es un mestizo?

—Eso es lo que soy.

Gable miró a Seth, arrugando la frente.

—¿Y tú eres el Apot-polla?

Me reí.

—Vaya. Esa versión no la había oído antes.

Seth suspiró.

—Apollyon.

Los labios de Gable se movieron al pronunciarlo en silencio y tuve la sensación de que lo seguía diciendo mal.

—Bueno... ¿y qué hacemos ahora?

—Te llevaremos a la Universidad en el sur de Dakota, dónde pueden protegerte y entrenarte hasta que localicemos al resto de los vuestros. —Seth se apartó de la puerta y cruzó la habitación. Gable se tensó en la silla—. Tienes mucho que digerir y probablemente tienes una vida asombrosa aquí, pero esa vida va a cambiar. Tiene que hacerlo.

Seth no era muy bueno con los discursos motivacionales.

—Eres muy importante, no solo para nosotros sino para el mundo entero —dijo Aiden, obviamente al ver la creciente alarma en la mirada de Gable otra vez—. Tienes una llamada de arriba, Gable.

Le eché una mirada a Seth cuando se dio la vuelta y puso los ojos en blanco.

—No solo salvarás al mundo, sino a los dioses olímpicos. Eso no es todo, una vez que tus habilidades se desbloqueen serás inmortal —continuó Aiden—. Así que la vida que tienes aquí, ahora mismo, no es más que una mota. Podrás volver a ella, al menos durante un tiempo, pero hay... hay cosas más importantes esperándote.

Inmortal.

Algo en lo que realmente no pensaba mientras observaba cómo la pequeña charla de ánimo de Aiden calmaba los nervios de Gable. Yo era inmortal. ¿A menos que alguien me cortara la cabeza? No. Según Seth, ni siquiera eso me mataría. Dolería, pero supongo que mi cabeza volvería a unirse. Solo un dios u otro semidiós podrían matarme.

O Seth.

O un Titán.

Oh, dios mío, ¿por qué estaba pensando en eso ahora mismo?

El hilo de mis pensamientos se había desviado una barbaridad, pero yo era inmortal. Seth no lo era. Si los dioses lo dejaban en paz envejecería y una vez que muriera estaría obligado a servir a Hades.

¿Cómo no había pensado en eso hasta ahora? De acuerdo, estaban ocurriendo un montón de cosas que me habían distraído, cuestiones más urgentes en las que pensar. Ahora necesitaba averiguar cómo liberarlo del control de los dioses, deshacer el trato con Hades sin que afectara a Aiden, y asegurarme de que fuera inmortal.

Tenía que ser factible.

Es decir, Apolo había hecho a Aiden inmortal, al igual que a Álex. Así que era posible y yo era su hija. Lo hizo por ellos. Tenía que hacerlo por mí. Asentí para mí misma, porque eso me ayudaba a reforzar mi creencia de que de ninguna manera

rechazaría mi petición.

—¿Tú qué piensas, Josie?

Parpadeé y me volví hacia Álex.

—Lo siento. Me he perdido. ¿Qué?

Los labios de Álex se estiraron.

—En vez de quedarnos aquí esta noche, Gable dice que tiene espacio suficiente en su casa para nosotros. Y luego saldremos por la mañana.

Miré hacia atrás, dónde estaba Hércules tumbado en la cama que Seth y yo compartíamos, y me encogí de hombros. La endeble cama se había hundido por el centro.

—Me parece un buen plan.

Despertar a Hércules y llevarlo a su habitación para recoger sus cosas tomó más tiempo del que debería, pero el tío dormía como un muerto. Seth y yo estuvimos a solas solo durante unos minutos. Empacamos las cosas con rapidez, arrojándolas en las enormes maletas de viaje. Cuando acabamos, puse la mía sobre la cama y empecé a darme la vuelta, pero Seth se acercó por detrás y me rodeó la cintura con los brazos. No dijo nada, solo deslizó los labios por mi cuello.

Con los ojos cerrados, me recliné hacia atrás y coloqué las manos sobre sus brazos. Su aliento cálido y su provocativa boca me hicieron desear más que unos minutos robados.

—¿Crees que esto está bien? —pregunté—. ¿Ir a casa de Gable?

Seth vaciló y levanto la cabeza.

—No lo sé. Parte de mí piensa que podría ser una mala idea. No conocemos a este chico, pero no puede ser más peligroso y arriesgado que quedarnos en este lugar. La sombra lo ha localizado. Estarán ahí fuera buscándolo. Lo único bueno es que no deben de saber dónde vive o ya habrían ido a por él.

—Cierto. —Al darme la vuelta en su abrazo, le rodeé el cuello con los brazos mientras apoyaba la mejilla en su hombro—. Esto ha sido sorprendentemente fácil.

—Sí —contestó tras un momento—. Y eso es lo que me preocupa.



—¿En qué dijiste que trabajaba tu madre? —pregunté.

Gable me miró mientras subía por un elegante camino empedrado, de la clase que tenía baldosas de diferentes colores alineadas de forma que pareciera un adoquinado. Puso una expresión avergonzada.

—Solía ser actriz a finales de los ochenta, principio de los noventa. Probablemente no la conozcáis. Hizo muchos trabajos de serie B.

Esos trabajos de serie B debían de haberle abierto muchas puertas, porque el hijo de Poseidón vivía en una mansión. Una de las enormes casas que habíamos visto en el acantilado con vistas a la playa y al océano. El lugar era una enorme finca de piedra de varias plantas, con un lujoso coche extranjero aparcado en frente del porche y puertas dobles de cristal.

—¿Hacía porno? —preguntó Hércules y cuando todos le miramos alzó sus enormes hombros—. ¿Qué? Tenemos porno en el Olimpo.

—¿Pero no *Sobrenatural*? —preguntó Álex—. No tiene lógica.

Hércules entornó los ojos.

—Tengo que ver ese *Sobrenatural*.

—¿Está tu madre aquí ahora? —Aiden miró a Solos. Si estaba, esto podría ser incómodo. Por supuesto, ellos utilizarían la compulsión, así que probablemente eso no les preocupaba.

Gable negó con la cabeza mientras subía las amplias escaleras y cruzaba un porche cubierto.

—En realidad está en Europa con su último marido. —Cuando se detuvo junto a las puertas, pasó los dedos por una caja negra. Sonaron tres pitidos y después parpadeó en verde. Abrió la puerta y salió aire frío—. No hay nadie.

—¿Ni siquiera criados? —pregunté.

Se rio.

—No tenemos criados que vivan aquí. Tenemos limpiadores que vienen cada dos días, pero ahora solo estoy yo. Y todos vosotros.

—¿Cómo de protegido está este sitio? —Solos se puso en modo seguridad de inmediato, examinando la especie de atrio.

—Como Alcatraz —contestó Gable, caminando hacia una mesa redonda con un precioso helecho en medio y rodeándola—. Una vez que está puesta la alarma, nadie puede entrar sin que lo sepamos. También tenemos detectores de movimiento dentro y fuera de la casa que podemos conectar. Puedo encender los del interior cuando todos estemos acostados.

Justo delante de nosotros, una enorme escalera en espiral llevaba al piso de arriba. A la derecha parecía haber una especie de biblioteca y luego había un salón. Me daba miedo tocar cualquier cosa. Los muebles parecían costar más que mi matrícula de la

universidad.

—Bonita casa —comentó Luke.

Seth no dijo nada mientras seguía a Gable a través del comedor, que tenía una mesa enorme y unas sillas muy elegantes con unos altos respaldos acolchados grises. Dado que había crecido siendo adinerado, seguramente estaría acostumbrado a un lugar como este. Todos estos chicos estaban acostumbrados a eso. Después de todo, tan solo vivir en su Universidad me había dicho que su sociedad prácticamente se revolcaba en el dinero.

Seth no había hablado mucho durante el viaje hasta aquí.

Estaba segura de que tenía muchas cosas en la cabeza. Tampoco ayudaba que estuviéramos cerca de la zona dónde nos habíamos encontrado a la sombra.

Cuando pensé en la sombra, pensé en el pobre hombre que se había desplomado en el suelo con la mandíbula rota. Sabía que una vez poseído no había salvación para el mortal, pero eso no hacía que fuera más fácil lidiar con ello. Era otra vida perdida, ¿y para qué? ¿Sabía siquiera el hombre lo que le había ocurrido? ¿Estaría buscándolo su familia?

Suspiré mientras me frotaba la ceja derecha. El leve martilleo de una jaqueca había regresado tras haber desaparecido el último par de días. Resultaba extraño. Era una semidiosa, así que suponía que las jaquecas no me afectarían. Lo único que se me ocurrió era que tal vez se debía a la falta de sueño.

Seguimos a Gable hasta una preciosa cocina con armarios blancos estilo *shaker*, encimeras de mármol y un magnífico panel antisalpicaduras gris. La isla tenía capacidad para seis y la cocina comedor tenía una mesa casi tan grande como la que habíamos pasado en el comedor formal.

—¿Alguien tiene hambre? —Gable rodeó la isla.

—Siempre tenemos hambre —contestó Deacon—. Siempre.

Gable sonrió mientras se volvía hacia el frigorífico de dos puertas.

—Creo que tengo algunas *pizzas* congeladas que puedo calentar en el horno. —Hizo una pausa y nos miró de reojo—. O podemos encargar comida.

—No creo que eso sea prudente —respondió Aiden, apoyado contra la isla—. La *pizza* congelada está bien.

Gable vaciló y luego asintió.

—Guay. —Sacó dos *pizzas* congeladas, encendió el horno y se volvió hacia nosotros—. Puedo enseñaros el sitio si queréis, chicos.

—Sí. —Solos apareció en la puerta de la cocina—. Quiero reconocer el lugar.

Miré a Seth, pero él estaba vigilando a Gable como un halcón. Todos volvimos hacia el atrio. El *tour* fue sorprendentemente rápido. Había una sala de cine detrás de la escalera, como una de verdad, con un proyector y una máquina de palomitas.

Contigua a la sala de cine había una sala de billar. Aiden se detuvo en las mesas de billar. Me resultó gracioso, porque no podía imaginarlo jugando al billar. La diana captó la atención de Deacon. Álex estaba probando una máquina recreativa Parecía

que había que disparar a asteroides o algo así. En la pared había una televisión tan grande como la del salón. Por un instante perdimos a Hércules fuera, junto a la piscina iluminada. En el piso de arriba había dormitorios más que suficientes para todos. Me detuve cuando conté seis. Las cámaras colocadas estratégicamente por toda la casa impresionaron a Solos y Aiden.

La gente rica se tomaba en serio la seguridad.

Seth y yo acabamos en una habitación de invitados que parecía haber sido decorada por un diseñador profesional. Era una mezcla suave de azul claro y blanco. Me recordaba a las fotos de *Mi Casa*. La abuela era una gran fan de esa revista.

Todos estaban en sus habitaciones soltando las cosas o en el piso de abajo, dónde Gable estaba metiendo las *pizzas* en el horno. Solos no se despegaba de él.

Observé a Seth colocar nuestras maletas sobre el banco azul pálido que había frente a la cama de matrimonio.

—No confías en Gable, ¿verdad?

—No es nada personal. —Se dirigió a la cómoda y dejó las gafas robadas encima —. No le conocemos. No sabemos nada de él. Y está llevando las cosas bastante bien.

—¿Demasiado bien?

Alzó un hombro.

—Está abajo haciendo *pizza* para nosotros, un grupo de extraños que le acaba de decir que somos descendientes de los dioses griegos.

Me dejé caer en el borde de la cama y me hundí en su suavidad.

—Bien visto, pero después de que yo atravesara mi crisis inicial y la superara, te di la razón.

Caminó y se detuvo frente a mí.

—También tuviste que dormir mucho para recuperarte del susto.

—Y te usé como almohada...

—Y me babeaste encima.

Puse los ojos en blanco.

—No te babeé encima, pero la cuestión es que sí, esto es mucho que digerir, pero no es imposible de procesar y superar.

—Umm... —se arrodilló delante de mí, envolviendo sus manos en mis pantorrillas.

Incliné la cabeza hacia un lado y sonreí ligeramente.

—¿Qué estás tramando?

—Nada. —Me besó la rodilla derecha y luego la izquierda—. Vale. Estoy tramando algo. Estaba pensando en echar abajo esta cama.

—Oh, dios mío. —Me reí, pasando mis dedos por su cabello—. Solo piensas en una cosa.

—Al menos es una cosa divertida, ¿no?

—Sí. —Deslicé los dedos desde su pelo hasta su mejilla. Levantándole la barbilla, estudié su rostro. Era extraordinariamente hermoso, irreal en cierto modo, pero había

mucha historia detrás de él. Mucho más que un rostro y un cuerpo esculpidos.

Giró la cabeza para besarme la palma.

—¿Estás bien?

Pensé en la pesadilla de anoche.

—Sí, claro.

Aquellos asombrosos ojos se encontraron con los míos.

—Te has estado frotando mucho la ceja y la frente. ¿Qué ocurre?

Mierda. Era observador.

—Solo una pequeña jaqueca. Nada importante. Creo que solo me hace falta un buen sueño.

—Entonces quizás deberías descansar —me ofreció, besándome la palma de nuevo—. Puedo coger algunos trozos y traértelos. —Empezó a levantarse.

Le detuve.

—No tengo sueño. Te prometo que estoy bien.

Pareció meditarlo.

—¿En qué estabas pensando antes?

—¿Cuándo?

—En el motel. Estabas en otro mundo —explicó.

Al inclinarme hacia delante, le besé la frente.

—Empecé a divagar.

—¿Tú? ¿Divagando? —Se rio cuando me eché hacia atrás y le pegué en el brazo—. Nunca lo habría adivinado.

—Ja. Ja.

—Bueno, ¿en qué pensabas?

—En el hecho de que soy inmortal y tú no —le expliqué, sonriendo cuando sus cejas se alzaron—. Pero voy a arreglarlo.

Su boca se movió en silencio por un momento.

—¿Cómo... cómo lo vas a arreglar?

Le sonreí.

—Sé que Apolo puede hacerlo, puede volverte inmortal. Hizo a Álex y a Aiden inmortales, así que es totalmente posible.

—Sí —dijo despacio—, es posible, pero fue diferente para ellos. Apolo no me va a hacer inmortal.

Haciendo caso omiso, continué.

—Oh, lo hará. Y también se asegurará de que el trato que hiciste con Hades se anule si quiere que le ayude a derrotar a los Titanes.

La sorpresa invadió el rostro de Seth.

—¿Qué?

—He estado pensando en ello. Quieren que les ayude. Me necesitan, en realidad. —Sintiéndome bastante engreída, me moví para volver a besarle, pero Seth se retiró. Se levantó y yo fruncí el ceño—. ¿Qué?

Me miró como si me hubiera salido una teta en medio de la frente.

—¿Vas a intentar negociar con los dioses?

—Bueno, con mi padre...

—Que es un dios, Josie. No puedes negociar con ellos, ni siquiera con Apolo. Le darán la vuelta al trato y lo volverán contra ti —dijo—. Les he visto hacerlo y tu padre no es diferente.

Eso no era exactamente lo que quería oír, pero no me sorprendía.

—Si quieren que detenga a los Titanes, harán esto por mí.

—Estás loca —susurró mientras retrocedía.

—Caray. Gracias. —Me aparté un mechón de pelo—. Mira, pienso hacer algo. De ninguna forma les permitiré que sigan usándote y que luego se apoderen de tu vida tras la muerte. No. No va a pasar. Así que asúmelo y vámonos, que tengo hambre.

Seth me miró boquiabierto.

—No merezco esa clase de riesgo, Josie.

La ira me atravesó.

—¿Podrías dejar de decir eso, por favor? Odio que digas eso.

—¿Por qué? —La frustración llenó el aire—. Porque es verdad. ¿Es por eso?

—No es verdad, Seth.

Se rio con aspereza.

—No tienes ni idea, Joe. Ese es el problema. No es tu culpa, pero no tienes ni idea.

—Bueno, tampoco es que sea un insulto.

—No pretendía serlo, pero es la verdad. Estás dispuesta a ponerte en una posición muy peligrosa cuando no sabes de lo que soy capaz, pero yo sí, Josie. Sé exactamente de lo que soy capaz.

Me obligué a mí misma a respirar lenta y profundamente.

—Seth...

—No. Esta conversación se ha terminado. No vas a hacer ningún estúpido trato que te estalle en la cara. —Hizo un gesto con las manos que indicaba que la conversación se había acabado y un gran «oh, ni hablar»—. Yo me lo guiso, yo me lo como.

Esperé un segundo.

—¿Has acabado ya?

Sus ojos destellaron con un brillo ocre.

—Solo quería asegurarme, ya que crees que puedes decirme lo que puedo y no puedo hacer. ¿Sabes qué? No puedes. ¿Y sabes qué más? Entiendo que por lo que hiciste en el pasado crees que no me mereces...

—¿En el pasado? —Seth se rio otra vez, un sonido frío y duro—. ¿Crees que hablo del asunto con Ares? ¿Y qué hay de lo de hace un par de semanas?

—¿A qué... a qué te refieres?

Seth me miró un momento y luego dijo cuatro palabras devastadoras.

—Me alimenté de ti.

—¿Qué? —susurré después de lo que probablemente fue todo un minuto intentando procesar lo que había dicho.

No era posible que hubiera dicho lo que yo creía que había dicho, porque no tenía sentido.

Se dio la vuelta con brusquedad, alejándose de la cama, dándome la espalda.

—Joder. Debería habértelo dicho antes... antes de que te entregaras a mí, pero soy un maldito bastardo egoísta. Me has oído bien, Josie. Me alimenté de ti... de tu éter.

Mis labios se movieron, pero mi lengua olvidó cómo formar palabras. Impactada, me quedé allí sentada mientras un gélido escalofrío me recorría la columna. Se me puso la carne de gallina. ¿Seth se había alimentado de mí?

—Esa es la clase de... *cosa* que soy.

Al levantar la mirada, le vi pasarse la mano por el cabello. Sus dedos se aferraron a unos mechones, tirando de ellos brevemente antes de que su mano descendiera hasta su nuca.

—Tengo un... un problema. Lo he tenido desde hace tiempo e intenté... Estoy intentando no ser esa persona, pero está dentro de mí y aparece. Sé que volverá y cuando lo hace, no me importa a quién hiero... qué confianza traiciono. En ese momento, me da igual a quién hago daño. Incluso a ti. —Sus afiladas palabras llegaron hondo. Se volvió despacio, su pecho se agitaba de forma con rapidez—. No quiero ser esa persona. Dioses, contigo no, pero lo soy.

De pronto estaba frente a mí, acunando mis mejillas. El corazón me dio un vuelco.

—Te deseo cada día, Josie. Deseo cada parte de ti. Te veo y quiero meterme entre esos muslos y pasar allí la eternidad. Quiero entrar tan dentro de ti que no puedas diferenciar dónde acabas tú y dónde empiezo yo. Quiero saborearte y follarte hasta que no exista nada más. Constantemente. Deseo más que eso. No te voy a mentir. Quiero abrazarte.

No podía respirar mientras su mirada mantenía cautiva la mía.

—Quiero estar contigo. Deseo pasar cada día contigo. Cada hora, hasta el último jodido minuto y segundo —dijo con voz dura, cortante—. Pero eso no es lo único que deseo. ¿Que hay dentro de ti? El éter. Joder. —Cerró los ojos un instante y al abrirlos ardían con un brillo impío que me impactó—. Lo deseo con la misma intensidad. Sí. Lo deseo. Lo *tuve* cuando te corriste sobre mi rodilla.

Se me aceleró el corazón. Sus palabras provocaron una mezcla de repulsión... y dios, lujuria. Eso también estaba ahí, respondiendo a sus palabras. Algo en mí iba mal. Definitivamente algo en él iba mal.

—No se puede confiar en mí —dijo, sujetándome la barbilla de forma que no pudiera desviar la mirada, de forma que tuviera que escuchar y ver esas palabras. Y vi sus palabras. Las escuché—. ¿Y sabes qué? Eres la única que no lo ve. ¿Crees que

Álex no lo ve? ¿Aiden? Lo ven. Esa es la clase de persona por la que estás dispuesta a provocar la ira de los dioses. Esa es la clase de persona por la que estás dispuesta a hacer un trato y entregar dios sabe qué. —Soltando mi barbilla, se incorporó y dejó caer la mano a un lado—. No merezco eso.

Seth se apartó de nuevo y el aturdimiento desapareció. Las emociones crecieron dentro de mí, tan violentas como un huracán azotando la costa. El dolor explotó en mi pecho al mismo tiempo que la furia ardía al rojo vivo en el fondo de mi estómago.

—¿Cuántas veces? —pregunté.

Hubo una pausa.

—¿Acaso importa?

—¿Cuántas veces? —grité esta vez, sin importarme que me oyera alguien.

Dejó caer la cabeza hacia atrás.

—Solo una.

Dejé que eso calara. No estaba segura de si eso cambiaba algo o no. Ni siquiera estaba segura de lo que se suponía que debía hacer con esta información. La garganta me ardía mientras miraba su espalda rígida. Ni siquiera podía pensar.

—¿Cuándo?

Seth no respondió al principio.

—Lo hice el... el último día que te entrené. Cuando estábamos discutiendo y luego... enrollándonos. Perdí el control y me alimenté de ti.

Mi mente regresó a aquel día.

—No lo entiendo. No sentí nada. La última vez que se alimentaron de mí, dolió.

Su espalda parecía cada vez más tensa.

—No siempre duele. Se puede hacer sin que duela.

Inspiré hondo. Ese día se me echó encima y yo había... Sacudí la cabeza, muy... muy aturdida. Y de repente tuvo sentido. Por qué se había alejado justo después de eso. No era solo porque pensara que no lo merecía, también porque había hecho algo malo, terriblemente malo. A mí.

Y nunca lo confesó. Hasta ahora.

Se había alimentado de mí.

Salté de la cama como un cohete. Se volvió cuando llegué hasta él. Ni siquiera pensé cuando eché el brazo atrás y le golpeé en el estómago. Seth se dobló con un gruñido.

—Esto —dije, temblando mientras me obligaba a retroceder—, esto es por alimentarte de mí.

—Dioses —jadeó—. Me lo merecía.

—¿Cómo pudiste? —pregunté, con los puños apretados otra vez—. ¿Cómo pudiste hacer eso sabiendo que Hiperión me había... que él me había hecho lo mismo?

—Yo... —no terminó la frase, porque... ¿qué podía decir?

Quería pegarle otra vez. Quería patearle. Dioses, quería golpearle. Las lágrimas

inundaron mis ojos mientras seguía retrocediendo, hasta que tropecé con el banco. Quería... Quería sacudirle y quería que nunca me hubiera contado lo ocurrido.

—¿Por qué no te esforzaste más?

Se puso rígido y cuando habló sonó como si hubiera tragado cristales.

—Al principio no me di cuenta de lo que hacía. Esto... Esto no lo arregla, pero en cuanto lo supe me detuve. Por eso...

—¿Por eso qué? —mi voz se quebró.

Seth desvió la mirada.

—Por eso no te dolió. Solo estabas cansada.

—Solo cansada —susurré cuando recordé haberme quedado dormida mientras comía. Me temblaron las piernas y me dejé caer sobre el banco. Intentaba encontrarle sentido—. Entonces te detuviste cuando te diste cuenta de lo que hacías.

—Eso no cambia el hecho de que lo hice.

¿Lo cambiaba? ¿O no? No tenía ni idea. No tenía en qué basarme. Es decir, no es como si me hubiera engañado o abusado de mí como lo hacía la gente normal, pero era una traición. Era algo grave.

Me pasé la mano por la cara, conmocionada.

—Quiero que seas sincero conmigo. ¿Solo lo hiciste una vez?

Seth asintió.

—¿Y por eso te alejaste de mí después?

Otro asentimiento.

Apreté el puño y lo presioné contra mi pecho.

—Pero no lo has hecho desde... desde que volvimos a estar juntos. ¿Por qué?

—Yo... Yo nunca quise herirte o... quitarte lo que no me pertenecía —fue hacia la puerta y se apoyó contra ella. Negó despacio con la cabeza y, en ese momento, nunca lo había visto con un aspecto tan joven y vulnerable. Tan *humano*—. Y la noche en que volvimos decidí que jamás volvería a hacerlo y si lo hacía...

—¿Qué? ¿Qué harías entonces?

Apretó los labios y cerró los ojos de nuevo.

—Me habría asegurado de que no volvieras a verme.

La rabia sobrepasó al resto de emociones una vez más.

—Oh, en vez de, no sé, ¿venir y hablarlo conmigo? ¿Dejarme ayudarte? Los dos trabajando juntos...

—¿Trabajando juntos en qué, Josie? ¿Crees que puedes ayudarme con esto, con esta cosa que hay dentro de mí?

Cerré la boca de golpe, a pesar de que había muchas cosas que quería decir, que podría decir. Podría haberle dicho que no. Que esto, ser mejor o hacerlo mejor, estaba en su mano. Podría haberle dicho que sí, que podía ayudarle. Apoyarle para tomar... tomar las decisiones correctas. Podría saber cuándo era demasiado para él. Podría decirle que quería pegarle. Podría decirle que todavía le quería.

Y así era.



Pero no lo hice.

Porque estaba furiosa. La rabia prácticamente me desgarraba la piel. Porque estaba dolida. El dolor se encontraba en mi pecho, creciendo y propagándose, porque... ¡maldita sea! Porque estaba asqueada. Esperaba más de él y había traicionado esa esperanza y confianza. Me había hecho lo mismo que Hiperión. Me daba ganas de vomitar.

Bajando la mirada, presioné el puño contra mi frente e intenté que el nudo que tenía en la garganta se deshiciera.

—Entonces, —su voz áspera rompió el silencio—, ¿se acabó?

No dije nada. Lo único en lo que podía pensar era en la noche que dijo que temía que todo se convirtiera en una pesadilla y que lo odiara para siempre. Había estado viviendo con este secreto durante semanas, como una espada de Damocles pendiendo sobre su cabeza.

Tras varios minutos, Seth habló.

—De todo lo que he hecho, lo que te hice a ti fue lo peor. Fuiste un regalo para mí y la he jodido. Es mi culpa y lo lamento muchísimo. —Hizo una pausa y yo cerré los ojos con fuerza—. No hay nada en este mundo que...

Un grito repentino procedente del piso de abajo le interrumpió. Reaccioné por instinto, dando un salto mientras Seth se daba la vuelta y abría la puerta. Hubo un fuerte estruendo que me puso los pelos de los brazos de punta. Todo lo de Seth quedó a un lado mientras salíamos corriendo de la habitación.

## Seth

Abatido, salí corriendo de la habitación hacia el pasillo. Al fondo, Deacon también salía de la habitación que compartía con Luke, tenía una expresión llena de preocupación mientras se ponía una camiseta limpia. Se unió a nosotros cuando llegamos a los escalones.

Tenía el estómago revuelto, a pesar de haber hecho lo correcto al contárselo a Josie y disuadirla de hacer un trato del que se arrepentiría.

Mierda. Sentí miedo cuando dijo que planeaba hacer un trato con los dioses por mí. Le habrían dado la vuelta tan rápido que ni se habría dado cuenta. De ninguna manera iba a permitir que hiciera eso.

Así que hice lo que debía haber hecho hace semanas, cuando me dijo que me quería. Le había dicho la verdad, revelándole lo que era y quién era en realidad. No me sorprendería que no volviera a hablarme nunca.

Pero no podía centrarme en eso ahora mismo. Tenía que separar las cosas, acallar la confusión. Ya habría tiempo después para preocuparse por esa mierda y revolcarse en ella.

Nuestros pasos retumbaban en los escalones de madera de las escaleras. Llegamos al vestíbulo. Primero vi el enorme culo de Hércules y luego a Aiden. Tenía una daga del Covenant en la mano derecha.

—¿Qué pasa? —preguntó Josie con voz ronca.

El músculo de mi barbilla se tensó.

—Está... está muerto —murmuró Gable.

Al no ver a quién se refería, bajé hasta el vestíbulo y encontré a Gable cercar de debajo de las escaleras. Tenía el rostro tan blanco como el de un daimon. No era una buena señal.

—¿Quién está muerto? —Deacon sobrepasó a Josie y se unió a Luke, que se encontraba a un lado, cerca de la entrada al salón. O la sala de estar. Una de la docena de habitaciones innecesarias de esta casa.

—Mira fuera —contestó Álex cuando vino desde la cocina, con la bolsa de las armas aferrada en la mano. La dejó en el suelo, justo detrás de la mesa en medio del atrio.

Mi mirada recorrió la longitud del atrio hasta las puertas dobles. Eran de vidrio y en el centro de la puerta izquierda pude ver un círculo de fisuras en forma de telaraña en el cristal. El cristal agrietado estaba manchado con lo que parecía una mezcla de sangre y algún otro tipo de fluido.

Luego miré hacia abajo. La luz del porche estaba encendida, proyectando una luz

amarillenta sobre el cuerpo que yacía bocabajo. Divisé unas sandalias, unas piernas pálidas y unos pantalones oscuros.

—Llamó a la puerta —dijo Gable, mientras levantaba una mano y se la pasaba por el cabello. Tiró de las puntas—. Cuando salimos para ver quién era, nos v-vio a través del cristal y...

—Decidió meter la cara en la puerta de cristal, al estilo zombi total. —Luke sacó una Glock de la bolsa—. Había una sombra dentro de él. En cuanto cayó al suelo, la sombra salió disparada.

Mierda.

—Eso no es bueno.

—No. —Los hombros de Aiden se tensaron—. Creo que esa cosa estaba haciendo un reconocimiento.

—¿Esa cosa? —susurró Gable—. Ese era el señor Nanni. Vive en esta calle, más abajo.

—Ya no vive en ningún lado —respondió Hércules—. Ese es un señor Nanni muerto.

Aiden se giró, con la mandíbula crispada, y atravesó a Hércules con la mirada.

—Eso no ayuda.

El semidiós se encogió de hombros.

—Qué más da —masculló, crujéndose los nudillos.

Hubo una pausa.

—Nada puede traspasar ese cristal, ¿verdad? —preguntó Gable—. Está reforzado.

—Un cristal reforzado no vale una mierda —contesté—. Eso no detendrá a un daimon.

—¿Q-qué es un daimon? —preguntó Gable.

—¿Un pequeño y rápido resumen? —Deacon se volvió hacia él—. Solían ser puros y mestizos y se volvieron adictos al éter, la sustancia que hay dentro de todos nosotros que nos hace quienes somos. Nada bueno.

Su mirada salvaje viajó hasta la ventana.

—¿Hay daimons fuera ahora?

Aiden se rio con frialdad.

—Ojalá fuéramos tuviéramos esa suerte.

Un trueno resonó sobre nuestras cabezas, haciendo temblar la casa, y sí, eso era una muy mala señal. Sobre todo porque no hubo relámpago.

—Y no parece que vayamos a tener suerte —dijo Solos con un suspiro.

Gable miró hacia el techo.

—¿Va a haber tormenta?

—No el tipo de tormenta que necesita California. —Álex volteó una daga en el aire mientras se acercaba a Aiden.

Arrodillándome junto a la bolsa, saqué una daga y una pequeña estaca. Miré hacia arriba. Josie se encontraba allí, con la mano extendida. Mi mirada conectó con la suya

y yo la desvié, apretando la mandíbula. No cabía duda de que estaba pensando en mí. En lo que había hecho. No era mejor que un jodido daimon. Simplemente, no tan desagradable.

Le entregué las dos armas que tenía.

—La pequeña está empapada en sangre de Pegaso —le recordé.

No dijo nada cuando cogió el cuchillo y luego alargó el brazo para coger la daga. Yo la aferré, obligándola a mirarme a los ojos.

—¿Estás preparada para esto? —pregunté—. No puede haber vacilación. Algo se acerca y, sea lo que sea, vamos a tener que eliminarlo. Si no estás lista, tienes que esconderte.

Sus ojos azules se oscurecieron.

—Estoy lista.

Dudé un momento y la dejé ir. Cogí las mismas armas y me levanté. Fuera se estaba levantando aire y desde las puertas de cristal pudimos ver cómo se inclinaban las palmeras bajo el peso y la fuerza del viento.

—¿Qué demonios se acerca? —preguntó Deacon—. ¿Una tormenta?

Luke se rio.

—De nuevo, ojalá tuviéramos esa suerte.

Me acerqué a Josie cuando avanzó. Puede que quisiera apuñalarme con una de esas armas, pero mi prioridad era ella. Para ser sincero, me importaba una mierda lo que le pasara a Gable en ese momento. Mi objetivo era asegurarme de que, después de lo que viniera a por nosotros, ella seguiría en pie.

Todo el mundo estaba en su puesto.

Como estaban entrenados, habían formado una línea a varios pasos detrás de la puerta, bloqueando a Gable. El instinto había llevado a Josie a colocarse al otro lado de Solos. No había sido instruida en este tipo de técnicas, en cómo formar una línea contra un enemigo. No había habido tiempo suficiente para inculcarle años de entrenamiento. Me coloqué a su lado, con los dedos tensos alrededor de las armas.

Un trueno ensordecedor retumbó sobre nosotros y agitó los cuadros de las paredes. En alguna parte de la casa, algo cayó y se estrelló. Un fuerte crujido le siguió y una palmera cerca del camino de entrada se partió en dos.

Algo se movió fuera. Entrecerré los ojos cuando el viento continuó levantándose en una zona, cerca de uno de los SUV. Giraba y giraba en una pequeña parcela, como un mini tornado.

—¿Qué... qué es eso? —preguntó Josie.

—Gable —dijo Aiden con voz plana—. Tienes que esconderte ahora mismo. Pase lo que pase, no salgas a menos que...

El ciclón se abalanzó directo hacia las puertas. Me preparé para que atravesara el cristal, pero se detuvo antes de chocar, girando sobre un punto. El ciclón tenía unos dos metros de alto y era tan ancho como una persona. Tenía un horrible presentimiento sobre lo que había dentro de esa masa de aire.

—Um —murmuró Deacon.

Hubo un segundo de silencio y a continuación se escuchó con claridad cómo se desbloqueaba la puerta delantera.

—¿Pero qué...? —comenzó Álex cuando la serie de clics se detuvo.

—El sistema de seguridad falla —mascullé.

Las puertas de cristal se abrieron y el ciclón entró de golpe. El viento azotaba mientras el ciclón desaceleraba, hasta revelar una figura en su interior.

—Este no es aliado —dijo Solos, adelantando la pierna derecha a la vez que retrasaba el brazo—. No hace falta esperar. —Lanzó una daga.

Atravesó el aire y se introdujo en el mini tornado, hundiéndose en el centro. En cuanto entró en contacto se desató una ráfaga de aire. Una explosión sónica nos hizo salir despedidos, como si fuéramos unos simples bolos.

Aterricé de culo cerca de Josie. La daga del Covenant se le cayó de la mano, deslizándose por el suelo. Ella maldijo, rodando hacia un lado y colocándose sobre manos y rodillas.

—¿En serio? —Una voz profunda retumbó a través de la casa y me volví de golpe. El tornado de la muerte había desaparecido y en su lugar había un hombre. Un hombre muy alto, con un espeso cabello castaño y hombros más grandes que los de Hércules—. ¿Me has lanzado una daga? —Inclinó la cabeza hacia atrás y se rio mientras alcanzaba la empuñadura y extraía la daga. La tiró al suelo de piedra del vestíbulo—. Esto va a ser más fácil de lo que imaginaba. —Entonces abrió los ojos. Eran completamente negros.

El hombre ante nosotros era un Titán.

—Oh, por los dioses —susurró Josie cuando pareció darse cuenta de algo y se sentó.

—Ha sido más que nada por diversión —dijo Solos, con la mano aferrando la pequeña daga—. Solo quería ver lo que pasaría.

El Titán inclinó la cabeza con expresión perpleja. Su piel, una mezcla de diferentes tonos de rosa, parecía aclararse y oscurecerse cada dos segundos.

—¿Cuál eres tú? —pregunté al levantarme. Me puse delante de Josie, que ahora estaba de pie con el cuchillo en la mano—. ¿Mo? ¿Curly? Definitivamente, no eres Larry, porque estaría meándose encima si estuviera delante de nosotros ahora mismo.

El labio del Titán se curvó.

—Soy Atlas, Apollyon. No conozco a las deidades de las que hablas.

—¿Atlas? —murmuró Deacon—. Oh, tío...

De reojo vi a Luke adoptar la misma posición defensiva delante de Deacon y, por una vez, el puro no protestó.

La expresión de desprecio de Atlas se convirtió en una mueca burlona.

—Sabes quién soy. Todos vosotros lo sabéis. Y sabéis cómo acabará esto. Dadme lo que he venido a buscar y os dejaré vivir a todos. Negádmelo y todos moriréis.

Suspiré.

—Eso es un tópico.

Los ojos negros del Titán se dirigieron hacia mí.

—Puede que seas el Apollyon y puede que estés rodeado de semidioses, pero no puedes derrotarme. Yo no soy Hiperión y...

—Yo no soy un semidiós cualquiera. Yo soy *el* Hércules y tú eres...

Atlas levantó la mano y un segundo después Hércules salió volando por los aires. Se estrelló contra la pared junto a la escalera, agrietando el enlucido.

—No eres nada para mí —terminó Atlas cuando Hércules cayó de cabeza contra el suelo.

—Me alegra un poco que le hayas cerrado la boca —dijo Álex, con el cuerpo tenso—, pero lo necesitamos vivo.

—¿Por qué? —preguntó Atlas—. ¿Para que pueda seguir guiándonos hasta el resto de semidioses? Sabíamos que os iríais. No podemos esperar.

No me sorprendía. Probablemente tenían sombras cerca de la Universidad esperando a que nos fuéramos. Era un riesgo que habíamos tenido que correr y ahora estábamos pagando las consecuencias.

Atlas olfateó el aire mirando hacia Álex.

—Tú eres una semidiosa, pero tu éter no es tan puro. No como el que se esconde tras las escaleras. —Hizo una pausa y miró a Josie—. O esta.

—No soy un aperitivo —declaró Josie y yo sonreí—, así que deja de mirarme como si fuera la cena.

—Oh, pero querida, eso es exactamente lo que eres. —Atlas sonrió y fue muy escalofriante—. Y el resto sois completamente prescindibles.

Ocurrieron varias cosas a la vez.

Atlas levantó la mano con los dedos extendidos. Una ráfaga de energía cruzó la habitación, apuntando directamente hacia Álex y Aiden. Ambos la esquivaron, apartándose a un lado antes de que les alcanzara. El Titán cambió al instante. La descarga de energía se desvió hacia Luke, que salió despedido contra Deacon.

Luke disparó varias veces con la Glock, pero Atlas se retorció y giró con rapidez, esquivando cada una de las balas. Se estrellaron en la pared sin causarle ningún daño y Atlas ya se encontraba delante de Aiden.

Pasando por debajo del brazo de Atlas, Aiden se colocó detrás de él y se giró para darle una patada, pero el Titán era increíblemente rápido, más que Hiperión. Se giró con el brazo extendido, golpeando a Aiden en el pecho y volteándolo.

Y eso cabreó a Álex.

Corrió hacia el Titán, propulsándose a unos centímetros delante de él. Giró en el aire para asestarle una brutal patada giratoria.

Nunca le alcanzó.

Atlas volvió a girar y atrapó su pierna. La lanzó como un maldito bate de béisbol, arrojándola directa hacia Aiden cuando este consiguió ponerse de pie. Cayeron en un amasijo de brazos y piernas.

—Santos cojones —murmuró Solos.

—Ha estado jodidamente cerca —girando, arrojé mi daga del Covenant a la cabeza de Atlas, principalmente como distracción. Funcionó. El Titán se movió para evitarla mientras yo convocaba el elemento fuego. Una bola de llamas ámbar se formó sobre mi mano. La lancé como una pelota de béisbol.

Una ola de energía provino de Josie. Convocó el fuego un segundo después que yo, añadiendo otra bola de fuego a la mía.

Atlas se volvió hacia nosotros. Las llamas se apagaron antes de que le alcanzaran, como si se hubieran estrellado contra algún tipo de campo de fuerza.

—No te agotes, chica. Tengo grandes planes para ti después.

Eso no me gustó.

A Josie tampoco.

—Lo siento, estoy ocupada luego. —Un estallido de energía ondeó a través del aire, bañando mi piel, y pude *sentirlo* dentro de mí, esforzándose por liberarse. Una descarga de akasha dejó a Josie en una brillante burbuja de energía azulada. Se estrelló contra el hombro de Atlas, haciéndole retroceder un paso.

—¡Au! —dijo Atlas sacudiendo el brazo—. Eso no ha estado bonito. —Levantó el brazo y de repente Josie empezó a deslizarse por el suelo de piedra, girando los brazos como si intentara recuperar el control de su cuerpo, pero era como si una mano invisible la arrastrara hacia Atlas.

Maldiciendo, me lancé hacia la izquierda y la atrapé por la cintura, tirándola al suelo y rompiendo la conexión. Giré y recibí el golpe de la caída cuando aterrizamos, con ella encima. Rodé antes de que Atlas tomara la delantera. Mis rodillas chocaron contra el suelo entre las de ella. Nuestras miradas se encontraron durante una milésima de segundo y luego volé por los aires. Me preparé para el impacto.

Al golpear la mesa, me estrellé contra una maceta. La tierra me cayó en la cara cuando la madera se rompió debajo de mí. Reaccioné antes de comerme el suelo de piedra, aterrizando de costado. Miré hacia arriba y vi a Hércules.

Estaba en pie y cruzó corriendo el vestíbulo, sus pesados pasos hicieron temblar la mesa. Intentó derribar al Titán con el hombro, pero no funcionó. Atlas envolvió el pecho de Hércules con sus enormes brazos, levantó *al* semidiós en el aire y lo estrelló contra el suelo impulsándose con él hacia abajo. La piedra se agrietó bajo su peso.

Atlas se levantó, extendiendo los brazos.

—¿Quién es el siguiente?

—Dioses. —Solos sacó su Glock y disparó varias veces. Al igual que antes, el Titán esquivó las balas y fue directo hacia el Centinela. Solos tiró la Glock a un lado, preparándose para el cuerpo a cuerpo.

Aiden apareció de la nada, corriendo detrás del Titán. Se lanzó y aterrizó sobre Atlas, engancho las rodillas en las caderas de este. Aiden agarró la cabeza del Titán y la retorció de un tirón. El crujido del hueso roto resonó en la habitación un segundo antes de que Atlas estirara el brazo y agarrara a Aiden por la camiseta. Atlas

lo lanzó por encima de su hombro, haciéndole volar por los aires. Aiden se estrelló contra el suelo, rodó unos metros antes de detenerse sobre su espalda.

—Debería haberte dicho que eso no funciona —dije, aferrando la hoja envenenada e intentando averiguar cómo acercarme lo suficiente a Atlas para usarla.

—Gracias —gimió Aiden mientras rodaba sobre el costado— por el aviso.

Luke fue el siguiente en caer. Salió despedido como una maldita pelota de fútbol cuando corrió hacia Atlas. Deacon utilizó el elemento fuego para llamar la atención de Atlas mientras Josie le enviaba otra descarga de akasha desde el otro lado.

Apreté la mandíbula e ignoré lo que sentí como un gigante dormido despertándose en mi pecho cuando convoqué también el akasha. Antes de que pudiera lanzarlo, Atlas volvió a sonreír mientras levantaba los brazos. Un agudo y penetrante grito llegó de fuera y entonces un humo negro se introdujo en la casa, dividiéndose en varias columnas. Sombras.

Las sombras estaban por todas partes.

—Santa mierda. —Josie chilló cuando una fue directa a por ella. Se agachó y giró. Al chocar contra la pared, sus ojos se encontraron con los míos. En su rostro estaba escrito lo mal que iba esto.

—Dioses —Álex cayó al suelo, esquivando por los pelos a una de ellas—, huelen como el río Estigia. —Rodando de costado, usó las piernas para impulsarse y ponerse de pie—. Es muy asqueroso.

—Que no os atrapen —ordenó Aiden mientras volvía a levantarse—. No podemos hacer nada contra ellas.

Josie saltó hacia la izquierda, frunció el ceño cuando una la agarró del pelo.

—Necesitamos una furia. Ya.

Sí y, como siempre, esas brujas no estaban cuando se las necesitaba.

Era un caos, encargarse de Atlas mientras evitabas las sombras. Una columna de humo negro atrapó a Deacon, lo levantó hasta el techo y eso llamó la atención de Luke y Aiden. Cruzaron el atrio corriendo y la sensación en el pecho regresó cuando Aiden envió una descarga de akasha a la sombra. Dejó caer a Deacon.

Justo encima de ellos.

Atlas cruzó el atrio, directo hacia el hueco de la escalera. Salí disparado por la derecha. Al otro lado, vi a Josie dirigiéndose también hacia él. Quería decirle que se volviera, pero teníamos las hojas envenenadas. Él estaba a medio camino de la escalera cuando Solos llegó corriendo por detrás de Josie.

El Titán se giró tan rápido que para cuando alguno de nosotros se dio cuenta de lo que estaba haciendo, fue demasiado tarde. Atrapó a Solos por el brazo con una mano y le golpeó en el pecho con la otra... No, golpearle no. Su mano atravesó el torso de Solos.

Josie gritó cuando la sangre bañó la espalda de Solos.

Me detuve de golpe, aturdido, mientras Atlas sacaba la mano. La sangre estaba por todas partes y en la mano de Atlas había algo que pertenecía al pecho de Solos.



Su corazón.

La sangre abandonó al instante el rostro de Solos mientras sus piernas colgaban inertes. Se dobló como una hoja de papel. Cayó al suelo y no se movió. Derribado. Acabado. Muerto.

—Ya estoy harto de esto —dijo Atlas, apretando el corazón, destruyéndolo.

Todo mi autocontrol se quebró.

La ira me atravesó, me desgarró. Grité, el sonido resonó en la habitación, y al límite de la furia y el dolor, extendí los brazos a los lados. Dejé caer la hoja envenenada cuando el monstruo en mi pecho se despertó por completo. Reconocí todos los poderes de la habitación: el de Álex y Aiden, el de Hércules e incluso el de Gable, pero sobre todo el de Josie. Me susurraba que lo tomara. Excavaba hondo, exigiendo venganza y prometiendo represalias.

Dejé que el monstruo tomara el control.

Mis labios se movieron y dijeron tres palabras que ya había oído antes, palabras que desatarían el poder definitivo, palabras que Álex había dicho una vez. No entendía cómo funcionaba. Tampoco me importaba. «Θάρρος».

*Valor.*

Una descarga me atravesó el cuerpo, seguida por una gran calidez. La determinación invadió mi pecho.

«Δύναμη», dije.

*Fuerza.*

Otra descarga de poder me golpeó, recargándome. La calidez se convirtió en calor, invadiendo mis músculos, destrozándolos y recomponiéndolos rápidamente.

Alguien gritó, un grito agudo. Hubo un chillido, un quejido más áspero y fuerte.

Continué mientras daba un paso hacia delante, atravesando las sombras que rodeaban a Atlas. «Απόλυτη εξουσία».

*Poder absoluto.*

Una luz ambarina se extendió por toda la habitación. Los gritos se volvían más agudos a medida que cada célula de mi cuerpo vibraba de poder. Los símbolos aparecieron en mi piel, arremolinándose con rapidez. Las sombras retrocedieron, revelando a un Atlas paralizado.

Terminé. «Αήτητο».

El aire me perforó los pulmones cuando se cargó de electricidad estática a mi alrededor. Cordones de luz aparecieron por toda la habitación. Uno. Dos. Luego tres y cuatro. Cinco. Seis. Siete. Los cordones brillantes y luminosos llegaron de todas partes, estrellándose en mi pecho, haciéndome chocar contra la pared y luego elevándome en el aire. En mi interior, la energía se agitaba y vibraba. Un fuego se encendió dentro de mí, cálido y frío a la vez. El poder invadía cada célula.

Mis pies volvían a estar en el suelo y tenía la cabeza inclinada hacia atrás. De reojo vi cuerpos marchitándose, pero me concentré en la fuente de mi rabia. Todos mis sentidos se hiperdesarrollaron. Vista aguda. El olor a *pizza* quemada mezclado

con el olor metálico de la sangre y el sudor. Oía varias respiraciones.

El mundo estaba teñido de blanco.

El miedo cruzó el rostro del Titán. Oh, sí, sabía a lo que se enfrentaba. Sabía que llegaba su final, el verdadero final, y no había forma de escapar porque yo era el comienzo y el fin.

—No —dije, con una profunda y pesada voz que no reconocí como mía—. Yo estoy harto de esto.

Convoqué el akasha, pero esta vez fue diferente. El éter vibró en mis venas e inundó mi cuerpo. El ámbar teñido de blanco giró alrededor de mi brazo, crepitando y chisporroteando en el aire cuando salió con fuerza.

Atlas intentó moverse, pero era demasiado tarde.

El akasha alcanzó al Titán, golpeándole en el pecho, y continuó mientras yo avanzaba, manteniendo la intensidad, rodeándole con su poder. Salieron briznas de humo y pequeños destellos de luz que golpearon a las sombras. La luz las engulló y las destruyó.

Atlas estaba retrocediendo, pero una pierna cedió y después la otra. Cayó al suelo de rodillas y sonreí mientras le ponía la palma sobre la cara. Mi pecho se hinchó cuando accedí a lo que había dentro del Titán, extrayéndole hasta el más mínimo ápice de éter, y lo que había dentro de mí se convirtió en fuego al rojo vivo.

El Poder se replegó.

Aparté la mano y la luz ambarina desapareció.

Atlas me miró boquiabierto. Sus ojos vertieron una oscura y brillante sangre azul. Bajo su piel se hizo visible una red de venas, iluminadas desde dentro. La luz se filtró y bañó todo su cuerpo.

Me reí.

Un fuerte estallido, como bombas explotando al mismo tiempo, resonó en la habitación y cuando la luz desapareció, lo único que quedó de Atlas fue una mancha calcinada en el suelo de piedra. Miré la mancha durante varios segundos hasta que algo gimió detrás de mí.

Despacio, me di la vuelta. Había gente en el suelo. Eran las cosas que se estaban marchitando. Cosas. Insignificantes. Quejándose. Intentando sentarse. Molestando.

Caminé hacia ellos con paso decidido. Algo se movió a mi derecha. Miré. Era grande y se acercaba a mí. Hércules. Dioses, no me gustaba.

Levanté la mano y salió volando. Mi atención se centró en el puro de cabello oscuro y ojos plateados. Estaba protegiendo a alguien. Le salía sangre de la nariz.

Oh, sí, él no me gustaba nada. No entendía muy bien por qué, pero sabía que me encantaría aplastarlo. Levanté la mano.

—¡Seth! ¡No! —gritó una mujer. La voz me era familiar. Me provocó algo. Me distrajo—. ¡Seth!

Una sensación punzante me atravesó el antebrazo y me di la vuelta, levantando el brazo para convocar el akasha. Bajó por mi brazo en espiral.

—Seth —susurró ella.

Su voz me detuvo, me alcanzó y me sacudió. La luz ambarina teñida de blanco se apagó. Miré hacia abajo y vi unos ojos azules... Josie. Mi Josie. Y entonces vi lo que sostenía en la mano. Esa pequeña mano temblaba, pero no estaba vacía. Aferraba la hoja. Abrí la boca, pero no salió ningún sonido. Mis piernas cedieron y Josie soltó la estaca. La oí caer al suelo y luego no oí nada.

No *hubo* nada.

## Josie

Al soltar el cuchillo, me abalancé e intenté detener la caída de Seth. Le rodeé la cintura con los brazos, pero pesaba demasiado. La toxina le había afectado bastante y no podía aguantar su peso. No cuando mantenerme en pie y llegar hasta él había agotado la energía que me quedaba.

Me desplomé con él, aterrizando en el suelo con la cadera. El dolor estalló, pero lo ignoré cuando la cabeza de Seth agrietó el suelo de piedra.

Estirando el brazo, busqué su costado y tiré de él para ponerlo bocarriba. Tenía los ojos cerrados, las pestañas oscuras formaban un abanico sobre sus mejillas doradas. Con una mano temblorosa, busqué el pulso en su cuello y ahogué un grito de alivio cuando lo sentí firme bajo mis dedos.

No tenía ni idea de lo que le haría la sangre de Pegaso. Podía matar mortales. Inmovilizar Titanes y semidioses, ¿pero al Apollyon? En realidad, nadie había dicho lo que podría hacerle a él.

Estaba vivo.

Inconsciente, pero vivo.

Impulsándome, me senté y examiné la habitación. Mi mirada aterrizó primero en el cuchillo. *Necesitarás la toxina, pero no para quién tú crees.* Las palabras de Medusa regresaron. Ella lo sabía. Esa mujer lo sabía.

Y yo había visto al Titán Atlas antes.

Había aparecido en mis pesadillas. Había estado allí una y otra vez. Había sido él. ¿Cómo? No lo entendía, pero así era.

Paralizada, levanté la mirada. Deacon intentaba ponerse en pie, al igual que Luke. Ambos tenían aspecto de haber atravesado una pared. Un pequeño hilo de sangre caía de la nariz de Deacon, pero parecía estar ileso. Los moretones de la mandíbula de Luke eran de luchar con Atlas. Hércules estaba sentado, con una expresión de completa perplejidad.

—¿Cómo ha hecho eso? —Álex se puso de pie con la ayuda de Aiden, tambaleándose hacia un lado. Ambos parecían estar bien—. ¿Cómo ha hecho eso?

No respondí, porque no sabía cómo se había alimentado Seth de todos nosotros sin ni siquiera tocarnos.

Mi mirada por fin acabó en Solos.

—Oh, dioses —susurré, desviando la mirada al instante. Lo que Atlas había susurrado en mi sueño la noche antes también había sido cierto. *Cava una tumba.*

Estaba... Cerré los ojos y me mordí el labio inferior hasta que saboreé la sangre. El dolor se extendió en mi pecho, eclipsando el dolor físico que me corroía.

Solos se había ido.

Su muerte había llevado a Seth al límite, un límite muy frágil que ni siquiera sabía que se había estado tambaleando todo... todo este tiempo.

Estaba paralizada, sentada entre el lugar dónde había caído Seth y dónde yacía Solos. Este olor a muerte era diferente al que provenía de las sombras. Este... este era más denso, más real.

—Solos —dijo Deacon en voz baja. Había caído de rodillas delante de él—. Oh, tío. Oh, dioses, esto... —Extendió las manos, pero las retiró—. Esto no está bien.

Nunca estuvo bien.

Álex fue hacia Deacon y su expresión se desmoronó un segundo antes de taparse el rostro con las manos. Se giró ligeramente, con los hombros tensos, y tras unos minutos pareció recomponerse. Cuando se dio la vuelta, su expresión estaba desprovista de emoción.

—Tenemos que enterrarlo con monedas —susurró ella—. Tenemos que dárselas para que pueda cruzar en la barca del Estigia. Ahora.

—De acuerdo —Aiden se arrodilló junto a Solos y vi sus dedos moverse sobre el rostro de Solos. Oh, dios, le estaba cerrando los ojos—. ¿Gable?

Me había olvidado por completo de él.

Salió de debajo de la escalera. No había llegado más lejos antes de que todo se volviera un caos. El color abandonó su rostro cuando miró a Solos.

—Tenemos... tenemos mucho terreno. Hay... um, palas fuera, en el cobertizo junto a la piscina.

Aiden se volvió hacia su hermano y Luke.

—Id con él. Necesito que os aseguréis de que esté a salvo.

Por una vez, Deacon no protestó. Con una última mirada a Solos, se levantó y se unió a Gable. Siguieron al hombre alterado hacia la cocina. En el último segundo, Deacon dio un giro y corrió hacia el salón, volvió segundos después con una manta.

—No puedo dejarlo así —explicó mientras caminaba hasta dónde yacía Solos. Con cuidado, puso la manta sobre él, cubriendo el rostro y el pecho de Solos, al igual que la mayor parte de sus piernas.

Entonces Deacon se fue.

—Debemos pensar qué hacer con Seth. —Aiden se pasó la mano bajo el labio ensangrentado.

Me quedé inmóvil, mirándole.

—Nos ha extraído el éter —dijo Hércules, sonó como si tuviera papel de lija en la garganta—. No me dijeron que podía hacer eso. Nadie debería poder hacer eso.

Dirigí la mirada a Seth. Los símbolos ya habían desaparecido, filtrándose en su piel. Sus ojos no eran de color ámbar cuando me miró. ¿Lo habían visto los demás? Eran completamente blancos, como los de un dios.

—No ha detenido a Atlas. —Aiden aferraba una daga mientras se acercaba a nosotros—. Ha... Ha eliminado a Atlas. Ha matado al Titán.

Hércules balanceaba la cabeza hacia delante y hacia atrás.

—Eso no es posible.

—A mí me parece que sí. —Álex se frotó la cadera y el pecho mientras se dirigía al lugar en el que se había encontrado Atlas. La piedra estaba carbonizada—. Parece muy posible.

—Eso significa... —Aiden arrastró las palabras.

—¿Qué significa? —pregunté, colocando las manos sobre la piedra. Me impulsé y me puse de pie—. ¿Qué significa eso?

—Solo los semidioses pueden matar a los Titanes, ¿no? —Aiden dio la vuelta para colocarse tras Seth. Me puse tensa—. O sepultarlos, pero nadie excepto... —otra vez dejó la frase sin acabar, como si no quisiera verbalizar lo que temía.

—Lo único que podría matar a un Titán sería lo mismo que podría matar a uno de los Olímpicos. —El rostro de Álex palideció—. El Asesino de Dioses.

El aire se atascó en mis pulmones. ¿Qué había dicho Medusa?

—Pero eso no es posible. Tú fuiste el Asesino de Dioses antes... bueno, antes de que acabaras en el Inframundo. Él no es el Asesino de Dioses.

Su mirada se encontró con la mía.

—No debería serlo, pero lo que acaba de hacer es lo mismo que yo le hice a Ares.

—Pero no estás conectada a él, ¿no? —argumenté, negándome a creer lo que todos pretendían dar a entender, negándome a creer que no hubiera prestado atención a la advertencia que me habían dado.

—No. —Levantó las manos—. No estoy en el equipo de Seth ahora mismo.

Fruncí el ceño.

—Algo muy grave acaba de ocurrir —continuó, señalando a Seth—. Pero si de alguna forma se ha convertido en el Asesino de Dioses, rompiendo algún tipo de ley celestial, entonces todos los Olímpicos estarían aquí, ¿verdad? Aparecieron de inmediato después de que yo matara a Ares. No perdieron tiempo.

—Eso es porque sabían que estabas de su parte. Sabían que eras consciente de lo que probablemente podría ocurrir. No creían que estuvieras loca. Están convencidos de que Seth está loco. —Hércules retrocedió un paso—. Si es el Asesino de Dioses, no se acercarán a él. ¿Quién lo haría? Podría matarlos.

—Maldición —escupió Aiden.

—Es más, ¿por qué seguimos *nosotros* aquí? Puede matarnos con un chasquido de dedos —continuó el semidiós—. A la mierda. Tenemos que volar este sitio y...

—No nos va a matar. —Mis manos se convirtieron en puños—. Deja de exagerar.

—Eso no lo sabes —contestó Hércules con frialdad—. Ninguno de nosotros lo sabe. Yo digo que cojamos una de estas nueve dagas y se la clavemos en el...

—Si haces eso será lo último que hagas antes de que te ate con tus propios intestinos —le advertí, completamente en serio—. No le harás daño.

Herc parpadeó.

—Joder. Eso es pasarse.

—¿Apuñalarlo no lo es? —repliqué.

Álex se detuvo a varios pasos de Seth y no se acercó más.

—Demonios. Estaban... estaban preocupados por una razón.

—¿Qué? —pregunté, perdida.

—Hades nos advirtió antes de que viniéramos. Los Olímpicos estaban preocupados por la... por su estabilidad. Hizo algo antes de que nos fuéramos del Tártaro que los puso como locos —explicó Álex y parpadeó al mirarme—. No dijimos nada porque los Olímpicos a veces pierden los nervios solo porque alguien estornude demasiado fuerte. Querían que lo vigiláramos.

—Eso... —Negué con la cabeza—. Eso no está bien.

Álex me miró y no respondió, pero su expresión lo decía todo. Era una mezcla de compasión y comprensión.

Abrí la boca para decirle que deberían haber dicho algo, pero entonces me di cuenta de qué era lo que había hecho Seth para ponerlos como locos.

—Se alimentó de mí.

Eso atrajo la atención de todos.

—Fue un accidente —expliqué, mientras mi mirada volvía una vez más hacia dónde yacía Solos—. Las cosas se descontrolaron y se alimentó de mí, paró antes de que ni siquiera supiera lo que ocurría. Fue justo antes de que vinierais aquí. No lo supe hasta... hace una hora. —¿Solo había pasado una hora? Parecían días—. No fue a propósito —sentí la necesidad de repetirlo—. No cambia lo que hizo, pero creo... Sé que ha estado esforzándose.

—Joder —murmuró Aiden. Parecía que quería decir algo más, pero cambió de opinión—. Tenemos que hacer algo con Seth ya. —Aiden se acercaba a la cabeza de Seth—. Antes de que se despierte.

—Tengo... hay una habitación del pánico en el sótano. —Gable había regresado con los chicos. Ni siquiera los había oído—. No está terminada del todo, pero tiene paredes y una puerta de acero reforzado que lo encerrará.

—Eso valdrá de momento. —Aiden se volvió hacia Hércules—. Cógele los pies.

—¿Qué hay de Solos? —Los ojos enrojecidos de Deacon se dirigieron a la figura cubierta con la manta—. Tenemos que enterrarlo.

—Lo haremos —Luke le pasó un brazo por encima—, pero tenemos que encerrar a Seth primero.

Di un paso hacia delante.

—Espera. Esto no me parece bien.

—Sé que no lo parece, sobre todo para ti, pero tenemos que hacerlo. —Álex me miró directamente a los ojos—. No sabemos a qué nos enfrentaremos cuando se despierte y espero... no, *rezo* por que esté bien, pero no podemos correr el riesgo.

No me gustaba.

Pero lo comprendía. Apretando los labios, asentí. Todo lo que había ocurrido durante esa hora era surrealista. Me sentí extrañamente distanciada de todo eso.

Gable nos guio a un sótano a medio terminar. Se dirigió hacia lo que parecía ser una pared normal, pero la empujó por el centro con la mano. Una parte de la pared se separó y se abrió, revelando una habitación... con otra habitación en su interior.

—El marido de mi madre puso un colchón aquí dentro para ver si cabría —explicó Gable mientras dejaban a Seth sobre un delgado colchón—. Supongo que también planeaban decorar esta habitación. Pero el baño no está terminado y... nada de eso importa.

Una mano rodeó la mía, sobresaltándome. Luke sujetaba mi mano.

—Ven conmigo.

Clavé los pies al suelo.

—Sé que es difícil —habló en voz baja—, pero tenemos que dejarlo aquí, al menos por ahora.

—No me parece bien —le dije—. Debería estar aquí cuando despierte.

—Y si no se despierta en sus cabales y hace algo que accidentalmente te hiere, ¿cómo crees que le afectará eso? —razonó Luke—. Lo empeorará todo.

No estaba segura de cómo podía empeorar nada en este momento, pero Luke llevaba razón. Le dejé llevarme fuera de la habitación del pánico y subir al piso de arriba. Intenté no escuchar cómo se cerraba la puerta tras ellos.

Y entonces salimos todos fuera, esta vez Aiden y Hércules llevaban el cuerpo de Solos hasta una parcela al sur de la piscina ajardinada. No usaron las palas. No fueron necesarias porque Álex convocó el elemento tierra y se formó una profunda... una profunda tumba. Me di cuenta de que Aiden había hecho salir a Gable de la habitación a propósito. Probablemente para despejar su mente, hacerle sentir útil. Sabia decisión.

Colocaron a Solos en la tumba y dos monedas sobre sus ojos. Nunca había visto nada igual.

Y no lloré.

Aunque quisiera hacerlo.

Podría haber aliviado la caótica mezcla de emociones que invadía mi pecho de esa forma, pero lo único que pude hacer fue quedarme allí parada mientras volvían a echar la tierra en la tumba.

—Lo recibirán como a un héroe en el Tártaro —dijo Aiden de forma solemne, con los ojos brillantes—. No le faltará de nada.

Quedarse fuera no era inteligente. Tampoco lo era ir dentro ¿pero qué otra opción teníamos llegados a este punto? Una vez en la cocina, Gable apagó el horno, pero no habría forma de deshacerse del olor a quemado. Todo el mundo se dispersó antes de que me diera cuenta y fui la última en subir las escaleras. A medio camino del pasillo oí voces. Álex y Aiden.

Debería haber seguido andando, pero no lo hice. Acercándome con sigilo a la puerta, me detuve cuando los escuché hablar en voz baja.

—Voy a llamar a Marcus —oí decir a Álex.



—Y yo puedo convocar a Apolo y ver si podemos pedirle a Hefestos que haga una jaula —dijo Herc, sonando sorprendentemente sensato. Había estado muy formal desde que el Titán apareció—. Eso lo retendrá.

—A mí me retuvo un tiempo —dijo Álex—, pero yo no era el Asesino de Dioses en ese momento. Y creo que todos tenemos que aceptar el hecho de que Seth de alguna manera se ha convertido en eso.

Me preocupaba el hecho de que hablaran de meter a Seth en una jaula. ¿Una jaula de verdad?

—El problema es si Apolo responderá a tu llamada a tiempo —preguntó Aiden—. Suele responder cuando le apetece, incluso cuando es muy urgente.

—Eso es un problema. —Herc hizo una pausa—. Puedo volver al Olimpo y encontrar a Apolo. O incluso a Hefestos.

—¿Qué? —espetó Álex y yo me pregunté si Herc regresaría. No parecía que quisiera estar cerca de Seth—. ¿Cómo?

—Yo no pertenezco a este reino y puedo volver a entrar en el Olimpo... bajo las circunstancias adecuadas.

—Por supuesto —masculló Álex y casi pude imaginarla poniendo los ojos en blanco—, ¿cuáles son las circunstancias adecuadas?

—Tengo que verter un poco de mi sangre en el punto más alto de dónde me encuentre, lo que resulta muy oportuno porque estamos sobre acantilados —explicó.

Hubo una pausa y luego Aiden dijo:

—No suena complicado. Puedes hacerlo ahora, antes de que Seth tenga oportunidad de despertarse.

Se me encogió el corazón.

—Bueno, solo puedo hacerlo en el momento preciso en el que el sol se levanta —añadió Hércules—. No sé bien por qué, pero yo no pongo las reglas.

—Eso es... —Álex suspiró—. Eso no es hasta dentro de unas seis horas como mínimo. No sabemos cuánto durará el efecto de la sangre de Pegaso en Seth. Aunque dure lo suficiente como para que traigamos a Hefesto, no podemos quedarnos aquí mucho tiempo. Puede que Atlas se haya ido, pero probablemente los demás Titanes hayan sentido su muerte. Vendrán a por nosotros.

—Vosotros mantened la habitación vigilada y con suerte Hefesto podrá fabricarnos una perrera o algo así —aconsejó Hércules y yo abrí los ojos de par en par. ¿Una perrera?—. Pero para ser justos, no sabéis cómo estará cuándo despierte. Puede que ni siquiera intente escapar. Puede que sea tu amigo y vecino el Asesino de Dioses.

Sorprendida de que Hércules estuviera defendiendo un poco a Seth, casi me caigo. Esos dos no habían empezado con buen pie.

—Esperemos que ese sea el caso. —El agotamiento se filtraba en el tono de Aiden—. Pero basándonos en experiencias pasadas con él, cuando se vuelve loco, se vuelve completamente loco y no suele ser breve.

Ni siquiera le iban a dar a Seth una oportunidad. No se había vuelto «loco» por gusto. Le había pasado después de que Solos muriera. La ira estalló dentro de mí. Me aparté de la pared, a punto de hacer acto de presencia.

—¿Qué hay de Josie? —esa era Álex, y me detuve, conteniendo la respiración—. ¿De verdad crees que le va a dejar en la habitación del pánico? No tengo nada contra ella, pero no... no conoce al Seth que nosotros conocimos.

—No creo que lo haga. Ella vio lo violento que estaba. No pondría a todos los que estamos aquí en peligro —respondió Aiden—. Además, Luke está vigilando su habitación ahora. No le hará daño a Luke, ni siquiera para liberar a Seth.

Vale. Eso era en parte cierto. No quería herir a nadie que no lo mereciera, pero le haría daño a alguien para proteger a otro. Sin embargo, no planeaba liberar a Seth hasta que supiera cómo estaba mental y emocionalmente. Las cosas estaban complicadas entre nosotros ahora mismo, pero eso no significaba que hubiera perdido la fe en él. ¿No?

Ya no estaba segura de qué pensar.

Sintiéndome agotada, me alejé de la puerta y volví a bajar las escaleras antes de que pudieran descubrirme. Era extraño. El atrio estaba prácticamente intacto, como si no hubiera pasado nada.

Como si Solos no hubiera perdido la vida allí.

Inspirando hondo, me obligué a dar cada paso. No sé por qué fui hacia la biblioteca. Tal vez resultara tranquilizador estar rodeada de libros. Ese olor familiar me calmaba.

Fui hacia el sofá situado frente a la ventana y me senté, acurrucándome sobre el brazo. Me pasé la mano por la cara para apartarme el pelo que había caído sobre mis ojos.

¿Qué había ocurrido?

Dioses, no podía procesarlo todo.

Todo había cambiado. De alguna manera lo había visto venir. ¿Había estado Atlas invadiendo mis sueños o... o era algo más? Ahora mismo eso no importaba. Solos se había ido, un segundo estaba ahí y al siguiente simplemente se había ido. Se me escapó una lágrima, que descendió por mi mejilla. Intenté consolarme con que había una vida después de la muerte. Que Solos estaba bien. Como había dicho Aiden, Solos sería recibido como un héroe en el Tártaro. Sin embargo, eso no lo hacía más fácil. En realidad no, porque la muerte era la muerte y para mí seguía siendo definitiva.

Era el final.

El pesar cavó hondo, aferrándose con pequeñas garras que atravesaban hueso y músculo. No podías detenerlo. El dolor estaba allí para quedarse.

Y Seth... Ni siquiera sabía lo que pasaba con Seth, quién iba a ser cuando despertara. ¿El Seth que cometió errores terribles pero quería ser mejor? ¿El Seth que había estado en la habitación, vulnerable y prácticamente destrozado mientras se

disculpaba?

¿O el Seth que había arrasado con todos nosotros, incluido Atlas? No solo había extraído mi éter. Había extraído el de todos, algo que ninguno de nosotros sabía que podía hacer y, en el fondo, no creía que Seth fuera siquiera consciente de que podía hacerlo hasta que lo hizo.

Bajé la mano, la cerré sobre mi pecho mientras inspiraba hondo, pero no pareció disminuir la tensión.

Había hecho lo correcto al detener a Seth. Eso lo sabía, ¿pero quedarme sentada y mantenerlo encerrado en una habitación estaba bien? Herc se iría pronto y traería a un dios que podía retenerlo. ¿Me equivocaba al pensar que eso no era lo correcto? No lo sabía.

Ahora mismo, más que nunca, necesitaba a mi... mi padre.

Necesitaba que hiciera lo que hacían los padres. Darme consejo. Ayudarme. Ponerse de mi parte. Apoyarme.

Cerrando los ojos, presioné la punta de mis dedos bajo mi barbilla.

—¿Apolo? —dije en la silenciosa habitación.

Quizás no le respondiera a Hércules, pero cuando yo había gritado su nombre la noche en que Hiperión me secuestró, había venido.

Tan solo se escuchó el leve tictac de un reloj que había cerca. Lo intenté de nuevo.

—¿Papá?

Y todavía nada.

No importó cuántas veces dijera su nombre, Apolo no contestó. La presión aumentó en mi pecho y se escaparon más lágrimas. Siguieron cayendo en silencio y cerré los ojos con fuerza. Para cuando el agotamiento me arrastró, no estaba segura de por quién lloraba más.

## Seth

El rostro horrorizado de Josie fue lo último que vi y lo primero que recordé cuando abrí los ojos de par en par y mi pecho se hinchó de forma brusca.

Santa mierda.

Tomé bocanadas de aire.

¿Qué había hecho?

El zumbido del éter puro aún cantaba en mis venas, iluminando cada terminación nerviosa y llenando cada célula de luz y poder. Mi piel vibraba y mis sentidos estaban hiperdesarrollados.

¿Qué coño había hecho?

Algo me había ocurrido.

No era solo por el éter robado que me recargaba. Cada célula de mi cuerpo había sido reconstruida. Pura energía vibraba a través de mis venas.

Una lenta sonrisa se formó en mis labios mientras estiraba el cuello de izquierda a derecha. Sabía lo que estaba sintiendo.

Yo era principio y el final.

El Asesino de Dioses.

Mi sonrisa se amplió, pero se congeló cuando esa idea caló. ¿Cómo? ¿Cómo era posible? De inmediato, me enderecé para comprobar si el vínculo entre Álex y yo volvía a ser potente, pero seguía siendo el mismo, allí, silencioso, en la sombra. No podía ser un buen presagio.

La brillante bruma de poder amenazaba con arrastrarme, pero la droga estaba contaminada... oh, dioses, era un amargo placer corriendo por mis venas. Los acontecimientos antes de que Josie hubiera usado ese maldito veneno y me hubiera dejado cao, se repitieron una y otra vez en mi cabeza. No necesitaba cerrar los ojos para ver a Josie arquear la espalda en el momento que conecté con ella y me alimenté. No necesitaba usar la imaginación para recordar cómo habían cedido sus piernas. O cómo habían cedido las piernas de todos.

Se acabó el debate. Se acabó fingir que podía quedarme con Josie y no estar con ella, porque joder, era obvio que eso no había durado ni un segundo.

Conmigo no se estaba a salvo.

Nunca se estaría a salvo.

Sobre todo cuando se trataba de Josie.

Peor aún... dioses, lo peor fue la mirada en el rostro de Josie. Estaba horrorizada, pero no se había asustado. No parecía sentirse traicionada, aunque me hubiera alimentado de ella, aunque le hubiera hecho daño.

Sinceramente, me importaban una mierda los demás, ¿pero ella?

Me senté, apenas consciente del delgado colchón que tenía debajo, y saqué las piernas. Me puse de pie, se me aceleró el corazón cuando di un paso hacia delante. Al levantar la mirada me encontré con una puerta de acero reforzado. ¿Dónde demonios estaba? No importaba. Esa puerta no me retendría. Tenían que saber eso, así que o bien eran increíblemente estúpidos o bien habían convocado a Hefestos para fabricar el mismo tipo de jaula que había retenido a Álex.

Pero una jaula no me encerraría. Ahora no.

Aunque pudiera, no podía dejar que eso ocurriera. Porque aunque estuviera encerrado sin una salida inmediata, Josie estaba aquí.

Ella me liberaría.

Sabía que lo haría.

Y yo la destruiría.

Destrozado, supe lo que tenía que hacer. Se acabaron los jodidos rodeos, se acabó mentirme a mí mismo y a Josie, sobre todo a ella. Debería haber hecho esto el día que me alimenté de ella.

Sabía que estaba en el mal camino, que había estado en el mal camino desde el momento en que vi a Josie en la escalera en Radford, pero no había hecho nada al respecto. Ahora lo haría. Haría algo al respecto, aunque enfadara a Apolo y al resto de los dioses. Lo haría para mantenerla a salvo.

A salvo de mí.

Caminé hasta la puerta y agarré el pomo. Convoqué el elemento fuego y fundí el mecanismo interno. El metal cedió, se quedó inservible. El acero habría estado bien si alguien hubiera intentado echar la puerta abajo, por ejemplo un mortal, pero a mí no me detuvo. Deberían haberlo sabido, al igual que yo sabía que habría un guardia al otro lado.

Una pequeña parte de mí esperaba que Aiden fuera el guardia, porque me habría encantado patearle el culo solo por diversión, pero cuando abrí la puerta no estaba él.

Al otro lado de la habitación, Luke se apartó de la pared y alcanzó el pequeño cuchillo en forma de carámbano.

—Mierda.

Me abalancé, incluso más rápido de lo que él, un Centinela perfectamente entrenado, podía moverse. El *poder* que me recorría me hacía sentirme liberado. Girando, barrí sus piernas. Luke se tambaleó, soltando otra maldición mientras me lanzaba a por él. Dando una vuelta, le rodeé el cuello con el brazo desde atrás. Ejercí la presión justa sobre su garganta. Levantó las manos y me clavó los dedos en el bíceps.

—Lo siento, tío. —Mi voz era baja, ronca—. No es nada personal.

Me pegó un puñetazo en el brazo, pero estiré la mano libre y cogí el pequeño cuchillo que sabía que estaba impregnado de sangre de Pegaso. Rápido como un rayo, deslicé la afilada hoja por su antebrazo.

El resultado fue inmediato.

Luke se derrumbó sobre mí, con huesos y músculos inutilizados por el veneno. Se recuperaría. En unas horas.

Lo metí en la celda y lo dejé con cuidado sobre el catre. Sus ojos, llenos de furia, encontraron los míos. Su silenciosa y paralizada mirada prometió venganza antes de cerrar los ojos, sucumbiendo a la toxina. Tenía el presentimiento de que no tendría la oportunidad.

Aún sosteniendo el cuchillo, cerré la puerta detrás de mí y me di cuenta de que me encontraba en otra habitación, una que estaba oculta. Demonios, me habían metido en una habitación del pánico en el sótano. Casi me reí mientras subía los escalones. La casa estaba en silencio. Me imaginé que todos pensarían que iba a estar inconsciente más tiempo. Poco inteligente. Iba a ser muy fácil sorprenderlos, sobre todo a Deacon. No sabría lo que le había golpeado. Con Álex y Aiden, al ser semidioses, sería más difícil, pero no serían rivales. Podría fácilmente...

Cerré los ojos con fuerza y apreté la mandíbula. Mi cabeza era un caos, como si hubiera cientos de voces hablando a la vez. Tenía que salir de allí. Me dirigí a la parte delantera de la casa, pero me detuve en medio del vestíbulo. Inspirando hondo, levanté la vista hacia el techo. Podía sentir la agitación en uno de los dormitorios de arriba, pero mi atención se desvió hacia la habitación de en frente, la biblioteca. *Ella* estaba allí y lo peor de todo era que sabía su ubicación exacta a causa de su éter.

Me llamaba.

Se introducía dentro de mí, envolvía sus pequeños dedos alrededor de cada fibra muscular y me provocaba, me tentaba. Se me hizo la boca agua.

Unos pasos se aproximaron desde la cocina y giré la cabeza de golpe en dirección a la puerta. Gable salió, con el cabello rubio desordenado y los pantalones arrugados.

Mal momento para un picoteo a medianoche.

El sueño se adhería a sus ojos.

—Eh, ¿no estás...?

Me abalancé, le tapé la boca con la mano. Empecé a cortarle con el cuchillo, pero no sabía si lo mataría. Así que moví la mano hasta taparle la nariz y la boca y la mantuve ahí hasta que sus piernas cedieron. Lo cogí y me lo eché al hombro. Supuse que Poseidón no estaría contento con la forma en que había arrojado a su hijo en el sofá, pero bueno. Podría haber sido peor.

Podría haber hecho algo mucho peor.

De nuevo en el pasillo, me obligué a mí mismo a seguir hasta la puerta delantera, pero antes de que ni siquiera supiera lo que estaba haciendo, me encontré frente a la biblioteca abriendo la puerta, entrando en la oscura habitación y cerrando detrás de mí.

Mi ritmo cardíaco aumentó en respuesta a su proximidad y mientras avanzaba no sabía si era por lo que corría por sus venas o simplemente porque era ella.

Eran ambas.

Pero era *ella*.

Josie estaba acurrucada en el sofá e incluso bajo la pálida luz de la luna que entraba por la ventana sobre el sofá, pude ver que seguía llevando los pantalones cortos de la última vez. Su cabello estaba suelto, le caía sobre un lado de la cara y sobre el hombro, enredándose en su brazo doblado.

Tan jodidamente hermosa.

*Tengo que irme.*

Caminé hacia ella.

*Tengo que largarme de aquí.*

Me arrodillé a su lado.

*Tengo que dejarla.*

Extendí el brazo, le rocé los labios con la punta de los dedos. Se separaron con una suave inspiración y un segundo después se despertó. Esas espesas pestañas revolotearon, revelando unos ojos azul oscuro.

Nuestras miradas colisionaron y se congelaron, y en sus ojos vi sorpresa y luego... luego vi *alivio*, y santa mierda, eso me destrozó.

Me destrozó al instante.

—Lo siento —le dije, repitiendo lo último que le había dicho antes de que los Titanes atacaran.

—Seth —susurró, extendiendo los brazos hacia mí.

No sé si fue por el alivio que vi en sus ojos, incluso después de lo que había hecho, o por la forma en que había extendido los brazos y dicho mi nombre, como si fuera una bendición, pero todo mi autocontrol se quebró.

El sentido común se tiró de cabeza por la ventana y en menos de un segundo estuve sobre ella.

Moviéndome con rapidez, acuné sus mejillas y le eché la cabeza hacia atrás. La besé y no fue suave ni delicado. Ella se sobresaltó y luego se agarró a mis hombros, sus pequeñas uñas se hundieron en la camiseta y en mi piel. Le mordí el labio de arriba y con un suave gemido abrió la boca. La saboreé, la atraje hacia mí a la vez que deslizaba las manos por su cuello hasta sus brazos. No estaba pensando. Ni una sola parte de mi cerebro estaba al tanto de lo que ocurría. Todo se centraba en su tacto, la mirada en sus ojos y en la forma en que decía mi nombre.

Me había perdido en ella.

Rocé el dobladillo de la camiseta con los dedos y tiré de ella. Nos separamos lo suficiente para poder sacarle la maldita tela por la cabeza y luego nos quitamos todo lo demás a toda prisa. Mi camiseta. Sus pantalones. Los míos. Y el resto. No había nada entre nuestras manos ni nuestros cuerpos.

Presionándola contra el sofá, me moví sobre ella y contra ella. No había vacilación por parte de Josie. Nada de preguntas. Nada de ir despacio. Envolvió una de sus piernas alrededor de la mía. Sus manos se deslizaron por mi espalda hasta mi culo. Me agarró, acercándose más a ella. Nuestros pechos presionados el uno contra

el otro. Sus pequeños y duros pezones apretados contra mí, volviéndome completamente loco. La habitación se llenó con los sonidos sofocados de sus gemidos y los míos, más rudos.

No debería estar haciendo esto. Era demasiado arriesgado. Mis emociones estaban por todo el maldito lugar. Sin restricciones. Solo me llevaría un segundo acceder a ella, extraérselo, hacer exactamente lo que los Titanes planeaban hacerle.

Pero la forma en que se movía, la curva de sus labios y cómo se sentía, húmeda y caliente contra mi longitud, me empujaron a continuar más allá del punto de retorno. Enredó los dedos en mi pelo mientras se aferraba a mi brazo con la otra mano.

—Te quiero —me susurró al oído cuando me acomodé entre sus muslos—. Te quiero, Seth.

Esas palabras me destrozaron, me desgarraron. No merecía eso. No merecía esto, pero tenía que entrar en ella, sentirla, una última vez, y el recuerdo de esta unión tendría que acompañarme hasta que los dioses impusieran su castigo. Bajé el brazo entre nosotros y envolví la mano alrededor de mi polla. Gemí cuando sentí su humedad en la punta. No quedaba nada entre nosotros.

No me detuve.

Josie no me detuvo.

Era imprudente. Arriesgado. Estúpido. Pero cuando me introduje en ella y sentí cada centímetro sin nada entre nosotros, la sensación me hizo estallar, llegó directa a lo más profundo de mi ser.

Nunca. Nunca había sentido nada como esto.

Me detuve, levanté la cabeza y miré a Josie. Su largo cuello estaba expuesto, los labios rojos e hinchados, los ojos medio abiertos. Su pecho se movía con rapidez e intensidad. Paseó una mano temblorosa por mi pecho.

Su tacto. No podía...

Cogí su mano, la aparté de mí y la sujeté por encima de su cabeza. Sus ojos se ensancharon cuando capturé la otra mano y la llevé por encima de su cabeza, junto a la otra. Las mantuve ahí con una mano alrededor de sus muñecas y agarré su cadera redondeada.

—Seth —exhaló.

Embestí hasta el fondo. Su cabeza se inclinó hacia atrás mientras emitía ese suave y agudo sonido que casi me hizo perder el control ahí mismo.

El frenesí nos invadió.

Mi cuerpo se movía contra el suyo, dentro de él, y sus brazos se tensaron. Quería tocarme. Dioses, a Josie le encantaba tocarme, pero la mantuve en el sitio mientras la penetraba. La sentí un segundo antes de correrse. Sus caderas se alzaron de golpe, su espalda se arqueó y aquellos ojos azules se abrieron.

El grito de Josie quedó amortiguado al morderse el labio. Se desmoronó a mi alrededor, sus músculos se contraían en la parte baja, apretándome, y yo exhalé con fuerza, montándola hasta que cayó contra el sofá.



No había acabado con ella.

Cuando salí de ella, liberé sus muñecas y con la mano que sujetaba su cintura le di la vuelta y la puse bocabajo. Me puse sobre ella, presionando el pecho contra su espalda mientras deslizaba el brazo bajo su cintura para levantarle las caderas. Entré con una embestida, casi desquiciado por la estrechez que sentí.

Ya no había ritmo en mis movimientos. Mis caderas acometían contra las suyas y continué, casi como si intentara llegar tan profundo que no hubiera forma de sacarme de ella, tan jodidamente profundo que no existiera un ella, ni un yo, solo un nosotros. Estaba tan ajustada, tan húmeda y tan perfecta.

Nuestra piel estaba humedecida y resbaladiza por el sudor. Los sonidos que hacían nuestros cuerpos me llevaron hasta el límite. Moví la mano debajo ella hasta encontrar su centro nervioso, la toqué hasta que se cerró sobre mí.

El orgasmo me recorrió la columna, crudo y devastador, e hizo estallar mi cabeza. Intenso. No podía respirar. No podía sentir nada más. Tan solo en el último segundo, la saqué y rodeé a Josie con los brazos, pegando su cuerpo al mío mientras me corría, acurrucado contra ella con la cara enterrada en su cuello. El mundo desapareció durante ese preciado momento, cayó y se quedó allí mientras nuestros corazones se calmaban y nuestros cuerpos se relajaban uno contra otro.

—Seth —murmuró al girar la cabeza. Pasaron un par de segundos—. ¿Estás... estás bien ahora?

Cerré los ojos. Todo iba a estarlo. Hablé con voz ronca. Vacía.

—Sí.

Josie se tensó debajo de mí y luego miró por encima del hombro. La preocupación invadió su mirada.

—Seth, tenemos que hablar. Ellos dicen que eres un...

—Shh —mascullé, nos moví de costado hasta que su espalda estuvo frente a mí y mi brazo alrededor de su cintura—. Ahora solo quiero abrazarte. ¿Por favor? Hablaremos... hablaremos más tarde.

La noté tensarse un segundo.

—¿Prometido?

—Prometido.

Mentí. Añade eso a la jodida lista de cosas que había hecho, pero se acurrucó conmigo, presionando la mejilla contra mi pecho y agarrando mi brazo con ambas manos. Como si intentara retenerme allí. Como si ya supiera de forma inconsciente lo que estaba ocurriendo.

La abracé hasta que se quedó dormida.

La abracé hasta que ya no estuve seguro de si podría alejarme.

La abracé hasta que soltarla me produjo un dolor físico.

Al inclinarme sobre ella, mi mirada vagó por su rostro. Me tembló la mano cuando le aparté con cuidado largos mechones y húmedos de la mejilla. Memorice cada centímetro. La forma arqueada de sus cejas. La altura de sus mejillas y la forma

curvada de sus sensuales labios carnosos.

Le rocé la mejilla con los labios y después otra vez, más abajo, el cuello, sobre la marca descolorida que le había dejado el daimon a las afueras de St. Louis. Entonces dije las tres palabras más sinceras que jamás había dicho y las tres palabras que no merecía pronunciar, pero las dije.

—Te quiero.

## Josie

Cuando abrí los ojos, Seth se había ido y yo estaba sola bajo la luz de la mañana, tumbada de costado. Miré la puerta cerrada, preguntándome si lo había soñado. Era muy posible. Había tenido unos sueños muy vívidos cuando se trataba de él y todo resultó un poco surrealista cuando mis sentidos volvieron a estar en funcionamiento.

Me observé a mí misma.

Dado que estaba desnuda bajo la colcha, estaba bastante segura de que no lo había soñado. Y si no hubiera sido eso, la humedad entre mis muslos también habría sido una buena pista.

Pero Seth se había ido.

Tapándome con la colcha hasta los pechos, me senté y me estremecí un poco cuando moví las piernas hasta el suelo. ¿Qué habíamos hecho —había hecho *él*— en este sofá...? Guau. Me sentía un poco inestable.

Mi ropa estaba amontonada en el suelo, como si Seth la hubiera doblado para mí. Raro. Se me revolvió el estómago cuando levanté la mirada hacia la puerta de la biblioteca otra vez.

*Te quiero.*

Su voz resonó en mi mente. El corazón me dio un vuelco. Nunca me había dicho eso, pero juraría que lo había oído. Fue demasiado real, su voz fue demasiado intensa para que hubiera sido cosa de mi imaginación, ¿pero dónde estaba?

¿Y se había liberado él solo de la habitación anoche o alguien lo había hecho? Si así fuera, ¿por qué no habían venido a buscarme? Cerré los ojos y tragué con dificultad, porque sabía que nadie había dejado salir a Seth. No después de lo que Herc y los demás estaban diciendo. Planeaban convocar a Hefestos y creían que él era el Asesino de Dioses.

Seth se había escapado.

*Solo quiero abrazarte.*

Con el corazón en la mano, recogí la ropa del suelo y me la puse a toda prisa, ya que de ninguna manera iba a caminar por esta casa envuelta en una delgada colcha. Dudaba que nadie excepto Seth quisiera ver eso.

*Hablaremos más tarde.*

*¿Prometido?*

*Prometido.*

La sensación de entumecimiento y frío se propagó. Las cosas no se habían solucionado entre nosotros antes de que el Titán apareciera. Antes necesitábamos hablar y ahora era imperativo.

Un vez que me puse la ropa, fui hacia la puerta y vi que habían echado el cerrojo. El corazón volvió a darme un vuelco. Abrí la puerta y salí al luminoso vestíbulo. Pude oír pasos en la escalera y, cuando di un paso hacia delante, la puerta del fondo de la sala se abrió.

Álex salió con una daga del Covenant apretada en la mano.

El rostro de Álex se crispó cuando salió al vestíbulo y me vio como si caminara bajo una lluvia helada de invierno. Lo sabía. En mis huesos, lo sabía.

—¿Sabes dónde está? —preguntó mientras caminaba hacia mí. Todos los músculos de mi cuerpo se contrajeron. Cuando no respondí se detuvo frente a mí—. Aiden acaba de encontrar a Luke inconsciente en la habitación en la que teníamos a Seth y yo he encontrado a Gable en las mismas condiciones en el salón. No encontramos a Seth.

—Oh, dios —susurré y me apoyé contra la pared. Sacudí un poco la cabeza y de pronto lo comprendí, lo que ya sabía. La vehemencia con la que vino a mí. El abatimiento en su voz. La razón por la que no quería hablar en ese momento. El suave susurro del «te quiero». Oh, dios, ¿qué había hecho? Levanté la cabeza para encontrar su mirada—. No les ha hecho daño.

Asintió con sequedad.

—Parece que consiguió el cuchillo de Solos, el que tenía la sangre de Pegaso. No están heridos, pero tenemos que encontrarle. ¿Sabes a dónde ha ido?

Lo que había dicho no era una pregunta, pero Álex estaba recelosa, no se había fiado de Seth desde que puso un pie en la Universidad Covenant. Al igual que Aiden, y Seth lo había visto. Nada de eso le ayudaba, no cuando se había perdido en sí mismo.

Me aparté de la pared y rodeé a Álex.

—Se ha ido.

—Sí. —Se volvió hacia mí—. Se...

—Se ha ido —cogí aire, pero se atascó y se expandió en mi garganta. Dolió cuando las emociones escalaron. Di un paso hacia delante y tropecé cuando la presión me seccionó el pecho—. Oh, dios.

Seth lo había hecho de verdad.

—¿Josie? —Álex me puso la mano en el brazo—. ¿Estás bien?

Apartándome de ella, me giré y fui hacia la puerta. Álex me pisaba los talones cuando llegué a la puerta y la abrí. Salí a toda prisa hacia el porche de piedra y me detuve de golpe para examinar el camino de entrada.

Uno de los coches no estaba.

Mis manos cayeron abiertas a los lados mientras negaba despacio con la cabeza. Se había ido de verdad y con un coche nos sacaba horas de ventaja, además dudaba que planeara quedarse en el sur de California.

—¡Maldita sea! —escuché decir a alguien. ¿Deacon? No sabía cuándo había llegado allí—. Se ha llevado el SUV.

Algo se quebró en mi pecho.

Me di la vuelta, regresé a la casa y continué andando, incluso cuando Álex gritó mi nombre. Necesitaba espacio. Necesitaba un par de minutos dónde pudiera pensar. Necesitaba estar sola.

Pasé a Aiden en la escalera. Dijo algo, pero no le entendí. Al subir los escalones, me dirigí hacia la habitación de Seth, la que se supone que compartíamos. En piloto automático, me quité la ropa y la tiré junto a la cama. En el baño, abrí el agua caliente, esperé mientras el vapor llenaba la habitación. Abrí la puerta de la ducha y me metí bajo el chorro de agua caliente, con los brazos flojos a los lados.

Y me quedé allí durante lo que pareció una eternidad, con la cabeza agachada y los ojos cerrados. Me quedé allí hasta que la ola de emociones que se había atascado en mi garganta se liberó, abrasándome los ojos. Las lágrimas volvieron y no pararon. Al menos durante un largo rato.

Todo era un desastre y Seth por fin me había dicho que me quería.

Y después me había dejado.



El ambiente del salón estaba tenso, incluso después de que Luke hubiera explicado que Seth no le había herido, incluso había parecido arrepentido de sus acciones. Lo mismo respecto a Gable, que ahora mismo se encontraba escondido en su habitación. Sin embargo, eso no cambiaba el resultado.

Me senté en el sofá junto a Álex mientras todos debatían lo que hacer. Álex y Aiden querían ir hasta Canadá para encontrar a la hija de Deméter y dejar que Herc se las arreglara con el problema de la fuga de Seth cuando regresara. Deacon y Luke estaban bastante callados y nadie me pidió que participara.

Puede que fuera bueno, porque había pasado la mayor parte del día completamente aturdida y llena de culpa. No debería haberles dejado meter a Seth en esa habitación o, al menos, no solo. Mi instinto me pidió que me quedara con él, pero había cedido al consejo de los demás sin decir nada. Fui débil y le había fallado.

Había cometido un gran error al pegarle después de que admitiera lo que había hecho. Vale, eso se lo merecía, pero cuando me pidió perdón y me preguntó si se había acabado, no dije nada. Lo único que podía hacer llegados a este punto era seguir adelante. No sin él. Nunca sin él.

¿A dónde podría haber ido y hacia dónde podría estar yendo? Me devané los sesos toda la mañana y la tarde, aferrándome a ese misterio para no caer en una espiral de tortura. Y estaba muy cerca de hacerlo, pues lo único que quería era lanzarme de cabeza en la cama y llorar hasta que no quedara nada en mi cuerpo.

—¿Entonces estáis de acuerdo con dejar que Herc se encargue de lo de Seth? —preguntó Deacon al apoyarse contra la chimenea, que dudaba que hubiera sido usada alguna vez—. ¿Simplemente nos vamos a olvidar de él?

Aiden le miró.

—No nos estamos olvidando de él, pero tenemos que encontrar al resto de los semidioses antes de que lo hagan los Titanes. Puede que Atlas haya muerto, pero los demás no.

—Creo que tenemos que encontrar a Seth —le desafió su hermano—. Le necesitaremos cuando ellos regresen, sobre todo desde que se ha convertido en una especie de arma secreta. No quiero que lo que le pasó a... a Solos le pase a nadie más.

—Yo tampoco quiero eso. —Retorciendo su largo y denso cabello entre las manos, Álex negó con la cabeza—. Necesitamos a los otros semidioses para derrotar a los Titanes.

Luke inclinó la cabeza hacia un lado.

—Estoy de acuerdo, pero también necesitamos a Seth. Necesitamos tanta potencia de fuego de nuestro lado como podamos reunir y él tiene el poder definitivo, según parece.

—Pero... —Álex me miró, arrastrando las palabras. Sus hombros se tensaron y pareció escoger las palabras con cuidado—. No creo que Seth vaya a ser de mucha ayuda ahora mismo.

Deacon frunció los labios.

—¿Sabéis qué? Pienso abordar el enorme problema del Apollyon Asesino de Dioses del que nadie quiere hablar.

Su hermano levantó una ceja.

—Lo que todos intentáis no decir es que creéis que Seth se ha pasado al lado oscuro otra vez, ¿verdad? Que está colocado de éter y que va a volver a hacer una matanza, pero esta vez una especie de «mataré a todo lo que se cruce en mi camino». Eso es lo que no decís —dijo, entrecerrando los ojos—. Pero la cuestión es que Seth inmovilizó a Luke y a Gable, pero no les hizo daño y todos sabéis jodidamente bien que si hubiera querido herirles, lo habría hecho.

Deacon hizo una pausa y me miró. Les había dicho que Seth me había visto antes de irse. Por supuesto, no entré en detalles sobre lo que habíamos hecho, porque eso habría sido demasiada información, pero les dije que él parecía normal. Lo cual era cierto. No hacía falta decir que Álex y Aiden me habían mirado como si dudaran de mi salud mental, ya que no había alertado a nadie sobre el hecho de que Seth estaba deambulando por el lugar.

—Y no hirió a Josie —continuó Deacon—. No se alimentó de ella. Solo se quedó con ella hasta que se quedó dormida, se despidió y luego se fue. ¿Suena eso como un Apollyon asesino, succionador de éter, descontrolado?

—Intenta decirlo rápido —murmuró Luke.

—Perdió la cabeza por lo que le ocurrió a Solos. ¿De verdad podemos culparlo por eso? Ninguno de nosotros salió herido. Tenemos que encontrarle —sentenció Deacon con la cabeza alta—. Antes de que se convierta en eso y empiece a reventar

islas o algo así.

Me puse rígida. ¿Qué acababa de decir Deacon? ¿Reventar islas? Mierda, las *islas*. Parpadeé. ¿De verdad volvería Seth a casa? No había estado allí desde que lo enviaron al Covenant del Reino Unido siendo un adolescente, pero había hablado sobre querer volver allí. Lo había mencionado una vez, pero hablar sobre un lugar que había sido tan frío para él debía de ser importante. Era una suposición arriesgada, completamente loca, pero era una posibilidad muy real. Su hogar solo estaba rodeado de árboles y arena. Estaría allí solo, lejos de todo el mundo. ¿Pero se iría tan lejos, al otro lado del mundo? ¿Llegaría hasta ese extremo?

Muy en el fondo, sabía que lo haría. Llámalo intuición, pero sabía que tenía razón.

—Creo que sé a dónde ha ido. —Me levanté y me pasé las manos por el cabello antes de dejarlas caer a los lados. Todas las miradas estaban puestas en mí—. Puedo encontrarlo. —La determinación me invadió—. Voy a encontrarlo.

—¿Dónde? —preguntó Luke, atento.

Mientras paseaba la mirada por la habitación, exhalé despacio.

—Creo que ha ido a las Islas Cícladas.

—¿Qué? —Álex frunció el ceño.

—Allí es dónde nació y su hogar sigue allí. No puedo decir cómo lo sé. Ni siquiera yo lo sé, pero así es. Ha ido allí.

Aiden desvió la mirada, sus ojos plateados brillaron cuando cruzó los brazos sobre el pecho. Sin decir nada, supe que no estaba de acuerdo con este plan. No era mi problema.

Deacon miró a Luke, que asintió.

—Nosotros nos apuntamos.

Su hermano mayor entrecerró los ojos.

—No creo que sea acertado. Ya lo visteis. Visteis lo inestable que es.

—También he visto cómo ha sido el resto del tiempo que ha estado aquí —argumentó Deacon—. Así que creo que mi decisión es *completamente* acertada.

Álex descruzó las piernas y se encogió de hombros con un profundo suspiro.

—Voy a tener que darle la razón a Aiden en esto.

—Claro que sí —murmuró Deacon—. Quiero decir, ¿cuándo no se la das?

Aiden resopló.

—Uh, ¿casi todo el maldito tiempo?

Ella le echó una mirada asesina a Aiden y luego se volvió hacia mí.

—Sé que has visto una... una versión diferente de Seth. Lo comprendo, pero no sabes de lo que es capaz...

—¿Y tú sí? —le reté sin ni siquiera pensarlo, porque por supuesto que ella sabía de lo que era capaz.

—Sí —respondió con calma, confirmando lo que ya sabía—. Todos nosotros sabemos de lo que es capaz. Tú no. Y no intento ser una auténtica imbécil al

señalarlo, pero es la verdad. Seth puede ser y es sumamente peligroso, incluso cuando está tranquilo, ¿pero ahora que es un Asesino de Dioses con el mono de éter? No tienes ni idea de lo malo que es eso.

La irritación me aguijoneó la parte de atrás de la cabeza y el revoloteo de los papeles sobre el escritorio rompió el silencio.

—No es la misma persona que conociste.

Álex abrió la boca.

—No. No lo es, Álex. No es el Apollyon al que engañaron Lucian y Ares. No es la misma persona que mató a toda esa gente. No es el hombre que estaba dispuesto a ser el segundo plato de alguien. —La habitación se quedó en silencio. Se podían oír grillos. Álex se encogió, pero yo continué, mis palabras fueron hirientes y directas—. No digo que esté todo perdonado ni que sea perfecto. No lo es. Eso lo sé. Pero es Seth. No es solo la suma de algunas de las cosas que ha hecho. Es la suma de todo y, de aquí en adelante, no vais a volver a referiros a él como el Asesino de Dioses. Eso no es quién es. Él necesita ayuda, y porque le quiero, porque estoy enamorada de él, voy a ayudarlo en vez de abandonarlo. —Pasé la mirada de ella a Aiden—. Estoy bastante segura de que eso os resulta familiar, ¿verdad? Ninguno de los dos abandonó al otro. Ni una vez.

—Tira el micrófono —murmuró Deacon.

Aiden negó con la cabeza cuando dio un paso adelante, descruzando los brazos.

—No es lo mismo, Josie.

—Es lo mismo —le desafió su hermano, con unos ojos plateados brillantes. Alzó las manos—. Tú no abandonaste a Álex y ella intentaba matarnos, literalmente. Ninguno de nosotros lo hizo. ¿Entonces por qué deberíamos abandonar a Seth?

Álex frunció los labios mientras caminaba hacia donde estaba Aiden. Se encontraban uno junto al otro, un panorama extraordinario.

—No te estamos pidiendo que le abandones.

—¿No? Porque estoy bastante segura de que estáis completamente de acuerdo con que Herc lo capture. ¿Y por qué todos querríais capturarlo y enjaularlo? —Los papeles revolotearon otra vez y me obligué a mí misma a tranquilizarme—. Si mi padre o cualquiera de los dioses piensan de verdad que es una amenaza, se esforzarán en encontrar... —Se me formó un nudo en la base de la garganta—. Encontrarán una forma de destruirle. Y por eso lo enjaularían, lo encerrarían hasta que encontraran una forma. No es solo abandonarlo, sino ayudarles a ellos a asesinarlo.

—Yo no quiero eso —contestó Álex, con las manos cerradas en puños—. Sé que es difícil de creer, pero a mí también me importa Seth.

El calor se extendió por mi pecho. Era lo bastante mujer para admitir que seguía sin gustarme oír eso. No. No. No.

—Siempre me importará —añadió, encontrando y manteniendo mi mirada—, pero hay Titanes correteando por ahí, aumentando su fuerza, y si entran en el Olimpo será el fin para todos nosotros. Tenemos que centrarnos en encontrar al resto de los



semidioses.

—Necesitamos que Seth nos ayude a derrotarlos. —Estaba a un segundo de tener una pataleta—. Y sabéis dónde está la hija de Deméter. Vosotros dos podéis ir con Herc y encontrarla. Deacon y Luke pueden ayudar a encontrar a los otros semidioses. —Retrocediendo, apreté los puños hasta que me dolieron los nudillos—. Sinceramente, me da igual lo que hagáis. No necesito vuestra bendición ni vuestro permiso —les dije a los dos semidioses—. Y si sois inteligentes, no intentareis detenerme. Así que tanto si vais a ayudarme como si vais a quedaros, apartaos de mi camino.

Luke soltó un pequeño silbido y dijo:

—Nosotros haremos lo que tú necesites que hagamos. No le abandonaremos.

Esperé.

La verdad era que Álex y Aiden eran superfuertes. Puede que no fueran capaces de detenerme, pero no estaba segura. Yo tenía más éter dentro de mí, pero ellos sabían cómo usar su fuerza física mucho mejor que yo. Los necesitaba de mi parte. Necesitaba que no fueran corriendo a Hércules o a mi padre y les contaran dónde podría estar Seth, pero si no podía conseguir que ellos...

—Haré cualquier cosa para proteger a Seth —les advertí en voz baja. Ambos me miraron de golpe. La sorpresa invadió sus rasgos—. Cualquier cosa.

Aiden levantó la barbilla.

—¿Y qué pasa si *está* dónde crees que está y lo encuentras, y él no es... no es el mismo, Josie?

El aire frío me perforó el pecho, lo que me recordó mucho al tacto de Hiperión. Me estremecí. Ahora mismo no podía permitirme pensar en eso y no me permitiría pensar en la posibilidad de que Seth fuera inalcanzable. Me negué a considerar la idea, porque yo podría llegar hasta él. Podría ayudarle.

—Eso no va a pasar, Aiden.

Desvió la mirada, un músculo temblaba en su mandíbula. El silencio se extendió entre nosotros y pareció pasar una eternidad. Mis hombros se tensaron. Estaba convencida de que seguirían discutiendo conmigo.

—De acuerdo —dijo Álex, a la vez que bajaba el brazo y le cogía la mano a Aiden. Él le apretó la mano y a mí se me hizo un nudo en el pecho—. Nos apuntamos.

Deacon sonrió.

A su lado, Luke levantó despacio el mentón.

Aiden asintió, luego inclinó la cabeza hacia la de Álex y le rozó la mejilla con los labios.

—Tienes razón —dijo un momento después, dirigiendo su mirada plateada hacia la mía—. Se lo debemos a Seth. Le debemos mucho.

Y solté el aire con fuerza, envuelta en una mezcla de triunfo y agotamiento. No tenía tiempo para nada de eso, porque necesitaba cada ápice de fuerza y

determinación que tenía en mi interior. Porque iba a ir a por Seth y no descansaría o abandonaría hasta que él estuviera donde pertenecía. A mi lado.

## Agradecimientos

Un enorme agradecimiento por hacer posible este libro a las siguientes personas: a Kevan Lyon, mi impresionante agente; a Kate Kaynak por haber adquirido la Saga Covenant todos estos años, lo que hizo posible la Saga Titan; a Rich Storrs por editar mi caótico primer borrador y tener la paciencia para hacerlo; y un enorme agradecimiento al equipo de Spencer Hill Press. Gracias a K. P. Simmons y a mi ayudante/mejor amiga Stacey Morgan. Un agradecimiento especial a Drew Leighty por dejarnos poner su rostro y otras partes en todas las portadas y por darle vida a Seth. Nada de esto habría sido posible sin vosotros, los lectores. Este libro existe por vosotros. No hay suficientes agradecimientos en el mundo.